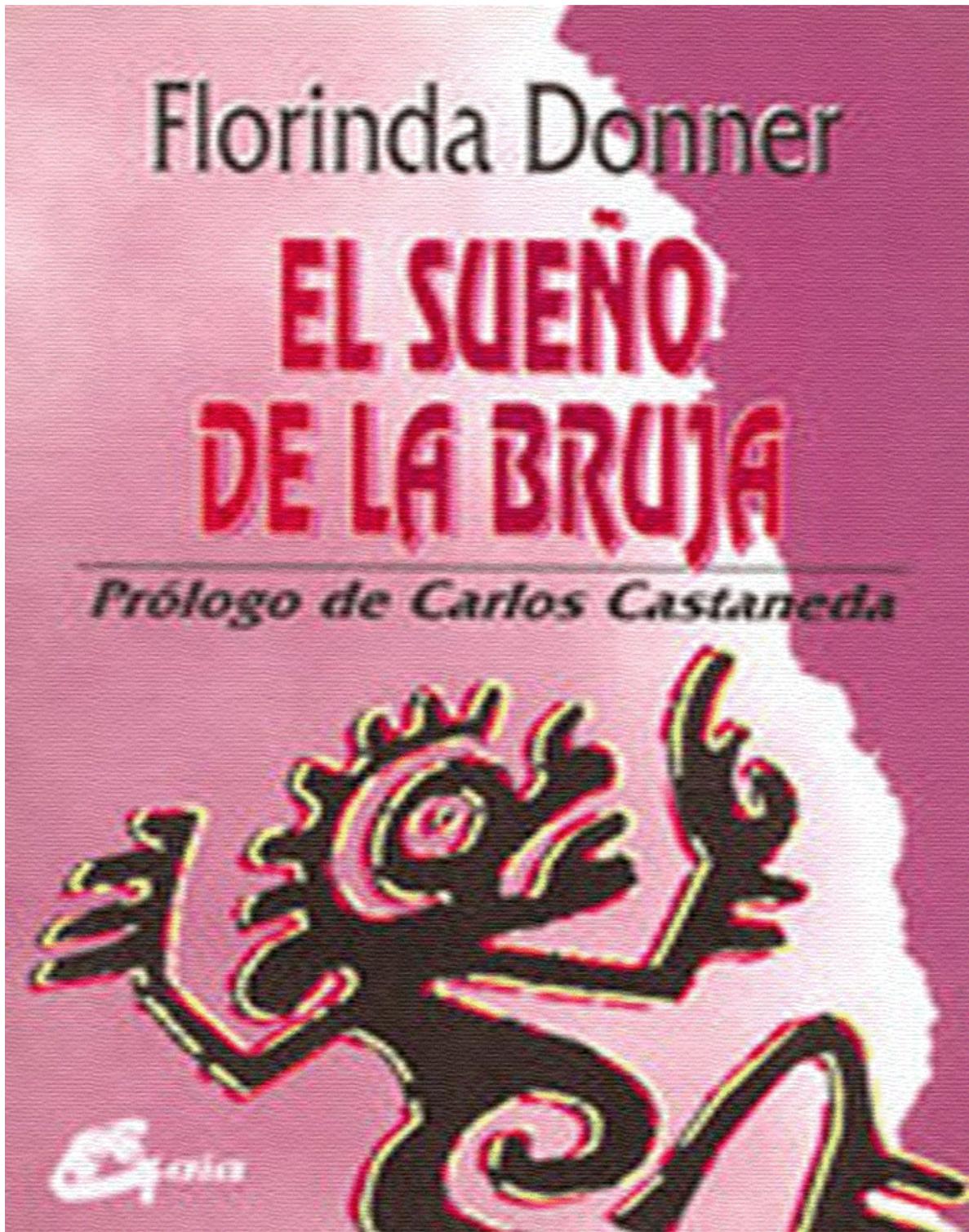


EL SUEÑO DE LA BRUJA
FLORINDA DONNER



Prólogo

Para todos aquellos cuyos nombres no puedo mencionar

La obra de Florinda Donner tiene un significado <muy especial para mí, En realidad concuerda con mi propia obra y, al mismo tiempo, difiere de ella. Es como si Florinda Donner y yo fuésemos colaboradores. Ambos estamos comprometidos en el mismo empeño, los dos pertenecemos al mundo de don Juan Matus. La diferencia radica en que ella es una mujer. En el mundo de Juan, hombres y mujeres siguen la misma dirección, el camino del guerrero, pero por diferentes márgenes. Por consiguiente, las perspectivas de los fenómenos obtenidas desde ambas posiciones diferirán forzosamente en detalle aunque no en su cualidad distintiva.

En cualquier otra circunstancia esta afinidad con Florinda Donner habría engendrado inevitablemente un sentimiento de lealtad más que de implacable análisis, pero, según las premisas del camino del guerrero que ambos seguimos, la lealtad se expresa únicamente en función de autoexigirnos lo mejor, y esa cualidad superior que nos proponemos implica el análisis riguroso de cuanto hacemos.

Según las enseñanzas de Juan y aplicando la premisa del guerrero, he sometido a un implacable examen la obra de Florinda Donner y, según mi criterio, he descubierto que existen en ella tres niveles distintos, tres esferas diferentes de apreciación.

El primero es el rico detalle de su narrativa y descripciones. Para mí, semejante detalle es etnografía. Los pormenores de la vida cotidiana, los tópicos del escenario cultural de los personajes que describe, resultan totalmente desconocidos para nosotros.

El segundo se relaciona con el arte. Me atrevería a decir que el etnógrafo también debería ser escritor. A fin de situarnos indirectamente en el horizonte que describe, tendría que ser algo más que un experto en ciencias sociales: debería ser un artista.

El tercero es la honradez, sencillez y claridad de la obra. Sin duda es éste el punto en que soy más exigente. Florinda Donner y yo hemos sido modelados por la misma fuerza; por consiguiente, su obra debe conformarse a unas pautas generales en su esfuerzo por alcanzar la perfección. Don Juan nos ha enseñado que nuestra obra ha de reflejar por completo nuestra existencia.

No puedo dejar de sentir la admiración y el respeto del guerrero hacia Florinda Donner, que, a solas y enfrentándose a fuerzas superiores, ha mantenido su ecuanimidad, ha seguido fielmente el camino del guerrero y ha observado al pie de la letra las enseñanzas de don Juan.

CARLOS CASTANEDA

NOTA DE LA AUTORA

El Estado de Miranda, al noroeste de Venezuela, estuvo poblado por indios caribes y ciparicotos en tiempos precolombinos. Durante la época colonial sobresalieron otros dos grupos raciales y culturales: los colonizadores españoles y los esclavos africanos que los primeros llevaron a trabajar en sus plantaciones y minas.

Los descendientes de aquellos indios, hispanos y africanos constituyen la población mestiza que actualmente habita en las pequeñas aldeas, pueblos y ciudades diseminados por el interior y por la costa.

Algunos pueblos del Estado de Miranda se han hecho famosos por sus curanderos, muchos de los cuales son también espiritistas, médiums y brujos. Como quiera que a la sazón yo estudiaba antropología y estaba interesada por las técnicas curativas, trabajé con una curandera. Respetando sus deseos de mantener el anonimato la llamaré Mercedes Peralta y daré el nombre de Curmina a su pueblo.

Ciñéndome a la mayor precisión y exactitud, y autorizada por la curandera, anoté en unos apuntes de campo todos los aspectos de nuestras relaciones personales desde el momento

en que llegué a su casa y también registré por separado todo cuanto me contaron algunos de sus pacientes acerca de sí mismos. Esta obra está constituida por los fragmentos de mis apuntes de campo y por las historias de los pacientes escogidos por la propia Mercedes Peralta. Aunque las partes procedentes de mi diario aparecen escritas en primera persona, he redactado las historias de los pacientes en tercera. Ésta es la única libertad que me he tomado con dicho material, aparte de cambiar los nombres y los datos personales de los personajes a los que me refiero.

PRIMERA PARTE

Todo comenzó con un suceso trascendental, un acontecimiento que configuró el curso de mi vida. Conocí a un indio del norte de México que era un nagual.

El *Diccionario de la Real Academia Española* define la voz *nagual* como la adaptación española de una palabra que significa hechicero o brujo en la lengua náhuatl hablada en el sur de México.

En el México moderno circulan historias y tradiciones sobre los naguals, hombres de tiempos antiguos que poseían poderes extraordinarios y realizaban actos inimaginables. Pero actualmente, en ambientes urbanos e incluso rurales, los naguals son seres puramente legendarios; parecen encontrarse tan sólo en los cuentos populares, en los rumores o en el mundo de la fantasía.

Sin embargo el nagual que conocí era real; no había nada ilusorio en él. Cuando a impulsos de mi ingenua curiosidad le pregunté qué le había convertido en nagual, me ofreció una explicación al parecer sencilla y sin embargo profundamente compleja de cuanto hacía y de lo que era. Me dijo que el nagualismo comienza con dos certezas: la seguridad de que los humanos son seres extraordinarios que viven en un mundo también extraordinario y la de que ni el hombre ni el mundo deben ser aceptados como tales en ninguna circunstancia.

De tan sencillas premisas, dijo, surge una conclusión también sencilla: el nagualismo se desprende al punto de una máscara y aparece con otra. Los naguals se quitan la máscara que nos hace vernos a nosotros mismos y al mundo en que vivimos como corrientes, sin brillo, previsibles y repetitivos, y que se ponen la segunda máscara que nos ayuda a considerarnos a nosotros y a nuestro entorno como realmente somos, acontecimientos asombrosos que florecen una vez en una existencia transitoria y que nunca vuelven a repetirse.

Después de conocer a aquel inolvidable nagual, tuve una momentánea vacilación únicamente debida al temor que experimentaba de analizar tan impresionante paradigma: deseé huir del nagual y de su búsqueda, pero no pude. Algún tiempo más tarde tomé una decisión drástica y me uní a él y a los suyos.

Pero esta narración no trata de aquel nagual, aunque sus ideas e influencia afectan intensamente todo cuanto hago. No me propongo escribir acerca de él ni siquiera mencionarlo: ya se encargarán de ello otros miembros de su grupo.

Cuando me uní a ellos, el nagual me llevó a México para presentarme a una mujer extraña y sorprendente sin confesarme que acaso se trataba de la persona más inteligente e influyente de su entorno. Se llamaba Florinda Matus y pese a que vestía con descuido tenía ía elegancia innata de las mujeres altas y esbeltas. Su rostro pálido, delgado y severo estaba coronado por una trenza de cabellos blancos y en él destacaban sus grandes y luminosos ojos. Su voz ronca y su alegre y juvenil risa aliviaron el irracional temor que había despertado en mí.

El nagual me confió a ella. Ante todo le pregunté a Florinda si también era nagual. Sonrió algo enigmáticamente y me aclaró en seguida la definición de la palabra.

—Un brujo, hechicero o mago no es necesariamente nagual, pero cualquiera de ellos puede serlo si dirige y es responsable de un grupo de hombres y mujeres comprometidos en una búsqueda específica de conocimiento —me dijo.

Cuando le pregunté a qué clase de búsqueda se refería, me respondió que, en el caso de aquellas personas, consistía en tratar de descubrir la segunda máscara, la que nos ayuda a

vernos a nosotros mismos y al mundo como somos realmente, como acontecimientos asombrosos.

Pero tampoco me propongo narrar la historia de Florinda, pese a que ella es quien guía todos mis actos, sino más bien describir una de las múltiples cosas que me hizo llevar a cabo.

—Para nosotros, las mujeres, la búsqueda del conocimiento es realmente una aventura muy curiosa —me dijo Florinda en una ocasión—. Tenemos que someternos a extrañas maniobras.

—¿Y a qué se debe, Florinda?

—A que no nos preocupamos.

—Yo sí me preocupo.

—Lo dices, pero, en realidad, no es así.

—Estoy aquí, contigo. ¿No justifica eso mi preocupación?

—No, lo que sucede es que te agrada eí nagual, te abrumba su personalidad. A mi me sucedió lo mismo: también me sentí abrumada por un nagual. Era el brujo más irresistible que he conocido.

—Admito que tienes razón, pero sólo en parte. Me interesa la búsqueda del nagual.

—No lo dudo, pero eso no basta. Las mujeres necesitan algunas maniobras específicas para poder llegar al fondo de sí mismas.

—¿Maniobras? ¿Qué quieres decir con llegar al fondo de nosotras mismas, Florinda?

—Si hay algo desconocido en nosotras, como valor, recursos ocultos, astucia y resistencia insospechadas o fortaleza de ánimo frente a la pena y el dolor, cuando nos enfrentamos a lo desconocido solas, sin amigos, lazos familiares ni apoyo, esa cualidad aflora a la superficie; si en tales circunstancias no sale nada es porque carecemos de ella. Y antes debes descubrir por ti misma si hay algo dentro de ti. Te exijo que lo hagas.

—Me parece que no valgo para someterme a ninguna prueba, Florinda.

—Lo que te pregunto es si puedes vivir sin saber si hay o no algo dentro de ti.

—¿Y si soy de esos seres que están vacíos?

—En tal caso tendré que formularte mi segunda pregunta, ¿cómo puedes seguir en el mundo que has escogido si no hay nada en tu interior?

—Eso es evidente. Ya ves que me he unido a ti.

—No, sólo crees haber escogido mi mundo. Escoger el mundo nagual no consiste únicamente en palabras: debes demostrarlo con hechos.

—¿Y cómo consideras que debe actuarse en ta! caso?

—Te sugeriré algo que no estás obligada a llevar a cabo. Se trata de que vayas tú sola al lugar donde naciste. Nada te resultará más fácil. Ve y prueba fortuna, sea cual sea el resultado.

—Pero esta sugerencia es impracticable. No guardo buenos recuerdos de allí. No lo dejé en buenas condiciones.

—Tanto mejor. Las fuerzas superiores estarán contra ti: por eso he escogido tu lugar natal. Las mujeres elu-

den las preocupaciones, y cuando tienen que enfrentarse a ellas, se desmoronan. Demuéstrame que no eres así.

—¿Y qué sugieres que haga una vez allí?

—Que seas tú misma, que hagas tu trabajo. ¿Dices que quieres ser antropóloga? ¡Pues lo eres! ¿Hay algo más sencillo?

Años después, siguiendo la sugerencia de Florinda, volví por fin a Venezuela, mi país natal. En apariencia acudía a recoger datos antropológicos sobre prácticas curativas; en realidad, había ido siguiendo las sugerencias de Florinda, para emprender las maniobras necesarias que me permitirían descubrir si poseía los recursos ocultos sin los cuales no podría seguir en el mundo nagual.

El acuerdo de emprender nñi viaje en solitario fue obtenido casi a la fuerza. Con palabras firmes y gestos decisivos, Florinda me hizo saber que en ninguna circunstancia debería pedir consejo a nadie durante mi viaje. Sabiendo que yo estudiaba en un colegio universitario, me advirtió enérgicamente que no utilizase los recursos de la vida académica

mientras me encontrase entregada a mi tarea. No debía pedir subvenciones, tener supervisores académicos ni siquiera requerir la ayuda de parientes y amigos. Debía dejar que las circunstancias señalasen el camino a seguir. Y una vez lo hubiera tomado, tenía que sumergirme en él con el ardor de las mujeres que emprenden el camino del guerrero.

Decidí ir a Venezuela en visita informal. Me proponía visitar a mis parientes y recoger información sobre la posibilidad de realizar más adelante un estudio de antropología cultural. Florinda elogió mi velocidad y minuciosidad. Creí que se burlaba de mí, puesto que no tenía por qué elogiarme. Le sugerí que me preocupaba no recibir instrucciones de ella y le pedí reiteradamente más detalles sobre cuál debía ser mi actuación en Venezuela. A medida que se aproximaba la fecha de mi partida, crecía mi ansiedad sobre las consecuencias de la empresa que me proponía llevar a cabo. Le insistí una y otra vez en que necesitaba instrucciones más concretas.

Estábamos sentadas en cómodas sillas de mimbre sobre blandos almohadones a la sombra de los árboles frutales que crecen en su enorme patio.

Con su largo traje de muselina, su sombrero de ala ancha y agitando un abanico de encaje, Florinda parecía un ser de otros tiempos.

—Olvídate de informaciones específicas —repuso impaciente—. No te hará ningún bien.

—Por el contrario, me será muy útil —insistí—. Realmente no comprendo por qué haces esto, Florinda.

—Atribuyelo' al hecho de que vivo en el mundo nagual, a que soy una mujer y que mi talante es distinto.

—¿Talante? ¿Qué quieres decir con un talante distinto?

Me miró con ojos ausentes y sin interés.

—Me gustaría que pudieras oírte. ¿Talante? —se burló. Su rostro expresaba tolerante desdén—. No me gustan semejantes disposiciones metódicas de pensamiento y obra. Para mí el orden no consiste en disponer las cosas con método. Me molesta la estupidez y no tengo paciencia. Ése es mi talante.

—Eso es espantoso, Florinda. Había llegado a creer que en el mundo nagual la gente estaba por encima de las nimiedades y que no se dejaba llevar por la impaciencia.

—Estar en el mundo nagual nada tiene que ver con mi impaciencia —respondió haciendo un gesto cómico de desesperación—. ¿Lo ves? Estoy impecablemente impaciente.

—Sinceramente, me gustaría saber qué significa estar impecablemente impaciente.

—Significa, por ejemplo, que soy perfectamente consciente de que me molesta tu estúpida insistencia de recibir instrucciones detalladas. Mi impaciencia me impulsa a detenerte, pero mi impecabilidad te obligará a guardar silencio. Y todo ello se reduce a lo siguiente: si insistes en pedirme detalles, guiada sólo por tu mala costumbre de que todo te sea explicado de forma pormenorizada, aunque yo te diga que dejes de hacerlo, tendré que pegarte, pero jamás me enfadaré contigo ni te lo tendré en cuenta.

Pese a su gravedad, no pude dejar de reírme.

—Dices que me pegarás, Florinda. Bueno, pues pégame si tienes que hacerlo —añadí viendo su resuelta expresión—. Pero debo saber qué voy a hacer en Venezuela o enloqueceré de preocupación.

—De acuerdo. Si insistes en conocer los detalles que considero importantes, te los diré. Espero que comprendas que estamos separadas por un abismo que no puede salvarse con mera palabrería. Los hombres pueden construir puentes con sus palabras, pero las mujeres, no. Ahora estamos imitando a los hombres. Las mujeres tienen que salvar ese vacío con sus actos. Sabes bien que damos a luz, que creamos seres humanos. Quiero que vayas allí para que, en la soledad, descubras tu fortaleza o tu debilidad.

—Comprendo lo que dices, Florinda, pero considera mi posición,

Florinda cedió, desechando la acre respuesta que afloraba a sus labios.

—De acuerdo, de acuerdo —dijo cansadamente haciéndome señas para que aproximase mi silla a la suya—. Te facilitaré los detalles que considero importantes para tu viaje. Afortunadamente para ti no son las instrucciones detalladas que esperas. Tú quieres que

te diga con exactitud qué debes hacer en situaciones futuras y cuándo debes hacerlo, y ésta es una pregunta sumamente estúpida. ¿Cómo puedo darte instrucciones acerca de algo que aún no existe? En lugar de ello te explicaré cómo debes ordenar tus pensamientos, sentimientos y reacciones. Contando con ello podrás enfrentarte a cualquier eventualidad que surja.

—¿Hablas en serio?—pregunté incrédula. —Muy en serio —me aseguró. Se adelantó en su silla y prosiguió con una semisonrisa, a punto de estallar en carcajadas—: El primer aspecto detallado a considerar es la medida de tus posibilidades: en el mundo nagual debemos ser responsables de nuestras acciones.

Me recordó que ya conocía el camino del guerrero. Me dijo que mientras había permanecido con ella me había instruido concienzudamente en la ardua filosofía práctica del mundo nagual y que, por consiguiente, las instrucciones que pudiera darme no serían más que un recordatorio pormenorizado.

—En el mundo nagual las mujeres no se sienten importantes —continuó como si recitase algo de memoria—, porque la importancia mitiga la fiereza. En el camino del guerrero las mujeres son violentas y se muestran impasibles en cualquier situación. No exigen nada y están dispuestas a darlo todo de sí mismas. Buscan intensamente una señal del espíritu de las cosas en la forma de una palabra amable, de un gesto oportuno y, cuando lo encuentran, expresan su reconocimiento intensificando su violencia.

»En el camino del guerrero las mujeres no juzgan. Se reducen enérgicamente a la nada con el fin de oír y observar, de modo que puedan conquistar y sentirse humilladas por sus conquistas o derrotadas y realizadas por su derrota.

»En el camino del guerrero las mujeres no se rinden. Acaso serán derrotadas mil veces, pero nunca se rendirán. Y, por encima de todo, siguiendo esa senda, las mujeres son libres.

Ante la imposibilidad de interrumpirla, la observaba fascinada, aunque sin comprender del todo lo que decía. Cuando se interrumpió como si no hubiera nada más que decir, sentí una intensa desesperación. Me eché a llorar incontrolablemente, sin poder evitarlo. Comprendí que lo que acababa de oír no me serviría para resolver mis problemas.

Ella me dejó llorar durante algún tiempo. Luego se echó a reír.

—¡Estás llorando de verdad! —exclamó incrédula.

—¡Eres el ser más inhumano e insensible que conozco! —la increpé entre sollozos—. Te dispones a enviarme Dios sabe dónde y ni siquiera me dices qué debo hacer.

—¡Pero si acabo de decírtelo! —protestó riendo.

—Lo que me has dicho no tiene ningún valor en las situaciones de la vida real —repuse enojada—. Parecías un dictador recitando eslogans.

Florinda me contempló con expresión divertida.

—Te sorprenderá comprobar la utilidad que puedes obtener de tan necios eslogans —me dijo—. Pero por el momento vamos a llegar a un acuerdo. Yo no te envío a ningún lugar: eres una mujer que sigue el camino del guerrero. Sabes que eres libre de hacer lo que quieras. Aún no has comprendido lo que es el mundo nagual. Yo no soy ni tu maestra ni tu mentora, y no soy responsable de ti: sólo tú lo eres. Lo más difícil de comprender en el mundo nagual es que ofrece una gran libertad. Pero esa libertad no es absoluta.

»Te acogí bajo mi protección porque tienes una capacidad innata para ver las cosas como son, para evadirte de una situación y comprender lo asombroso de ello. Esto es un don y tú has nacido con él. Una persona corriente tarda años en el mundo nagual para aislarse de su compromiso consigo misma y comprender cuán asombroso es.

No presté atención a su elogio: la preocupación me angustiaba. Por fin me tranquilizó y me prometió que antes de que despegase mi avión me facilitaría los detalles específicos que yo deseaba.

Aguardé en la sala de embarque del aeropuerto, pero Florinda no apareció. Me sentía llena de abatimiento y autoconmiseración. Di rienda suelta a mi desespero y desencanto. Sin preocuparme de las miradas de curiosidad que despertaba, me senté y me eché a llorar. Me sentía más sola que nunca. No podía dejar de pensar que nadie había acudido a despedirme, que nadie iba a hacerse cargo de mi equipaje. Estaba acostumbrada a verme rodeada de

parientes y amigos en tales trances.

Florinda me había advertido que quien se acoge al mundo nagual tiene que estar dispuesto a someterse a la más absoluta soledad. Y me puso de relieve que, para ella, soledad no significaba desamparo sino un estado físico de aislamiento.

De pronto comprendí cuan protegida había estado hasta entonces. A solas en la habitación del hotel de Caracas, sin saber qué haría después, experimenté aquella soledad que me había vaticinado Florinda. No tenía ganas de hacer nada: veía la televisión sentada en la cama y no deseaba ni tocar la maleta. Ni siquiera pensaba en tomar el avión para regresar a Los Angeles. Mis padres no se encontraban en Venezuela en aquellos momentos y no había tenido ánimos para ponerme telefónicamente en contacto con mis hermanos.

Haciendo un esfuerzo sobrehumano me decidí a deshacer el equipaje. Perfectamente doblado en el bolsillo de unos pantalones encontré un trozo de papel con un mensaje manuscrito de Florinda que leí con ansiedad.

Na te preocupes por los detalles. Si tienes fe, los detalles suelen acomodarse & las circunstancias. Deberías proyectar tus planes del siguiente modo: escoge cualquier cosa y considérala el principio. Después enfréntate a ese principio y, una vez ante él, déjate llevar. Confío que tus convicciones no te impulsarán a escoger un inicio caprichoso. Sé realista y austera para poder decidir con acierto. ¡Puedes hacerlo!

P. 5. Cualquier casa sirve para comenzar.

A influjos de la decisión de Florinda cogí el teléfono y marqué el número de una antigua amiga, aunque no estaba segura de encontrarla en Caracas. La dama que cortes-mente contestó al teléfono me facilitó unos números en los que posiblemente podría localizarla porque ya no se encontraba en aquella dirección. Llamé a todos ellos porque ya no podía detenerme. El comienzo se estaba apoderando de mí. Por fin localicé a unos amigos de mis padres, un matrimonio que conocía desde la infancia. Me dijeron que querían verme inmediatamente, pero que se disponían a acudir a una boda al cabo de una hora e insistieron en llevarme consigo. Me aseguraron que no habría ningún inconveniente en que los acompañase.

En la boda me encontré con un antropólogo aficionado, un ex jesuíta. Charlamos interminablemente. Le expliqué mi interés por los estudios antropológicos. Como si hubiera estado esperando que pronunciara la mágica palabra, el hombre comenzó a extenderse sobre el controvertido valor de los curanderos populares y la función que desempeñan en sus sociedades.

Yo no había aludido a los curanderos ni a las curaciones en general como posible tema de mi estudio, aunque aquella idea destacaba de modo relevante en mi mente. En lugar de sentirme satisfecha de que el hombre pareciera interpretar mis más profundos pensamientos, experimenté una aprensión rayana en el temor. Cuando me dijo que yo no debía ir a la ciudad de Sortes, pese a que estaba considerada como eje del centro espiritual del oeste de Venezuela, me sentí verdaderamente enojada con él; parecía adelantármeme en todo momento. Precisamente era allí, a aquel pueblecito, adonde había decidido acudir si no sucedía nada nuevo.

Estaba a punto de buscar un pretexto y abandonar aquella reunión, cuando el hombre me dijo con gran reserva que debía considerar muy seriamente la idea de ir al pueblo de Curmina, al norte de Venezuela, donde podría conseguir un gran éxito porque era un centro nuevo y auténtico de espiritismo y curación.

—No puedo decirle cómo lo sé, pero me consta que se muere de ganas de ir con las brujas de Curmina —me dijo en tono terminante.

En un trozo de papel dibujó un mapa de la región. Me facilitó los kilómetros exactos que había desde Caracas a los diversos puntos de la zona donde, según dijo, se encontraban espiritistas, brujas, hechiceros y curanderos y recalcó en especial un nombre: Mercedes Peralta. Lo subrayó e instintivamente lo rodeó primero con un círculo enmarcándolo después con los firmes trazos de un cuadrado.

—Es espiritista, bruja y curandera —añadió sonriéndome—. No deje de verla; ¿lo hará?

Sabía lo que quería decirme. Bajo los auspicios de Florinda había frecuentado, conocido y trabajado con espiritistas, brujos, hechiceros y curanderos del norte de México y de la población nativa de California del Sur. Florinda los había clasificado desde el principio: los espiritistas apelan a los espíritus de los santos o los diablos para lograr que intercedan en los estamentos superiores a favor de sus pacientes: su función consiste en entrar en contacto con los espíritus e interpretar los consejos que reciben en las sesiones colectivas donde son invocados; brujos y hechiceros actúan directamente en sus pacientes. Valiéndose de su conocimiento de las ciencias ocultas recurren a elementos desconocidos e imprevisibles para que intervengan a favor de las dos clases de personas que recurren a ellos: los pacientes que buscan su ayuda y los clientes que requieren sus servicios de brujería. En cuanto a los curanderos se esfuerzan exclusivamente por restablecer la salud y el bienestar.

Florinda no se olvidó de incorporar en su clasificación la posible combinación de las tres especialidades.

Con absoluta seriedad, aunque aparentemente bromeando, afirmó que en cuestión de devolver la salud yo me sentía más inclinada a creer que las prácticas curativas no occidentales eran más holísticas que la medicina occidental. Me hizo ver que estaba equivocada porque, según dijo, la curación dependía del agente que la practicaba y no de una serie de conocimientos. Afirmó que no sucedía tal cosa con las prácticas curativas no occidentales puesto que la curación, a diferencia de la medicina, no era una disciplina formalizada. Solía burlarse de mí diciéndome que con mi modo de ver las cosas era tan parcial como quienes creen que si un paciente se cura por medio de plantas medicinales, masajes o ensalmos la dolencia es de tipo psicossomático o la curación resultado de un accidente afortunado e incomprensible para el curandero. Florinda estaba convencida de que cuando un paciente logra recuperar su salud mediante la intervención de un médico o un curandero es porque está en condiciones de alterar las sensaciones fundamentales de su cuerpo en cuanto a sí mismo y su conexión con el mundo, es decir, que se trata de alguien que ofrece tanto a su cuerpo como a su mente nuevas posibilidades, de modo que el molde al que han aprendido a conformarse cuerpo y mente puede

ser destruido sistemáticamente, en cuyo caso serán accesibles otras sensaciones del conocimiento, y las expectativas lógicas de enfermedad y salud se transformarán a medida que cristalizan los nuevos significados corpóreos. Cuando expresé mi sorpresa ante tales pensamientos que en aquellos momentos me parecían revolucionarios, Florinda se echó a reír y me dijo que todo cuanto decía brotaba de los conocimientos que compartía con sus compañeros de! mundo nágual.

Tras seguir las instrucciones recibidas en la nota de Florinda me dejé guiar por los acontecimientos viéndolos desarrollarse con la mayor indiferencia. Comprendí, por tanto, que debía ir a Curmina y localizar a la mujer de la que me había hablado el ex jesuíta.

La primera vez que fui a casa de Mercedes Peralta no tuve que aguardar mucho en el oscuro pasillo. En seguida oí una voz que me llamaba desde detrás de la cortina que hacía las veces de puerta. Subí los dos peldaños y llegué a una habitación grande y escasamente iluminada que olía a humo de cigarros y a amoníaco. Ante un gran altar situado en la pared más alejada varias velas encendidas iluminaban figurillas e imágenes de santos dispuestas en torno a la Virgen de Coromoto que vestía una túnica de color azul. Era una escultura delicadamente tallada, de expresión sonriente, labios rojos, mejillas sonrosadas y ojos que parecían contemplarme con expresión benigna e indulgente.

Avancé unos pasos. En un rincón, casi escondida entre el altar y una mesa alta y rectangular, estaba sentada Mercedes Peralta. Con la cabeza apoyada en el respaldo de la silla y los ojos cerrados parecía dormida. Tenía un aspecto muy envejecido. Nunca había visto un rostro como aquél. Pese a su aparente inmovilidad revelaba una impresionante firmeza. El resplandor de las velas, más que suavizar sus rasgos angulosamente cincelados acentuaba la decisión que reflejaban sus profundas arrugas.

Abrió lentamente sus grandes y almendrados ojos de un blanco ligeramente decolorado. Al principio me parecieron casi inexpresivos, pero luego cobraron vivacidad y se fijaron en mí con la desenvuelta franqueza de una criatura. Al cabo de unos segundos de estar

sometida a su mirada inflexible que no reflejaba simpatía ni hostilidad, comencé a sentirme incómoda.

—Buenas tardes, doña Mercedes —la saludé luchando por conservar los ánimos y no salir huyendo—. Me llamo Florinda Donner y voy a serle muy franca para no hacerle perder su valioso tiempo.

Ella parpadeó repetidas veces adaptando su visión para mirarme.

—He venido a Venezuela para estudiar sistemas curativos —proseguí, sintiendo que iba ganando confianza—. Estudié en una universidad de Estados Unidos, pero en realidad preferiría ser curandera. Si me admite como alum-na puedo pagarle sus clases, pero aunque no me acepte, la compensaré por cualquier información que pueda facilitarme.

La anciana no respondió. Me hizo señas para que me sentara en un taburete, se levantó y observó un instrumento metálico que había sobre la mesa. Cuando se volvió a mirarme tenía una expresión burlona.

—¿Qué aparato es éste? —pregunté audazmente. —Un compás náutico —respondió despreocupadamente—. Me informa de toda clase de cosas.

Lo cogió y lo puso en la estantería superior de la vitrina que estaba en la pared de enfrente. Pareció ocurrir-sele algo divertido porque se echó a reír y me dijo:

—Voy a puntualizarte algo ahora mismo. Sí, te daré toda clase de información sobre curaciones, no porque me lo hayas pedido sino porque eres una mujer de suerte. Eso ya me consta. De lo que no estoy segura es si también eres fuerte.

La anciana guardó silencio. Luego volvió a expresarse en un susurro forzado, sin mirarme y fijando su atención en el interior de la vitrina.

—Suerte y fortaleza son las dos condiciones más importantes que existen —dijo—. La noche que te vi en 3a plaza comprendí que tenías suerte y que me buscabas. —No sé de qué me habla.

Mercedes Peralta se volvió a mirarme y seguidamente se echó a reír de un modo tan discordante que tuve la seguridad de que estaba loca. La mujer abrió tanto la boca que comprobé que le quedaban pocas muelas. Se interrumpió bruscamente, se sentó en su silla e insistió en que hacía exactamente dos semanas me había visto en la plaza a últimas horas de la noche. Me explicó que se encontraba allí con una amiga que la llevaba a su casa tras una sesión que había tenido lugar en un pueblo de la costa. Aunque su amiga se había quedado desconcertada al verme sola a tan altas horas de la noche, ella no le sorprendió en absoluto.

—Me recordaste a alguien que conocí en otro tiempo —dijo—. Era más de medianoche y me sonreíste.

Yo no recordaba haberla visto ni haberme encontrado sola en la plaza a aquellas horas. Pero acaso ella se refería a la noche en que llegué de Caracas, cuando tras esperar inútilmente a que dejase de llover desde hacía una semana me arriesgué finalmente a emprender el viaje de Caracas a Curupia. Pese a que había previsto que se producirían desprendimientos de tierra, en lugar de dos horas tardé cuatro en llegar. Una vez allí todos dormían y me costó mucho encontrar una residencia cerca de la plaza que también me había recomendado el sacerdote. Desconcertada por su insistencia en afirmar que sabía que acudiría a verla, le conté lo sucedido con aquel hombre y todo cuanto me había dicho en la boda a la que asistí en Caracas.

—Insistió mucho en que viniese a verla —le dije—. Me explicó que sus antepasadas habían sido brujas y curanderas que se hicieron famosas durante la época colonial y que fueron perseguidas por la Santa Inquisición.

Parpadeó sorprendida abriendo ligeramente los ojos. —¿Sabías que en aquellos tiempos enviaban a las brujas a Cartagena de Indias, en Colombia, para ser juzgadas? —preguntó. Y acto seguido continuó—: Venezuela no era lo bastante importante para contar con un tribunal de la Inquisición. —Se interrumpió y me miró fijamente a los ojos—. ¿Dónde habías pensado estudiar métodos curativos?

—En el estado de Yaracuy —respondí con vaguedad. —¿En Sortes? —preguntó—. ¿Con María Lionza? Asentí. En la ciudad de Sortes se concentraba el culto a María Lionza. Se decía que era descendiente de una princesa india y un conquistador español y se le atribuían

poderes sobrenaturales. En la actualidad la veneraban miles de personas en Venezuela como santa milagrosa.

—Pero siguiendo los consejos del ex jesuíta vine a Curmina —le dije—. He consultado a dos curanderas y ambas han coincidido en afirmar que usted es la más entendida, la única que puede explicarme los sistemas curativos.

Le hablé de los métodos que deseaba seguir según el curso de los acontecimientos: observación directa y participación en algunas sesiones curativas que grabaría en cinta y, lo más importante de todo, entrevistas sistemáticas de los pacientes.

La anciana asentía profiriendo de vez en cuando algunas risitas. Con gran sorpresa por mi parte estaba total-

mente de acuerdo con el método que le proponía. Llena de orgullo me informó que hacía años había sido entrevistada por un psicólogo de la Universidad de Carolina que permaneció durante una semana en su casa.

—Para facilitarte las cosas puedes venir a vivir con nosotras —sugirió—. Tenemos sitio de sobra en la casa.

Acepté su invitación, pero le dije que proyectaba permanecer allí unos seis meses. Se mostró imperturbable. Me dijo que por su parte podía quedarme varios años.

—Estaré encantada de tenerte conmigo, musíua —dijo dulcemente.

Sonreí. Aunque había nacido y me había criado en Venezuela, siempre me habían llamado *musíua* (*moo-see-yua*). Este término, que suele utilizarse despectivamente, según el tono que se emplea, puede convertirse en una expresión cariñosa cuando se dirige a una persona rubia y de ojos azules.

Sorprendida por el suave crujido de una falda que pasaba por mi lado abrí los ojos y miré la vela encendida sobre el altar, en la semioscuridad de la habitación, que fluctuaba y despedía un negro reguero de humo. En la pared se dibujó la sombra de una mujer con un bastón en la mano que pareció atravesar las cabezas de hombres y mujeres dispuestos en círculo. Me esforcé por reprimir una risita nerviosa. Se trataba de Mercedes Peralta que estaba colocando grandes cigarros liados a mano en la boca de todos los presentes. Seguidamente cogió la vela del altar, encendió los puros con ella y volvió a sentarse en el centro del círculo. Con voz profunda y monótona empezó a salmodiar un conjuro ininteligible y repetitivo. Conteniendo un acceso de tos traté de sincronizar mis inhalaciones con las rápidas bocanadas que proferían cuantos me rodeaban. Con ojos llorosos observé sus rostros llenos de solemnidad como máscaras que se animaban momentáneamente en cada chupada y que parecían disolverse en la densa humareda como objetos incorpóreos. La mano de Mercedes Peralta se materializó entre aquella nube; chasqueando los dedos trazó repetidamente unas líneas imaginarias en el aire asociando los cuatro puntos cardinales.

Al igual que los demás, moví la cabeza adelante y atrás siguiendo el rítmico son de sus dedos chasqueantes y los conjuros que recitaba en voz baja. Tratando de olvidar mis crecientes náuseas, me esforcé por mantener los ojos muy abiertos para no perderme un solo detalle de lo que estaba ocurriendo en torno mío. Era la primera vez que se me permitía asistir a una sesión de espiritismo. Doña Mercedes serviría de médium y se pondría en contacto con los espíritus.

Mercedes definía a espiritistas, brujos y curanderos con iguales características que Florinda, con la excepción de que reconocía otra clase independiente: los médiums, a quienes creía intermediarios e intérpretes de lo que expresasen los espíritus. Consideraba que los médiums eran tan independientes que no tenían que pertenecer a ninguna de las otras tres clasificaciones, pero que las cuatro categorías podían estar comprendidas en una sola.

—En esta habitación hay una fuerza perturbadora —exclamó una voz masculina interrumpiendo los conjuros de doña Mercedes.

Los cigarros encendidos perforaron la oscuridad como ojos acusadores mientras que el resto del grupo murmuraba aprobatoriamente.

—Vamos a verlo —dijo Mercedes.

Se levantó de su silla y pasó por detrás de cada uno de los presentes deteniéndose un

instante a sus espaldas.

Grité de dolor al sentir un pinchazo en el hombro.

—Ven conmigo —susurró en mi oído—. No estás en trance.

Temiendo que pudiera resistirme me cogió con firmeza del brazo y me condujo hasta la roja cortina que hacía las veces de puerta.

—¡Pero usted me pidió que viniera! —protesté antes de que me expulsase de la habitación—. ¡No molestaré a nadie! ¡Estaré sentada en un rincón!

—Molestarás a los espíritus —murmuró y corrió la cortina dejándome afuera.

Fui a la cocina, en la parte posterior de la casa, donde por la noche solía trabajar transcribiendo las cintas y organizando mis apuntes de campo, cada vez más abundantes. Enjambres de insectos pululaban en torno a la única bombilla que pendía del techo de la cocina y su débil luz iluminaba la mesa de madera que había en el centro de estancia, pero dejaba en penumbras los rincones donde omía un perro sarnoso y lleno de pulgas. Un extremo de la cocina daba al patio; en las tres paredes restantes, ennegrecidas por el hollín, se encontraba un torno de adobe, un hornillo de petróleo y una tina redonda y metálica llena de agua.

Salí al patio iluminado por la luz de la luna. La losa de cemento donde Candelaria, la compañera de Mercedes, tendía cada día las ropas muy enjabonadas para que el sol las blanqueara, brillaba como un charco plateado. Las ropas que colgaban del tendedero se recortaban como manchas blancas contra la oscuridad del muro estucado que rodeaba el patio. Árboles frutales, plantas medicinales y recuadros de hortalizas se dibujaban a la luz lunar formando una masa oscura y uniforme en la que se oía el zumbido de los insectos y el estridente canto de los grillos. Volví a entrar en la cocina y comprobé que en el hornillo hervía una olla a fuego lento. A cualquier hora del día o de la noche siempre había algo para comer, por lo general un caldo espeso de carne, pollo o pescado, según las disponibilidades, y un surtido de hortalizas y raíces. Cogí un plato sopero entre los que se amontonaban en las estanterías de obra de la pared. Había muchos platos de porcelana, metal y plástico desaparejados. Me serví un cucharón de caldo de pollo, pero antes de sentarme recordé que debía añadir un poco de agua de la tina próxima a la olla que estaba hirviendo. No me había costado mucho familiarizarme con las costumbres de aquella excéntrica casa.

Comencé a anotar cuanto había sucedido en la reunión: tratar de recordar todos los detalles de lo acontecido en determinada situación o de las palabras de una conversación era un ejercicio excelente para combatir la sensación de soledad que siempre me invadía.

El perro frotó su frío hocico contra mi pierna. Busqué algunos mendrugos de pan, se los di y volví a concentrarme en mis notas.

Trabajé hasta que sentí sueño y los ojos me escocieron agotados por la débil luz. Recogí mi grabadora y mis papeles y fui a mi habitación, en el extremo opuesto de la casa. Me detuve un instante en el patio interior, iluminado a trechos por la luz de la luna. Una débil brisa movía las hojas de la retorcida parra y sus sombras desiguales dibujaban arabescos en las piedras del patio.

Sin llegar a verla ya había sentido su presencia. La mujer estaba sentada en el suelo, casi escondida entre las grandes macetas de barro que aparecían diseminadas por el patio. Los blancos cabellos le coronaban la cabeza como un halo, pero sus rasgos apenas se distinguían, confundidos entre las sombras que la rodeaban.

No la había visto nunca en la casa. Tras superar el sobresalto que su presencia me había producido, pensé que sería una de las amigas de doña Mercedes, alguna de sus pacientes o incluso pariente de Candelaria, que esperaba a que finalizase la sesión.

—Discúlpeme —dije—. Soy nueva aquí. Trabajo con doña Mercedes.

La mujer hizo una señal de asentimiento. Me dio la impresión de que ya lo sabía, pero no rompió su silencio. Presa de una inexplicable desazón, me esforcé por no sucumbir a un terror histérico. Seguí repitiéndome una y otra vez que no había motivos para sentir pánico por encontrarse a una vieja sentada en el patio.

—¿Ha asistido a la sesión? —pregunté con inseguridad.

La mujer movió la cabeza afirmativamente.

—Yo también estuve —dije—, pero doña Mercedes me echó.

De repente me sentí aliviada y con deseos de bromear acerca de la situación.

—¿Me tienes miedo? —preguntó bruscamente la mujer.

Su voz tenía un tono cortante y desapacible, pero juvenil.

Me eché a reír. Estaba a punto de negar con frivolidad, pero algo me contuvo y en lugar de ello acabé confesándole que su presencia me aterraba.

—¡Ven conmigo! —me ordenó.

Mi primera reacción fue seguirla resueltamente, mas volví a decir algo que no deseaba.

—Tengo que concluir mi trabajo. Si desea hablar conmigo puede hacerlo aquí mismo.

—¡Te ordeno que vengas! —tronó la mujer.

De pronto me abandonó toda energía. A pesar de ello le respondí:

—¿Por qué no se ordena a sí misma seguir aquí?

No me creía capaz de haber pronunciado aquellas palabras. Estaba a punto de disculparme, cuando una extraña reserva de energía fluyó de mi cuerpo y me hizo sentir nuevamente dueña de mí misma.

—Sea como tú quieras —dijo la mujer y se levantó.

Su altura era inconcebible. Y siguió creciendo hasta que sus rodillas quedaron a la altura de mis ojos.

En aquel momento sentí que mis energías me abandonaban y grité salvajemente.

Candelaria llegó corriendo a mi lado, cubriendo la distancia que había entre la sala donde se celebraba la sesión de espiritismo y el patio antes de que yo tuviera tiempo de cobrar aliento para volver a gritar.

—Ya ha pasado todo —dijo dulcemente con una voz que parecía llegar de muy lejos.

Me frotó suavemente el cuello y la espalda, pero yo no dejaba de temblar y, de pronto, sin saber por qué, me eché a llorar.

—No debería haberte dejado sola —dijo en tono de disculpa—. Pero ¿quién iba a pensar que la vería una mu-siúa?

Antes de que saliera alguno de los participantes de la sesión a ver qué sucedía, Candelaria me llevó a la cocina, me hizo sentar en una silla y me dio una copa de ron. Mientras bebía el licor le conté lo que me había sucedido en el patio. Cuando acabé el ron y mi relato, tuve sueño y me sentí aturdida, pero en modo alguno por la bebida.

—Déjanos solas, Candelaria —dijo doña Mercedes entrando en mi habitación.

Candelaria no sólo me había ayudado a acostarme, sino que también había instalado una cama junto a la mía para poder vigilar mi sueño.

—Lo supe desde el primer momento. —Sus febriles ojos parecían flotar en una sustancia cristalina mientras estudiaba atentamente mi rostro—. La única razón de que no te permitiera sentarte en la reunión fue porque eres afortunada: los médiums son afortunados.

Aunque la había comprendido perfectamente, me eché a reír.

—¡No te rías de estas cosas! —me amonestó—. Son muy serias. Cuando te encontrabas en el patio llamaste a un espíritu. Y se te presentó el más importante de todos; el espíritu de una de mis antepasadas. No suele aparecer, pero cuando lo hace es por razones muy importantes.

—¿Era un fantasma? —pregunté neciamente.

—Desde luego —repuso con firmeza—. Comprendemos las cosas tal como nos las han enseñado. No hay desviaciones. Según nuestros criterios, viste un espíritu aterrador y un médium vivo puede comunicarse con el espíritu de un médium muerto.

—¿Por qué se me presentó ese espíritu? —pregunté.

—No lo sé. En una ocasión acudió a avisarme, pero no seguí sus consejos.

La expresión de sus ojos se dulcificó y añadió con voz más suave:

—Cuando llegaste, en seguida te dije que eras afortunada. Yo también lo era hasta que alguien quebró mi buena suerte. Me recuerdas a esas personas: era rubio como tú, se llamaba Federico y también era afortunado. pero no tenía fuerza. El espíritu me advirtió que lo dejase, no le obedecí y aún estoy pagando las consecuencias.

Sin saber cómo reaccionar ante el repentino giro de los acontecimientos y la tristeza que la había invadido, le acarició la mano.

—Él no tenía ninguna fuerza —repitió—. Y el espíritu lo sabía.

Aunque Mercedes Peralta siempre estaba dispuesta a comentar todo lo referente a sus prácticas, atajaba categóricamente cualquier intento mío de indagar sobre su pasado. En una ocasión, no sé si porque la encontré desprevenida o si fue deliberadamente, me confesó que años atrás había sufrido una terrible pérdida.

Sin acabar de decidir si realmente me estimulaba a hacer indagaciones personales llevó mi mano a su rostro y la oprimió en su mejilla.

—Toca estas heridas —susurró.

—¿Qué le sucedió? —pregunté pasando los dedos por las desiguales cicatrices que cruzaban sus mejillas y su cuello.

Hasta aquel momento no había podido distinguirlas de sus propias arrugas. Su oscura piel parecía tan frágil que temí que se desintegrara con mi contacto. Su cuerpo despedía una misteriosa vibración: no podía apartar mis ojos de los suyos.

—No hablaremos de lo que viste en el patio —dijo en tono terminante—. Esas cosas pertenecen sólo al mundo de los médiums y nunca debes comentarlo con nadie. Te aconsejo que no tengas miedo a ese espíritu, pero que tampoco lo atraigas neciamente.

Me ayudó a levantarme y me condujo al patio, al mismo lugar donde había visto a la mujer. Mientras observaba la oscuridad que nos rodeaba, advertí que no sabía si había dormido unas horas o un día y una noche.

Doña Mercedes pareció darse cuenta de mi confusión.

—Son las cuatro de la mañana —dijo—. Has dormido casi cinco horas.

Se puso en cuclillas en el mismo lugar donde había aparecido la mujer. Me agaché a su lado, entre las ramas de jazmín que pendían de las celosías como cortinas perfumadas.

—Nunca hubiera imaginado que no supieras fumar T"*[0]. Y soltó una seca carcajada. Sacó un cigarro del bolsillo de la falda y lo encendió—. En la sesión de espiritismo fumamos cigarros liados a mano. Los espiritistas sabemos que a los espíritus les gusta el olor a tabaco.

Tras una breve pausa me puso el cigarro en la boca. —Intenta fumar —ordenó.

La obedecí aspirando profundamente. El denso humo me hizo toser.

—No te lo tragues —me dijo con impaciencia—. Te enseñaré cómo se hace.

Cogió el cigarro y lo chupó repetidamente aspirando y espirando pequeñas bocanadas de humo.

—No es necesario que el humo entre en los pulmones sino en la cabeza —me explicó—. Así es como los médiums llaman a los espíritus. En adelante los invocarás desde este sitio. Y no hables de ello hasta que puedas dirigir una sesión tú sola.

—¡Pero si yo no quiero llamar a los espíritus! —protesté riendo—. Lo único que deseo es asistir a una de esas sesiones y presenciar lo que sucede. Me miró con amenazadora decisión.

—Eres una médium y ninguna médium acude a las sesiones como espectadora.

—¿Con qué motivo se organiza una sesión? —pregunté cambiando de tema.

—Para preguntar cosas a los espíritus —respondió rápidamente—. Algunos facilitan importantes consejos, otros son malévolos. —Se echó a reír con una chispa de malicia—. El espíritu que aparece depende del estado en que se encuentre el médium.

—¿Acaso los médiums están a merced de los espíritus? —pregunté.

Guardó un prolongado silencio observándome sin reflejar sus sentimientos.

Luego añadió en tono desafiante:

—Si son fuertes, no sucede así —prosiguió mirándome con fijeza. Cerró los ojos. Cuando volvió a abrirlos se mostraba totalmente inexpresiva—. Acompáñame a mi habitación —murmuró.

Se incorporó apoyándose en mi cabeza, después deslizó la mano por mi hombro, luego por mi brazo y finalmente sus dedos en tensión rodearon mi muñeca como raíces

carbonizadas.

Atravesamos silenciosamente el oscuro pasillo donde los bancos de madera y las sillas tapizadas de piel de cabra se apoyaban rígidas contra la pared y entró en su habitación.

Antes de cerrar la puerta volvió a recordarme que los médiums no hablan de su mundo.

—Desde la primera vez que te vi en la plaza supe que eras una médium y que vendrías a verme —afirmó. Una

sonrisa de incierto significado para mí iluminó su rostro. Has venido a traerme algo de mi pasado.

—¿Qué?

—Aún no lo sé. Quizá recuerdos —respondió de modo ambiguo—. O quizá vienes a devolverme la buena suerte.

Me acarició la mejilla con el dorso de la mano y cerró cuidadosamente la puerta.

Arrullada por la suave brisa y las risas de los niños que jugaban en la calle, dormité toda la tarde en la hamaca que colgaba entre los dos guanábanos del patio. Incluso percibía el olor a detergente mezclado con el acre olor a creosol con el que Candelana fregaba los suelos dos veces diarias, estuvieran o no sucios.

Aguardé hasta que casi fueron las seis. Entonces, como me había pedido Mercedes Peralta, acudí a su habitación y llamé a la puerta. No hubo respuesta. Entré silenciosamente. A aquellas horas solían concluir las visitas que acudían a tratarse de alguna dolencia. Nunca veía a más de dos personas diarias. En sus días malos, que eran muy frecuentes, no visitaba a nadie. En tales ocasiones la llevaba en mi jeep y dábamos largos paseos por las colinas del entorno.

—¿Eres tú, musíua? —preguntó doña Mercedes.

Estaba tendida en la hamaca que pendía a escasa altura del suelo sujeta a la pared con anillos metálicos.

La saludé y me senté en la cama de matrimonio que estaba junto a la ventana. Doña Mercedes nunca dormía allí. Según decía, se corría el peligro de sufrir una caída fatal desde una cama, fuese cual fuese su tamaño. Miré en torno aguardando a que se levantara. Aquella habitación singularmente amueblada me tenía fascinada. Las cosas estaban dispuestas en ella con una finalidad incongruente: dos mesitas de noche a la cabecera y a los pies de la cama, atestadas de velas y figurillas de santos, hacían Jas veces de sendos altares; un armario de madera de escasa altura pintado de azul y rosa bloqueaba la puerta que daba a la calle. Me pregunté qué contendría por-?ue los vestidos de doña Mercedes, siempre vestía de *j^cgro, colgaban por todas partes, de ganchos en las paredes, detrás de la puerta, a la cabecera y a los pies metálicos de la cama e incluso de las cuerdas que sostenían la hamaca. Una araña de cristal que no funcionaba pendía precisamente del techo de caña. Estaba llena de polvo y sus prismas aparecían cubiertos de telarañas. Un almanaque de los que se arrancan diariamente las páginas colgaba detrás de la puerta.

Mercedes se peinó con los dedos los blancos cabellos, exhaló un profundo suspiro y sacó las piernas de la hamaca buscando a tientas las zapatillas de lona. Aún permaneció unos momentos sentada, luego fue hacia la alta y estrecha ventana que daba a la calle y abrió los postigos. Parpadeó repetidamente hasta que sus ojos se adaptaron a la luz de la tarde que iluminaba la habitación. Observó atentamente el cielo, como si esperase recibir algún mensaje de la puesta de sol.

—¿Vamos a dar un paseo? —pregunté. Se volvió lentamente.

—¿Un paseo? —repitió arqueando las cejas sorprendida—. ¿Cómo vamos a ir de paseo si me espera una persona?

Abrí la boca dispuesta a informarle de que no había nadie aguardándola, pero la burlona expresión de sus cansados ojos me impuso silencio. Se cogió de mí mano y salimos de su habitación.

En un banco de madera, junto a la habitación donde Mercedes Peralta trataba a sus pacientes, dormitaba' un anciano de frágil aspecto con la barbilla hundida en el pecho. Al advertir nuestra presencia, compuso su aspecto. —No me siento muy bien —se disculpó en

tono inexpresivo buscando el sombrero de paja y el bastón que tenía a su lado.

—Octavio Caniú —dijo Mercedes presentándomelo al tiempo que le daba la mano.

Invitó al anciano a subir los dos peldaños que conducían a la habitación y yo los seguí. El hombre se volvió mí- ' rándome con expresión interrogante.

—Es mi ayudante —dijo—, Pero si no deseas que esté con nosotros, se irá.

Parecía nervioso. Se apoyaba indistintamente en una y otra pierna. Ladeó la boca en una sonrisa torcida.

—Si se trata de m ayudante —murmuró con aire impotente—, no creo que haya inconveniente.

Mercedes me hizo una rápida indicación con la cabeza para que ocupase el taburete que estaba junto al altar. Luego invitó al anciano a sentarse en la silla que estaba frente a la mesa alta y rectangular y, por último, se sentó a su derecha, delante de él.

—¿Dónde debe estar? —murmuró repetidamente buscando entre el surtido de frascos, velas, cigarros, raíces secas y fragmentos de materiales diversos que estaban diseminados sobre la mesa.

Suspiró aliviada al descubrir el compás náutico y lo colocó frente a Octavio. Después estudió atenta la redonda caja metálica.

—¡Mira! —exclamó haciéndome señas para que me acercase.

Era el mismo instrumento que examinó con tanta intensidad el primer día que entré en aquella habitación. La aguja, apenas visible tras el vidrio opaco y lleno de arañazos, se movía enérgicamente de un lado para otro como si estuviera animada por una fuerza invisible que proyectara Octavio Cantú.

Mercedes sólo utilizaba el compás para efectuar sus diagnósticos cuando creía que el paciente estaba aquejado de una dolencia espiritual, no si consideraba que se trataba de una enfermedad natural. Hasta entonces yo no había podido determinar qué criterios seguía para diferenciar ambas clases de dolencias; según ella, una espiritual podía manifestarse tanto en forma de una racha de mala suerte como con un resfriado común que, según las circunstancias, también podía considerarse una enfermedad natural.

Esperando descubrir algún artilugio mecánico que activase la aguja mecánica del compás io había examinado en todas las ocasiones que se me habían presentado y, al no encontrar ningún objeto que justificase mis sospechas, acepté su explicación como auténtica: siempre que una persona está centrada, es decir, cuando cuerpo, espíritu y alma se encuentran en armom'a, la aguja no se mueve en absoluto. Para demostrar su teoría colocaba el compás delante suyo, ante Candelaria y mío y, con gran asombro por mi parte, la aguja sólo oscilaba cuando el compás estaba delante de mí.

Octavio estiró el cuello para observar el instrumento.

—¿Estoy enfermo? —preguntó tímidamente mirando a doña Mercedes.

—Se trata de tu espíritu —murmuró la mujer—. Tu espíritu está muy agitado.

, Guardó el compás en la vitrina y después se situó de-^{ras}. del viejo y apoyó ambas manos en su cabeza. Permaneció así largo rato. Luego, con movimientos rápidos y se-^{fu}os, le pasó Jos dedos por los hombros y los brazos, se Plantó en seguida delante suyo y le rozó ligeramente el pecho y las piernas hasta llegar a los pies. Recitando una oración que en parte parecía una letanía religiosa y por otra un conjuro —sostenía que todo buen curandero sabe que catolicismo y espiritismo se complementan— le masajeó alternativamente la espalda y el pecho durante casi media hora. Para aliviar momentáneamente sus cansadas manos las agitaba de vez en cuando enérgicamente a su espalda, según decía para liberarse de la energía negativa que se acumulaba.

A fin de señalar el término de la primera parte del tratamiento dio tres patadas en el suelo con el pie derecho. Octavio se agitó incontrolablemente. Ella le sujetó la cabeza por detrás y presionó las palmas en sus sienes hasta que el hombre comenzó a respirar lenta y dificultosamente. Mercedes murmuró una oración, 'fije al altar y encendió una vela y luego un cigarro liado a mano que se puso a fumar con rápidas e iguales bocanadas.

—Debería haberme acostumbrado —dijo el hombre interrumpiendo el silencio.

Mercedes pareció sorprendida al oírle. Comenzó a toser hasta que le corrieron

lágrimas por las mejillas. Me pregunté si se habría tragado el humo accidentalmente. Octavio, sin fijarse en su tos, siguió hablando. —Te he dicho muchas veces que esté o no borracho siempre tengo el mismo sueño. Entro en mi choza que está vacía. Oigo el viento y veo sombras que se mueven por todas partes. Pero ya no hay perros que ladren a las sombras en el vacío. Despierto sintiendo una terrible tensión, como si alguien estuviera sentado sobre mi pecho y, cuando abro los ojos, veo las amarillas pupilas de un perro que se abren cada vez más hasta que me engullen.

Sus palabras siguieron vibrando en el aire. Aspiró con fuerza y miró en torno como si no supiera dónde se encontraba.

Mercedes dejó caer la colilla al suelo. Cogió la silla de Octavio por detrás y la hizo girar de modo que el hombre quedó sentado delante del altar. Con movimientos lentos e hipnóticos le masajó alrededor de los ojos.

Debí de quedarme dormida porque de pronto me encontré sola en la habitación. Inspeccioné rápidamente mi entorno. La vela que estaba sobre el altar casi se había consumido. Encima mío, en un rincón cerca del techo, se encontraba una mariposa del tamaño de un pajarillo. En sus alas tenía enormes círculos negros que se fijaban en mí como ojos curiosos.

Me volví al oír un repentino susurro. Mercedes estaba sentada en su silla junto al altar. Sofoqué un grito. Hubiera jurado que hacía un momento no se encontraba allí.

—No sabía que estuviera usted aquí —dijo—. Mire esa mariposa que tengo sobre la cabeza.

Busqué el insecto, pero había desaparecido.

Algo en su mirada me hizo estremecer.

—Estaba cansada y me dormí —le expliqué—. Ni siquiera me enteré de lo que le pasaba a Octavio Cantú.

—Viene a verme de vez en cuando —me dijo—. Me necesita como espiritista y curandera. Alivio la carga que agobia su alma.

Fue hacia el altar y encendió tres velas. A la fluctuante luz sus ojos tenían el color de las alas de la mariposa.

—Será mejor que te acuestes. No olvides que al amanecer saldremos de paseo.

Evidentemente había vuelto a dormirme más de la cuenta. Me vestí rápidamente y eché a correr por el pasillo. Abrí cuidadosamente la puerta procurando que no rechinaran los goznes y fui de puntillas a la hamaca.

—¿Está despierta? —susurré apartando la gasa de la mosquitera—. ¿Aún quiere salir de paseo?

Aunque abrió los ojos inmediatamente no estaba del todo despierta. Siguió mirando hacia adelante.

—Si —respondió por fin con voz ronca.

Apartó totalmente la red, se aclaró la garganta, escupió en el cubo que había en el suelo y luego se hizo a un lado para dejarme sitio en la hamaca.

—Me alegro de que te acuerdes de nuestro paseo —murmuró mientras se persignaba.

Cerró los ojos, unió las manos y rezó a la Virgen y a todos los santos del cielo agradeciéndoles uno por uno la guía y la ayuda que le prestaban con sus pacientes y pidiéndoles perdón.

¿Por qué les pide perdón? —le pregunté cuando hubo acabado sus extrañas plegarias.

Mira las líneas de mis manos —dijo poniéndolas boca arriba en mi regazo.

Con el dedo índice reseguí la V claramente dibujada en su mano izquierda y la M que parecía grabada a fuego en la derecha.

—La V representa la vida; la M, la muerte —explicó pronunciando las palabras con intencionada precisión—. Nací dotada de la facultad de sanar y dañar.

Levantó las manos de mi regazo y las agitó como si pretendiese borrar las palabras que había pronunciado. Miró en torno y sacó cuidadosamente las delgadas y descarnadas piernas de la hamaca, calzándose los gastados zapatos en los que sobresalían los pulgares. Mientras ordenaba la negra falda y la blusa con que había dormido, sus ojos chispeaban divertidos.

Se cogió de mi brazo y salimos de la habitación.

—Antes de que salgamos de paseo voy a enseñarte algo —dijo dirigiéndose a su sala de consulta.

Una vez allí fue directamente hacia el gran altar totalmente cubierto de cera derretida que, según decía, procedía de una sola vela encendida por su tatarabuela que también había sido curandera.

Pasó suavemente la mano por la superficie brillante, casi transparente.

—Fíjate en la cera negra que aparece entre las rayas multicolores —me instó—. Ésa es la prueba de que las brujas encienden una vela negra cuando usan sus poderes para dañar.

Entre las franjas de color aparecían infinitas rayas de cera negra.

—Las más próximas a la parte superior son mías —dijo—. Las verdaderas curanderas son también brujas —añadió con extraño orgullo.

Por un instante sus labios se distendieron en una sonrisa. Luego siguió diciendo que no sólo era famosa en toda aquella región sino que ¡a gente acudía a verla desde Caracas, Maracaibo, Mérida y Cumaná, y que también era conocida en el extranjero: en Trinidad, Cuba, Colombia, Brasil y Haití. En algún lugar de la casa había fotos que demostraban que habían acudido a ella ministros de Estado, embajadores e incluso un obispo.

Me miró con aire enigmático y se encogió de hombros.

—Mi buena suerte y mi fortaleza eran entonces incomparables —dijo—, pero las he perdido y ahora sólo puedo curar. —Sonrió ampliamente y sus ojos brillaron burlones—. ¿Cómo van tus trabajos? —preguntó con la inocente curiosidad de una criatura. Sin darme tiempo a asimilar el repentino giro de la conversación añadió—: Por muchos curanderos y pacientes que entrevistes, de ese modo nunca aprenderás: una verdadera curandera debe ser primero médium y espiritista y luego bruja.

Una encantadora sonrisa iluminó su rostro.

—Espero que no te disgustes demasiado si un día de éstos quemó tus cuadernos —dijo sin darle importancia—. Estás perdiendo el tiempo con esas tonterías.

Me sentí muy alarmada: no aceptaba de buen grado la perspectiva de ver mis trabajos condenados al fuego.

—¿Sabes lo que es más interesante? —me preguntó. Y acto seguido ella misma respondió a su pregunta—. Todo cuanto trasciende el aspecto superficial de la curación. Las cosas que no se pueden explicar sino experimentar. Muchos han observado a los curanderos creyendo que estudiándolos e interrogándolos podrían entender lo que hacen médiums, brujos y curanderos. No hay modo de discutir con ellos y es mucho más fácil dejarlos que hagan lo que quieran.

»En tu caso no es lo mismo —prosiguió—. No puedo permitir que pierdas el tiempo. De modo que en lugar de actuar como lo haces estudiando a los curanderos, te dedicarás a llamar al espíritu de mi antepasada todas las noches en el patio de esta casa. Y de eso no podrás tomar notas porque los espíritus cuentan el tiempo de modo distinto. Ya lo verás. Tratar con espíritus es como entrar dentro de 3a tierra.

El recuerdo de la mujer que había visto en el patio me inquietó terriblemente. Sentí deseos de abandonar en seguida mis investigaciones, olvidar los planes de Florinda y huir de allí.

De pronto doña Mercedes se echó a reír con una gran carcajada que disipó mis temores.

—¡Deberías ver qué cara has puesto! —exclamó—. Estás a punto de desmayarte. Entre otras cosas, eres una cobarde.

Pese a su tono seco y burlón, su sonrisa reflejaba afecto y simpatía.

—No debo obligarte, así que te facilitaré algo que te gustará, algo que tiene más valor que tus planes de estudio. Te dejaré que eches un vistazo en la vida de algunas personas que escogeré previamente. Les pediré que te cuenten historias que traten del destino, la felicidad y el amor. —Acercó su cara a la mía y con un suave susurro añadió—: Historias sobre fortaleza y debilidad, ése será el regalo que te haré para complacerte.

Se cogió de mi brazo y me condujo al exterior.

—Vamos a dar nuestro paseo —dijo.

Nuestros pasos resonaron en la silenciosa calle flanqueada por las altas aceras de hormigón. **Con** un débil

murmullo, sin duda temiendo despertar a la gente que dormía dentro de las casas por las que pasábamos, Mercedes me explicó que, cuando era joven, su casa, la mayor de la calle, se encontraba aislada, en lo que entonces se consideraban las afueras del pueblo.

—Pero ahora —añadió abarcando cuanto nos rodeaba con un amplio ademán— parece como si viviese en el centro.

Fuimos a parar a la calle mayor y desde ella llegamos a la plaza y nos sentamos en un banco frente a una estatua ecuestre de Bolívar. El ayuntamiento se encontraba en un lado y la iglesia, con su campanario, en el otro. Muchos edificios originales habían sido derribados y sustituidos por estructuras de formas cúbicas. Sin embargo, las casas antiguas que aún seguían en pie, con sus rejas forjadas, sus techos de tejas rojas que el tiempo había agrisado y sus amplios aleros que desviaban las salpicaduras de la lluvia de los muros pintados en tonos alegres, conferían al centro un inconfundible aspecto colonial.

—Este pueblo no es el mismo desde que instalaron el reloj del ayuntamiento —observó pensativa.

Me explicó que durante mucho tiempo, como se protestase contra la Uegada del progreso, el reloj estuvo parado a las dos. El farmacéutico de la localidad se preocupó de hacerlo arreglar e inmediatamente, como conjurados por un acto de magia, aparecieron en las calles los postes de electricidad y los aparatos de riego artificial para mantener el césped en buenas condiciones durante todo el año. Y casi inmediatamente brotaron por doquier los centros industriales.

Se detuvo un instante para cobrar aliento y luego señaló las colinas cubiertas de chabolas que rodeaban el pueblo.

—Y así nacieron los barrios de chabolas —añadió.

Se levantó y anduvimos hasta el final de la calle principal donde arrancaban las colinas. Chozas formadas de chapa ondulada, cajones y cajas de cartón se sostenían precariamente en las pronunciadas laderas. Los habitantes de las chabolas más próximas a las calles de la ciudad habían empalmado audazmente la electricidad de los postes de iluminación en sus viviendas, camuflando toscamente los cables con cintas de colores. Giramos por una calle lateral, llegamos a una avenida y por fin seguimos un estrecho sendero que se remontaba serpenteante hacia la única colina que aún no había sido ocupada por los intrusos.

El aire todavía húmedo por el rocío nocturno olía a romero. Subimos la colina, casi hasta la cumbre, donde crecía un solitario samán. Nos sentamos en el húmedo suelo, alfombrado de pequeñas margaritas amarillas.

—¿Oyes el ruido del mar? —me preguntó.

La débil brisa que se filtraba por la densa copa del árbol desprendía una lluvia de florecillas doradas que se posaban en sus cabellos y en sus hombros como mariposas. Una gran calma le inundaba el rostro. Tenía la boca entreabierta mostrando sus escasos dientes, amarillentos por el tabaco y la edad.

—¿Oyes el ruido del mar? —repitió volviendo hacia mí sus ojos soñadores y algo empañados.

Le dije que el mar estaba demasiado lejos, detrás de las montañas.

—Sé que el mar está lejos —dijo dulcemente—, pero a estas horas tempranas, cuando el pueblo aún duerme, el viento siempre me trae el ruido de las olas.

Cerró los ojos y se recostó contra el árbol, como si durmiera.

La calma matinal se vio alterada por el ruido de un camión que se abría paso por una callejuela estrecha, a mis pies.

Me pregunté si sería el panadero portugués que repartía sus panecillos recién salidos del horno o la policía que recogía a los borrachos de la noche anterior.

—Ve a ver quién es —ordenó.

Anduve unos pasos sendero abajo y vi a un anciano que salía de un camión verde que

había estacionado al pie de la colina. La chaqueta le flotaba sobre los encorvados hombros y se cubría la cabeza con un sombrero de paja. Al advertir que era observado miró hacia arriba y agitó su bastón en el aire saludándome, Le devolví el saludo.

—Es el viejo que trataste anoche —le dije.

—¡Qué casualidad! —murmuró—. ¡Llámalo! Dile que suba, que quiero verlo. Ahora empezarás a recibir mi regalo.

Bajé hasta donde había aparcado el camión y le pedí que me acompañase arriba de la colina. Me siguió sin decir palabra.

—y no hay perros —le dijo a Mercedes a modo de saludo, sentándose a su lado.

a contarte un secreto, musíua —dijo indicándome^c que me sentara frente a ella—. Soy médium, bruja curandera. De las tres especialidades prefiero la se-?~"a¹ porque las brujas tenemos una manera especial comprender los misterios del destino. ¿Por qué algunos se enriquecen, tienen éxito y son dichosos mientras que otros solo encuentran trabajos y sinsabores en su vida? Lo que decide tales cosas no es lo que tú llamas destino sino algo más misterioso, que sólo las brujas conocen.

Sus rasgos se tensaron un instante con una expresión que no logré discernir. Se volvió hacia Octavio Cantú.

—Algunos dicen que cuando nacemos ya tenemos establecido nuestro sino; otros pretenden que formamos nuestro destino con nuestros actos. Las brujas decimos que no es nada de eso sino algo que nos atrapa como los celadores capturan a los perros. El secreto consiste en saber si estamos o no dispuestos a ser atrapados.

Dirigió su mirada hacia el este, al sol que surgía entre las lejanas montañas. Al cabo de un momento se enfrentó de nuevo al anciano. Sus ojos parecían haber absorbido el resplandor solar porque brillaban como si estuvieran impregnados de fuego.

—Octavio Cantú vendrá a casa a someterse a una serie de sesiones —dijo—, y te irá contando una historia que te demostrará cuan unidos están el azar y la existencia, y que hay cosas que sólo las brujas sabemos unir.

Octavio hizo una señal de asentimiento y un conato de sonrisas entreabrió sus labios. Su rala barba era tan blanca como los cabellos que asomaban bajo el sombrero de paja-

Octavio acudió a casa de doña Mercedes ocho veces. Al parecer desde que era joven le trataba periódicamente. Además de sus años y de su decadencia, era alcohólico. Sin embargo, según manifestaba doña Mercedes, todas sus dolencias procedían del espíritu y necesitaba conjuros en lugar de medicinas.

Al principio apenas me hablaba, pero luego comenzó a franquearse conmigo, quizá porque sentía más confianza, y pasamos largas horas hablando de su vida. Al comenzar cada sesión parecía sucumbir invariablemente a la desesperación, la soledad y las sospechas. Quería saber por qué me interesaba conocer su vida. Pero siempre acababa controlándose y recobrando su aplomo y durante el resto de la sesión, ya fuese de una hora o durase toda la tarde, nos hablaba de sí mismo como si se tratase de otra persona.

Octavio apartó a un lado el cartón y cruzó la abertura que servía de puerta a la chabola. El interior estaba oscu-

ro y el ocre olor a humo de los rescoldos del hogar de piedra le escoció los ojos. Los apretó con fuerza y anduvo a tientas por la oscuridad tropezando con algunas latas y golpeándose la espinilla en un cajón de madera.

—¡Maldita sea! —masculló.

Se sentó un momento en un trozo de suelo que estaba libre y se frotó la pierna. En el extremo más alejado de la miserable vivienda, el viejo dormía en el raído asiento posterior de un coche que alguien habría abandonado. Lentamente, evitando los cajones, cuerdas, andrajos y cajas diseminadas por el suelo, Octavio se acercó al hombre.

Encendió una cerilla. A la escasa iluminación el anciano parecía muerto. La oscilación de su pecho era tan leve que apenas se diría que respiraba. Sus pronunciados pómulos sobresalían en el rostro negro y demacrado. Llevaba enrollados hasta las pantorrillas los rotos y sucios pantalones y la camisa caqui de manga larga estaba abrochada hasta el arrugado cuello.

—¡Víctor Julio! —exclamó Octavio sacudiéndole enérgicamente—. ¡Despierta, viejo! Víctor Julio abrió un momento los temblorosos y arrugados párpados mostrando únicamente el descolorido blanco de los ojos y volviendo a cerrarlos de nuevo.

—¡Despierta! —exclamó Octavio exasperado.

Cogió el sombrero de paja de ala estrecha que estaba en el suelo y se lo puso bruscamente sobre los despeinados cabellos blancos.

—¿Quién diablos eres? —gruñó Víctor Julio—. ¿Qué es toque quieres?

—Soy Octavio Cantú, el alcalde me ha nombrado tu ayudante —explicó dándose importancia.

El hombre se incorporó en la silla con aire inseguro.

—¿Ayudante? No necesito ayuda.

Se puso los zapatos viejos sin cordones y anduvo a tientas por la oscura habitación hasta encontrar la linterna de gasolina. La encendió, se restregó los ojos para acabar de despertarse y parpadeó repetidas veces mirando con detenimiento al joven.

Octavio Cantú era de estatura media y fuerte musculatura que se adivinaba bajo la chaqueta de un azul descolorido que llevaba desabrochada. Sus pantalones, que parecían demasiado grandes para él, se abolsaban sobre sus botas nuevas y relucientes. Víctor Julio se rió entre dientes preguntándose si las habría robado.

Así que tú eres el nuevo —dijo con voz desapacible mientras trataba de decidir el color de sus ojos que pro-

tegía con un gorro rojo de béisbol. Eran ojos de furtiva mirada, color de tierra húmeda. Víctor Julio pensó que

aquel joven tenía un aspecto decididamente sospechoso—. No te había visto nunca por aquí —dijo—. ¿De dónde vienes?

—De Paraguaná —repuso secamente—, Hace algún tiempo que estoy por aquí. Nos hemos visto varias veces en la plaza.

—Paraguaná —repitió, soñador, el viejo—. He visto las dunas arenosas de Paraguaná.

Movió la cabeza y le interpeló en tono severo: —¿Qué haces en este lugar dejado de la mano de Dios? ¿No sabes que en este pueblo no hay futuro? ¿No has visto que la gente joven emigra a las ciudades?

—Todo cambiará —declaró Octavio deseoso de desviar la conversación hacia otros temas menos personales—. Este pueblo prosperará. Los extranjeros han comprado los bosques de cacao y los campos de azúcar de caña y van a construir fábricas. La gente acudirá aquí en tropel. Habrá muchas oportunidades de enriquecerse. Víctor Julio se retorció de risa.

—Las fábricas no son para gente como nosotros. Si te quedas por aquí, acabarás como yo. —Le puso la mano en el brazo—, Sé por qué estás tan lejos de Paraguaná. Huyes de algo, ¿verdad? —preguntó mirando con fijeza a los ojos del inquieto muchacho.

—¿Y qué si es así? —repuso Octavio revolviéndose incómodo.

Estaba seguro de no haber dicho nada a nadie. No le conocían en el pueblo y, sin embargo, algo en los ojos del viejo le acobardaba.

—Tuve problemas allí —respondió evasivo. Víctor Julio fue hacia la puerta de la chabola arrastrando los pies, cogió un saco de arpillera que colgaba de un clavo oxidado y sacó de su interior una botella de ron barato. Sus manos surcadas de pronunciadas venas se agitaban incontrolablemente mientras descorchaba la botella. Bebió repetidas veces mientras el líquido ambarino se escurría por las comisuras de la barba.

—Hay mucho que hacer —dijo Octavio—. Sería conveniente que nos pusiéramos en marcha.

—Yo era tan joven como tú cuando otro alcalde me designó como ayudante de un viejo —recordó Víctor Julio—. También era fuerte y con ganas de trabajar. Y mírame ahora. El ron ni siquiera me abrasa el cuello. Se agachó y buscó su bastón de paseo. —Este bastón era de aquel viejo. Me lo dio antes de morir. —Le mostró el oscuro y pulido palo—. Es de madera dura de la jungla del Amazonas. No se romperá nunca.

Octavio miró brevemente el bastón y luego preguntó con impaciencia:

—¿Está aquí todo lo que necesitamos o tendremos que ir a buscarlo?

El viejo sonrió.

—La carne está en adobo desde ayer. Ya debe de estar a punto. Se encuentra afuera, detrás de la choza, en un bidón.

—¿Me enseñarás a prepararla? —preguntó Octavio.

Víctor Julio se echó a reír. Le faltaban todos los dientes. Las muelas amarillas que le quedaban parecían dos columnas en su boca cavernosa.

—En realidad, no hay nada que enseñar —dijo entre risas—. Cuando tengo que preparar la carne voy a la farmacia. El farmacéutico mezcla el ablandador de la carne de buey. Es casi como un escabeche.

Distendió los labios en una amplia sonrisa.

—La carne me la dan en la carnicería como obsequio del alcalde —bebió otro trago de la botella—. El ron me ayuda a prepararme. —Se frotó la seca barbilla—, Los perros me darán alcance algún día —murmuró entre dientes. Tendió la botella semivacia a Octavio—. Será mejor que tomes también un trago.

—No, gracias —rechazó cortésmente Octavio—. No me gusta beber con el estómago vacío.

Víctor Julio abrió la boca disponiéndose a decir algo, pero cambió de idea. Cogió el bastón de paseo y su saco de arpillera e hizo señas a Octavio para que saliese. Se quedó absorto un instante contemplando el cielo. Reinaba una luz indefinida, la extraña claridad grisácea y opresiva que precede al amanecer. A lo lejos se oyó ladrar un perro.

—Ahí está la carne —dijo señalando con la barbilla un bidón apoyado en el tronco de un árbol. Tendió a Octavio un manojo de cuerdas—. Te será más fácil llevarlo si te lo atas en la espalda.

Octavio aseguró las cuerdas en torno al bidón, se lo cargó en la espalda y después cruzó los extremos sobre el pecho y se ató la cuerda en el vientre.

¿Es todo cuanto necesitamos? —preguntó evitando mirar al viejo.

En el saco llevo más cuerdas y una lata de petróleo. Uno tras otro siguieron el canal seco que cruzaba el cañaveral. Reinaba un gran silencio, únicamente interrumpió por el canto de los grillos y el rumor de la brisa que atravesaba las hojas. Víctor Julio respiraba con dificultad, el pecho y se sentía tan fatigado que gustosamente se había tendido en el duro suelo. Con frecuencia se volvía a mirar su chabola en la distancia, movido por un extraño presentimiento. Intuía que el final estaba próximo. Hacía mucho tiempo que comprendía que era demasiado viejo y débil para hacer el trabajo que le habían asignado. No les costaría mucho sustituirlo.

—¡Vamos! —exclamó Octavio impaciente—. Se hace tarde.

El pueblo aún estaba dormido. Sólo algunas ancianas se dirigían a la iglesia. Cubrían sus cabezas con oscuros velos y pasaban apresuradamente por su lado sin devolverles el saludo. En las estrechas aceras de hormigón, al amparo de las silenciosas viviendas, perros huesudos de aspecto enfermizo se enroscaban ante las puertas.

Siguiendo las instrucciones de Víctor Julio, Octavio depositó el bidón en el suelo y abrió la tapa hermética. Utilizando las largas tenazas de madera que extrajo de su saco, el viejo fue extrayendo pedazos de carne del bidón. Y mientras Octavio y él avanzaban lentamente hacia el pueblo alimentando a todos los perros vagabundos que encontraban en su camino, los animales hambrientos devoraban el fatal alimento meneando el rabo.

—¡Los perros se alimentarán de ti en el infierno! —gritó una mujer gruesa antes de cruzar la gran puerta de madera de la antigua iglesia colonial que estaba al otro extremo de la plaza.

—Este año no habrá rabia —gritó a su vez Víctor Julio enjugándose la nariz en la manga de la camisa—. Todos éstos ya se alimentan para siempre.

—He contado diecisiete —se lamentó Octavio irguiendo la dolorida espalda—. Son muchos para cargar con ellos.

—El mayor de todos no tendremos que llevarlo —dijo Víctor Julio con una sonrisa

sinistra que le desfiguraba el rostro—. Hay un perro que no morirá en la calle.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Octavio haciendo girar su gorra roja de béisbol con expresión sorprendida— Víctor Julio achicó los ojos, sus pupilas brillaron con una luz maligna y su delgado cuerpo se estremeció regodeándose por anticipado.

—Estoy excitadísimo. Voy a acabar con el pastor alemán negro del tendero libanes.

—¡No puedes hacer eso! —protestó Octavio—. ¡No es un perro vagabundo! Está sano y se alimenta bien. El alcalde dijo que sólo los perros vagabundos y enfermos— Víctor Julio juró en voz alta y miró a su ayudante con expresión maligna. Estaba seguro de que aquélla era la última ocasión que tendría de acceso al veneno. Si no era Octavio, sería otra persona la que se encargaría de dar cuenta de los perros al concluir la próxima estación seca. Comprendía que el joven no quisiese causar problemas en el pueblo, pero aquello no le importaba. Deseaba matar al perro del libanes desde que le mordió y aquélla era su última oportunidad.

—Ese perro está entrenado para atacar —dijo Víctor Julio— Cada vez que está suelto muerde a alguien. A mi me mordió hace unos meses.

Levantó la pernera del pantalón y le mostró la pierna.

—Mira la cicatriz que me hizo —murmuró enojado frotando una señal morada que tenía en la pantorrilla—. El libanes ni siquiera se molestó en llevarme a un médico. ¿Y si el perro tiene la rabia?

—No la tiene y no puedes matarlo —insistió Octavio—. Ese perro no va por las calles y tiene dueño. —Miró suplicante al anciano—. Sólo vas a buscarte problemas.

—¿A ti qué te importa? —repuso beligerante el anciano—. Odio a ese animal y no tendré otra oportunidad de matarlo. —Se echó el saco al hombro—. Anda, vamos.

Octavio le siguió de mata gana por una callejuela lateral que conducía a las afueras. Se detuvieron frente a una casa grande, estucada en verde.

—El perro debe de estar en la parte de atrás —dijo Víctor Julio—. Vamos a echar una mirada.

Rodearon el muro de piedra que cercaba el patio sin descubrir ni rastro del animal.

—Será mejor que nos vayamos —susurró Octavio—. Seguro que duerme dentro de la casa.

—Lo haré salir —dijo el viejo arrastrando su bastón de paseo por la pared.

Los fuertes ladridos del animal interrumpieron la tranquilidad matinal. El viejo, excitado, daba saltos junto al muro blandiendo el bastón por los aires, sobre su cabeza.

—Dame el resto de la carne —ordenó.

Octavio soltó a regañadientes las cuerdas de su pecho y dejó el bidón en el suelo. El viejo recogió los últimos pedazos de carne con las tenazas de madera y los echó por encima de la pared.

—¿Oyes cómo se traga la carne envenenada? —preguntó jubiloso—. Esa bestia malvada está tan hambrienta como las demás.

—¡Vámonos en seguida! —susurró Octavio cargando el bidón en su espalda.

., —¡No hay prisa! —rió Víctor Julio con sensación de Júbilo buscando algo en qué encaramarse.

—¡Vámonos! —insistió Octavio—. Nos van a descubrir. —No podrán —le aseguró tranquilamente Víctor Julio subiéndose sobre un inseguro cajón de madera que había apoyado contra el muro.

Se puso de puntillas y miró al furibundo perro. El animal ladraba rabiosamente escupiendo espuma y sangre, esforzándose por liberarse de algo que se le había quedado atravesado en la garganta. Las patas le quedaron rígidas y se derrumbó agitado por violentos espasmos. Víctor Julio se estremeció.

—Es difícil morir —murmuró bajando del cajón. Na sentía ninguna satisfacción por haber matado al pastor alemán del libanes. Durante todos aquellos años en que se había dedicado a envenenar perros siempre había procurado no verlos morir: nunca había disfrutado matando a los animales vagabundos del pueblo, pero aquél había sido el único trabajo que pudo conseguir.

De pronto le invadió un vago temor. Miró arriba y abajo por la desierta calle. Dobló hacia atrás el pulgar de la mano izquierda y asió el bastón entre el dedo y la muñeca. Con el brazo extendido movió el bastón hacia atrás y hacia adelante con tal rapidez que pareció sostenerse en los aires.

—¿Qué truco es ése? —preguntó Octavio observándole como hipnotizado.

—No es un truco sino un arte. Es lo que mejor hago —le explicó tristemente Víctor Julio—. Durante la mañana y la tarde entretengo a los pequeños en la plaza con mi bastón bailarín. Algunos niños son amigos míos —le tendió el bastón—. Inténtalo. Mira si puedes hacerlo.

Víctor Julio se echó a reír ante los torpes intentos de Octavio por sostener el bastón adecuadamente.

—Cuesta años de práctica —dijo el viejo—. Tienes que ejercitar el pulgar a fin de tensarlo hacia atrás hasta que toque la muñeca a fin de mover el brazo con mayor rapidez para que el palo no tenga tiempo de caer al suelo. Octavio le devolvió el bastón.

—Será mejor que vayamos a recoger a los perros —exclamó sorprendido por el repentino resplandor matinal y por las manchas que como llamaradas aparecían por el este.

—¡Víctor Julio, espérame! —exclamó una chiquilla detrás de ellos.

Una niña de seis años, descalza y con los enmarañados cabellos negros recogidos, llegó corriendo a su lado.

—¡Mira lo que me ha regalado mi tía! —dijo mostrándole un cachorro de pastor alemán que llevaba en bra-

zos—. Lo he bautizado con el nombre de Mariposa, ¿verdad que lo parece?

Víctor Manuel se sentó en el arcén y la niña se puso a su lado y dejó el lindo y regordete animal en el regazo del viejo. Éste acarició distraídamente la piel negra con manchas amarillas.

—Enséñale a Mariposa cómo haces bailar tu bastón —le rogó la niña.

Víctor Julio dejó el perro en el suelo y sacó la botella de ron del bolsillo. Vació el contenido de un trago y luego echó la botella en el saco. Su expresión era desolada viendo el rostro sonriente de la pequeña. Pensó que pronto crecería y ya no se sentaría a su lado bajo los árboles ni le ayudaría a llenar los cubos de basura de hojas creyendo que por la noche se volverían de oro. Se preguntó si también ella se burlaría de él y le insultaría como hacían la mayoría de niños mayores. Apretó con fuerza los ojos.

—Veremos si el palo tiene ganas de bailar —murmuró; se frotó las doloridas rodillas y se levantó.

Octavio y la niña observaron hipnotizados el palo que parecía bailar por sí solo, animado por los rápidos y graciosos movimientos del brazo de Víctor Julio, por los rítmicos golpes que daba con el pie y por la ronca y melodiosa voz con que acompañaba el juego entonando una canción infantil.

Octavio dejó el bidón en el suelo y se sentó encima para admirar la habilidad del viejo. Víctor Julio interrumpió su canción a media frase y el bastón le cayó en el suelo. Con sorpresa y horror vio que el cachorro lamía el jugo de la carne envenenada que goteaba del bidón.

La niña cogió el bastón, acarició su puño finamente tallado y se lo entregó a Víctor Julio.

—Nunca se te había caído —observó preocupada—. ¿Estará el palo cansado?

El viejo puso la mano temblorosa en la cabeza de la niña tirando suavemente de su cola de caballo.

—Me llevaré a Mariposa a dar un paseo —dijo—. Vete a la cama antes de que tu madre descubra que has salido. Mañana te veré en la plaza y recogeremos hojas.

Cogió el cachorro en brazos e hizo señas a Octavio para que le siguiera.

Los perros vagabundos ya no se enroscaban frente a las puertas sino que estaban rígidos y con las patas extendidas. Sus ojos vidriados miraban sin ver en el espacio. Octavio los fue atando de dos en dos con las cuerdas que Julio llevaba en su saco.

Mariposa se agitó convulsivamente y lanzó un chorro de sangre en los pantalones del

viejo que movió la cabeza desesperado.

—¿Qué le diré a la niña? —murmuró atando el cachorro con los demás.

Hicieron dos viajes para arrastrar a los perros muertos hasta las afueras del pueblo pasando por delante de la casa del libanes y por los campos desiertos y echándolos después en un barranco agostado. Víctor Julio los cubrió con una capa de hojas secas que luego empapó con la lata de petróleo que llevaba consigo y les prendió fuego.

Los perros ardieron lentamente, impregnando el aire de olor a piel y carne quemada.

Jadeantes, con las gargantas irritadas por el humo y el polvo, los dos hombres salieron del barranco. Unos pasos más allá se dejaron caer a la sombra de una acacia llena de flores rojas.

Víctor Julio se tendió en el suelo aún frío por el relente nocturno. Le temblaban las manos que sostenían el bastón sobre su estómago. Cerró los ojos y trató de normalizar su respiración, esperando disipar el dolor que le oprimía el pecho. Anheló quedarse dormido, perderse entre sueños.

—Tengo que irme —dijo Octavio al cabo de un rato—. He de hacer otras cosas.

—¡Quédate conmigo! —rogó el anciano—. He de decirle a la niña lo que le ha sucedido al perro. —Se sentó y miró implorante a Octavio—. Tú podrás ayudarme. Los niños me temen en seguida. Ella es una de las pocas criaturas que siguen siendo mis amigos.

El triste vacío de la voz de Víctor Julio asustó a Octavio. Se recostó contra el tronco del árbol y cerró los ojos. No podía soportar ver reflejados el miedo y la soledad en el rostro del viejo.

—Acompáñame a la plaza. Les diremos a todos que tú vas a sustituirme —le rogó Víctor Julio.

—No voy a quedarme en este pueblo —dijo Octavio frunciendo el entrecejo—. No me gusta eso de matar perros.

—No se trata de que te guste o no —observó Víctor Julio—. Es cosa del destino. —Sonrió anhelante y dejó errar su mirada en dirección al pueblo—. ¿Quién sabe? Acaso tendrás que quedarte aquí para siempre —murmuró cerrando de nuevo los ojos.

El silencio fue interrumpido por unas voces airadas. Por la carretera se acercaba un grupo de muchachos encabezados por el primogénito del libanés que se detuvieron a pocos pasos de los hombres.

—¡Mataste a mi perro! —siseó el libanés con ira, y acto seguido escupió en el suelo a pocos pasos de Víctor Julio.

El viejo se levantó y se apoyó en su bastón.

—¿Qué te hace pensar que fui yo? —preguntó tratando de ganar tiempo.

Le temblaban las manos incontrolablemente mientras buscaba la botella de ron en su saco. Miró la botella vacía, sin comprender: no recordaba haber bebido el último trago.

—¡Mataste al perro! —repitieron los chicos como una cantinela—. ¡Mataste al perro!

Y le insultaron y azuzaron tratando de quitarle el bastón y el saco.

Víctor Julio retrocedió unos pasos blandiendo ciegameamente el bastón contra ellos.

—¡Dejadme en paz! —gritó con los labios temblorosos.

Momentáneamente sorprendidos por su ira, los niños se quedaron inmóviles. De pronto, como si acabaran de advertir que el viejo no estaba solo, se volvieron hacia Octavio.

—Y tú, ¿quién eres? —gritó uno de ellos.

Y miraban a uno y a otro, acaso midiendo las consecuencias de tener que enfrentarse a ambos.

—¿Estás con el viejo? ¿Eres su ayudante?

En lugar de responder, Octavio hizo restallar la cuerda sobre su cabeza, azotándolos con ella como si fuera un látigo.

Entre risas y gritos los niños esquivaban los acertados golpes, pero cuando varios de ellos fueron alcanzados por la cuerda, no sólo en pantorrillas y muslos sino también en hombros y brazos, retrocedieron y echaron a correr tras Víctor Julio que entretanto había huido en dirección al barranco donde todavía ardían los perros.

El viejo volvió la cabeza y el terror dilató sus pupilas' oí verse acosado por los niños. Ya no parecían seres hu-manos sino una manada de perros ladrando. Intentó correr con más fuerza, pero el dolor que sentía en el pecho se lo impedía.

Los niños le acosaron y le lanzaron chinias, mas cuando el libanés se atrevió a tirarle una piedra más grande los demás, deseando superarse, escogieron otras aún mayores. Una de ellas acertó a Víctor Julio en la cabeza. El hombre se tambaleó, se le nubló la visión y perdió el equilibrio cayendo por el precipicio.

El viento se llevó el grito del viejo por el barranco.

Jadeantes, con los rostros sucios de polvo y sudor, los niños se miraran unos a otros y, como si alguien hubiera dado una señal, se escabulleron en todas direcciones. Octavio bajó corriendo la pronunciada cuesta hasta el cuerpo inerte de Víctor Julio. Se arrodilló a su lado y le sacudió enérgicamente, El viejo abrió los ojos. Respiraba con dificultad y se expresaba con débil y desmayada voz.

—Sabía que el final estaba próximo, pero creí que sólo sería el fin de mi trabajo. Nunca se me ocurrió que fuese de este modo.

En sus pupilas brillaba un extraño resplandor mientras miraba los ojos de su ayudante. Lentamente se apagó aquella luz-Octavio le sacudió frenéticamente. —¡Jesús! ¡Ha muerto! —murmuró.

Hizo la señal de la cruz y levantó su sudoroso rostro hacia el cielo, Pese al cegador brillo del sol se distinguía claramente el disco pálido de la luna.

Quiso rezar, pero no se le ocurrió ni una sola oración. Sólo se representaba mentalmente la imagen de una legión de perros persiguiendo al viejo por los campos.

Sintió que se le enfriaban las manos y comenzó a temblar. Pensó que, si volvía a escapar a otro pueblo sospecharían que él había matado a Víctor Julio. Decidió que sería mejor permanecer allí algún tiempo, hasta que las cosas se aclarasen.

Durante largo rato estuvo mirando al hombre muerto. Luego, instintivamente recogió el bastón del suelo. Lo acarició y frotó el puño delicadamente tallado contra su mejilla izquierda. Le parecía como si siempre le hubiese pertenecido. Se preguntó si alguna vez sería capaz de hacerlo bailar.

Octavio Cantú se había sometido a la última sesión de la temporada. Se puso el sombrero y se levantó de la silla. Advertí que los años le habían hundido el pecho y consumido los músculos de los brazos. Su descolorida chaqueta era varias tallas mayor y en su bolsillo abultaba una gran botella de ron.

—Siempre pasa lo mismo, cuando acabo el tratamiento se queda dormida —susurró observando a Mercedes con sus hundidos y pálidos ojos—. Hoy he hablado demasiado, ¿verdad? De todos modos no comprendo por qué se interesa por mí.

Una amplia sonrisa surcó su arrugado rostro mientras extendía su bastón entre el pulgar y la muñeca. Movié el brazo de acá para allá con tanta habilidad que el bastón pareció quedar suspendido en el aire. Salió de la habitación sin decir palabra.

—Doña Mercedes —llamé quedamente volviéndome hacia ella—. ¿Está despierta?

Mercedes asintió.

—Siempre estoy despierta. Incluso cuando duermo

—dijo dulcemente—. De ese modo trato de estar atenta a cuanto me rodea.

Le dije que desde que comencé mis conversaciones me habían estado atormentando persistentes y profundas dudas. ¿Podía haber evitado Octavio sustituir a Víctor Julio? ¿Por qué había repetido su existencia de un modo tan absoluto?

—Son preguntas imposibles de contestar —respondió doña Mercedes—. Pero vamos a la cocina y pregúntaselo a Candelaria. Ella tiene más sentido común que nosotras. Yo soy demasiado vieja y tú excesivamente educada.

Me cogió del brazo y con una sonrisa radiante entramos en la cocina.

Candelaria estaba concentrada frotando el fondo de sus preciosos potes y cacerolas de acero inoxidable y no nos oyó llegar. Cuando doña Mercedes le dio un suave golpe-cito en el brazo lanzó un grito de sorpresa.

Candelaria era alta, de hombros caídos y amplias caderas. No lograba aventurar qué

edad tendría: podía encontrarse entre los treinta o los cincuenta años. Estaba llena de pequeñas pecas tan uniformemente distribuidas que parecían pintadas, se teñía los oscuros y rizados cabellos de un tono zanahoria y vestía géneros estampados de algodón de colores atrevidos.

—¿Qué pasa? ¿Qué hacías en la cocina? —preguntó con fingido enojo.

—La musíúa está obsesionada con Octavio Cantú —le explicó doña Mercedes.

—¡Dios mío! —exclamó Candelaria. Mi miró con auténtico asombro—. ¿Por qué él?

Desconcertada por su tono acusatorio le repetí las preguntas que acababa de formular a doña Mercedes.

Candelaria se echó a reír. Por un momento me había preocupado —dijo a doña Mercedes—. Los musíús son extraños. Recuerdo aquel musíú de Finlandia que acostumbraba a beberse un vaso de orines después de cenar para mantener su peso y la mujer que vino desde Noruega a pescar en el Caribe. Que yo sepa nunca pasó nada. Pero los dueños de las embarcaciones se peleaban por llevarla a la mar.

Las dos mujeres se sentaron en medio de risas estrepitosas.

—Nunca se sabe lo que piensan los musíús —prosiguió Candelaria—. Son capaces de todo.

Se rió con carcajadas cada vez más ruidosas y siguió fregando sus cacerolas.

—Parece que Candelaria ha hecho poco caso de tus preguntas —comentó doña Mercedes—. Personalmente considero que Octavio no podía dejar de seguir los pasos de Víctor Julio. Tenía muy poca fuerza. Ésa fue la razón de que quedara prendido en ese algo misterioso de que te hablé, algo más misterioso que el propio destino. Nosotros lo llamamos la sombra de la bruja.

—Octavio era joven y fuerte —dijo Candelaria de repente—. Pero estuvo demasiado tiempo a la sombra de Víctor Julio.

—¿Qué quiere decir? —le pregunté a doña Mercedes.

—Cuando la gente se está consumiendo, especialmente en el instante de su muerte, crean con ese algo misterioso un vínculo con otras personas, una especie de continuidad —explicó doña Mercedes—. Por eso los niños se parecen a sus padres. O los que cuidan a los viejos les siguen los pasos.

Candelaria intervino de nuevo.

—Octavio estuvo demasiado tiempo a la sombra de Víctor Julio y su sombra le dominó. Víctor Julio era débil, pero la forma en que murió hizo que su sombra se fortaleciese.

—¿Eso que llamas sombra es el alma? —pregunté a Candelaria.

—No, la sombra es algo que tenemos todos los seres humanos: algo más fuerte que el alma —repuso aparentemente molesta.

—Eso es, musíúa —dijo doña Mercedes—. Octavio estuvo demasiado vinculado a un punto en que el destino une las vidas. No tuvo la fuerza necesaria para evitarlo y, como dice Candelaria, la sombra de Víctor Julio le dominó. Porque todos tenemos una sombra fuerte o débil que podemos dar a quien queramos, odiamos o simplemente a aquel que esté disponible. Si no se la transmitimos a nadie, sigue flotando durante algún tiempo cuando nos morimos y luego se desvanece.

Mi mirada debió de reflejar incompreensión porque se echó a reír y añadió:

—Te he dicho que me gustan las brujas. Me agrada cómo explican las cosas aunque resulte difícil entenderlas.

—Octavio me necesita para que alivie su carga, cosa que consigo siempre con mis conjuros. Cree que si yo no interviniese se repetiría en él la existencia de Víctor Julio punto por punto.

—Es conveniente no permanecer demasiado tiempo a la sombra de alguien si no se desea seguir sus huellas —intervino bruscamente Candelaria.

Segunda parte

Esperaba oír los ruidos característicos de los miércoles por la mañana cuando Candelaria disponía de distinto modo los pesados muebles del salón y me preguntaba si habría

estado dormida mientras se producía semejante estrépito. Recorrí el silencioso pasillo hasta llegar al salón.

Rayos de luz se filtraban por las rendijas de los postigos que cubrían las dos ventanas que daban a la calle. La mesa del comedor con seis sillas, el oscuro sofá, los mullidos sillones, la mesita auxiliar de vidrio y los cuadros que exhibían reproducciones de paisajes bucólicos y escenas taurinas estaban exactamente igual a como Candelaria los dispusiera el miércoles anterior.

Salí al patio y la encontré semioculta tras un hibiscus. Se había recogido los rizados cabellos teñidos de rojo con enjoyadas peinetas y mostraba su rostro despejado. Unos aros de oro brillaban en sus orejas. Llevaba uñas y labios pintados de rojo encendido que armonizaban con su traje de algodón de vivos colores. Los grandes ojos, cuyos párpados jamás se abrían del todo, revelaban cierta irrealidad en contraposición con sus rasgos pronunciados y angulosos y sus modañes resueltos y casi bruscos.

—¿Cómo te has levantado tan temprano, musíua? —preguntó Candelaria.

Se levantó y se ordenó la amplia falda y el corpino escotado del vestido que revelaba generosamente gran parte de su abundante seno.

Esta mañana no te he oído mover los muebles ^—. ¿Vas a salir?

Se dirigió apresuradamente hacia la cocina sin respon-erme, golpeándose los talones con sus sandalias.

Hoy voy muy retrasada —declaró deteniéndose un instante para volver a ponerse la sandalia que se le había soltado.

—Ya verás como te pones al corriente —le dije—. Te ayudaré.

Encendí la leña del fogón y preparé la mesa con la vajilla descabalada de porcelana.

—Sólo son las siete y media —observé—. Únicamente llevas media hora de retraso.

Contrariamente a doña Mercedes, enemiga acérrima de someterse a horarios establecidos, Candelaria programaba el horario diario en tareas muy definidas. Aunque no nos sentábamos a la vez para comer juntas a horas concretas, Candelaria había establecido que el desayuno debía tomarse a las siete en punto. A las ocho estaba fregando los suelos y sacando el polvo de los muebles. Era muy alta y sólo tenía que estirar los brazos para limpiar las telarañas que se formaban en los rincones y en los dinteles de las puertas. Y, cuando llegaban las once de la mañana, la olla de caldo estaba hirviendo en el fuego.

En cuanto había concluido con todo aquello se dedicaba a sus flores. Regadera en mano iba arriba y abajo del patio cuidando amorosamente las plantas. A las dos en punto hacía la colada, aunque sólo tuviera que lavar una toalla. Cuando había concluido de planchar la ropa, leía novelas ilustradas. Por las tardes, recortaba ilustraciones de las revistas y las pegaba en álbumes fotográficos. —El padrino de Elio estuvo aquí anoche —susurró—, doña Mercedes y yo charlamos con él hasta el amanecer, —Cogió el maíz que había preparado la noche anterior y comenzó a amasar la blanca harina para preparar las tortitas que nos servían de desayuno—. Ahora debe de tener unos ochenta años y aún no ha superado la muerte de Elio. Lucas Núñez se considera culpable de la muerte del chico.

—¿Quién era Elio?—pregunté.

—El hijo de doña Mercedes —murmuró Candelaria conformando la pasta en redondas láminas—. Tenía sólo dieciocho años cuando murió trágicamente. Hace ya mucho tiempo de ello. —Apartó un mechón de cabellos detrás de la oreja y añadió—: Será mejor que no le digas que te he hablado de su hijo.

Puso las tortas en el grill], encendió el horno y me miró con sonrisa traviesa.

—No me crees, ¿verdad? —preguntó. Levantó la mano conminándome a guardar silencio—. Ahora tengo que preparar el café, ya sabes cómo se enfada doña Mercedes si no sale muy concentrado y dulce.

La miré suspicazmente. Sabía contarme las más descabelladas historias sobre la curandera, como en aquella ocasión en que me dijo que doña Mercedes había sido capturada durante la segunda guerra mundial por un grupo de nazis que la tuvieron presa en un submarino.

—Es una embustera —me dijo doña Mercedes en una ocasión confidencialmente—. Y

aunque diga la verdad, la exagera de tal modo que llega a parecer mentira.

Candelaria, despreocupándose totalmente de mi posible incredulidad, se enjugó la cara con el delantal que se había atado en el cuello y salió corriendo de la cocina.

—¡Vigflame el horno! —gritó desde el pasillo—. Voy atrasada en todo.

Hacia el mediodía Mercedes Peralta se despertó por fin al oír la habitual conmoción de los miércoles que efectuaba Candelaria, más ruidosa que de costumbre por causa de su apresuramiento.

Doña Mercedes se detuvo insegura en la puerta de su habitación, parpadeando para acostumbrarse a la claridad diurna. Se apoyó un instante en el marco de la puerta antes de decidirse a cruzar el pasillo.

Corrí a su lado y la cogí del brazo acompañándola a la cocina. Tenía los ojos enrojecidos. Fruncía el entrecejo y curvaba los labios en una expresión triste. Me pregunté si también ella habría pasado la noche despierta. Siempre existía la posibilidad de que Candelaria me hubiera dicho la verdad.

Observó con aire preocupado el plato lleno de tortas de maíz, pero en lugar de coger una tomó dos plátanos del racimo que colgaba del techo. Los peló, los cortó a rodajas y se los comió delicadamente.

—A Candelaria le gustaría que conocieras a sus padres —dijo enjugándose cuidadosamente las comisuras de la boca—. Viven en las colinas, junto al pantano.

Sin darme ocasión de dar mi conformidad, apareció Candelaria en la cocina con aire indolente.

—Mi madre te gustará —afirmó—. Es pequeña y flaca como tú y también se pasa el día comiendo.

En cierto modo nunca se me había ocurrido que Candeda pudiese tener madre. Las dos mujeres me escucharon atentamente, extasiadas, mientras trataba de hacerles comprender lo que quería decir con ello. Les aseguré que talogar a ciertas personas en un grupo de gente sin mano tenía nada que ver con su edad ni con su aspecto sino con cierta cualidad extraña y fugaz que no podía explicar.

Lo que pareció interesar más a Mercedes de mi explicación era que carecía de base. Sorbió su café pensativa y me miró de reojo.

—Y yo ¿crees que he tenido madre? —preguntó. Cerró los ojos, frunció la boca y movió los labios como si estuviera chupando un seno imaginario—. ¿O te parece que fui incubada en un huevo?

Miró a Candelaria y añadió con gravedad: —La musiuá tiene razón. Quiere decir que las brujas tienen escasa vinculación con padres e hijos. Y los amamos con todas sus fuerzas, pero sólo cuando los tenemos delante; cuando vuelven la espalda, dejamos de hacerlo. Me pregunté si Candelaria temía que yo mencionase a Elio porque se puso detrás de doña Mercedes y gesticuló escandalosamente obligándome a guardar silencio.

Doña Mercedes parecía decidida a leer nuestros pensamientos porque primero me miró a mí y luego a Candelaria con fijeza y sin pestañear.

Suspiró, cogió su taza con las manos y apuró el resto del café.

—Elio sólo tenía unos días cuando murió mi hermana, su madre —dijo mirándome—. Era un encanto. Le quería como si fuera mi propio hijo.

Sonrió débilmente, hizo una breve pausa y siguió hablando de Elio. Dijo que no podía calificársele de guapo. Tenía una boca amplia y sensual, nariz regular con dilatadas aletas y abundante y ensortijada cabellera. Pero lo que le hacía irresistible para jóvenes y viejos por igual eran sus ojos, grandes, negros y brillantes, que irradiaban felicidad y energía.

Doña Mercedes se explayó acerca de las excentricidades de Elio. Dijo que aunque también pensaba ser curandero como ella, apenas practicaba tal actividad porque estaba demasiado ocupado con sus amoríos. De día charlaba interminables horas con las muchachas y las jóvenes que acudían a verla a ella; por las noches, guitarra en-mano, iba a dar serenatas a sus conquistas. Casi nunca regresaba antes del amanecer, salvo si no tenía éxito en sus aventuras amoratorias. Entonces volvía temprano y la entretenía con sus ingeniosas pero nunca vulgares versiones de sus éxitos y fracasos.

Con mórbida curiosidad esperé a que me hablase de su trágica muerte.

Me sentí decepcionada cuando la oí decir mirando a Candelaria:

—Ve y tráeme la chaqueta. Hace mucho viento por esas colinas donde viven tus padres.

Se levantó y apoyándose en mi brazo salimos al patio.

—Hoy Candelaria te sorprenderá —me confió—. Tiene salidas muy curiosas. Si conocieras aunque sólo fuese la mitad de ellas, probablemente te desmayarías de la impresión.

Se rió con picardía, como una criatura que se esfuerza por no revelar un secreto.

De los pequeños restaurantes y bares que se sucedían en las aceras de la calle que conducía a las afueras de Cur-mina salían risas, voces excitadas y la música estrepitosa de los tocadiscos automáticos. Detrás de la gasolinera, antes de que la calle enlazase con la carretera, los enormes árboles que crecían a ambos lados entrelazaban sus ramos formando arcos que sugerían una onírica quietud.

Por la carretera donde circulábamos se veían solitarias chozas hechas de cañas y revocadas con barro. Todas tenían una estrecha puerta, escasas ventanas y techo de bálago. Algunas estaban encaladas; otras, conservaban el color del barro. De los pronunciados aleros colgaban latas y cacerolas desechadas llenas de flores, en su mayoría geranios. Árboles majestuosos cargados de capullos dorados y rojos como la sangre daban sombra a los patios pulcramente barridos donde las mujeres lavaban sus ropas en tinas de plástico o ponían a secar las ropas en los matorrales. Algunas nos saludaban al pasar con una sonrisa; otras hacían un gesto casi imperceptible con la cabeza. En dos ocasiones nos detuvimos en sendos tenderetes de la carretera donde los niños vendían frutas y verduras de sus Propios huertos.

Candelaria, sentada en el asiento posterior del jeep, Die indicaba el camino. Pasamos por un grupo de cabañas de las afueras de un pueblecito y, al cabo de un momento, nos envolvió una nube de niebla tan espesa que apenas veíamos más allá de la capota del coche.

¡Oh, Señor mío Jesucristo! —oró Candelaria—. ¡Ayúdanos a atravesar esta endiablada niebla! ¡Santa María,

madre de Dios! ¡Acude a protegemos! ¡Bendito san Antonio! ¡Misericordiosa santa Teresa, divino Espíritu Santo, venid en nuestra ayuda!

—Será mejor que te detengas, Candelaria —la interrumpió doña Mercedes—. ¿Qué sucederá si todos esos santos te escuchan y responden a tus plegarias? No podemos acogerlos a todos en este coche.

Candelaria se echó a reír y luego se puso a cantar repitiendo una y otra vez las primeras estrofas de un aria de ópera italiana.

—¿Te gusta? —me preguntó al ver que la observaba por el espejo retrovisor—. Me la enseñó mi padre. Es italiano, le gusta la ópera y me enseñó arias de Verdi, Puccini y otros autores de su país.

Miré a doña Mercedes esperando su confirmación, pero se había quedado dormida.

—Es cierto —aseguró Candelaria.

Y siguió cantando fragmentos de arias de distintas óperas.

—¿También tú las conoces? —me preguntó cuando hube aventurado el título de la obra a la que correspondían algunas de ellas—. ¿Tu padre también es italiano?

—No —respondí—. Es alemán. En realidad no soy muy entendida en óperas —confesé—. Lo único que me ha enseñado musicalmente es que Beethoven es casi un dios. Cada domingo, mientras viví en casa, mi padre interpretaba todas las sinfonías de Beethoven.

La niebla desapareció tan bruscamente como había surgido y ante nuestra vista apareció una cordillera de montañas azules que parecían sucederse interminablemente en el horizonte. Siguiendo las instrucciones de Candelaria, giré por un desvío polvoriento que surgió repentinamente en la carretera, tan estrecho que apenas permitía el paso del jeep.

—¡Ahí es! —exclamó llena de excitación señalando una casa de dos pisos que se encontraba al final del sendero.

Las blancas paredes se habían vuelto amarillas con el paso del tiempo y las tejas antes rojas se veían grises y

mohosas. Aparqué ante la puerta y salimos del coche.

Un anciano vestido con una raída camiseta estaba asomado a una de las ventanas del piso superior. Nos saludó con la mano y desapareció de nuestra vista. Le oímos gritar lleno de excitación rompiendo el silencio. —¡Roraima! ¡Las brujas ya están aquí! Cuando llegamos a la puerta principal acudió a saludarnos una mujer pequeña y arrugada. Abrazó sonriendo a Candelaria y luego a doña Mercedes.

—Ésta es mi madre —dijo orgullosa Candelaria—. Se llama Roraima.

Tras una breve vacilación, Roraima también me abrazó. Apenas medía cinco pies y estaba muy delgada. Llevaba un traje negro y largo. Tenía abundante cabellera negra y sus ojos brillaban como los de un pájaro. Sus movimientos también recordaban los de un pajarillo: eran delicados y rápidos. Nos invitó a pasar al oscuro vestíbulo donde ardía una lucecita ante una imagen de san José.

Radiante de alegría nos invitó a seguirla por la amplia galería en forma de L que lindaba con el patio interior, donde un limonero y un guayabo protegían con su sombra el comedor-sala de estar al aire libre y ía espaciosa cocina.

Mercedes Peralta susurró unas palabras a oídos de Roraima y se metió por el pasillo que conducía a la parte posterior de la casa.

Por un instante me detuve indecisa. Luego seguí a Candelaria y a su madre por una escalera de piedra que subía al segundo piso pasando por una sucesión de habitaciones que daban a una amplia galería que discurría a lo largo del patio.

—¿Cuántos hijos tiene? —le pregunté cuando pasamos ante la quinta puerta.

—Sólo a Candelaria —respondió con una sonrisa que acentuó las arrugas de su rostro—. Pero los nietos de Caracas vienen a pasar las vacaciones.

—No sabía que tuvieras hijos —le dije preguntándome si aquélla sería la sorpresa que me había sugerido doña Mercedes por la mañana. En cierto modo me había llevado una decepción.

—¿Cómo voy a tener hijos si soy doncella? —repuso indignada.

Me eché a reír. Su explicación no sólo significaba que estaba soltera sino que además era virgen. La arrogante expresión de su rostro no dejaba lugar a dudas de que se sentía muy orgullosa de ello.

Candelaria se apoyó en la barandilla, luego se volvió y miró hacia arriba.

—Nunca te había dicho que tengo un hermano, en realidad medio hermano. Es mucho mayor que yo. Nació en Italia y, como mi padre, vino a Venezuela a hacer fortuna. Ahora es rico, posee una empresa constructora.

Roraima asintió enérgicamente con la cabeza.

—Su medio hermano tiene ocho hijos y les encanta pasar los veranos con nosotros —añadió.

En un acceso repentino Candelaria se echó a reír y abrazó a su madre.

—¡Fíjate! —exclamó—. La musiuá no podía imaginar que yo tuviese madre. —Y con sonrisa traviesa añadió—: Y, lo que es peor, tampoco creía que mi padre fuese italiano.

En aquel instante se abrió una de las puertas de los dormitorios y apareció el hombre que habíamos visto en la ventana. Era robusto y tenía rasgos angulosos, muy parecidos a los de Candelaria. Se había vestido apresuradamente y llevaba la camisa mal abrochada, el cinturón de cuero que sostenía los pantalones no pasaba por las presillas y los cordones de los zapatos estaban desatados. Abrazó a Candelaria.

—Soy Guido Miconi —se presentó. Y seguidamente se disculpó por no haber acudido a recibirnos a la puerta—. Cuando Candelaria era pequeña era tan bonita como Roraima —dijo estrechando a su hija en un afectuoso abrazo—, pero a medida que iba creciendo comenzó a parecerse a mí.

Como si comprartieran una broma sólo conocida por ellos, los tres se echaron a reír. Roraima contempló a su marido con expresión satisfecha y a su hija sin disimular su admiración. Me cogió del brazo y me condujo a la planta baja.

—Vamos a reunimos con doña Mercedes —sugirió.

El patio, rodeado por una empalizada, era enorme y en su extremo más alejado se veía una cabana abierta con techo de bálago. Sentada en una hamaca que colgaba de la viga

transversal se encontraba Mercedes Peralta probando el queso de fabricación casera que había hecho Roraima. Cuando llegamos a su lado, la felicitó por su habilidad.

Guido Miconi se quedó indeciso ante doña Mercedes. No sabía si estrecharle la mano o abrazarla. Ella le sonrió, y Guido le dio un abrazo.

Nos sentamos en torno a la hamaca excepto Roraima, que se acomodó junto a Mercedes. Comenzó a hacerle preguntas sobre mí que ella respondía con rapidez como si yo no estuviera presente.

Durante un rato estuve escuchando su conversación, pero pronto el calor, la tranquilidad del ambiente y las conversaciones en voz baja salpicadas de vez en cuando por tímidas risitas me produjeron tal somnolencia que me tendí en el suelo. Debí de quedarme dormida porque me costó entender las indicaciones de doña Mercedes acerca de que debía ayudar a Candelaria a preparar el almuerzo. Me había pasado inadvertido que Candelaria y su padre se habían ido.

Desde las habitaciones llegaba el sonido de una voz orofunda y dulce que murmuraba un conjuro. Subí corriendo temiendo que Candelaria estuviera enseñándole su padre una de las cintas que había grabado durante las sesiones de doña Mercedes. En otra ocasión, queriendo escuchar una cinta, borró su contenido pulsando un botón equivocado.

Me detuve bruscamente al llegar a la puerta entornada y estuve observando en silencio cómo Candelaria masajeaba la espalda y los hombros de su padre mientras murmuraba suavemente un conjuro.

Algo en su postura y en la concentrada aunque fluida belleza del movimiento de sus manos me recordó a Mercedes Peralta: comprendí que también ella era curandera.

En cuanto dio fin al masaje, se volvió hacia mí con un brillo divertido en los ojos.

—¿No te lo ha dicho nunca doña Mercedes? —Su voz tenía una singular suavidad que jamás había advertido en ella—. Dice que nací bruja.

Se me ocurrían tantas preguntas a la vez que no sabía por dónde empezar.

Al darse cuenta de mi asombro, Candelaria se encogió de hombros como si expresara su impotencia.

—Vamos a preparar el almuerzo —intervino Guido Miconi dirigiéndose hacia la escalera.

Candelaria y yo le seguimos. De pronto él se volvió a mirarme.

—Mercedes Peralta tiene razón —dijo.

Inclinó la cabeza y miró con fijeza lasafiligranadas sombras que proyectaba el guayabo sobre las piedras del patio. V así permaneció largo rato moviendo de vez en cuando la cabeza, sin saber qué hacer ni qué decir.

Levantó la mirada, sonrió débilmente y comenzó a pasear por el patio tocando ligeramente las flores y las hojas. Cuando me miró, sus ojos no parecían fijarse totalmente en mí.

Es una extraña historia —me dijo con voz excitada que puso de relieve su acento italiano—. Candelaria dice que aona Mercedes desea que yo se la cuente. Quiero que sepa que siempre será bien recibida en esta casa. Espero que engas con frecuencia para que podamos hablar.

Me sentía confundida. Miré a Candelaria esperando que me diese alguna explicación.

Me parece que ya sé lo que quiere hacer doña Mercedes contigo —dijo. Me cogió del brazo y me llevó a la

cocina—. Te quiere mucho, pero no puede cederte su sombra, porque sólo tiene una y me la ha asignado a mí. —¿De qué estás hablando?—pregunté. —Soy bruja —respondió—. Y estoy siguiendo las huellas de doña Mercedes. Sólo siguiendo las huellas espirituales de una curandera puedes llegar a serlo también. Eso es lo que se califica como comunicación o vínculo. Doña Mercedes ya te explicó lo que las brujas consideran una sombra.

»Las sombras son consistentes en todo —prosiguió— y sólo puede haber un heredero para todo aquel que posea un auténtico conocimiento. Víctor Julio sabía cómo dar muerte a los perros e inconscientemente transmitió tal conocimiento a Octavio Cantú. Ya te expliqué

que estuvo demasiado tiempo a la sombra de Víctor Julio, y doña Mercedes me está dando su sombra. Cuando procura que alguien te cuente su historia trata de situarte por un instante a la sombra de todas esas personas a fin de que sientas cómo gira la rueda de la fortuna y cómo las brujas contribuyen a mover dicha rueda.

Me esforcé inútilmente por decirle que sus explicaciones me sumían por momentos en mayor confusión. Me miró fijamente con expresión viva y confiada.

—Cuando una bruja interviene en el curso de los acontecimientos decimos que la sombra de la bruja ha hecho girar la rueda de la fortuna —dijo pensativa. Y tras una breve pausa añadió—: Yo diría que la historia de mi padre es un claro exponente de ello. Pero no debo estar presente cuando te la cuente, J_e cohibo, siempre lo he hecho.

Miró a su padre y se echó a reír. Su risa era como una explosión cristalina que resonó por toda la casa.

Desvelado, Guido Miconi se removió en la cama preguntándose cuándo acabaría aquella noche que se le hacía interminable ante el apacible sueño de Roraima. Una expresión inquieta nubló su mirada mientras contemplaba el cuerpo desnudo que contrastaba con las blancas sábanas y la cara que se ocultaba tras una enmarañada melena negra. Apartó suavemente sus cabellos a un lado, Ella sonrió, entreabrió los vivaces ojos entre sus espesas pestañas, pero no despertó. Procurando no molestarla, Guido se levantó y miró por la ventana. Casi amanecía. En un patio vecino se oyó un perro ladrando a algún borracho que cantaba y se tambaleaba por la calle. Los pasos del hombre y su canción se desvanecieron en la distancia. El perro volvió a dormirse.

Guido se apartó de la ventana y se puso en cuclillas para recoger el maletín que tenía escondido debajo de la cama. Lo abrió con la llave que colgaba de su cuello junto con una medalla de la Virgen y buscó a tientas la bolsa de cuero que escondía entre sus ropas dobladas. Una extraña sensación, un sentimiento premonitorio, le hicieron dudar un momento. No se ató la bolsa en la cintura. Buscó un grueso brazaletes de oro, lo dejó en la almohada junto a Roraima y volvió a guardar la bolsa en la maleta.

Cerró los ojos con fuerza y recordó mentalmente su inmigración a Venezuela hacía veinte años, atraído por las oportunidades laborales y los buenos salarios que allí se conseguían. Entonces tan sólo tenía veintiséis años. Confiando que su mujer y sus dos hijos se reunirían pronto con él, permaneció en Caracas durante los primeros años. Para poder recoger dinero se alojó en pensiones económicas próximas a los centros de construcción donde trabajaba y cada mes enviaba a su casa parte de sus ahorros.

Al cabo de varios años, comprendiendo por fin que su mujer no deseaba reunirse con él, se marchó de Caracas y aceptó trabajar en el interior. La correspondencia de su hogar llegaba esporádicamente, hasta que dejó de recibirse. Y entonces dejó de enviar dinero. En lugar de ello, como hacían muchos de sus compañeros de trabajo, comenzó a invertir su salario en joyas: volvería a Italia convertido en un hombre rico.

—¡Un hombre rico! —murmuró Guido asegurando el maletín con una correa de cuero.

Se preguntó por qué aquellas palabras ya no despertaban en él la familiar excitación.

Miró a Roraima que seguía dormida. Y le pareció que ya la echaba de menos. Recordó el día que la vio por vez primera, de ello hacía casi diez años, en el patio de la casa de huéspedes donde él se calentaba los espaguetis en un hornillo Primus. Tenía ojeras y llevaba un vestido demasiado grande para su frágil cuerpo. Pensó que sería una de las niñas del vecindario que siempre se reían de los extranjeros y en particular de los obreros italianos de la construcción.

Pero Roraima no acudía a burlarse de los italianos. Trabajaba en la pensión y por las noches, a cambio de algunas monedas, compartía el lecho de los obreros. Y con gran fastidio de sus compañeros, Roraima se dedicó con tanta evocación a Guido que se negó a dormir con nadie más por mucho dinero que le ofreciesen. A pesar de ello un día desapareció sin que nadie supiera de dónde vino ni adonde había ido.

Cinco años después volvió a encontrarla. Siguiendo un antojo inexplicable, en lugar de irse con los restantes miembros de su equipo a los barracones próximas al lugar donde se

construía la fábrica y el laboratorio farmacéutico, cogió un autobús que conducía al otro extremo del pueblo. Y sentada en la parada del autobús, como si le estuviera esperando, se encontró a Roraima.

Sin darle tiempo a salir de su asombro llamó a una niña pequeña que jugaba por allí.

—Se llama Candelaria —anunció sonriéndole de un modo que te desarmó—. Tiene cuatro años y es tu hija. Su voz y su expresión eran tan infantiles que Guido no pudo reprimir una sonrisa. Seguía siendo tan frágil y delicada como él la recordaba y más bien parecía la hermana que la madre de la niña que estaba a su lado.

Candelaria le miraba en silencio. La velada expresión de sus oscuros ojos le dio impresión de madurez. Era muy alta para su edad y su rostro era tan grave como pudiera serlo el de un chiquillo. Desvió su mirada hacia los otros niños con los que estaba jugando y volvió a mirarle con un brillo travieso en los ojos.

—Vamos a casa —dijo cogiéndole de la mano y obligándole a ponerse en marcha.

Incapaz de resistir la firme presión de su manila, marcharon juntos por la calle principal hasta llegar a las afueras del pueblo. Se detuvieron ante una casita cercada por una hilera de cañas que agitaba la brisa. Los bloques de hormigón no estaban revocados y las planchas onduladas de cinc que servían de techo estaban sujetas con grandes piedras.

—Por fin te ha hecho venir Candelaria —afirmó Roraima cogiendo el maletín de su mano—. Y pensar que casi dejé de creer que había nacido bruja.

Le invitó a pasar a un pequeño vestíbulo que daba a una amplia habitación en la que sólo se veían tres sillas apoyadas en la pared. Bajando un peldaño se encontraba un dormitorio dividido por una cortina. A un lado, bajo la ventana se veía una cama de matrimonio en la que Roraima dejó caer el maletín; en el otro colgaba una hamaca en la que la niña corrió a tumbarse.

Siguió a Roraima por el corto pasillo que daba a la cocina y se sentó junto a una mesa de madera que había en medio de la habitación.

Guido cogió las manos de Roraima entre las suyas y, como si intentase aclarar la situación de una chiquilla, le dijo que no le había llevado al pueblo Candelaria sino la presa que iba a construirse en la colina,

No, eso es sólo en apariencia. Has venido porque Candelaria te ha traído —balbuceó Roraima—. Y ahora te quedarás con nosotras, ¿verdad?

Al ver que permanecía silencioso añadió:

—Candelaria es una bruja nata. —Y con un gesto que abarcaba cuanto los rodeaba, la habitación, la casa y el patio, prosiguió—; Todo esto le pertenece. Su madrina es una famosa curandera y se lo ha dado. —Se le quebró la voz y murmuró—: Pero no es eso lo que quería; te quiere a ti.

—¿A mí? —repitió moviendo la cabeza con tristeza sintiéndose contrariado.

Nunca había ocultado a Roraima la existencia de su familia en Italia.

Una extraña e inquietante sonrisa iluminó el rostro de Roraima mientras cogía el jarro y el vaso que tenía boca abajo en la mesa. Lo llenó de agua y se lo ofreció.

—Esta agua de tamarindo ha sido embrujada por tu hija Candelaria —le dijo—. Si la bebes te quedarás para siempre con nosotras.

Vaciló un instante y luego estalló en carcajadas.

—La brujería no es más que superstición.

Y vació el vaso de un solo trago.

—Ha sido el mejor refresco que he tomado en mi vida —observó tendiéndole el vaso para que le sirviera más.

La débil tos de su hija interrumpió sus evocaciones.

Cruzó de puntillas la habitación dividida por una cortina y se inclinó anhelante sobre Candelaria, que dormía en una hamaca colgada de dos anillos incrustados en la pared. Una triste sonrisa entreabrió sus labios mientras contemplaba su carita en la que tan a menudo había tratado de descubrir semejanza con él sin advertir ningún parecido. Pero, con gran extrañeza por su parte, en ocasiones le recordaba a su abuelo, no tanto por su semejanza sino por su aire, por ciertos gestos de la niña que le sorprendían constantemente.

Y también tenía igual habilidad con los animales. Como el viejo, sanaba a todos los asnos, cabras, vacas, perros y gatos del vecindario y conseguía que pájaros y mariposas se posaran en sus brazos extendidos. Su abuelo había tenido el mismo don. En el pueblecito de Calabria donde vivían la gente te consideraba un santo.

Pero no estaba tan seguro de que las cualidades de Candelaria tuvieran igual carácter. Una tarde se encontró a la niña tendida de bruces en el patio, con la barbilla apoyada sobre los brazos cruzados mirando morbosamente a gato enroscado a pocos centímetros. El felino parecía estar respondiéndole no con maullidos sino con breves gruñidos parecidos a la risa de un anciano.

En cuanto advirtieron su presencia, Candelaria y el gato saltaron por los aires como si hubiera tirado de ellos un hilo invisible y aterrizaron delante de él con una fantasmal sonrisa en los rostros. Se había quedado desconcertado como si por un instante fugaz sus rasgos le parecieran superpuestos y se sintió incapaz de decidir cuál correspondía a cada uno. Desde aquel día estuvo cuestionándose lo que Roraima decía siempre acerca de que Candelaria no era una santa sino una bruja.

Suavemente, cuidando de no despertarla, Guido acarició la mejilla de la niña y seguidamente se fue de puntillas hasta el pequeño vestíbulo escasamente iluminado por la mortecina luz de una lámpara de aceite. Cogió su chaqueta, el sombrero y los zapatos que había dejado la noche anterior y acabó de vestirse. Acercó la lámpara al espejo y contempló su imagen. A los cuarenta y seis años su rostro delgado y curtido por la intemperie seguía irradiando la indestructible energía que le había impulsado durante tantos años de duro trabajo. Sus cabellos, aunque con franjas grises, eran aún abundantes, y sus ojos castaños brillaban llenos de vivacidad bajo las espesas cejas.

Prudentemente, sin pisar al perro que gemía y retorció sus patas entre sueños, salió a la calle. Se apoyó en la pared y aguardó a que sus ojos se acostumbraran a la oscuridad. Suspiró profundamente observando a los primeros obreros que se dirigían a trabajar como fantasmas entre la solitaria oscuridad que precede al amanecer.

En lugar de dirigirse al extremo sur del pueblo donde aguardaba un camión para conducir a los obreros al centro de construcción del pantano, en la colina, Guido fue hacia la plaza donde esperaba el autobús que saldría en dirección a Caracas. La débil luz del autobús desdibujaba las formas de los escasos pasajeros que dormitaban en los asientos. Avanzó hacia la parte posterior y mientras dejaba su maletín sobre la red que estaba encima de su cabeza distinguió a través de la sucia ventana una sombra negra e inmensa que se recortaba contra la blanca pared de la iglesia. Sin saber por qué le recordó a una bruja y, aunque no era religioso, se puso a rezar en silencio. La sombra se disolvió en una débil nube de humo.

Pensó que la escasa iluminación de la plaza debía de haber engañado su vista y rió entre dientes. Roraima y Candelaria se lo habrían explicado de otro modo. Le habrían dicho que había visto uno de aquellos seres que vagan por las noches, seres que no dejan huellas, pero utilizan misteriosas señales para anunciar su presencia y desaparición.

La voz del cobrador interrumpió sus pensamientos. Miconi pagó su billete, preguntó cuál era el mejor camino para llegar al puerto de La Guaira y cerró los ojos.

Balanceándose y traqueteando, el autobús cruzó el valle y ascendió lentamente por la sinuosa y polvorienta carretera- Miconi se irguió en su asiento y miró hacia atrás por última vez- Los altos tejados que se alejaban y la blanca iglesia con el campanario se dibujaban confusamente ante sus ojos llenos de lágrimas. Recordó cuánto le agradaba el tañido de aquellas campanas y pensó que no volvería a oírlas.

Tras descansar un momento bajo la engañosa sombra de los almendros en flor de la plaza, Guido prosiguió su marcha por la escarpada y estrecha calle que concluía en un tramo de escalera de desiguales peldaños tallados en la montaña. Avanzó medio camino y se volvió para contemplar el puerto a sus pies: La Guaira, una ciudad populosa entre las montañas y el mar, con sus casas de color amarillo pálido, rosa y azul, sus campanarios gemelos y su vieja aduana que dominaba el puerto como un fuerte antiguo.

Sus excursiones diarias a aquel lugar retirado se habían convertido en una necesidad. Era el único sitio donde se sentía a salvo y en paz. A veces pasaba horas observando los

grandes barcos que anclaban en el puerto y trataba de adivinar por sus banderas o por el color de sus chimeneas a qué país pertenecían.

Sus visitas semanales a la compañía naviera de la ciudad le resultaban tan indispensables como contemplar los barcos. Habla transcurrido un mes desde que dejó a Roraima y Candelaria y seguía indeciso, sin saber si regresaría directamente a Italia, si pasaría por Nueva York o, como le había sugerido mister Hylkema, el encargado de a compañía naviera, si se decidiría a ver algo de mundo y embarcaría en uno de aquellos cargueros alemanes que Zarpaban hacia Río, pasaban por Buenos Aires y cruzan África y luego el Mediterráneo. Pero pese a tan atractivas posibilidades no acababa de comprometer su pasaje regreso a Italia y no comprendía la razón, aunque en su más profundo interior sí creía saberla. Subió el tramo de escalera y tomó un sendero estrecho y sinuoso que conducía a un grupo de palmeras. Se sentó suelo apoyando la espalda en un tronco y se abanicó con el sombrero. La tranquilidad era absoluta: las frondosas palmeras estaban estáticas, incluso los pájaros parecían flotar en el aire sin esfuerzo alguno, como hojas caídas, prendidas en un cielo sin nubes.

Oyó una débil risa, como un eco entre el silencio. Miró en torno sorprendido. Aquel sonido cristalino le recordaba la risa de su hija y, de pronto, su imagen se materializó ante sus ojos, una imagen incorpórea que flotaba en una tenue luz- Su rostro estaba tan pálido que parecía rodeado por un halo.

Se abanicó con el sombrero con bruscos movimientos, como si tratase de borrar aquella visión.

Pensó que acaso fuera cierto que Candelaria era bruja, Quizá fuese ella la que provocaba su indecisión a marcharse de allí, y tal vez también era ella la causante de que no lograra representarse mentalmente, por mucho que se esforzase, los rostros de la mujer y los hijos que había dejado en Italia.

Guido se levantó y observó el horizonte. Por un instante pensó que estaba soñando al ver surgir un gran barco, como un espejismo entre la bruma que producía el calor. El buque se acercaba al puerto en diagonal y pese a la distancia reconoció claramente los colores blanco, verde y rojo de su chimenea.

—¡Un barco italiano! —exclamó lanzando el sombrero al aire.

Estaba seguro de que finalmente había roto el hechizo de Venezuela, de Roraima y de Candelaria, criaturas supersticiosas que interpretaban presagios en el vuelo de los pájaros, en los movimientos de las sombras y en la dirección de los vientos. Rió alegremente. Aquel barco que se acercaba al puerto como un espejismo era su liberación. En su excitación tropezó varias veces mientras descendía apresurado por los gastados peldaños. Pasó corriendo junto a las viejas casas coloniales. No tenía tiempo para detenerse y escuchar el rumor del agua que corría por las fuentes ni las canciones de pájaros enjaulados que surgían por las puertas y ventanas abiertas: iba a las oficinas navieras, a reservar su pasaje para volver a casa aquel mismo día.

Una voz infantil que le llamaba por su nombre le obligó a detenerse. Invadido por una repentina sensación de vértigo cerró los ojos y se apoyó en un muro. Alguien le cogió del brazo. Abrió los ojos, pero sólo vio negros puntos girando ante él. De nuevo oyó una vocecita que le llamaba.

Su vértigo se disipó. Con mirada aún desenfocada observó su rostro preocupado de mister Hylketna, el empleado holandés de la naviera.

—No sé cómo he llegado hasta aquí, pero quiero hablar con usted —balbució—. Desde la colina acabo de ver un barco italiano que se acerca al puerto. Deseo reservar ahora mismo mi pasaje para volver a casa.

¡Aister Hylketna movió la cabeza incrédulo.

—¿Está seguro? —preguntó.

—Quiero reservar una plaza ahora mismo —insistió de modo pueril y al captar una elocuente mirada en los ojos de mister Hytkema añadió:

—Por fin he roto el hechizo.

—Desde luego —repuso el hombre dándole unos golpecitos en el hombro para

tranquilizarlo empujándole hacia la caja-Guido observó sus movimientos tras el mostrador. Como de costumbre el alto y delgado mister Hylkema vestía un traje blanco de hilo y sandalias negras de lona, Los dos mechones de cabellos grises que crecían a ambos lados de sus sienas estaban cuidadosamente peinados y distribuidos por su pelado cráneo. Tenía el cutis envejecido por el implacable sol tropical y sin duda por el ron.

El hombre dejó ruidosamente un gran libro sobre el mostrador. Cogió una silla, se sentó y se puso a escribir.

—Algunos estamos destinados a quedarnos aquí —dijo:

Y señaló con la pluma a Miconi—. Y usted, amigo mío, no volverá nunca a Italia.

Guido Miconi se mordió los labios sin saber qué responderte. Mister Hylkema estalló en una estruendosa carcajada que surgía de lo más profundo de su ser agitándole en continuas sacudidas. Pero cuando se dirigió a él se expresó con extraña dulzura.

—Estaba bromeando —le dijo—. Le acompañaré al barco personalmente.

Fueron juntos al hotel y le ayudó a recoger sus pertenencias. Tras asegurarse de que tenía un camarote individual como había reservado, el holandés te dejó con el sobrecargo del buque.

Todavía ofuscado, Miconi miró en torno preguntándose por que no había nadie en la cubierta del buque italiano anclado en el muelle seis. Acercó una silla junto a una me-stta de cubierta, la abrió y se sentó a horcajadas apoyando^a frente contra el respaldo de madera. No estaba loco. Se repetía a sí mismo que se encontraba a bordo de un barco laño y confiaba disipar su asombro al no distinguir a^{ie} por allí. Tras descansar un momento, bajó a otra cubierta y comprobó que la tripulación y el resto de los pasajeros debían de encontrarse en otro lugar del barco. Aquella idea le devolvió la confianza.

Se apoyó en la barandilla y miró hacia el muelle donde mister Hylkema le hacía señales.

—¡Miconi! —gritó él holandés—. Este barco está levando anclas. ¿Está seguro de que quiere irse?

Guido sintió un sudor frío. Vn temor invencible se apoderó de él. Anhelaba iniciar su apacible existencia, deseaba reunirse con su familia. —¡No quiero irme! —gritó.

—No tiene tiempo de recoger su equipaje. Han retirado la pasarela. Tendrá que saltar al agua. Si no salta ahora, no lo hará nunca.

Guido vaciló un instante. En el maletín tenía las joyas que había atesorado durante tantos años de duro trabajo, de esfuerzos casi sobrehumanos. ¿Y todo aquello iba a perderse? Decidió que aún le quedaban fuerzas para volver a empezar y saltó por la borda.

Su visión se hizo confusa. Se dispuso a enfrentarse con el agua. No le preocupaba el riesgo: era buen nadador. Pero el impacto jamás llegó. Oyó que mister Hylkema decía en voz alta:

—Este hombre se ha desmayado. El autobús no podrá salir hasta que le saquemos. Que alguien se haga cargo de su maletín.

Guido Miconi abrió los ojos y vio una sombra negra que se recortaba contra la blanca pared de la iglesia. Sin saber por qué le recordó a una bruja. Sintió que le cogían y se lo ¡levaban. Y entonces tuvo una desoladora certeza.

—No he salido de aquí. Todo ha sido un sueño —repitió una y otra vez—Pensó en las joyas que llevaba en el maletín. Estaba seguro de que quien se hubiera hecho cargo de él las habría robado. Pero las joyas no le importaban; ya las había perdido en el barco.

La última visita a Guido Miconi la hice acompañada de Mercedes Peralta. Cuando estábamos a punto de regresar al pueblo, al final de la jornada, Roraima me cogió de la mano y me hizo atravesar un pequeño cañaveral y un estrecho sendero hasta llegar a un diminuto claro rodeado ñor yucas cuyas flores enhiestas y blancas me recordaron hileras de velas dispuestas en un altar.

—¿Te gusta? —preguntó Roraima señalando un semi-iiero cubierto con un tejadillo de ramitas secas que se sostenían en las esquinas con unos palos delgados y ahorquillados.

—Parece un huerto de muñecas —exclamé viendo el suelo cubierto de pimpollos

plumosos de zanahorias, pequeñas lechugas en forma de corazón y rizadas ramitas de perejil.

Llena de satisfacción, Roraima paseaba arriba y abajo entre los surcos limpiamente arados del campo vecino. Hojas secas y ramitas se adherían a su larga falda. Cada vez que me indicaba dónde pensaba plantar lechugas, rábanos y coliflores se volvía hacia mí arqueando la boca en una tenue y etérea sonrisa y sus ojos de gran viveza brillaban entre los párpados semientornados para protegerse del sol de la tarde.

—Me consta que todo cuanto consigo se debe a la intervención de una bruja — exclamó de pronto—. Lo único positivo es que lo sé.

Sin darme ocasión a asimilar lo que me había dicho 'se acercó a mí con los brazos abiertos en un expansivo ademán de afecta.

—Confío que no nos olvides —dijo, y me acompañó hasta el jeep.

Mercedes Peralta ocupaba el asiento delantero, con la cabeza reclinada en el respaldo.

Guido Miconi se asomó a una ventana del piso superior y nos despidió con un ademán que era más un saludo que un adiós.

Poco antes de llegar a Curmina, Mercedes se removió en el asiento. Bostezó ruidosamente y miró distraída por la ventanilla.

—¿Sabes lo que le sucedió realmente a Guido Miconi? —preguntó.

—No —respondí—. Sólo sé que tanto él como Roraima lo consideran intervención de una bruja.

Doña Mercedes se echó a reír.

—Y ciertamente lo fue —dijo—. Candelaria ya te explicó que cuando intervienen las brujas se dice que ha actuado su sombra. Candelaria hizo un enlace, un vínculo para su padre: consiguió que viviera un sueño. Como es bruja, movió la rueda de la fortuna.

•Víctor Luis también hizo un enlace y movió asimismo la rueda de la fortuna, pero como no era brujo, el sueño de Octavio Cantú, aunque tan real e irreal como el de Miconi, fue más prolongado y doloroso. —¿Cómo intervino Candelaria?

—Algunos niños tienen la fuerza de desear algo con gran vehemencia y durante mucho tiempo —explicó doña Mercedes. Se arrellanó en su asiento y cerró los ojos—. Candelaria era de esos niños: nació así. Deseaba que su padre se quedase y lo deseaba sin ningún género de dudas. Esa dedicación, esa determinación es lo que los brujos llaman la sombra de la bruja. Ella fue la que impidió que Miconi se fuera.

Continuamos en silencio nuestro camino. Deseaba digerir sus palabras. Antes de entrar en su casa le hice una última pregunta.

—¿Y cómo tuvo Miconi un sueño tan detallado? —En realidad él no quería irse —respondió doña Mercedes—. De modo que ofreció una oportunidad a los firmes deseos de Candelaria. En cuanto a los detalles del propio sueño, esa parte nada tiene que ver con la intervención de la bruja: fue producto de la imaginación de Miconi.

TERCERA PARTE

Me incorporé al notar un roce en la mejilla. Levanté lentamente la mirada hacia el techo esperando encontrar una gigantesca mariposa. Desde que descubrí en la sala de curas aquella mariposa del tamaño de un pájaro me había quedado obsesionada con ella. Por las noches se me aparecía en sueños transformándose en doña Mercedes. Cuando le dije que en cierto modo creía que mi sueño era realidad, se echó a reír desechándolo como producto de mi imaginación.

Me recosté de nuevo en la apelmazada almohada. Mientras volvía a sumergirme en el sueño, oía el inconfundible rumor de Mercedes Peralta que pasaba arrastrando los pies por delante de mi puerta. Me levanté, me vestí y anduve de puntillas por el oscuro pasillo. Guiada por una suave risa llegué hasta su sala de trabajo. El resplandor ambarino de la luz de las velas se filtraba por la rendija de la cortina echada con descuido. A impulsos de una gran curiosidad miré hacia dentro. Sentados ante la mesa estaban Mercedes Peralta y un hombre que ocultaba su rostro bajo un sombrero de paja.

—¿Quieres venir con nosotros? —preguntó doña Mercedes—. Ahora iba a decirle a nuestro amigo que no tardarías en acudir en mi busca.

—¡León Chirino! —exclamé cuando el hombre se volvió hacia mí rozando el ala de su sombrero a modo de saludo.

Me había sido presentado durante aquella sesión en la que participé con tan poco éxito como el encargado de

organizar las reuniones de espiritistas. Tenía setenta y tantos años, quizá ochenta, pero su moreno rostro apenas estaba arrugado. Sus ojos eran grandes y negros y sus dientes blancos y brillantes no estaban manchados de amarillo por el tabaco. Aunque llevaba una barba descuidada, sus blancos cabellos, muy cortos, aparecían pulcramente peinados. Vestía un traje tan arrugado que se diría que había dormido con él.

—Ha estado trabajando de manera agotadora —dijo doña Mercedes como si leyera mis pensamientos.

Aunque no habían vuelto a invitarme a una sesión, Mercedes me estimulaba para que visitase a León Chirino aunque sólo fuese una vez por semana. A veces me acompañaba; otras, iba sola. Era carpintero, pero resultaban sorprendentes sus conocimientos sobre las diversas tradiciones chamanistas practicadas en Venezuela. Se interesaba por mis investigaciones y pasaba horas revisando mis notas, siguiendo los sistemas practicados por los brujos hasta sus orígenes indios y africanos. Conocía todo lo referente a los espiritistas, brujos y curanderos de Venezuela de los siglos XVIII y XIX. Hablaba de ellos con tal naturalidad que daba la impresión de haberlos conocido personalmente.

La voz de Mercedes Peralta interrumpió mis pensamientos.

—¿Quieres acompañarnos a cumplir una promesa? —me preguntó.

Desconcertada por su pregunta miré a uno y a otro. Ambos mostraban idéntica inexpresividad.

—Saldremos ahora mismo —me dijo—. Tenemos una larga noche y un largo día por delante.

Se levantó y me cogió del brazo.

—He de prepararte para el viaje.

No le costó mucho conseguirlo. Me recogió los cabellos bajo un apretado gorro tricotado de marino, me ensombreció el rostro con una pasta vegetal negra y me hizo jurar que no hablaría con nadie ni haría ninguna pregunta.

Haciendo caso omiso a mi sugerencia de viajar en el jeep, Mercedes Peralta se metió apresuradamente en el asiento posterior del viejo Mercury de León Chirino. Con sus guardabarros abollados y su chasis arrugado, el vehículo parecía rescatado de un cementerio de coches.

Sin darme a indagar cuál era nuestro destino, Mercedes me ordenó que custodiase y cuidase la cesta que llevaba totalmente repleta de plantas medicinales, velas y cigarros puros. Respiró profundamente, hizo la señal de la cruz y se durmió en seguida.

No me atrevía a molestar a León con mi charla porque parecía necesitar concentrarse totalmente para conseguir que su coche siguiera funcionando. Los débiles faros iluminaban escasamente un reducido tramo de carretera. León conducía ligeramente encorvado sobre el volante aferrándose a él como si de aquel modo lograra impulsar al coche a escalar las oscuras colinas. Cuando se resistía en las escarpadas pendientes, le hablaba con suavidad, instándole a seguir adelante; cuesta abajo, dejaba ir el vehículo tomando las curvas en una oscuridad casi absoluta y a velocidad tan temeraria que me hacía temer por nuestras vidas. El polvo atravesaba las ventanillas sin vidrios y se filtraba por los huecos de las planchas de cartón que cubrían los oxidados agujeros del suelo.

Con una sonrisa de triunfo detuvo por fin el coche bruscamente y apagó los faros. Doña Mercedes se removió en el asiento de atrás.

—Hemos llegado —dijo suavemente León.

Descendimos en silencio. La noche era oscura, con nubes y sin estrellas. Ante nosotros se extendía un negro vacío. Avancé vacilando torpemente tras doña Mercedes, que no parecía tener problemas para ver en la oscuridad.

León me cogió del brazo y me guió. A mi alrededor oía risas sofocadas. Parecía haber otras personas, pero no se veía a nadie.

Por fin alguien encendió una lámpara de petróleo y a su débil y vacilante luz logré distinguir la silueta de cuatro hombres y de doña Mercedes sentados en el suelo formando círculo. León me condujo a cierta distancia del grupo. Me sentía impotente. Seguidamente me dio una linterna y me indicó que la guardase e iluminase todo cuanto me indicaran. Luego me entregó dos cantimploras, la mayor llena de agua y la pequeña de ron, que debía facilitar a los hombres cuando me las pidieran.

Silenciosamente, y al parecer sin ningún esfuerzo, dos hombres comenzaron a cavar en el suelo con grandes Palas, depositando la tierra en un montón junto al agujero. Pasaron una media hora cavando. Entonces interrumpieron su trabajo y me pidieron la cantimplora que contenía el ron. Mientras descansaban y bebían, León Chirino comenzó a cavar ayudado por otro hombre.

Siguieron haciendo turnos. Los hombres trabajaban, bebían ron o agua y descansaban. Al cabo de una hora habían cavado un agujero bastante profundo para que por él pudiera introducirse un hombre. Llegó un momento en que uno de ellos tropezó con un objeto duro y entonces interrumpieron su trabajo.

-Aquí está - dijo uno de ellos -ahora ya podemos cavar alrededor. Y él y su compañero se unieron a los demás. Me moría de curiosidad, pero no me atrevía a romper mi promesa. Me hubiera gustado hablar con doña Mercedes que estaba sentada cerca de mí, inmóvil, y que parecía sumida en profundo trance.

Los hombres cavaban febrilmente. Transcurrió una media hora cuando León dijo a doña Mercedes que estaban a punto de abrilo. -Enciéndeme un cigarro de los que llevo en mi cesta y dámelo -ordenó -. Y tráeme también la cesta. Encendí el cigarro y cuando me levantaba para llevárselo León me susurró desde el fondo del agujero. -Agáchate, musíua! ¡Agáchate! Le obedecí y tndí el cigarro y el cesto a doña Mercedes. - No mires en ese agujero por nada del mundo -susurró en mi oído. Regresé al luga donde había estado sentada, luchando con el deseo casi invencible de iluminar el agujero con la linterna. Tenía la plena certeza de que estaban extrayendo un cofre lleno de monedas de oro. Distinguía el sordo golpe de las palas chocando con un objeto que indudablemente sería grande y pesado. Observé fascinada como doña Mercedes sacaba de su cesta una vela y un jarro de polvo negros. Encendió la vela, la fijó en el suelo junto al agujero y me ordenó que apagara la linterna, la vela despedía una luz fantasmal. Doña Mercedes se sentó en cuclillas junto a ella. Obedeciendo una orden implícia los hombres asomaron sucesivamente las cabezas por el agujero y doña Mercedes vertió un poco de polvo negro en el cuenco formado por sus manos, les frotó la cabeza como si fueran pelotas y, por último, les tizó las manos. Mi curiosidad alcanzó su punto culminante cuando oí el crujido de una tapa que se abría. - ya lo tenemos - dijo León sacando la cabeza del agujero.

Doña Mercedes le tendió el jarro que contenía el polvo negro y otro lleno de un polvo blanco y apagó la vela. De nuevo nos encontramos sumidos en la más absoluta oscuridad. Los sonidos producidos por los hombres esforzándose por salir del agujero intensificaban el insólito silencio. Me acerqué a doña Mercedes, pero ella me rechazó. -ya está - susurró León con tenue voz.

Doña Mercedes volvió a encender la vela negra. Distinguí confusamente las figuras de tres hombres transportando un enorme fardo que depositaron tras el montón de tierra. Los observaba con tanta atención que estuve a punto de caerme en el hoyo. Entonces doña Mercedes dijo a León, que aún estaba dentro del agujero, que clavase aquello rápidamente y salieran de allí.

León salió en seguida y doña Mercedes le masajé las manos y la cara mientras los otros tres hombres recogían las palas y tapaban el agujero. Estuve observándolos durante un rato, pero perdí interés en ello: toda mi atención se centraba en el fardo que estaba envuelto en la lona.

-Jamás lo sabrán! - dijo uno de los hombres riendo entre dientes- . Vámonos de aquí. Pronto amanecerá. Todos se adelantaron hacia el fardo. Abrí la marcha llevando la luz.

Impaciente por descubrir qué había, tropecé con el fardo. La envoltura se deslizó y apareció un pie femenino calzado con un zapato negro. Sin poder contenerme tiré de la lona e iluminé su contenido: ante mis ojos apareció el cadáver de una mujer. Sentí tanto terror y repugnancia que ni siquiera pude fristar como deseaba. Únicamente proferí un quejido y me envolvió una densa oscuridad.

Cuando recuperé el sentido estaba tendida en el regazo de doña Mercedes, en el asiento posterior del coche de León Chirino. La mujer apretaba contra mi nariz un pañuelo empapado en una mezcla de amoníaco y agua de rosas, su remedio favorito al que solía calificar de ayuda espiritual. —Siempre supe que eras una cobarde — comentó, y me masajéo las sienas. León giró en redondo. —Eres muy atrevida, musíúa —dijo -. Pero aún careces de las fuerzas necesarias. Algún día las tendrás. No estaba de humor para hacer comentarios. Me había asustado demasiado y no me consolaba fácilmente. Los taché de malvados por no haberme avisado de sus propósitos. Doña Mercedes dijo que todo lo que hacían era premeditado y que parte de tal premeditación consistía en mi total ignorancia, que les facilitaba una especie de protección contra la profanación de una tumba. El fallo había consistido en mi ansiedad por descubrir qué había bajo la lona.

—Te expliqué que íbamos a cumplir una promesa —me dijo doña Mercedes—. Hemos cumplido la primera parte desenterrando el cadáver: ahora tenemos que volver a enterrarlo.

Cerró los ojos y se quedó dormida.

Me deslicé como pude en el asiento delantero.

León Chirino, canturreando, giró por una polvorienta carretera que conducía hacia la costa.

Amanecía cuando llegamos a un solitario bosque de cocoteros. Seguramente a influjos de la brisa marina Mercedes Peralta despertó. Bostezó ruidosamente y se incorporó. Se asomó por la ventanilla y aspiró profundamente escuchando el sonido de las lejanas olas.

—Es un buen sitio para aparcar —afirmó León deteniéndose al pie de la palmera más recta y alta que había visto en mi vida, cuyas hojas densas y plateadas parecían barrer las nubes.

—La casa de Lorenzo Paz no está lejos de aquí —prosiguió León ayudando a doña Mercedes a salir del coche—■ Nos irá bien andar.

Me tendió la cesta sonriendo para que la llevase. Nos alejamos del aire del mar y nos adentramos en un sendero muy trillado que cruzaba la densa espesura de altos bambús que rodeaban el río. Entre los bambús hacía frío y estaba oscuro; la verde transparencia de las hojas se , había filtrado en el aire. León avanzaba delante de nosotras, con el sombrero de paja calado hasta las orejas para que no se lo arrebatara el viento.

Llegamos a un puente corto y estrecho y para descansar un momento nos apoyamos en la rústica balaustrada hecha de troncos recién cortados. Un grupo de mujeres lavaba sus ropas sacudiéndolas sobre las losas del río-A alguien se le escapó una camisa y una muchacha se zambulló en las aguas para recuperarla. Su tenue vestido se hinchó primero como un balón y luego moldeó sus senos, su estómago y la suave curva de sus caderas.

Al otro lado del puente un tramo de carretera polvorienta y recta conducía a un pueblecito que pasamos *de* largo tomando una carretera secundaria que rodeaba un descuidado maizal. Duras cascaras de maíz colgaban'olvidadas de las cañas marchitas y se movían levemente como arrugados papeles de periódico a impulsos de la débil brisa. Llegamos a una casita de muros recién pintados cuyo tejado había sido parcialmente reparado. A ambos lados de la casa, como si la custodiasen, se levantaban varios bananeros, de ramaje casi transparente a la luz del sol-

La puerta estaba entornada. Entramos sin llamar. Un grupo de hombres sentados en el sueio de piedra y apoyados contra la pared levantaron sus vasos llenos de ron a modo de saludo y reanudaron tranquilamente sus conversaciones en voz baja. Rayos de sol cargados de polvo se filtraban por una estrecha ventana intensificando la sensación de calor que se sumaba al acre olor de petróleo y creosol. En el extremo opuesto de la habitación, apoyado en dos cajones, se encontraba un ataúd abierto.

Uno de los hombres se levantó y cogiéndome suavemente del brazo me llevó al ataúd. Era delgado, pero robusto. Sus cabellos blancos y su rostro arrugado denotaban cierta edad, pero había algo juvenil en la graciosa curva de sus mejillas y en la traviesa expresión de sus ojos castaños.

—¡Mírala! —susurró inclinándose sobre la difunta que yacía en el tosco ataúd sin pintar—. ¡Mira qué hermosa es todavía!

Sofiqué un grito: era la misma mujer que hablamos desenterrado la noche anterior. Me acerqué y la observé detenidamente. Pese al tinte verduzco de su piel, que ni siquiera el denso maquillaje lograba disimular, había algo vivo en ella. Parecía estar sonriendo a su propia muerte. En su nariz delicadamente modelada se apoyaban unas gafas de montura metálica sin vidrios. Entreabría ligeramente los labios intensamente pintados de rojo mostrando unos dientes fuertes y blancos. Su largo y esbelto cuerpo aparecía cubierto con un traje rojo de franjas blancas. A su izquierda tenía un palo y a la derecha una máscara de madera que representaba al diablo, coronada con sendos cuernos de carnero retorcidos y amenazadores.

—Era muy hermosa y yo la quería mucho —dijo el hombre arreglando un pliegue de su vestido.

—Y aún sigue siéndolo —admití.

Temiendo que interrumpiera sus confidencias me abstuve de hacerle preguntas.

Mientras seguía ordenando las ropas de la mujer me informó detalladamente de cómo la habían desenterrado TM y sus amigos de su tumba en el cementerio próximo a ^oUrmina llevándola después a su casa.

De pronto me miró y al darse cuenta de que era una desconocida, me observó con gran curiosidad.

—¡Oh, querida! ¡Qué mal anfitrión soy! —exclamó—. Estoy hablando sin parar y aún no te he ofrecido nada para beber ni comer. —Me estrechó la mano—. Me llamo Lorenzo Paz —se presentó.

Sin darme ocasión a decirle que no me veía con ánimos de tomar nada, me llevó por un estrecho pasillo que conducía a la cocina.

Junto a un fogón de petróleo, Mercedes Peralta se inclinaba sobre un pote agitando una mixtura hecha con Jas plantas medicinales que había llevado consigo.

—Sería conveniente que la enterraras pronto —le dijo—. Hace demasiado calor para seguir manteniéndola expuesta.

—No habrá problemas —le aseguró el hombre—. Seguro que su marido pagó el mejor embalsarnador de Cur-mina. Y para mayor tranquilidad rocié el ataúd con cal viva y puse tiras de ropa empapadas en petróleo y creosol alrededor de su cuerpo. —Miró suplicante a la curandera—. Tengo que asegurarme de que su espíritu nos ha seguido hasta aquí.

Doña Mercedes asintió y siguió agitando su mixtura.

Lorenzo llenó de ron dos jarritas esmaltadas. Me tendió una de ellas y sirvió otra a doña Mercedes.

—La enterraremos en cuanto refresque —prometió.

Y salió de la cocina.

—¿Quién era la difunta que desenterramos anoche? —pregunté a doña Mercedes sentándome en un montón de hojas secas de palma apoyado en la pared,

—Para ser una persona que pasa la mayor parte de tiempo estudiando a la gente no eres muy observadora —respondió sonriendo suavemente—. Se trata de la esposa del farmacéutico: hace algún tiempo te indiqué que te fijaras en ella.

—¡La sueca! —pregunté horrorizada—. Pero ¿P^{ot} qué...?

El resto de mis palabras se perdió entre las sonoras carcajadas que llegaban desde la habitación contigua.

—Creo que han descubierto que eras tú quien sostenía anoche la luz —dijo doña Mercedes.

Y fue a reunirse con los hombres para compartir sus risas.

Como no estaba acostumbrada a beber licor, me sumergí en un estado de somnolencia

muy próximo al sueño. Las voces de los hombres y sus risas, y algo después un rítmico martilleo, llegaron a mis oídos como si me encontrara muy lejos de allí.

A última hora de la tarde, cuando los hombres se llevaron el ataúd al cementerio, doña Mercedes y yo fuimos al pueblo.

—Me pregunto dónde se habrá metido la gente —observé.

Exceptuando a una joven que estaba en una puerta sosteniendo a un niño desnudo a horcajadas en su cadera y algunos perros que yacían a la sombra de las casas, las calles se veían desiertas.

—En el cementerio —respondió doña Mercedes conduciéndome hacia la iglesia que se encontraba al otro lado de la plaza—. Es el día de difuntos. La gente limpia de malas hierbas las tumbas de sus parientes y reza por ellos.

La iglesia estaba fría y oscura. Los últimos rayos de sol atravesaban las vidrieras de la nave iluminando las imágenes de los santos que se conservaban en las hornacinas de los muros. Dominaba el altar un crucificado de tamaño natural de carnes desgarradas y retorcidas, la cabeza inclinada y llena de sangre y pintado con vivos colores. A su derecha se encontraba la estatua de la Virgen del Coromoto, cuyo rostro irradiaba felicidad y que llevaba una capa azul bordada de estrellas; a la izquierda se veía una figurilla bizqueante que representaba a san Juan, con Sombrero de ala estrecha curiosamente ladeado y una capa de franela roja, desgarrada y polvorienta, tirada por los hombros.

Doña Mercedes apagó siete velas del altar, las guardó en su cesta y encendió otras siete. Cerró los ojos y uniendo las manos oró largamente. Cuando salimos de la iglesia el sol apenas brillaba tras las colinas y nubes rojizas y anaranjadas se deslizaban por el cielo hacia el mar dorado por el crepúsculo. En el momento en que llegamos al cementerio ya había oscurecido.

Todo el pueblo parecía haber acudido a visitar a sus "¡difuntos. Hombres y mujeres rezaban a media voz arrodillados junto a los sepulcros rodeados de velas encendidas.

Seguimos el bajo muro que circundaba el recinto hasta un lugar aislado en donde descansaban Lorenzo Paz y sus amigos tras haber introducido el ataúd en un hoyo que cubrieron después de tierra. A la luz de las velas que les rodeaban, sus rostros parecían máscaras inexpresivas: hubieran podido confundirse con las formas fantasmales de los cadáveres que estaban bajo nuestros pies. En cuanto advertieron la presencia de doña Mercedes clavaron una cruz rudimentaria en el suelo, a la cabecera del sepulcro. Acto seguido desaparecieron repentinamente y sin ruido, como si se los hubiera tragado la oscuridad.

—Ahora tenemos que atraer aquí al espíritu —dijo doña Mercedes sacando de su cesta las siete velas que había cogido del altar de la iglesia e igual número de cigarros.

Fijó las velas en el suelo, sobre la tumba, y cuando las hubo encendido se puso un cigarro en la boca.

—Observa cuidadosamente —murmuró tendiéndome los restantes cigarros—. En cuanto acabe de fumar este puro debes haberme preparado y encendido el siguiente. Aspiró profundamente y echó el humo en los cuatro puntos cardinales, se acurrucó sobre la tumba y fumó sin cesar formulando conjuros en voz baja y ronca.

El humo del tabaco ya no parecía salir de su boca sino directamente del suelo. Surgía como una fina niebla y nos envolvía igual que una nube. Permanecí inmóvil sintiéndome fascinada. Le tendí cigarro tras cigarro escuchando su melodiosa, aunque incomprensible, cantinela.

Al verla mover el brazo izquierdo sobre la tumba, me acerqué a ella. Me pareció que agitaba un sonajero, pero no advertí que tuviese nada en la mano. Sólo oía el ruido de unas semillas, o quizá unas piedrecitas, *que* movía rápidamente. Pequeñas chispas como luciérnagas escapaban de entre sus dedos cerrados. Entonces se puso a silbar una extraña melodía que no se diferenciaba de los sonidos producidos con la mano.

Entre una nube de humo surgió una figura alta y barbuda que llevaba un vestido largo y un gorro frigio. Me cubrí la boca con la mano para sofocar una carcajada, creyendo que todavía me encontraba bajo los efectos del ron o que los portadores del ataúd estaban gastando una especie de broma que formaba parte de los festejos del día de difuntos.

Absolutamente ensimismada observé cómo la figura salía del círculo de humo y se dirigía hacia la pared que rodeaba el cementerio. La visión persistió allí un instante con una ansiosa sonrisa. Se oyó una suave risa, queda y sobrenatural, que parecía formar parte de la cantinela de doña Mercedes.

La mujer intensificó su voz. El sonido pareció llegar de las cuatro esquinas del sepulcro repitiéndose en cada una de ellas como un eco. El humo se dispersó, se remontó hacia las palmeras y desapareció en la noche. Durante largo rato doña Mercedes siguió arrodillada sobre la tumba murmurando sus conjuros. A la luz de las velas casi agotadas su rostro apenas resultaba visible.

por fin se volvió hacia mí con el rastro de una sonrisa en los labios.

—He atraído aquí al espíritu de Birgit Briceño —dijo—,

pero no a su tumba.

Se cogió de mi brazo y se levantó.

Ansiaba interrogarla sobre aquella extraña visión, pero la vacía expresión de sus ojos me obligó a guardar silencio.

Recostado contra una enorme roca, Lorenzo nos esperaba fuera del cementerio. Sin decir palabra se levantó y nos siguió por el estrecho sendero que conducía a la playa. La media luna brillaba sobre las blancas maderas diseminadas por el extenso arenal.

Doña Mercedes me ordenó que esperara junto a un tronco de árbol desarraigado y ella y Lorenzo llegaron hasta la orilla del mar. El hombre se quitó las ropas, se echó en las aguas y desapareció entre las onduladas y forfores-centes cabrillas bordeadas de sombras de plata.

Estuvo ausente durante algún rato, hasta que una ola que brilló a la luz de la luna le arrojó en la playa.

Mercedes Peralta sacó un jarro de su cesta cuyo contenido vertió sobre el cuerpo abatido en la arena. Se arrodilló a su lado, le puso las manos en la cabeza y murmuró un conjuro. Le masajeó suavemente, sin apenas tocarle, hasta que le rodeó un tenue halo. Después le hizo rodar rápidamente de un lado a otro describiendo extraños movimientos circulares con su mano, como si recogiese las sombras y le envolviera con ellas.

Momentos después se acercó a mi lado.

—El espíritu de Birgit se pega a él como una segunda pie] —dijo sentándose a mi lado en el tronco del árbol.

Poco después Lorenzo se acercaba a nosotras completamente vestido. Doña Mercedes le hizo un gesto con la barbilla indicándole que se sentara frente a ella en la are^a. Frunció los labios y profirió unos chasquidos sonoros y unas rápidas inspiraciones que se convirtieron en sordos Bruñidos en su garganta al tiempo que pronunciaba una 'arga oración.

Pasará mucho tiempo antes de que se olvide el fan-a de Birgit Briceño —dijo—. La muerte se prolonga ucho tiempo después que el cuerpo se halla bajo tierra. ^s ^{mu}ertos pierden sus recuerdos muy lentamente.

Se volvió hacia mí y me indicó que me sentara en j_a arena junto a Lorenzo. Las ropas del hombre olían a humo de velas y agua de rosas.

—Lorenzo —le dijo doña Mercedes—, quisiera que le contases a la musiúa cómo embrujaste a Birgit.

Me observó con aire sorprendido y se volvió hacia el mar. Con la cabeza ligeramente inclinada parecía estar escuchando un mensaje secreto de las olas.

—¿Qué interés pueden tener para ella las historias absurdas de los viejos? —le preguntó sin mirarme—, Estoy seguro de que la musiúa tiene su propia historia.

—Digamos que te pido que se la cuentes —dijo doña Mercedes—. Está estudiando los distintos medios por los que puede conseguirse que la rueda de la fortuna gire utilizando recursos humanos. En tu caso fue un objeto el que hizo girar la rueda, Lorenzo.

—¡La rueda de la fortuna! —exclamó con aire pensativo—. Lo recuerdo tan perfectamente como si hubiera sucedido ayer.

Aparentemente divertido apartó una piedrecita con la punta del zapato y se tendió en la arena.

Sentado en la mecedora tras el mostrador del bar oscuro y lleno de humo, Lorenzo

observaba a un grupo de hombres inclinados sobre la mesa de billar del rincón. Echó una mirada al viejo reloj de la estantería que señalaba la hora bajo su campana de cristal. Pronto amanecería. Estaba a punto de levantarse y hacerles notar lo tarde que era cuando oyó el inconfundible rumor que producía Petra arrastrando los pies por la casa. Se sentó rápidamente y una perversa sonrisa se dibujó en su rostro. Pensó que sería mejor que su tía tratase con aquellos hombres. En el pueblo nadie podía escapar a sus amonestaciones, todos se veían obligados a escucharlas por perversos y descarados que fueran.

—Esas condenadas bolas de billar no dejan dormir a nadie —gruñó entrando en la habitación—. ¿No os esperan vuestras mujeres? ¿No tenéis que ir a trabajar por la mañana como buenos cristianos?

Sin dar tiempo a los hambres a recuperarse de su sorpresa prosiguió con igual indignación:

—Sé muy bien lo que os pasa. Ya os estáis arrepintiendo de haber llevado a vuestros hogares esos árboles de Navidad y de permitir que vuestros hijos intervinieran en una representación navideña.

Se persignó y se encaró a uno de ellos.

—¡Y tú, que eres el alcalde! ¿Cómo puedes permitir esas cosas? ¿Os habéis vuelto todos protestantes?

—¡Dios no lo quiera, Petra! —repuso el alcalde haciendo la seña! de la cruz— No hagas una montaña de un grano de arena. ¿Qué tiene de malo un árbol y una representación teatral? A los niños les gusta.

Gruñendo algo ininteligible Petra se volvió dispuesta a irse. Pero se detuvo bruscamente.

—¡Vergüenza para don Serapio! Es más extranjero que si lo fuese de verdad. Y vergüenza para la auténtica extranjera de su mujer. Gracias a ellos la mayoría de niños del pueblo no recibirán los regalos de los Tres Reyes Magos el seis de enero como todo buen cristiano —cogió un paquete de cigarrillos del mostrador—. Algunos los tendrán el día de Navidad de un tipo llamado Santaclós. ¡Qué desgracia!

Se apoyó en la puerta y miró amenazadora al alcalde sin darse cuenta de que el sempiterno cigarro que llevaba en los labios se había caído a! suelo. Buscó una botella semivacia de ron que estaba junto a la mesa de billar y salió de la habitación murmurando.

Lorenzo, sentado tras el mostrador, recordaba claramente el día en que con gran escándalo llegó al pueblo un camión cargado de árboles que don Serapio el farmacéutico calificaba «de Navidad» y que había encargado en Caracas junto con la decoración apropiada y discos de canciones navideñas europeas.

No queriendo verse eclipsados, los amigos de don Serapio siguieron rápidamente su ejemplo y pagaron grandes sumas para que aquellos frágiles arbolillos ocuparan un lugar destacado en sus hogares.

Con gran disgusto de los parientes ancianos, los árboles fueron colocados en las casas y en algunos casos sustituyeron a ¡os antiguos nacimientos.

Y tras las ventanas abiertas los transeúntes pudieron verlos y oír villancicos como Silent Night y O Tannen-baum y las mujeres decoraron las delgadas ramas con bolas de cristal, guirnaldas, cintas áureas y plateadas y polvo de nieve.

El tintineante sonido de las cortinas de cuentas interrumpió los recuerdos de Lorenzo. Saludó a los hombres que salían del bar y colocó las botellas en las estanterías. Su mirada tropezó con una máscara que se amontonaba con las sencillas figuras religiosas de vírgenes, santos y Cristos doüentes que le habían ido dando en el curso de los años sus clientes más pobres en pago de sus consumi-dos. Representaba la cara del diablo y lucía dos grandes cuernos de carnero. Se la había dado un hombre procedente de Caracas que no había podido abonarle las copas de ron consumidas.

Al oír el ruido de potes y cacerolas que Petra movía en la cocina volvió a dejar la máscara en la estantería. En tugar de cerrar el bar, sacó su mecedora a la acera. Las grandes ramas de los viejos samanes de la plaza se recortaban contra el pálido cielo del

amanecer.

Se balanceó suavemente. Con los ojos entornados observó a los ancianos, siempre despiertos al amanecer, que sentados en sus puertas hablaban y recordaban con minucioso detalle los tiempos pasados cada vez con mayor intensidad.

Entre la tranquilidad matinal distinguió una melodía. Al otro lado de la calle, Birgit Briceño, la mujer del farmacéutico, miraba a Lorenzo asomada a su ventana apoyando el rostro en los brazos cruzados y con la radio encendida. Lorenzo se preguntó si habría madrugado o si no se habría acostado.

Tenía un rostro de óvalo perfecto. Las comisuras de su pequeña y sensual boca mostraban un gesto audaz y desafiante, los rubios cabellos trenzados coronaban su cabeza y sus fríos ojos azules le dirigían una luminosa mirada al tiempo que le sonreía.

La saludó con una inclinación de cabeza. Siempre se sentía muy torpe en su presencia porque desde la primera vez que la vio representaba para él el ideal de belleza. Pensó que ella era la causante de que hubiese alcanzado la cuarentena soltero. Todas las mujeres le parecían deseables e irresistibles, pero Birgit Briceño lo era más que ninguna; la consideraba verdaderamente inalcanzable.

—¿Por qué no vienes esta noche a ver el árbol de Navidad, Lorenzo? Hoy es Nochebuena —le dijo Birgit desde el otro lado de la calle.

Los viejos que dormitaban en las puertas de sus casas se despabilaron de pronto y sonrientes se volvieron a mirar al dueño del bar esperando su respuesta.

Hasta entonces Lorenzo había rechazado constantemente las invitaciones de don Serapio. No podía resistir el engreimiento del farmacéutico ni su insistencia en tratar de convencer a todos sus amigos y conocidos de que era el hombre de mayor influencia en el pueblo y que le correspondía dar ejemplo de vida civilizada.

Sin embargo, olvidando lo insufrible que le resultaba aquel hombre, Lorenzo no pudo resistirse a la invitación de su mujer. En voz baja prometió a Birgit que aquella noche iría a su casa. Luego entró la mecedora en el bar

y se fue a dormir en la hamaca en la parte posterior de la casa, satisfecho y con gran confianza en sí mismo.

Vistiendo un traje de hilo, Lorenzo daba vueltas por su habitación probándose sus zapatos nuevos de piel. Su habitación era espaciosa y estaba decorada con los vistosos muebles de caoba que su padre tenía en otro tiempo en el salón que después convertiría en bar. Lorenzo se sentó en la cama, se quitó los zapatos y calcetines y se puso las sandalias de lona.

—Me alegro de que no seas vanidoso —comentó Petra entrando en su habitación—. No hay nada peor que ir incómodamente calzado. Le da a uno una completa inseguridad.

Sus negros ojillos expresaban aprobación mientras examinaba su aspecto.

—Pero de todos modos nunca seducirás a Birgit valiéndote de medios corrientes —declaró mirándole a través del espejo—. Esa extranjera sólo responderá a la brujería.

—¿De verdad? —murmuró Lorenzo encogiéndose de hombros con fingida indiferencia.

—¿No es ésa la razón de que visitases a una bruja? ¿Para que te diese un filtro amoroso para la musíúa? —le desafió cruzando los huesudos brazos ante el descarnado pecho. Y, al darse cuenta de que no obtenía respuesta, añadió:

—Bien, entonces ¿por qué no sigues el consejo de la bruja?

Se echó a reír y miró pensativo a su tía que misteriosamente adivinaba sus pensamientos y cuyos consejos resultaban siempre acertados.

Petra se había trasladado a su casa a la muerte de su padre, cuando él tenía diez años, y no sólo se había cuidado de él durante aquel tiempo sino que también dirigió el establecimiento hasta que estuvo en condiciones de llevarlo por su cuenta.

—Birgit Briceño sólo responderá a la brujería —repitió obstinadamente.

Lorenzo se estudió en el espejo. Era demasiado bajo y excesivamente robusto para que su aspecto resultase atractivo. Tenía los pómulos pronunciados, la boca demasiado pequeña y la nariz excesivamente breve para poder considerarse guapo. Sin embargo le

gustaban muchísimo las mujeres y le constaba que a ellas les agradaban los hombres que sentían de aquel modo. Pero para conseguirla Birgit se necesitaba algo más, y la deseaba más que a nada en el mundo.

Pese a que nunca había dudado del poder de la brujería las recomendaciones que la bruja le hiciera para seducir a la extranjera le parecieron extrañas.

—Las pociones amorosas son apropiadas para la gente que no tiene ánimos para llegar directamente al espíritu de las cosas —le había dicho—. Conseguirás tus deseos más importantes si eres bastante fuerte para transmitir directamente tus deseos al espíritu de un objeto. Sé que tienes una máscara que representa al diablo: pide a esa máscara que seduzca a Birgit Briceño.

Había llegado a la conclusión de que aquello era demasiado vago: él era un hombre práctico y sólo confiaba en lo que le parecía concreto.

—¿Sabes? —dijo mirando a su tía—. Birgit me ha invitado a ir a su casa.

—Probablemente habrá invitado a medio pueblo —respondió Petra cínicamente—, y también se encontrará allí el resto que no ha sido invitado.

Se levantó y antes de volver a su habitación añadió: —No he dicho que no puedas conseguir a Birgit. Pero fijate en lo que te digo: no será por los medios habituales. Había desechado el consejo de la bruja porque no sólo deseaba seducir a ¡a sueca sino también quería que ella le amase aunque sólo fuese un instante. En sus momentos de euforia pensaba que no se conformaría con menos de una hora.

La puerta principal y las ventanas de la casa de los Briceño estaban abiertas de par en par. El alto abeto que se encontraba en el salón, iluminado por una miríada de luces de colores, se distinguía desde la plaza en todo su esplendor.

Lorenzo entró en la casa que parecía el andén de una estación. Se habían dispuesto varias hileras de sillas frente a una tribuna que se levantaba en el patio. Los mullidos sillones de piel, el canapé y los taburetes árabes del salón habían sido trasladados a la galería junto a los muebles de mimbre. Niños y niñas corrían descalzos por doquier llevando en pos de ellos a sus madres que trataban de dar los últimos toques a sus vestidos.

—¡Lorenzo! —exclamó don Serapio en cuanto le vio desde la puerta del salón.

Aunque alto y delgado, don Serapio era barrigudo y cuando estaba de pie tenía ¡as piernas ligeramente separadas. Se ajustó las gafas de gruesa montura y le dio unos aplpecitos cariñosos en el hombro.

—Estábamos a punto de servir el café —dijo conduciéndote hasta donde se encontraban sus invitados, la élite del pueblo, entre los que se hallaban el alcalde, el barbero, el director de ¡a escuela y el sacerdote; todos se mostraron perplejos al ver a Lorenzo en casa de don Serapio.

El farmacéutico parecía verdaderamente complacido de que el esquivo propietario del bar se contase entre sus invitados.

Lorenzo los saludó a todos y se dirigió hacia la puerta donde estuvo a punto de chocar con Birgit que entraba en la habitación.

—¡Vaya! —exclamó ella sonriéndoles a todos—. Los niños están a punto de iniciar la representación. Pero primero vamos a reunirnos con las mujeres para tomar café y pasteles.

Y cogiéndose del brazo de su marido abrió la marcha hacia el comedor.

Lorenzo no podía apartar los ojos de ella. Aunque era alta y de recia contextura había algo de vulnerable en ella, cierta fragilidad en su largo cuello y en sus delicados pies y manos.

Como si se sintiera observada, se volvió a mirarle. Dudó un instante. Sirvió café en dos diminutas tazas con filo dorado y se acercó a él para entregarle una de ellas.

—También hay ron —dijo mirando con avidez la botella que estaba en un extremo de la mesa—, pero sólo pueden servirse los hombres.

—Me cuidaré de eso ahora mismo —dijo Lorenzo tomándose el café de un trago.

Seguidamente lo llenó de ron y luego, inadvertidamente, cambió su taza por la de ella.

Birgit te sonrió, cogió un pastelillo, lo mordisqueó y sorbió delicadamente el ron.

—Siempre me llevo alguna sorpresa —dijo con ojos chispeantes y mejillas

encendidas.

Lorenzo sólo estaba pendiente de ella. No se había dado cuenta de que don Serapio estaba hablando hasta que ella hizo un sutil gesto de fastidio.

—Será mejor que vuelva con los niños —dijo.

Con tono pausado y pedante el farmacéutico estaba censurando la tradición venezolana de los parranderos que tocaban por las noches el tambor e improvisaban villancicos. Puso de relieve que no sólo era molesto escuchar incesante tamborileo sino sumamente repugnante ver a los jóvenes haciendo esos por las calles a causa del ron que ingerían como premio de sus canciones.

El rostro de Lorenzo reflejó una expresión maliciosa al recordar la última visita que hizo a la bruja.

—No creo ¡o que me dices —le había respondido él—, porque no sé quién podría concederme un deseo tan importante.

—Confía en mí —había insistido ella—. No se puede saber quién concede tales deseos, pero así es. Y cuando menos lo esperas.

La mujer habla insistido en que él ya poseía el objeto que provocaría un hechizo en Birgit: una máscara representando al diablo.

—Lo único que puedo añadir es que debes llevar esa máscara triunfante y que ella te permitirá que se cumplan tus deseos.

La bruja añadió que sería vital que escogiese muy bien la ocasión porque la magia de la máscara sólo funcionarla una vez.

Sin duda era algo más que simple coincidencia que Lorenzo hubiera descubierto la máscara aquella misma mañana. Salió al patio distraídamente. Se aseguró de que nadie le había visto, se metió por una callejuela y entró en su casa por la parte posterior.

Cruzó el bar de puntillas, encendió una vela y cogió la máscara del estante. Indeciso, pasó los dedos por su superficie pintada de rojo y negro pensando que el artista había aportado algo diabólico a su creación.

Tenía la extraña sensación de que las hendiduras de los ojos semiocultas bajo las espesas cejas hechas de fibra de sisal le acusaban de descuido. En cuanto a la boca, por cuyas comisuras asomaban los largos colmillos de algún animal salvaje, sonreían perversamente desafiándole a ponérsela y danzar con ella.

Se la puso ante el rostro. Sus ojos, nariz y boca se ajustaban perfectamente a la máscara, parecía como si se la hubieran hecho a medida, sólo las mejillas rozaban ligeramente contra la lisa superficie interior. Ató detrás de la cabeza las tiras de cuero y las cubrió con largas fibras de sisal teñidas de púrpura, verde y negro que colgaban por el cuello.

No había oído entrar a Petra en la habitación. Se sobresaltó al oír su voz.

—Tendrás que cambiarte de ropa —dijo tendiéndole unos pantalones y una camisa remendada—. Quitate las sandalias. El diablo va descalzo.

Miró en torno temiendo que alguien pudiera oírla yañadió:

—Recuerda: el diablo ordena sin proferir palabra.

Tan silenciosamente como había entrado se escabulló por lo. puerta de atrás. Estuvo indeciso un instante preguntándose qué camino podía seguir cuando oyó a un grupo de parranderos que tocaban el tambor por la calle. Se acercó a ellos amparándose en las sombras.

—¡El diablo! —exclamaron al verle, y corrieron excitados arriba y abajo de la calle anunciando que había llegado el diablo al pueblo.

Cuatro jóvenes se separaron del grupo y le rodearon aporreando ágil y graciosamente el tambor. Uno de ellos cantó una tonadilla improvisada manifestando que aquella noche se ponían a las órdenes del diablo.

Lorenzo sintió que un escalofrío le recorría la espalda y que le invadía una inquietud incontrolable. Levantó sus musculosos brazos con lentitud y se movió instintivamente siguiendo el ritmo de los tambores.

Puertas y ventanas se abrían a su paso por las calles mientras bailaban dirigiéndose a

la plaza seguidos por una multitud en constante aumento. Como si lo hubiera dispuesto el diablo, las luces de la calle y de las casas del entorno se apagaron durante unos segundos. La música se interrumpió. Momentáneamente paralizada, la multitud vio entrar al diablo en el hogar de los Briceño.

Lorenzo saltó al estrado que habían levantado en el patio al mismo tiempo que alguien disparaba ¡os cohetes. Luces rojas, azules, verdes y blancas estallaron en el cielo y cayeron vertiginosamente formando una lluvia de chispas doradas.

Los invitados miraban como hechizados al diablo y a los tamborileros que habían llegado en seguimiento suyo. Como inspirado por una música inaudible, Lorenzo bailó en medio de un círculo de tambores mudos encorvando ligeramente el cuerpo, brillante la máscara roja y negra y proyectando sus cuernos amenazadores en dirección al cielo.

De pronto surgió atronador el sonido de los tambores convirtiendo el prolongado silencio en un estruendo que se difundió por todos los rincones de la casa.

El diablo vio a Birgit recostada contra la puerta del comedor. Saltó del estrado, asió una botella de ron y se la ofreció.

La mujer cogió la botella, echó atrás la cabeza con or-o y bebió.

Confiado en su poder, Lorenzo danzó alrededor de ella moviéndose con gracia consumada, irguiendo la cabeza y balanceando ligeramente las caderas,

Birgit Briceño con los brazos extendidos y expresión arrebatada respondió a los tambores, como si estuviera en trance.

Retorciendo el rostro tras ¡as gafas de gruesa montura don Serapio se encontraba hundido en un sillón que de pronto parecía demasiado grande para él.

Los invitados se mezclaron con la multitud que había llegado de la plaza y se pusieron a bailar ondeando ¡as caderas ligeramente con movimientos deliberadamente lentos.

Lorenzo estaba rodeado por un grupo cada vez mayor de mujeres que danzaban tratando de tocarle o cogerle para convencerse de que era de carne y hueso. Perdió de vista a Birgit, se liberó de las ávidas manos de las mujeres y se ocultó tras una puerta. Asegurándose de que no era seguido se escabulló hacia la parte posterior de la casa mirando en todas las habitaciones por las que pasaba.

Se detuvo bruscamente al oír unas alegres carcajadas. Apoyada en el arco que separaba la zona del lavadero del patio, se encontraba una alta y corpulenta figura con negras botas y una larga túnica de color rojo orlada de blanco. Un gorro frigio también rojo le cubría su rizada peluca.

Lorenzo se aproximó a aquella persona tan extrañamente vestida.

—Eres Birgit Briceño —murmuró contemplando sus ojos claros de mirada directa enmarcados por unas gafas de aro metálico y sin vidrios.

—¡Soy Santaclós! —le corrigió ella con una amplia sonrisa disimulada por la poblada barba y el bigote.

Y acudió a recoger un bastón y un saco de arpillera lleno de paquetes que se apoyaban contra la pared.

—Quería esperar a mañana y sorprender con mis regalos a los niños que han intervenido en la representación —le explicó—, pero no quiero perderme esta oportunidad. —Sonrió con picardía y aire conspiratorio—. Vindrás can-migo, ¿verdad?

Sus ojos brillaban con malicia cuando se acercó a mirarle por las rendijas de la máscara.

Lorenzo se inclinó ante ella, cogió el saco, se lo echó al hombro y le hizo señas de que le siguiera.

Salieron por la parte posterior del patio a una callejuela y se dirigieron a la plaza donde se habían reunido algunos ancianos, varias mujeres y unos niños para contemplar la reunión que se celebraba en casa de los Briceño, a otro lado de la plaza.

—¡Aquí llega el diablo! —exclamó una niña.

Llamó a los otros chiquillos para que le siguieran y corrió al centro de la plaza. Los niños se detuvieron en seco y observaron silenciosos a las dos figuras, llenos de miedo y curiosidad.

—Éste es el diablo —dijo la niña señalando a Lorenzo—. Pero tú ¿quién eres? —preguntó a la alta figura—.

¿Por qué te vistes así?

—Soy Santaclós y traigo regalos —respondió Birgit sacando un paquete del saco que tendió sonriente a la niña.

—¿También tienes regalos para nosotros? —preguntaron los restantes chiquillos bailando a su alrededor.

Birgit fue entregándoles paquetes entre risas.

Una chiquilla, desconcertada, que estrechaba una caja contra su pecho, gritó excitada:

—Santaclós y el diablo van a bailar.

Los complacidos gritos de los niños atrajeron una multitud en pocos momentos. Algunos músicos comenzaron a tocar sus instrumentos y a golpear sus tambores.

Lorenzo pasó un pañuelo por la cintura de Birgit que ató con fuerza e iniciaron una danza retorciéndose y agitándose en ardiente y rítmico abrazo.

Temiendo perder su asidero en los extremos del pañuelo, Lorenzo ignoraba las invitaciones de otras mujeres para bailar con ellos. Ante los ojos de todos estaba absorto en la danza, pero cuando oyó que se aproximaba otro grupo de músicos por la calle, cogió de la mano a la asombrada Birgit y se la llevó entre la multitud. Antes de que pudieran darse cuenta de lo que sucedía, el diablo y Santaclós habían desaparecido.

Corrieron hasta quedarse sin aliento. De pronto oyeron que se acercaba gente riendo y alborotando por la esquina. Lorenzo la cogió en brazos y se metió en casa de uno de sus amigos y clientes. Le encontró en el salón reunido con un pequeño grupo. No pensó que acaso se entremetía en una reunión familiar. Lo único que quería era convencerse para que le prestara su automóvil.

¡Vaya noche! —suspiró Birgit con radiante sonrisa—. Esa multitud por poco nos alcanza. Se quitó la peluca, la barba y el bigote y los echó por ventanilla. Soltó los cojines que llevaba bajo la túnica y los dejó en el asiento posterior.

—¿Adonde vamos? —preguntó tratando de distinguir algo entre la oscuridad reinante.

Lorenzo rió bajo su máscara y siguió conduciendo hacia ¡a casita que tenía ¡junto al mar.

Ella también se echó a reír y se arrellanó en el asiento

—Noto la brisa marina —murmuró brevemente aspirando con fuerza—. Nací en un pueblecito pescador de Suecia. La gente de mi país siempre ha sido enterrada en el mar o en sus orillas y lo único que lamento en mi vida es que no lo seré. Serapio posee un terreno en el cementerio del pueblo.

Asombrado por tan extraña preocupación Lorenzo detuvo el vehículo.

—¿Me puede conceder la máscara del diablo mis deseos de ser enterrada ¡junto al mar? —preguntó ella con una expresión grave y decidida.

Lorenzo se limitó a asentir en muestra de conformidad.

—Una promesa como ésta es sagrada —observó ella.

Su mirada denunciaba claramente que el entendimiento era total. Se recostó en el asiento. Estaba muy tranquila pero sonreía de un modo extraño, casi maligno.

—Por mi parte prometo amar toda esta noche al dueño de la máscara que concede tales deseos —susurró.

Él hubiera accedido por un instante de amor. Comparada con un instante, una noche era una eternidad.

Durante muchos días estuve reflexionando sobre el significado de las historias que me habían contado. Creía haber entendido lo que significaba un vínculo, la sombra de la bruja o la rueda de la fortuna, pero seguía esperando que dona Mercedes o Candelaria me aclararan las cosas.

Desde un principio había aceptado que no debía interpretar mis experiencias a través de mi instrucción académica. Sin embargo no podía dejar de considerar las cosas según el

prisma de cuanto había aprendido en el mundo nágual.

Florinda me lo había explicado todo calificándolo de acuerdo con la *intención*: una fuerza universal y abstracta responsable de modelar cuanto nos rodea en el mundo en que vivimos. Por tratarse de una fuerza abstracta su poder modelador suele estar fuera del alcance humano, pero en circunstancias especiales permite su manipulación

v eso es lo que nos da la falsa impresión de que la gente o los objetos nos conceden nuestros deseos.

Comparadas con Florinda —y no podía evitar tales comparaciones—, doña Mercedes y Candelaria eran más sencillas y pragmáticas. Ellas no tenían una comprensión general de sus acciones. Entendían lo que hacían como médiums, brujas y curanderas desde un punto de vista de acontecimientos aislados y concretos vagamente relacionados entre sí. Por ejemplo, doña Mercedes me daba ejemplos concretos de los medios de manipular algo sin nombre y al acto de manipularlo lo denominaba la sombra de la bruja. El resultado de tal manipulación lo consideraba un vínculo, una continuidad, un grito de la rueda de la fortuna.

—Sin duda fue la máscara 'la que le concedió sus deseos a Lorenzo —dijo doña Mercedes con absoluta convicción—. He conocido otros casos muy similares de objetos que conceden deseos.

—Pero dígame, doña Mercedes, ¿cuál es el factor más importante? ¿El propio objeto o la persona que siente el deseo?

—El propio objeto —respondió—. Si Lorenzo no hubiera tenido aquella máscara habría pasado la vida suspirando por Birgit y a eso se habrían limitado sus deseos. Una bruja te diría que fue ta máscara y no Lorenzo quien creó el vínculo.

—¿Seguiría usted calificándolo de la sombra de una bruja aunque no estuviera implicada ninguna de ellas?

—La sombra de la bruja es sólo un nombre. Todos nosotros tenemos algo de brujos. Lorenzo no es espiritista ni curandero y sin embargo tuvo cierto poder para crear un vínculo, aunque para ello no baste con mover la rueda de la fortuna. Pero con ayuda de la máscara fue muy distinto.

CUARTA PARTE

Me despertó un leve ruido. Quise moverme, pero se me había dormido el brazo izquierdo debajo de la cabeza. Me había quedado dormida en la habitación de Mercedes Peralta, agotada después de realizar un inventario de las plantas medicinales secas que allí guardaba.

—¿Doña Mercedes? —susurré.

Exceptuando el sonido de los nudos de su hamaca que chirriaban al frotar los anillos metálicos, no hubo respuesta. Me acerqué de puntillas al rincón: no había nadie en la habitación. Sin embargo tenía la clara sensación de que acababa de salir de allí y que su presencia seguía aún latente.

Abrí la puerta luchando con una inexplicable ansiedad y eché a correr por el silencioso pasillo. Crucé el patio, llegué a la cocina y salí al jardín. Doña Mercedes estaba tendida como una sombra en la hamaca que colgaba de dos guanábanos, envuelta en el humo de su tabaco.

Su rostro surgió lentamente entre la nube de humo. Parecía la imagen de un sueño. Sus ojos brillaban con peculiar intensidad.

—Estaba pensando en ti, en lo que estás haciendo —dijo levantando las piernas para salir de la hamaca.

Le dije que me había dormido en su habitación y que me había sobresaltado d ruido de su hamaca vacía.

Me escuchó en silencio con expresión preocupada.

—Musiúa —dijo con severidad—. ¡Cuántas veces te he dicho que no te duermas en la habitación de una bruja? 'Cuando dormimos somos muy vulnerables.

Inesperadamente se echó a reír. Se tapó la boca como si hubiera hablado demasiado. Me hizo señas para que me aproximase y me senté en el suelo cerca de su hamaca.

Entonces comenzó a darme masaje en la cabeza. Después deslizó los dedos con un movimiento ondulante hasta mi rostro.

Me invadió un dulce sopor. Mi piel, músculos y huesos parecieron disolverse bajo sus hábiles dedos. Absoluta, mente relajada y en paz, me sumergí en una modorra que no tenía nada que ver con el sueño. Mientras seguía masajeándome me sentí semiconsciente de su suave contacto. Por último me tendí de espaldas sobre la piedra más próxima del jardín.

Doña Mercedes se puso de pie a mi lado.

—¡Fíjate, musíúa! —exclamó de pronto observando la luna llena que se deslizaba entre las nubes. Ocultándose, levantándose y surgiendo, la luna parecía desgarrar las nubes en su apresuramiento—. ¡Fíjate! —volvió a exclamar agitando en el aire sobre mi cabeza un puñado de medallas de oro unidas por una larga cadena—. Cuando vuelvas a ver esta cadena deberás regresar a Caracas.

Por un instante el oscuro manojito de medallas pareció colgar de la luna llena que surgía tras una nube. No las vi caer. Estaba demasiado preocupada preguntándome qué le había impulsado a aludir a mi regreso a Caracas. Cuando se ío pregunté me hizo notar que era muy necia si creía que me iba a quedar en Curmina para siempre.

El insistente canto de una cigarra en una rama sobre mi cabeza era como una vibración que acentuaba la calma de aquella noche caliente y húmeda. Me puse de bruces sobre la esterilla y aguardé a que llegara la mujer que se me había ido apareciendo todas las noches en aquel mismo lugar del patio.

Cerca de mí, doña Mercedes daba cabezadas en una hamaca. Aquella noche había decidido hacerme compañía alterando con su presencia el carácter extraordinario de aquellas apariciones. La curandera había establecido desde un principio que mientras que no hubiera nadie más conmigo ni que me observase, mis contactos con el espíritu tendrían calidad de acontecimientos superpersonales. Sui embargo, si se encontraba presente alguien más, aquel asunto se convertiría en una propiedad pública, por así decirlo.

Por entonces yo ya había adquirido cierta experiencia fumando cigarrillos. Al principio expresé mi preocupación a doña Mercedes sobre los efectos irritantes del calor en el delicado tejido interior de la boca. Ella disipó mis temores con sus risas asegurándome que, en realidad, el humo de los puros rituales era frío y suavizante.

Después de practicar durante algún tiempo tuve que darle la razón: el humo era ciertamente frío, el tabaco parecía mentolado.

La decisión de doña Mercedes de acompañarme aquella noche había sido provocada por las dudas de Candelaria acerca de que yo fuese bastante fuerte para resistir sola toda una sesión. Según ellas, una sesión completa significaba que en un momento determinado la médium renuncia totalmente al control voluntario de su persona y el espíritu puede expresarse a través de su cuerpo.

Aquel día a primera hora doña Mercedes me explicó que mi presencia en su casa ya no tenía sentido. No porque Candelaria y ella estuvieran molestas o disgustadas conmigo, sino porque no tenían nada valioso que darme. Me aseguró que tanto ella como Candelaria me profesaban el mayor afecto: si no me hubiese apreciado tanto se hubiera limitado a permitirme presenciar cómo trataba a los enfermos en calidad de ayudante suya. Pero precisamente por el afecto que sentía hacia mí, se sentía obligada a ser sincera. Lo que yo necesitaba era un vínculo y ella no podía dármelo; sólo podía establecerlo con Candelaria. Sin embargo, puesto que el espíritu me había elegido como intermediaria, o quizá como verdadera médium, tenía que respetar tal elección como había hecho hasta entonces ayudándome a establecer contacto nocturno con la aparición. —El hecho de que el espíritu de mi antepasada te haya escogido —dijo— nos convierte a ti, a Candelaria y a mí en una especie de parientes.

Entonces Candelaria me explicó que ella había mantenido contacto con el mismo espíritu desde su infancia. Pero siguiendo la tradición de los médiums de mantener un absoluto secreto, no podía entrar en detalles sobre el tema.

Doña Mercedes se revolvió en su hamaca y cruzó los brazos bajo la cabeza.

—Musiúa —me dijo en voz baja y relajada—, será mejor que te sientes en el suelo y comiences a fumar.

Encendí un cigarro, proferí una breve bocanada y murmuré «¡conjuro» que me había enseñado. El humo y el sonido eran los agentes decisivos que atraían siempre la parición. Oí un suave susurro que doña Mercedes también pareció distinguir porque se volvió al mismo tiempo que yo. A pocos pasos de distancia, sentada entre las gigantescas macetas de flores de Candelaria, se encontraba la mujer.

Doña Mercedes se inclinó sobre mí y me quitó el cigarro de la boca. Dio unas chupadas murmurando un conjuro diferente del mío. Sentí un temblor en el cuerpo, una mano invisible pareció oprimirme el cuello. Proferí gorgoteos y zumbidos que ante mi sorpresa sonaban como palabras dichas por otra persona que utilizase mis propias cuerdas vocales. Al instante comprendí —aunque no las entendía— que eran las frases de otro conjuro. La aparición quedó suspendida sobre mi cabeza y luego desapareció.

Seguidamente me encontré con doña Mercedes y Candelaria dentro de la casa. Estaba empapada en sudor y me sentía tan agotada físicamente como ellas mismas. Sin embargo mi agotamiento no era debilitante. Me notaba extraordinariamente libre y alborozada.

—¿Cómo he llegado hasta aquí? —pregunté. Candelaria consultó a doña Mercedes con la mirada. —Has tenido una sesión completa —dijo. —Esto cambia totalmente las cosas —dijo doña Mercedes con desmayada voz—. El espíritu de mi antepasada ha establecido un vínculo contigo. De modo que debes quedarte aquí hasta que el espíritu te permita irte.

—Pero ¿por qué me ha escogido a mí que soy extranjera?—pregunté.

—Los espíritus no distinguen a los extranjeros —respondió Candelaria—. Los espíritus sólo buscan a los médiums.

Mercedes Peralta estaba inclinada sobre el altar murmurando un conjuro. Desfallecida por el hambre y el cansancio, consulté disimuladamente el reloj: eran casi las seis de la tarde. Deseé ardientemente que la corpulenta mujer que se sentaba junto a la mesa fuese la última paciente de aquel día.

Aunque nunca me había explicado por qué visitaba sólo dos pacientes diarios, desde los últimos sábados doña Mercedes recibía más de doce en un solo día.

En su mayoría se trataba de mujeres procedentes de las aldeas vecinas que aprovechaban su viaje semanal al mercado para acudir a la curandera. Entre ellas siempre se encontraban las que buscaban alivio para dolencias específicas como dolores de cabeza, resfriados y trastornos femeninos. Sin embargo, en gran parte, trataban de encontrar remedio para sus problemas emocionales: amores no correspondidos, dificultades conyugales, incompatibilidad con yernos y suegros o niños en crecimiento, y problemas laborales y comunitarios eran los tópicos que surgían más frecuentemente. La aparición de canas y arrugas, la pérdida de los cabellos y las rachas de mala suerte figuraban entre las quejas más frívolas. Doña Mercedes trataba a todos con igual interés y eficacia, fuera cual fuese su problema.

Primero establecía el diagnóstico con ayuda del compás náutico o interpretando las cenizas del cigarro en un platillo. Si el desequilibrio del individuo estaba provocado por desórdenes de tipo psicológico —ella lo calificaba de espiritual— recitaba una oración-conjuro y daba un masaje; si la dolencia era de carácter físico, prescribía plantas, medicinas y un tratamiento.

Su cuidado lenguaje y su gran sensibilidad ante los repentinos cambios de talante de cada persona movían a los más reacios a confiarse y a explicarle ingenuamente sus preocupaciones más íntimas.

Me sobresalté al oír a Mercedes.

—Esta vez sí que estás fastidiada —dijo a la mujer que se sentaba ante su mesa. Movié la cabeza con escepticismo y volvió a examinar las cenizas del cigarro que había recogido en un platillo metálico ante el altar—. Eres una insensata —manifestó poniendo el plato ante los ojos de la mujer, como si esperase que ella reconociera la naturaleza de su dolencia en el suave polvillo grisáceo—. En esta ocasión te has metido en un lío.

Sonrojada y recelosa, la mujer miró a uno y otro lado como si buscase un lugar por donde escapar. Frunció los labios como una criatura.

Doña Mercedes se levantó, se acercó adonde yo me encontraba sentada en un taburete

en el lugar de costumbre y en tono formal me indicó:

Quisiera que anotases el tratamiento que debe seguir el cliente.

Como de costumbre anoté en primer lugar las hierbas, esencias de flores y restricciones dietéticas. Seguidamente señale con todo detalle cuándo y en qué circunstancias debía tomar el paciente las infusiones y los baños purificadores. Autorizada por doña Mercedes, siempre conservaba una copia para mí. Y, por último, a instancia suya leía varias veces en voz alta cuanto había anotado, Estaba convencida de que no sólo para que doña Mercedes pudiera comprobar que estaba correctamente anotado, sino sobre todo para ilustrar al paciente en caso de que fuese analfabeto.

La mujer cogió la receta, se levantó y fue hasta el altar. Depositó algunos billetes bajo la estatua de la Virgen y prometió solemnemente seguir las instrucciones de doña Mercedes.

Ésta se acercó al altar, encendió una vela y se arrodilló para rogar a los santos que sus prescripciones fueran acertadas.

Le indiqué que sabía de algunos médicos que también oraban mucho.

—Los buenos doctores y los curanderos comparten un constante respeto hacia sus pacientes —manifestó—. Confían en la existencia de una gran fuerza externa que los guiará y apelan a ella por medio de oraciones, meditación, conjuros, humo de tabaco, medicinas y equipos necesarios.

Cogió las copias de todas las recetas que yo había escrito aquel día y las contó.

—¿He visto realmente a tantas personas? —preguntó al parecer poco interesada por conocer mi respuesta.

Una débil sonrisa entreabrió sus labios. Cerró los ojos y se recostó en su incómoda silla.

—Ve y tráeme todas las notas que has tomado de los clientes, excepto las de aquellos que te han contado sus historias. Deseo ver a cuánta gente he tratado desde que estás aquí. — Se levantó y fuimos juntas hasta la puerta—. Tráelas todas al patio. Quiero que me ayude Candelaria —añadió.

Tardé una hora en recoger todo el material. Exceptuando mi diario, lo llevé al patio en donde ya me aguardaban doña Mercedes y Candelaria.

—¿Es eso todo? —preguntó doña Mercedes observando los paquetes de notas que deposité en el suelo delante de ella.

Sin aguardar mi respuesta ordenó a Candelaria que amontonase los papeles y los índices juntos al bidón que se encontraba en un extremo del patio. En cuanto lo hubo hecho así, Candelaria acudió a sentarse en la esterilla a mi lado. Miramos a doña Mercedes, que de nuevo se había tendido en la hamaca.

—Ya te he dicho que te encuentras aquí bajo los auspicios del espíritu de mi antepasada —me dijo doña Mercedes—

—. Desde anoche eres una médium escogida por su espíritu y como tal no debes conservar documentos que traten de curaciones, esta sola idea es espantosa.

Se levantó de la hamaca y fue hacia donde se encontraban mis notas. En aquel momento no comprendí lo que se proponía. Rompió con un cuchillo las cuerdas que las sujetaban y echó los papeles a puñados en el interior del bidón mientras yo contemplaba como hipnotizada cómo se convertían en humo. Hasta entonces no me había dado cuenta de que dentro del bidón estaba encendido un fuego.

Me precipité tratando de salvar parte de mi obra. Las palabras de Candelaria me paralizaron.

—Si haces eso tendrás que marcharte ahora mismo.

Sonrió y dio un golpecito en la estera invitándome a sentarme a su lado.

En aquel instante comprendí que no podía hacer nada.

Tras una jornada agotadora de trabajo dona Mercedes se durmió profundamente en su silla.

La estuve observando un rato pensando que también me hubiera gustado relajarme con tanta facilidad y guardé silenciosamente en la vitrina las distintas botellas, jarros y cajas. Cuando pasaba de puntillas por su lado para salir de la habitación abrió repentinamente los

ojos. Volvió con lentitud la cabeza y estuvo escuchando dilatando las ventanillas de su nariz como si olfatease algo.

—Casi me había olvidado —dijo—. Hazle pasar ahora mismo.

—No hay nadie —repuse absolutamente convencida.

Ella levantó las manos con aire impotente.

—Haz lo que te digo —dijo con suavidad.

Salí de la habitación convencida de que en aquella ocasión se había equivocado. Casi había oscurecido y no se veía a nadie. Con una sonrisa de triunfo estaba a punto de regresar cuando oí una tosecilla.

Como si las palabras de doña Mercedes hubieran provocado su aparición, de entre las sombras del pasillo surgió un hombre pulcramente vestido. Sus piernas eran desproporcionadamente largas en contraste con sus hombros, que parecían pequeños y frágiles bajo la negra americana.

Vaciló un instante y luego levantó un racimo de cocos a modo de saludo. En la otra mano llevaba un machete rudimentario.

—¿Está Mercedes Peralta? —preguntó con voz áspera y profunda salpicada de una tos violenta.

—Le está esperando —respondí apartando las cortinas para dejarle paso.

Sus cabellos eran cortos, fuertes y rizados y tenía el entrecejo profundamente arrugado. Su moreno y anguloso rostro rezumaba una inflexible dureza que confirmaba la feroz e implacable expresión de sus ojos. Tan sólo las comisuras de su boca bien formada sugerían cierta dulzura.

Pareció indeciso un momento, luego una débil sonrisa se extendió lentamente por su rostro mientras se aproximaba a doña Mercedes. Dejó caer los cocos en el suelo y ajustándose los pantalones a las rodillas se puso de cuclillas junto a su silla. Escogió el coco de mayor tamaño y con tres expertos cortes de su machete le quitó la parte superior.

—Son tal como le gustan —dijo—. Suaves y muy dulces.

Doña Mercedes se llevó la fruta a los labios y entre ruidosos sorbos estuvo elogiando la dulzura de la leche.

—Córtame un trozo —pidió devolviéndole el coco.

De un solo golpe partió el coco por la mitad y seguidamente desprendió con la punta del machete la suave y gelatinosa pulpa.

—Prepara la otra parte para la musíúa —dijo doña Mercedes.

El hombre me dirigió una larga y firme mirada y sin decir palabra soltó la pulpa del coco restante con idéntico cuidado y me lo tendió. Le di las gracias.

—¿Qué te trae hoy por aquí? —preguntó doña Mercedes rompiendo el incómodo silencio—. ¿Necesitas mí ayuda?

—Sí —respondió sacando un paquete de cigarrillos del bolsillo y encendiendo uno de ellos. Inhaló profundamente y guardó el paquete en el bolsillo—. El espíritu está perfectamente: se trata de esta condenada tos que ha empeorado y no me deja dormir.

La mujer le invitó a sentarse, no frente a ella donde solían situarse sus pacientes, sino en la silla próxima al altar. Encendió tres velas a la Virgen y casualmente se interesó por la plantación de cocos que poseía en algún lugar de la costa.

Se volvió lentamente y la miró a los ojos. Ella hizo "" ademán quitando importancia.

—Esta musíúa me ayuda con mis pacientes —le dijo—. puedes hablar como si no estuviera presente.

Su mirada se cruzó con la mía un instante.

—Me llamo Benito Santos —dijo. Y se dirigió nuevamente a doña Mercedes—. Ella también tendrá algún nombre.

—Dice llamarse Florinda —repuso doña Mercedes sin darme tiempo a responder—. Pero la llamo musíúa.

Le miró fijamente y se situó detrás de él. Con movimientos lentos le estuvo dando un unguento en el pecho y los hombros durante casi media hora.

—Benito Santos es un hombre poderoso —dijo volviéndose hacia mí—■. Viene a

verme de vez en cuando para remediar un dolor de cabeza, un resfriado o la tos y le curo en cinco sesiones. Utilizo un ungüento especial y una oración muy expresiva dirigida al espíritu del mar.

Siguió masajeándole durante mucho rato.

—¿Ha desaparecido el mal de cabeza? —preguntó apoyando sus manos en los hombros de Benito.

Él no pareció oír la pregunta. Miraba sin ver las titilantes velas. Comenzó a hablar del mar y de lo siniestro que era al amanecer cuando el sol se levanta de las aguas oscuras y sin brillo. Con un murmullo monótono, casi como si se encontrase en trance, aludió a las excursiones que realizaba cada mediodía por el mar. No sabía nadar, sólo se mantenía a flote.

—Los pelícanos vuelan en círculo a mi alrededor —dijo—; a veces descienden a muy escasa altura y me miran directamente a los ojos. Estoy seguro de que quieren saber si se me agotan las fuerzas.

Permaneció silencioso largo rato con la cabeza inclinada. Luego su voz se desdibujó en un murmullo aún más reducido que resultaba difícil de comprender.

—Al oscurecer, cuando el sol se oculta tras las lejanas montañas y la luz ya no alcanza las aguas, oigo la voz del mar dictándome que algún día morirá. Pero mientras vive es implacable. Entonces sé que lo amo.

Mercedes Peralta presionó las palmas de sus manos en las sienes del hombre extendiendo los dedos por la cabeza.

Benito es un hombre que ha superado la sensación de culpabilidad. Es viejo y está cansado, pero incluso ahora es implacable, como el mar.

Benito acudió a ver a doña Mercedes durante cinco días consecutivos. Al concluir cada sesión ella siempre le

pedía que me contase su historia. Benito jamás respondía y me ignoraba por completo. Por fin, el último día, se volvió bruscamente hacia mí y me preguntó:

—¿Es suyo ese jeep que está en la calle?

Y sin darme tiempo a responder añadió:

—Lléveme a la plantación de cocos, por favor.

Fuimos en silencio. Poco antes de llegar a la costa le aseguré que no tenía por qué acceder a la petición de doña Mercedes.

Movió la cabeza categóricamente.

—Todo cuanto ella me pide es sagrado para mí —dijo con sequedad—. Lo que sucede es que no sé qué decir ni cómo hacerlo.

Con el pretexto de recoger cocos para doña Mercedes, hice muchas visitas a Benito. Hablamos largamente, pero nunca me alentaba, me miraba de forma desafiante hasta que yo desviaba mis ojos. Dejó muy claro que sólo me confiaría su historia porque doña Mercedes se lo había pedido.

Indudablemente, como ella lo había descrito, era un hombre duro e implacable.

Asiendo firmemente el machete, Benito Santos permanecía inmóvil bajo el ardiente sol de mediodía que le había quemado la espalda, envarada tras cortar caña durante toda una semana. Echó hacia atrás el ala de su sombrero para refrescarse la frente y siguió con la mirada al grupo de hombres de aspecto cansado que cruzaban los campos ya segados de caña camino de sus hogares.

Durante el último día y la noche anterior los hombres habían trabajado sin descanso. Como él, ninguno tendría trabajo al que acudir el lunes. Había sido la última cosecha de azúcar antes de que se presentasen los tractores para alisar y parcelar el terreno. El propietario de aquellos campos había resistido más que ninguno, pero, por último, como los demás plantadores de la zona, se había visto obligado a vender sus propiedades a una firma urbanizadora de Caracas.

El valle se había convertido en un centro industrial-Alemanes y norteamericanos se disponían a construir laboratorios farmacéuticos; los italianos no sólo levantarían una fábrica de calzado sino que pensaban traer de Italia a sus propios trabajadores.

—¡Malditos extranjeros! —exclamó Benito escupiendo en el suelo.

No sabía leer ni escribir y carecía de cualquier otra habilidad que no fuese recoger la caña de azúcar y manejar el machete. Arrastrando la larga hoja por el suelo se encaminó al patio de la hacienda dirigiéndose a un pequeño bungalow donde tenía sus oficinas el capataz-

Un grupo de hombres, algunos de pie y otros sentados a la sombra del amplio tejadillo del edificio, le miraron con recelo cuando entraba en la oficina,

—¿Qué quieres? —le preguntó el hombrecillo barrigudo que estaba sentado tras una mesa metálica de color gris—. Ya has cobrado, ¿no es así? —añadió con impaciencia enjugándose el sudor del cuello con un pañuelo blanco pulcramente doblado.

Benito asintió. Era hombre taciturno y arisco. Le resultaba difícil hablar y pedir favores.

—He oído decir que han transportado la caña de azúcar a una factoría del pueblo vecino —balbuceó fijando sus ojos en el fuerte cuello del capataz que asomaba bajo su camisa almidonada—. Alguna vez he trabajado en las factorías de los alrededores. Quisiera saber si puede contratarme para trabajar allí.

El capataz se recostó en la silla y miró a Benito entornando los ojos.

—Tú vives por aquí, ¿verdad? ¿Cómo vas a ir al pueblo próximo que está a veintidós kilómetros de distancia? —En autobús —murmuró Benito con expresión furtiva.

¡—Autobús! —rió despectivamente el capataz acariciándose el cuidado bigotillo—. Sabes muy bien que el autobús sólo sale cuando está lleno. A lo llegarías nunca antes de mediodía.

—Lo conseguiré —aseguró Benito desesperado—. Si me da ese trabajo, me arreglaré como sea. ¡Se lo ruego!

—Escucha —dijo el capataz—. Contraté a todos cuantos pudieran cortar caña de azúcar sin tener en cuenta su edad ni experiencia porque tenía que cumplir un plazo, e hice constar claramente a todos ellos que era un contrato de seis días. En la factoría ya tenemos la gente necesaria. Se puso a revolver los papeles que tenía sobre la mesa—. No me hagas perder tiempo, tengo mucho trabajo.

Benito salió al patio y procuró no pisar el césped que crecía entre las piedras. La factoría, en el extremo opuesto del patio, parecía abandonada aunque había estado en funcionamiento hasta hacía pocos días. Sabía que en el valle nunca volvería a verse una fábrica.

Le sobresaltó el ruido de la bocina del camión. Saltó rápidamente a un lado haciendo señas con la mano para

que lo llevaran al pueblo. El camión pasó de largo envolviéndole en una nube de polvo.

—¡Tendrás que ir andando, Benito! —le gritó alguien desde el vehículo.

Mucho después de que el polvo se hubo asentado aún seguía oyendo los gritos y risas de los obreros que viajaban en el camión. Curvó ligeramente los dedos en la empuñadura del machete. Poco a poco se relajó. Se echó el sombrero sobre la frente para resguardarse los ojos del resplandor del sol.

Benito no siguió la carretera principal que conducía al pueblo sino que atravesó los desiertos campos hasta llegar a un estrecho sendero que conducía a la parte sur, donde los sábados se instalaba un mercado a la libre. Iba más despacio que de costumbre. Advirtió que tenía agujereada la suela del zapato y que llevaba suelta la del otro que levantaba el polvo del suelo delante de él. De vez en cuando descansaba a la sombra de los mangos que crecían a ambos lados del camino para aliviar momentáneamente el calor que sentía y observaba abstraído la fugaz línea verdosa de los lagartos que corrían entre los matorrales.

Cuando llegó era más de mediodía. El mercado estaba lleno de gente, vendedores con voz enronquecida pregonaban sus mercancías con igual entusiasmo que habían desplegado a primera hora de la mañana. Y los clientes, en su mayoría mujeres, regateaban descaradamente. Benito pasó junto a los puestos de los granjeros portugueses donde se amontonaban confusamente verduras algo ajadas; después siguió por las paradas de carne y pescado seco donde pululaban enjambres de moscas y los perros aguardaban con infinita

paciencia a que cayese al suelo algún trozo de carne. Sonrió viendo cómo los niños que despachaban fruta entregaban en bolsas de papel los productos podridos en lugar de permitir que los clientes escogieran la mercancía exhibida.

Manoseó el dinero que llevaba en el bolsillo y que representaba la paga de seis días y se preguntó si compraría entonces o más tarde comida para su mujer Altagracia y su hijito. Decidió que lo haría más tarde. Siempre existía la posibilidad de conseguir mejores precios si regateaba a los comerciantes cuando estuvieran a punto de recoger los tenderetes.

—¡Compra ahora que tienes dinero, Benito! —gritó una anciana que lo conocía—. Las habichuelas y el arroz n° serán más baratos después.

—Sólo las mujeres esperan las gangas de la tarde —Se mofó un vendedor haciendo gestos obscenos con un llantén.

Observó los rostros sonrientes de los buhoneros tibaneses que se encontraban tras sus vistosas paradas pregonando vestidos económicos, joyas de fantasía y perfumes. La ira le había hinchado las venas de las sienes y entumecido los músculos del cuello. No podía olvidar el humillante incidente vivido en las oficinas del capataz. En sus oídos seguían sonando ¡as burlonas carcajadas de los trabajadores que viajaban en el camión. Acarició pensativo el machete que, en sus manos, era tan ligero como una navaja. Con enorme esfuerzo dio la vuelta y se marchó.

Un frío sudor bañaba su cuerpo. Tenía la boca seca. Sintió un hormigueo en el estómago que no era consecuencia del hambre. Decidió que se tomaría una copa de ron. No podía esperar a llegar a su casa. Necesitaba el ron para disipar su ira, su melancolía y su abatimiento.

Se dirigió resueltamente hacia la entrada principal del mercado donde aguardaban los camiones y los animales de carga en los que transportarían los productos que no se hubieran vendido. Cruzó la calle, entró en el oscuro almacén de la esquina y compró tres pintas de ron barato.

Se sentó a la sombra de un árbol frente a los camiones y los asnos. No quería perderse el momento en que los vendedores recogían sus mercancías. Suspirando satisfecho se recostó en el trono, se quitó el sombrero y se limpió con la manga el sudor y el polvo de su demacrado rostro. Abrió cuidadosamente una de las botellas y apuró de un solo trago la primera pinta. Poco a poco el ron le alivió la tensión del estómago y el dolor de la espalda y las piernas. Sonrió invadido de una indefinible sensación de bienestar. Pensó que era mejor estar allí sentado bebiendo ron que ir a casa y oír las incesantes quejas de Al ¡agracia. Le costaba mucho irritarse, pero aquel día ya había tenido que soportar demasiado.*

Con los ojos entornados estuvo observando a la gente que se reunía en un círculo junto a la entrada del mercado- Eran los mismos que acudían todos los sábados por la tarde desde las aldeas próximas para apostar en las Peleas de gallos. Su mirada soñolienta se detuvo en dos hombres que estaban sentados frente a él debajo de un árbol. Aunque no le interesaban gran cosa aquel tipo de Peleas le llamaron la atención los dos gallos que los hombres tenían en ¡as manos y que se revolvían enérgicamente estirando las patas. Con extraña suavidad los hombres encrespaban las alas de las aves y las atizaban después entre sí para estimularlas.

—Es un animal magnífico —comentó Benito al hombre que sostenía el gallo negro de plumas veteadas de oro.

—Desde luego que lo es —convino su interlocutor rápidamente—. Peleará en el último encuentro de esta tarde. Los mejores se reservan para el final —añadió orgulloso acariciando las plumas del ave—. Tendrías que apostar por él: hoy va a ganar.

—¿Estás seguro? —preguntó distraídamente Benito sacando otras botellas de la bolsa.

Echó un largo trago y estuvo dando vueltas entre la multitud excitada que se sentaba alrededor de una cancha de arena. Le dejaron sitio sin mirarle, fija la atención en el centro del reñidero donde se enfrentaban dos gallos en combate mortal.

—¡Apuesten señores, por favor! —gritó un hombre acallando por un instante a la multitud—. ¡Apuesten para el último encuentro! ¡Por ¡a mejor pelea!

Los hombres cambiaron con avidez sus arrugados billetes por las notas de colores que simbolizaban el importe de sus apuestas.

—¿Estás seguro de que tu gallo ganará hoy? —preguntó Benito al propietario del ave que tenía las motas doradas-

—¡Naturalmente.' —exclamó el hombre lleno de entusiasmo besando la cresta del ave.

—¿Te da miedo apostar, Benito? —le preguntó uno de los trabajadores que había estado cortando leña con él aquella semana—. Será mejor que compres comida para tu vieja si no quieres tener problemas esta noche —concluyó burlonamente.

Benito escogió su apuesta y sin vacilar arriesgó el resto de su jornal en el gallo de plumas veteadas de oro seguro de duplicar su dinero. No sólo se aprovisionaría de habichuelas y arroz sino también de carne y ron. Incluso tendría bastante dinero para comprarle a su hijo los primeros zapatos.

Tan excitado como el resto de los espectadores, Benito se sumó a aquellos que voceaban su aprobación a la vista de los gallos que se exponían sobre sus cabezas. Los dueños de las aves chuparon los afilados y mortíferos espolones de los gallos para demostrar que no estaban envenenados. Murmuraron dulces epítetos a las aves y, ct una señal del arbitro, los echaron al centro del reñidero.

Los combatientes se contemplaron con fiereza, pero se negaron a enfrentarse. La multitud gritó y pusieron una

jaula de mimbre sobre los animales. Los espectadores incitaban a los gallos a emprender el ataque y éstos temblaban de ira y desplegaban su plumaje bajo los cuellos afeitados e inyectados en sangre.

Retiraron la jaula. Los gallos saltaron uno contra otro evitando hábilmente los picotazos y aletazos, pero en breve se enzarzaron en un mortal batir de alas, atacando con cabezas y patas en una explosión de furia. Las plumas del gallo blanco enrojecieron con la sangre de sus propias heridas y del profundo corte que había abierto en el cuello de su contrincante.

Benito oraba silenciosamente por el ave a favor de la que había apostado.

A una señal del arbitro los encrespados y agitados gallos fueron retirados de la cancha. Con creciente ansiedad Benito observó que el propietario del gallo negro soplabá sus heridas al tiempo que le hablaba con dulzura acariciándole y mimándole.

El arbitro dio la orden de reanudar la pelea y los gallos fueron arrojados nuevamente al centro del círculo. El ave de plumas blancas emprendió el ataque dirigiendo un acertado envite y hundiendo sus espolones en el cuello de su adversario. Su canto triunfal conmovió el silencio del público al tiempo que el gallo de plumas veteadas en oro caía muerto.

Benito Santos sonrió amargamente y luego se echó a reír con una mueca que trataba de encubrir sus lágrimas. —Por lo menos me queda el ron —murmuró apurando el resto de la segunda botella.

Con dedos temblorosos se secó la barbilla. Se apartó de la multitud y se dirigió hacia las colinas. Los desolados cañaverales que se extendían interminablemente ante sus ojos brillaban bajo la luz del atardecer. El polvo dorado de ja carretera que levantaban sus zapatos formaba una fina capa dorada en sus manos y brazos.

Ascendió lentamente por una escarpada colina. Cuando aparecía un árbol en su camino cruzaba la carretera y se refugiaba a su sombra.

Abrió la última botella de ron y echó un largo trago. No deseaba ver a su esposa, no podría soportar su acusadora mirada. Ojeó las colinas que le rodeaban y posó su mirada en las verdes laderas del otro lado de la carretera donde tenía su granja un general que ocupaba un alto cargo en el gobierno.

Benito tomó otro trago. El ron ingerido le inundó de una vaga esperanza. Quizá podría conseguir algún trábalo en la finca del general. Podía cortar el césped, regar los campos de alfalfa que cultivaba especialmente para los caballos. ¡Diablos! ¡Era un hombre hábil! Cortaba caña expertamente v la caña no se diferenciaba gran cosa de la alfalfa. Incluso podría pedir un anticipo. No mucho, sólo lo suficiente para comprar un poco de arroz

y habichuelas. Descendió la colina casi corriendo y seguidamente tomó la carretera recién asfaltada que conducía a la granja del general Estaba tan excitado ante la posibilidad de conseguir trabajo que no advirtió la presencia de dos soldados que custodiaban la entrada.

—¿Adonde piensas ir? —exclamó uno de ellos interrumpiéndole el paso y señalando con su rifle un letrero que aparecía en la carretera—. ¿No sabes leer? Está prohibida la entrada: es una propiedad privada.

Benito estaba tan agitado que la garganta le dolía cuando respiraba. Miró a uno y otro soldado y luego se dirigió al segundo que se apoyaba contra una piedra que estaba junto al letrero y que parecía mayor y más amable. —Necesito trabajar desesperadamente —murmuró. El soldado movió silencioso la cabeza fijando sus ojos en los negros y fuertes cabellos que asomaban por su viejo sombrero de paja, en los pantalones caqui que llevaba enrollados y en la camisa que se adhería a su sudoroso y recio tórax.

—Aquí no hay trabajo —dijo en tono compasivo—. Por esta zona no hay nadie que pueda contratar tus servicios.

—Alguien debe cuidarse de los caballos —insistió Benito—. Podría ayudarle aunque sólo fuera un par de horas diarias.

Los guardias se miraron, después se encogieron de hombros y rieron maliciosos.

—Pregúntale al alemán que cuida las cuadras —dijo el hombre que parecía más joven—. Él podrá ayudarte.

Por un momento Benito se preguntó de qué se reirían los soldados, pero se sentía demasiado reconocido para preocuparse por ello. Temiendo que pudieran cambiar de opinión y obligarle a marcharse se precipitó por el camino que se adentraba en la finca.

Se detuvo bruscamente frente a la casa del general. Indeciso, estuvo contemplando el edificio de dos plantas pintado de blanco con una larga galería que se apoyaba en columnas macizas. En lugar de llamar avanzó de puntillas hacia una de las ventanas del piso inferior. Estaba abierta y la brisa agitaba suavemente la cortina de gasa. Sintió deseos de echar una mirada para ver cómo era por dentro, había oído decir que estaba lujosamente decorada con muebles traídos de Europa.

—¡Qué estás haciendo! —exclamó una voz fuerte con acento extranjero.

Benito se sobresaltó y estuvo a punto de caérsele la botella de ron que llevaba en la mano. Se volvió encontrándose con un hombre alto y delgado de mediana edad, de cabellos rubios y muy cortos. Supuso que se trataría del alemán al que le habían enviado los soldados. El hombre le miraba con impaciencia y sus ojos eran del color del cielo y brillaban fieramente bajo su fruncido entrecejo.

—¿Tiene algún trabajo para mí? —preguntó Benito—. De lo que sea.

El hombre se le acercó y le miró amenazador.

—¿Cómo te has atrevido a entrar aquí, borracho? —escupió con frío desprecio—. ¡Márchate de aquí antes de que lance los perros contra ti!

Benito se sintió inseguro. Parpadeó nerviosamente. Le trataban como a un mendigo. Siempre había odiado pedir favores. Trabajaba lo mejor que sabía. Le costaba trabajo expresarse.

—Aunque sólo sea por un par de horas. —Tendió la mano para que el hombre pudiera ver sus cicatrices y callos—. Soy un buen trabajador. Sé cortar caña, podría cuidar el césped para los caballos.

—¡Lárgate de aquí! —gritó el alemán—. ¡Estás borracho!

Benito Santos anduvo lentamente, arrastrando la punta, del machete por el suelo. La carretera que se extendía ante sus ojos le parecía muy larga que nunca, como si se prolongara intencionadamente para demorar su llegada a casa. Le hubiera gustado poder hablar con alguien. El monótono zumbido de los insectos le hacía sentirse aún más solo.

Atravesó el seco torrente que conducía a su casa. Al llegar allí se detuvo un instante en la puerta aspirando profundamente el aire del anochecer, esperando que la suave brisa refrescase su acalorado rostro.

Tuvo que agacharse para entrar en la choza. No tenía Ventanas, sólo una abertura enfrente y otra en la parte Posterior que se cerraban por la noche con un trozo de cartón

apoyado con un palo.

En el interior el calor era sofocante. Le irritó el ruido de las cuerdas de la hamaca que frotaban contra la madera y la desigual respiración de Altagracia. Sabía que estaría furiosa. Se volvió a mirar a su hijo que dormía en el suelo. Estaba cubierto de andrajos que apenas le tapaban el pecho. No podía recordar si tenía dos o tres años

Altagracia se levantó de la hamaca y fijó sus ojos en la bolsa que llevaba en la mano. Se planta ante él y exigió con voz áspera y chillona:

—¿Dónde está la comida, Benito?

—El mercado ya estaba cerrado cuando pasé por allí —murmuró yendo hacia el camastro que estaba en un rincón de la choza mientras sostenía fuertemente la bolsa de papel—. Seguramente aún te quedarán algunas habichuelas y un poco de arroz.

—Sabes perfectamente que no queda nada —dijo Altagracia tratando de asir la bolsa de papel—. Seguro que sí has tenido tiempo de emborracharte.

Su rostro de pie! amarillenta y flácida estaba sofocado. Sus hundidos ojos normalmente inexpresivos brillaban de ira y desesperación.

El corazón le latía aceleradamente. No tenía por qué darle ninguna explicación a ella, no tenía de qué justificarse.

—¡Cállate, mujer! —vocífero. Levantó la botella y apuró el resto del ron sin respirar—. Me he pasado toda la noche cortando caña. Estoy agotado. —Echó la botella vacía por la abertura de la choza—. Ahora deseo paz y tranquilidad. No voy a permitir que me grites. Coge el niño e iros al diablo.

Altagracia le asió del brazo sin darle tiempo a echarse en el camastro.

—¡Dame el dinero! ¡Yo misma compraré la comida! ¡El niño tiene que comer! —Le metió la mano en el bolsillo—. ¿No hay dinero? —preguntó con expresión aturdida, sin comprender—. ¿Acaso no te han pagado? ¡No puedes haberte gastado la paga de seis días en ron!

Vociferando obscenidades le tiró de los cabellos y le golpeó el pecho y la dolorida espalda con los puños.

Se sentía embriagado, pero no por el ron sino por la ira y la desesperación. Vio su aterrada expresión mientras levantaba el machete. Su grito retumbó por los aires, después imperó el silencio. Contempló el cuerpo caído en el suelo, la enmarañada cabellera empapada en sangre.

Sintió que alguien le tiraba de los pantalones. El pequeño se asía a sus piernas con tanta fuerza como si nunca fuese a dejarle en libertad. Poseído por un terror irracional trató de desprenderse de él, pero el niño no le soltaba. Sus ojos eran como los de su madre, negros y profundos, y le miraban con igual expresión acusadora. Comenzaron a latirle las sienes ante la fijeza de aquella mirada. Una vez más alzó el machete con furia cegadora.

Jamás había sentido una sensación tan desoladora; tampoco se había sentido nunca tan despejado. Por un instante sintió como si tuviera otra vida, más llena de significado y con horizontes más amplios y que estuviera contemplando la pesadilla en que se había convertido su existencia. Después, con mayor seguridad que nunca, empapó algunos harapos en una lata de petróleo casi vacía y prendió fuego a la choza.

Corrió cuanto pudo hasta que por fin se detuvo y contempló inmóvil los campos desiertos que se extendían al pie de las colinas y las montañas que se levantaban en la distancia. Al amanecer, aquellas montañas tenían el color de la esperanza. Detrás de ellas se encontraba el mar. Nunca lo había visto, sólo había oído decir que era inmenso. Benito Santos aguardó hasta que las montañas, las colinas y los árboles se convirtieron en sombras, como los recuerdos de su infancia. Le pareció que nuevamente caminaba por las calles estrechas de su pueblo cogido de la mano de su madre mezclándose entre la multitud de fieles que seguían alguna procesión al caer la noche iluminándose con velas parpadeantes entre la oscuridad.

—Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores ahora y en la hora de nuestra muerte. Amén —oró. Su voz se perdió entre el murmullo del viento y los miles de sonidos que envolvían las colinas. Se estremeció de temor y emprendió de nuevo una veloz

huida. Corrió hasta que no pudo respirar. Se sentía como si se hundiera en el blando suelo, como si la tierra le estuviera tragando consolándose con su negrura. Y comprendió que aquél era el último día de su inútil existencia, que por fin había muerto.

Abrió los ojos al escuchar un lamento femenino. Era la brisa nocturna que agitaba las hojas que le rodeaban. Hubiera deseado permanecer para siempre entre las sombras, pero sabía que no serían tan fáciles las cosas para él. Se levantó, recogió su machete y se dirigió hacia la carretera que conducía a las montañas. Una clara luz descendía del cielo y se extendía a su alrededor proyectando su sombra. Aquella luz hacía más tenue el aire y le facilitaba la respiración.

No tenía adonde ir, nada que esperar. Tampoco experimentaba ninguna emoción, sólo la vaga sensación, una esperanza indefinida de que podría ver el mar.

—Ya es hora de que te vayas —dijo Candelaria—. No deberías trabajar los domingos. Y desconectó mi grabadora.

En aquel instante doña Mercedes entró en la cocina. Al verme vestida todavía con albornoz frunció el entrecejo.

—¿Por qué no estás preparada? —me preguntó.

—Yo sé por qué —respondió Candelaria con singular dulzura y un brillo divertido en la mirada—. No quiere ir a recoger los cocos de Benito: le tiene miedo.

Sin darme tiempo a negar su acusación salió de la habitación.

—¿Es cierto eso, musíúa? —preguntó doña Mercedes sirviéndose una taza de café—. No había advertido que abrigaras sentimientos de hostilidad hacia él.

Le aseguré que no era así. Sin embargo no podía dejar de considerar abominable lo que aquel hombre había hecho con su esposa y su hijo.

—Su historia no tiene nada que ver con la justicia o la moral —me interrumpió—. Es la experiencia de un hombre violento y desesperado.

Protesté diciéndole que consideraba que él tan sólo había procurado por sí mismo. Me referí casi históricamente a la desesperación y el abandono a que se sometía a las mujeres y a los niños.

—Basta, musíúa —me interrumpió clavándome el dedo en el pecho cerca de la clavícula como si me estuviera empujando con una punta de acero—. No te dejes guiar por un falso sentido del orden. No te comportes como una musíúa que viene de un país extranjero para encontrar imperfecciones, como esas personas que se sentirían ofendidas por el comportamiento de un hombre como Benito Santos, y pierdas de vista lo que trato de enseñarte. Mi deseo es situarte a la sombra de las personas que he escogido para que te narren sus historias.

»La historia del último día de la existencia inútil de Benito Santos compendia toda su vida. Le pedí que te la contase con todos los detalles que pudiera recordar y también te he enviado para que veas por ti misma su bosque de cocoteros junto al mar, para que puedas comprobar qué giro dio la rueda de la fortuna.

Me resultaba difícil explicar mis sentimientos a doña Mercedes sin darle la sensación de que moralizaba. No quería hacerlo, pero no podía evitarlo. Me dirigió una sonrisa comprensiva.

—El valor de su historia —me dijo de repente— es que sin ninguna preparación estableció un vínculo y logró poner en movimiento la rueda de la fortuna.

—Las brujas dicen que a veces un simple acto establece ese vínculo.

Doña Mercedes se levantó de la silla que ocupaba y cogiéndose firmemente de mi brazo salió de la cocina y se encaminó hacia su habitación.

Al llegar a la puerta se detuvo y me miró.

—Benito Santos mató a su mujer y a su hijo, y ese acto movió la rueda de la fortuna. Pero lo que le impulsó a llegar adonde ahora se encuentra, junto al mar, fue su deseo de verlo.

»Como él mismo debió de explicarte era un deseo vago y sin embargo lo único que tenía tras haber cometido un acto tan violento y decisivo. De modo que ese deseo se apoderó de él y le impulsó.

»Esa es la razón de que haya seguido fiel al deseo que le salvó. Tiene que amar al mar y acude a verme para que pueda ayudarlo a mantener constantemente semejante proceder.

»Y sabes muy bien que esto puede lograrse. Establecemos nuestro propio vínculo con un simple acto. No tiene por qué ser algo tan violento y desesperado como en el caso de Benito Santos, pero sí debe ser definitivo. Si el acto está seguido de un deseo imperioso, a veces, como en el caso de Benito, puede apartarnos de la moralidad.

Quinta parte

Casi anocheecía cuando doña Mercedes y yo salimos de casa y fuimos a visitar a León Chirino. Pasamos lentamente junto a las antiguas casas coloniales próximas a la plaza y echamos una mirada por las ventanas abiertas. Las habitaciones estaban oscuras, pero aun así distinguimos las sombras de algunas ancianas que pasaban las cuentas del rosario mientras desgranaban sus oraciones de la tarde.

Nos sentamos a descansar en un banco de la plaza rodeadas de ancianos que ocupaban toscas sillas de madera apoyadas en los troncos de los árboles. Esperamos con ellos a que el sol desapareciera tras las colinas y que la brisa del anochecer refrescase el aire.

León Chirino vivía en el otro extremo del pueblo, al pie de la colina cubierta de chabolas. Su casa, formada por bloques de hormigón sin revocar, tenía un amplio patio y estaba rodeada por un alto muro.

La puertecilla de la entrada estaba abierta y también la puerta principal. Sin molestarnos en llamar ni advertir de nuestra presencia cruzamos un amplio salón y pasamos directamente al patio posterior que había sido convertido en taller. A la luz de una bombilla, León estaba puliendo un trozo de madera. Con aspecto complacido nos hizo señas con las manos invitándonos a pasar y nos indicó que nos sentásemos en el banco que estaba ante su mesa de trabajo.

—Supongo que es hora de que me prepare —dijo sacudiéndose el polvo de sus ensortijados cabellos blancos y el serrín de las ropas.

Observé con expectación a doña Mercedes, pero ella se limitó a asentir. Cuando se volvió a mirar a León brillaba una luz secreta en sus ojos. Sin decir palabra se le- y arrastrando los pies siguió a lo largo del pasillo

que rodeaba el patio hasta la parte posterior de la casa Me disponía a seguirla cuando León me detuvo bruscamente.

—Será mejor que vengas conmigo —dijo apagando la luz, y proyectó un salivazo que acertó en uno de los tiestos de flores secas que había en el rincón.

—¿Adonde ha ido doña Mercedes? —pregunté. Se encogió de hombros con aire impaciente y me guió en dirección opuesta hasta un estrecho hueco que separaba el salón de la cocina. En una de las paredes del reducido recinto se encontraba un filtro de agua hecho de barro y en el otro una nevera.

—¿Quieres tomar alguna bebida? —me ofreció mostrándome una botella de Pepsi que había sacado del refri-gerador. Sin esperar mi respuesta abrió la botella y añadió despreocupadamente—: Doña Mercedes se está asegurando de que hay bastantes cigarros.

—¿Va a celebrarse una sesión? —pregunté cogiéndole la botella de la mano.

León encendió la luz del salón y se acercó a la alta ventana que daba a la calle. Cogió un tablero de madera y antes de colocarlo ante el marco miró hacia atrás por encima de] hombro con los ojos brillantes, acariciándose la barbilla y con sonrisa solapada y maliciosa. —Desde luego que sí —respondió.

Fui a sentarme en el sofá que estaba junto a la ventana mientras me bebía la Pepsi. El escaso mobiliario de la habitación daba la impresión de mayor amplitud. Además del sofá, había un alto armario atestado de libros, fotografías, botellas, jarros, tazas y vasos, y varias sillas de madera que se apoyaban en las paredes.

Murmurando algo ininteligible, León Chirino apagó la luz y encendió las velas que tenía en los anaqueles debajo de las distintas imágenes de santos, jefes indios y cabecillas de los esclavos negros que adornaban las paredes pintadas en color ocre.

—Quiero que te sientes aquí —me ordenó colocando dos sillas en el centro de la habitación. —¿En cuál de ellas? —pregunté. —En la que prefieras.

Con una amplia sonrisa me quitó el reloj de muñeca y se lo guardó en el bolsillo. Acto seguido fue al armario y sacó de él un jarrito medio lleno de mercurio que en sus morenas manos parecía la gigantesca pupila de un monstruo viviente.

—Tengo entendido que eres una médium hecha y derecha —dijo poniendo el jarro en mi regazo—. El mercu-

rio evitará que el espíritu gravite hacia ti. No queremos que se te acerque, sería muy peligroso para ti —sonrió y me colgó una cadena de plata del cuello.

—Esta medalla te garantiza protección - me aseguró.

Cerró los ojos y unió las manos en oración. Cuando hubo concluido me advirtió de que no había manera de saber qué espíritu nos visitaría en aquella sesión.

—No sueltes el jarro ni te quites la cadena —me advirtió mientras disponía las sillas formando círculo en el centro de la habitación.

Apagó todas las velas con excepción de la que ardía bajo la imagen del negro Miguel, un famoso cabecilla de los esclavos que dirigió la primera insurrección en Venezuela. Murmuró otra breve plegaria y salió silencioso de la habitación.

Cuando regresó, la vela casi se había extinguido. Me instó a que mantuviera la mirada fija en el jarro que tenía en el regazo y se sentó a mi lado. Muerta de curiosidad desvié varias veces la mirada al oír que la gente entraba en la habitación y se sentaba en las sillas, pero a la vacilante luz no logré reconocer a nadie.

Mercedes Peralta llegó la última. Quitó la vela del anaquel y repartió los cigarros liados a mano.

—No hables con nadie ni antes ni después de la sesión —me susurró al oído mientras me encendía un cigarro—. Aparte de León y de mí nadie sabe que eres médium. Las médiums son vulnerables.

Se sentó delante de mí. Cerré los ojos y di unas expertas chupadas como había hecho infinitas veces en el patio de doña Mercedes. Estaba tan absorta en ello que perdí la noción del tiempo. Entre el humo surgió un suave quejido. Abrí los ojos y vi cómo se materializaba una confusa figura de una mujer en medio del círculo de sillas. Poco a poco se extendió una luz rojiza hasta que la mujer pareció estar encendida.

El modo en que se movía y como vestía, falda y blusa negra, y el aire con que ladeaba la cabeza me recordaban a Mercedes Peralta. Sin embargo, cuanto más la observaba, menos segura me sentía de que fuese ella. Preguntándome si sería víctima de una de aquellas inexplicables visiones que había tenido en el patio, así con fuerza la jarra de mercurio y me levanté de la silla. Me asombró ver que la mujer se volvía transparente, pero no me asusté al comprobar tal hecho, limitándome a aceptar que fuese posible ver a través de ella.

La mujer desapareció sin previo aviso fundiéndose en un oscuro bulto que había en el suelo, como si la luz que

había en su interior se hubiese apagado. Me convencí totalmente de que no era una aparición al ver que sacaba un pañuelo del bolsillo y se sonaba.

Me dejé caer en la silla: estaba agotada. León, que estaba a mi izquierda, me dio un leve codazo, indicándome que concentrase mi atención en el centro de la sala. En el círculo formado por las sillas, donde se encontrara la mujer transparente, se veía una anciana de aspecto extranjero que me miraba asustada y sorprendida con los ojos muy abiertos. Echó la cabeza atrás y luego hacia adelante y, antes de que pudiera comprender el sentido de su presencia en aquel lugar, se desvaneció lentamente, como si flotase.

La habitación estaba tan silenciosa que por un instante creí que me había quedado sola. Miré de reojo en torno y únicamente distinguí el resplandor de los cigarros. Me pareció imposible que estuviesen fumando los mismos cigarros que doña Mercedes había distribuido, el mío hacía mucho tiempo que se había acabado. Me incliné para llamar la atención de León y alguien me puso la mano en el hombro.

—¡Doña Mercedes! —exclamé al reconocer su contacto. Incliné la cabeza esperando que me dijese algo. Al ver que no lo hacía, levanté la mirada, pero ya no se encontraba allí. Estaba sola en la habitación: todos los demás se habían ido. Me levanté asustada y corrí hacia la puerta. Al llegar allí me detuvo León.

—El espíritu de Frida Herzog está vagando por aquí —dijo—. Murió en las gradas de esta colina.

Se acercó a la ventana y abrió los postigos. Como una aparición fantasmal, el humo se precipitó fuera de la habitación desvaneciéndose en el aire de la noche. León Chirino volvió a repetirme que Frida Herzog había muerto en las gradas de la montaña. Paseó por la habitación inspeccionando cuidadosamente los oscuros rincones, quizá para asegurarse de que no quedaba nadie allí.

—¿Era ella la anciana que vi? —pregunté—. ¿La viste tú también?

El hombre asintió, y seguidamente murmuró que su espíritu seguía merodeando por allí. Se enjugó repetidamente la frente como si tratara de liberarse de un pensamiento o quizá de la imagen de aquella anciana asustada. La quietud de la habitación me resultaba insoportable. —Será mejor que vaya a reunirme con doña Mercedes —dije suavemente mientras abría la puerta.

—¡Aguarda! —exclamó León adelantándose y asiéndome del brazo. Me quitó la cadena de plata y cogió el jarro

que contenía el mercurio—. En el curso de una sesión el tiempo cronológico se suspende —murmuró con voz lenta y cansada—, el tiempo espiritual es un tiempo de equilibrio que no es realidad ni sueño. Sin embargo es un tiempo que existe en el espacio.

Y me hizo notar que me había visto proyectada en un acontecimiento que sucedió hacía mucho tiempo.

—El pasado no tiene secuencias —prosiguió—. El presente puede unirse al pasado o con hechos sucedidos hace muchos años. —Me puse el reloj en la muñeca—. Es mejor no hablar de estas cosas, lo que sucede es vago e indefinido y no debe ser expresado con palabras.

Deseosa de reunirme con doña Mercedes, asentí con escaso entusiasmo. Sin embargo León Chirino, que parecía decidido a retenerme en su casa, repetía una y otra vez que Frida Herzog había muerto detrás mismo de aquella casa.

—Vi como doña Mercedes se volvía transparente —le interrumpí—. ¿Lo viste tú también?

Me miró fijamente como si no hubiera esperado que le hablase de ella. Pero inmediatamente se echó a reír.

—Quería deslumbrarte —dijo rebotante de orgullo—. Es una médium perfecta.

Cerró sus cansados ojos con una semisonrisa. Parecía estar saboreando una visión muy querida. Después me hizo salir y cerró la puerta a mis espaldas sin hacer ruido.

Por un instante me detuve asombrada en la puerta de León Chirino. Sabía que había perdido la noción del tiempo mientras duró la sesión, pero en cierto modo no podía creer que hubiese transcurrido toda una noche y que me hubiera pasado inadvertido el ruido de la lluvia. Sin embargo estaba amaneciendo y se veían charcos en las calles.

Se oyó graznar a un loro en la distancia. Levanté la mirada. Al otro lado de la calle, como una sombra junto al eucalipto que deimitaba la escalera de hormigón que conducía a la colina plagada de chabolas, se encontraba Mercedes Peralta. Corrí hacia ella.

Anticipándose a mis preguntas, se puso un dedo en los labios. Luego se inclinó y recogió una ramita recién cortada del suelo húmeda de lluvia. La sacudió y el perfume del eucalipto aprisionado en centenares de gotas se derramó por mi rostro.

—Será mejor que nos vayamos —dijo; pero en lugar de encaminarse hacia la casa comenzó a escalar la colina. El aire olía a cartones mohosos. El lugar estaba desierto y las chabolas parecían abandonadas. En la mitad «el camino volvimos por uno de los senderos que se extendían como ramificaciones desde los amplios peldaños y nos detuvimos frente a una casa pintada de amarillo con techo de chapa ondulada.

La puerta principal que estaba abierta conducía directamente a lo que parecía un dormitorio en medio del cual se veía una cama pequeña y muy bien hecha. Sobre algunos taburetes habían frondosos helechos plantados en macetas con formas de animales. Jaulas de bambú con canarios colgaban del techo. Pantalones, chaquetas y camisas perfectamente plantados pendían de ganchos metálicos sujetos a las paredes amarillas.

Tras una cortina de vivos colores que en el primer momento me había parecido una decoración mural surgió un hombre,

—¡Efraím Sandoval! —exclamé preguntándome qué haría en aquel lugar el propietario de la tienda donde yo adquiriría mis lápices y blocs de notas.

Le conocía muy bien, así como a su mujer de origen alemán cuyos modales y lenguaje eran más venezolanos que los de las propias nativas. El matrimonio y sus dos hijas vivían cerca de la plaza, sobre el establecimiento que hacía las veces de papelería y tienda de aparatos de radio y televisión.

Tendría cuarenta y tantos años, pero su esbelta estructura y sus rasgos delicados le hacían parecer mucho más joven. Sus ojos rasgados, sombreados por largas y rizadas pestañas, tenían una radiante expresión, parecía divertirse algún pensamiento secreto. Como siempre, vestía impecablemente, pero aquella mañana apestaba a humo de cigarro.

—¿Asistió a la sesión? —le pregunté con involuntaria incredulidad.

Me hizo señas de que me tranquilizara y nos invitó a sentarnos en la cama.

—Volveré en seguida —prometió desapareciendo detrás de la cortina.

Reapareció en seguida portando una bandeja de bambú cargada de alimentos, platos y cubiertos. Despejó uno de los taburetes y colocó en él la bandeja. Con los amanerados modales de un *maitre* nos sirvió habichuelas negras, arroz, llantenes fritos, pedazos de carne sazonada y café.

Con nerviosa expectación miré a uno y otro esperando que comentasen la reunión espiritista.

—La musíúa se está muriendo de curiosidad —manifestó doña Mercedes con un brillo malicioso en los ojos. Desea saber por qué vives aquí cuando tienes una casa tan hermosa en el pueblo. Me gustaría que le contases la razón.

—¿De verdad? —preguntó Efraím Sandoval con indiferencia mientras daba fin a sus habichuelas.

Masticaba lentamente tratando de ganar tiempo. Se levantó, fue hacia la ventana y la abrió. Permaneció unos segundos contemplando el pálido amanecer y luego se volvió a mirarme.

—Supongo que debe de tener sus razones para desear saber algo de mí —añadió en tono interrogante.

—Así es —respondió doña Mercedes—. De modo que no te andes con rodeos cuando vaya por tu tienda acosándote para que se lo expliques.

Efraím sonrió tímidamente. Incluyó su taburete y se apoyó en la pared. Paseó su mirada por la habitación. Había una expresión ausente en sus ojos: parecía haber olvidado nuestra presencia,

—¿Y qué finalidad tiene contárselo a ella? —preguntó por último sin mirar a doña Mercedes—. No es una historia extraordinaria sino más bien vulgar.

—Precisamente por eso —dijo—. La musíúa ha oído ya toda clase de historias y la tuya es de especial interés para ella porque no hiciste nada especial para que ocurriese. Simplemente te encontrabas allí, bajo los auspicios de un orden superior.

—Sigo sin comprender de qué va a servirle a la musíúa conocer la historia de Frida Herzog —insistió Efraím Sandoval.

—Ése es su problema —repuso secamente Mercedes. Se levantó de la silla y me indicó que siguiera su ejemplo.

Parecía como si Efraím se dispusiera a seguir discutiendo. En lugar de ello asintió.

—Como ya sabes tengo una hermosa casa en el pueblo —dijo volviéndose hacia mí. Extendió los brazos—. Pero acudo a vivir aquí para poder sentir la presencia de Frida Herzog que inconscientemente me dio cuanto ahora poseo.

Se acercó a la ventana, pero antes de cerrarla miró inseguro a doña Mercedes.

—¿Me hará hoy una limpieza?

—Naturalmente —respondió riendo—. No debe preocuparte la presencia de la musíúa. Ya me ha visto actuar otras veces.

Efraím pareció dudar un momento; luego, acaso temiendo que no hubiera bastante

tiempo para ello, se quitó rápidamente la americana y se tendió en la cama.

Mercedes sacó de su bolsillo una botellita, un pañuelo blanco, dos velas y dos cigarros que alineó meticulosamente al pie del lecho. Encendió una de las velas y luego un cigarro e hizo una profunda inhalación. Envuelta en humo murmuró las palabras de su conjuro a medida que profería cada exhalación. Una sonrisa maligna se extendió por su rostro mientras cogía el pañuelo y la botellita medio llena de mixtura compuesta de agua perfumada y amoníaco. Vertió una generosa cantidad en el pañuelo y lo dobló perfectamente.

—¡Respira! —ordenó, y con un movimiento rápido y perfecto aplicó el pañuelo a la nariz de Efraím.

Murmurando palabras incoherentes el hombre se retorció y revolvió tratando de sentarse. Las lágrimas se deslizaron por sus mejillas y movió inútilmente los labios tratando de formular un ruego. Doña Mercedes le mantuvo inmovilizado sin apenas esforzarse, simplemente aumentando la presión de la mano en la nariz. En breve el hombre dejó de debatirse, cruzó los brazos sobre el pecho y yació inmóvil profundamente agotado.

Doña Mercedes encendió otro cigarro. Murmuró una suave plegaria y rogó al espíritu de Hans Herzog que protegiese a Efraím. Proyectó las últimas bocanadas de humo en el cuenco de sus manos y le pasó los dedos por el rostro, los brazos doblados y a lo largo de las piernas.

Sorprendida al oír un ruido extraño miró alrededor. La habitación estaba llena de humo y entre aquella neblina se dibujaba una forma, poco más que una sombra o una nube de humo que pareció quedar suspendida junto al lecho.

El profundo sueño en que se hallaba sumido Efraím, coronado por sonoros ronquidos, pareció romper el hechizo. Mercedes Peralta se levantó y recogió todos sus útiles, comprendidas las colillas de los cigarros, en su bolsillo, fue a la ventana y la abrió. Me señaló hacia la puerta con la barbilla haciéndome señas para que la siguiera.

—¿No le pasará nada? —pregunté cuando estuvimos afuera. Nunca había presenciado una sesión tan breve.

—Estará perfectamente durante otro año —me aseguró—. Cada año Efraím asiste a una sesión de espiritismo para renovarse. —Hizo un amplio ademán—. El espíritu de Frida Herzog vaga por aquí y Efraím cree que le ha dado suerte. Por ello ha decidido conservar esta chabola mientras que su familia vive en el pueblo. No es cierto, pero esta creencia suya no perjudica a nadie. En realidad le produce alivio.

—Pero ¿quién es Frida Herzog?—pregunté—. ¿Y quien ese tal Hans Herzog a cuyo espíritu rogó que protegiese a Efraím?

Doña Mercedes puso su mano en mis labios.

—Musiúa, ten paciencia —dijo divertida—. Llegado el momento, Efraím te lo explicará. Lo único que puedo decirte es que no fue Frida quien movió la rueda de la fortuna para Efraím: no tenía razones para hacerlo. En realidad lo hizo un fantasma, el de Hans Herzog.

Se apoyó pesadamente en mí mientras descendíamos por la colina.

—Me muero de ganas de tumbarme en mi hamaca —murmuró—. Estoy muerta de cansancio.

Temiendo que alguien pudiera estropearle o incluso robarle la motocicleta, Efraím la subió en la acera y después la metió en el edificio de dos pisos propiedad de su pa-trona Frida Herzog.

La finesa y sus hijos, que vivían en el apartamento y consideraban el vestíbulo su porche delantero, le miraron resentidos. Se encogió de hombros y subió la escalera que llevaba el apartamento de Frida.

Había trabajado para los Herzog desde que era un adolescente. Fue Hans Herzog quien le compró la motocicleta. Los años que había trabajado para él transcurrieron tan de prisa que Efraím ni siquiera había advertido su discurrir. Le agradaba el trabajo de chico para todo y muchacho de recados que desempeñaba en el negocio de avicultura de Hans Herzog, pero lo que más le gustaba era la amabilidad con que le trataba su amo y su gran

sentido del humor. Efraím nunca había tenido la sensación de estar trabajando, sino más bien de que cada día acudía a la oficina para recibir una lección en el arte de vivir bien.

En el curso de los años se había convertido en el hijo adoptivo de Hans o en su discípulo más que en un empleado.

—Te estoy muy agradecido, Efraim —solía decirte—, un hombre de mi naturaleza a cierta edad necesita un público imparcial, un oyente incondicional.

Hans Herzog había emigrado desde Alemania antes de la guerra, no para hacer fortuna sino tratando de realizarse. Se había casado ya mayor porque consideraba el matrimonio y la paternidad una necesidad moral, calificándolos de tensiones controladas del paraíso.

Hans sufrió un ataque y Efraím le asistió día y noche.

No podía hablar, pero seguía comunicándose con él con la intensidad de sus ojos. En sus últimos momentos se esforzó frenéticamente por confiarle algo, pero no lo consiguió. Se encogió de hombros, se echó a reír y murió.

Después Efraím trabajó para su viuda, pero no con igual interés ni mucho menos con el mismo placer. Ella vendió su negocio avícola. Según decía recordaba a su marido, pero conservó a Efraím a su servicio porque era el único que sabía conducir la motocicleta.

Advirtiendo que la puerta del apartamento de Frida estaba abierta, entró sin llamar y pasó al pequeño vestíbulo que conducía al salón.

La habitación atestada de muebles tapizados en color beige estaba separada de la zona del comedor por un gran piano. A ambos lados de la enorme chimenea había vidrieras repletas de libros. Frida sólo encendía la chimenea una vez al año, en Nochebuena.

Efraím retrocedió unos pasos para poder verse completamente en el espejo dorado que colgaba sobre la repisa del hogar. Tenía veintitantos años, pero su complexión y su rostro infantil, imberbe y poco maduro le hacían representar unos dieciséis. Se peinó concienzudamente los rizados cabellos, se arregló la corbata y el pañuelo perfumado con colonia que llevaba en el bolsillo de la americana, aunque fuese pobre no tenía por qué parecer descuidado, y se miró por detrás para comprobar que su americana estaba lisa, sin arrugas.

Cruzó el salón y salió a la amplia terraza. Frida estaba semiescondida entre macetas con arbolitos de caucho, orquídeas y helechos que llegaban hasta el techo y jaulas de pájaros. Recia y robusta aparecía sentada ante su escritorio, una mesa metálica de color blanco cubierta con un vidrio grueso y opaco.

—Te estoy esperando desde las nueve —dijo a modo de saludo.

La enojada expresión de sus azules ojos parecía multiplicada por los gruesos cristales de sus gafas de montura de asta que se apoyaban amenazadoras en la prominente nariz.

—¡Qué paz se respira aquí! ¡Qué fresca existe en este auténtico cielo! —exclamó Efraím en tono exaltado. Sabía que Frida siempre se ponía de buen humor cuando alguien alababa su jungla—. Sus canarios cantan incluso a meato-día como los mismos ángeles.

E imitando el canto de los pájaros se quitó la americana y la puso cuidadosamente en el respaldo de una su —No te preocupes por los pájaros —repuso ello enojada haciéndole señas para que se sentara delante suyo—. Te pago un salario y espero que llegues a ja hora.

—Me entretuve con posibles clientes ■—dijo dándose importancia.

Le miró dubitativa, enjugándose las gotitas de sudor del labio superior y de la frente con un pañuelo delicadamente bordado.

—¿Has tomado algún pedido?

Sin darle tiempo a responder empujó hacia él varias cajitas blancas que tenía sobre la mesa. —Examínalas —gruñó.

Sin inmutarse ante su mal humor le informó jovialmente de que los pedidos eran tan firmes como si hubieran estado consignados por escrito y firmados. Luego, casi con reverencia, abrió las blancas cajas que tenía delante y observó con temor los voluminosos bolígrafos plateados depositados lujosamente en las cajas forradas de terciopelo de color azul oscuro. Quitó la funda de uno de ellos, desenroscó la parte superior e inspeccionó cuidadosamente el pequeño rectángulo metálico y de goma que descansaba sobre un

diminuto depósito de tinta y que consistía en un sello. Para sacarlo, presionó el extremo vacío del capuchón del bolígrafo en la montura perfectamente ajustada que se proyectaba desde la placa metálica. Selló la caja, atornilló el sello nuevamente y tapó el bolígrafo, inspeccionó asimismo las restantes plumas asegurándose de ese modo de que los nombres de los clientes y sus direcciones estaban correctamente grabados.

—¿Cuántas veces tendré que decirte que no quiero que queden huellas en los bolígrafos? —exclamó Frida quitándole el bolígrafo de las manos. Lo limpió con el pañuelo y volvió a guardarlo en la caja—. ¡Envuélvelos! —ordenó.

Él hizo lo que le ordenaba dirigiéndole una mirada hostil.

—¿Desea que enganche en ellos las etiquetas con la dirección? —le preguntó en cuanto hubo acabado de recoger el último.

—Sí, hazlo así. —Le tendió seis etiquetas pulcramente Mecnografiadas que guardaba en una cajita pequeña—. ¡asegúrate de que aplicas el pegamento con limpieza. —¿Cómo? —replicó Efraim irritado. No había comprendido una sola palabra de lo que ella *e había dicho. Su acento, que apenas se advertía en circunstancias normales, era muy pronunciado cuando se enojaba o estaba asustada, de modo que resultaba difícil comprender lo que decía.

Frida habló lentamente, pronunciando con claridad cada palabra.

—Aplica el pegamento con limpieza en las esquinas de las etiquetas. —Le miró con severidad y añadió—; Quiero que las etiquetas no se despeguen.

—Si las miradas matasen, estaría muerto —murmuró llevándose ambas manos a la cabeza en un gesto de agonía.

Le dirigió una sonrisa encantadora mientras la maldecía con voz apenas audible.

—¿Qué dices? —preguntó Frida con un acento tan pronunciado que sus palabras sonaron confusas.

—Decía que no me costará nada hacerlo como usted desea.

Se aflojó la camisa azul a rayas y cuello almidonado. Cogió el recipiente en forma de calabaza que contenía la goma y depositó una pequeña dosis en cada etiqueta. Meticulosamente la extendió por igual y adhirió las etiquetas a las cajitas perfectamente empaquetadas que contenían los bolígrafos.

—Lo has hecho perfectamente, Efraim —por un instante una mueca de aprobación apareció en el redondo y sonrosado rostro de Frida.

Siempre la sorprendía la limpieza con que el muchacho adhería las etiquetas exactamente en el centro de las cajas. Ni ella misma lo hubiera hecho mejor.

Estimulado por su elogio decidió pedirle el bolígrafo que le había prometido. Aunque ya había renunciado a toda esperanza de recibirlo, seguía recordándole su promesa en cualquier oportunidad que se le presentaba. Y en cada ocasión ella tenía una excusa para no cumplir su promesa.

—¿Cuándo me regalará un bolígrafo? —preguntó con voz apremiante.

Frida le miró en silencio. Adelantó su silla y apoyó firmemente los codos en la mesa.

—Te he explicado muchas veces las dificultades que he tenido para convencer a! fabricante de bolígrafos de que me diese la exclusiva para esta zona. ¿No te das cuenta de que a mi edad —nunca le había dicho cuántos años tenía—, y siendo una mujer, tropiezo con muchas dificultades? —Hizo una pausa y con acento orgulloso añadió -' Precisamente porque trabajo tan bien vendiendo bolígrafos no estoy en condiciones de regalarlos.

—Un bolígrafo no la arruinaría —insistió Efraim.

—¿Tu bolígrafo! ¿No piensas en otra cosa?

La indignación hacía temblar su voz- Acercó su rostro a pocos centímetros del muchacho sin ni siquiera pestañear.

Como hipnotizado siguió mirando los azules ojos en los que se discernía levemente un brillo enloquecido.

Comprendiendo que quizá había llegado demasiado lejos, la mujer desvió su mirada. Poco a poco suavizó su expresión. En tono halagador siguió diciéndole que estaba segura de que juntos podrían vender miles de bolígrafos, no sólo en el pueblo y en las aldeas próximas,

sino por todo el país.

—Ten paciencia, Efraim —le rogó, acercándose aún más a él—. Cuando el negocio prospere, los dos seremos ricos.

Se dejó caer en su silla y pasó los dedos por el archivador gris.

—¡Si lo único que quiero es un bolígrafo, vieja idiota! —murmuró desesperado Efraim.

Frida no le había oído. Dirigió su mirada soñadora hacia ¡as jaulas con una expresión triste y lejana.

—Trabajo mucho —dijo Efraim en voz alta—. No sólo he estado sirviendo bolígrafos sino que yo solo he conseguido casi todos los clientes. —Pareció no advertir su intento de interrumpirle—. Y usted ni siquiera me da un bolígrafo.

—No digo que no trabajes bien —repuso ella con impaciencia—. Trato de hacerte entender que los comienzos de cualquier negocio exigen riesgos y sacrificios. —Paseó por la terraza expresándose en tono muy agudo—. En breve no sólo tendrás bolígrafos y comisión sino que serás mi socio. —Se detuvo delante de él—. Soy una mujer de negocios y presiento que estos bolígrafos estarán en todos los hogares del país. ¡Venderemos uno a cada persona que sepa leer y escribir!

Se apartó de su lado y se apoyó en la barandilla.

—Mira las chabolas —exclamó—. Fíjate en esas colinas.

Con un amplio ademán que hizo ondear las mangas de su bata abarcó el panorama que se extendía ante sus ojos. Se volvió hacia él con radiante sonrisa.

—Piensa en todas esas chabolas de las colinas. ¡Cuántas oportunidades hay allí! También venderemos bolígrafos a los analfabetos. En lugar de poner una cruz cada vez que deban firmar un documento, podrán imprimir su nombre cuando se requiera su firma.

Unió las manos en un gesto infantil, se sentó a su lado y sacó algo del bolsillo.

Esto —manifestó mostrándole su bolígrafo de oro— es *i*_a respuesta ideal para todos los problemas.

Desenroscó cuidadosamente el bolígrafo, enganchó el diminuto sello en el extremo del capuchón y marcó el dorso de todas ¡as cajas que tenía en la mesa. Satisfecha leyó los nombres y direcciones impresos en letras menudas y de color púrpura.

—En esas chabolas viven centenares de personas. Estoy segura de que todas desearán poseer uno de estos bolígrafos. —Le tocó el brazo—. Efraim, a partir de hoy te daré comisión por todos los bolígrafos que vendas en las colinas.

—No pueden permitirse ese lujo —le recordó con sarcasmo.

—Haré lo que no había hecho antes —declaró en tono altisonante—. Se los venderé a crédito.

Y con gesto distraído recogió todas las cajitas, comprendido su bolígrafo de oro, y las metió en el viejo maletín de cuero de Efraim.

—Será mejor que té vayas —le dijo.

El rostro del muchacho expresó una absoluta incredulidad. La miró preguntándose si habría advertido su error. Cogió su maletín con indiferencia. —Hasta mañana —se despidió.

—Esta tarde sólo tienes que entregar seis bolígrafos —le recordó—. Espero que regreses a las cinco. Los bolígrafos ya están pagados. No tienes que perder tiempo esperando que te los abonen.

—Estamos en pleno día —protestó Efraim—. No esperará que vaya por ahí con este calor. Además, primero tengo que ir a comer. Y también necesito dinero para atender a los gastos de transporte. —A! advertir su expresión desconcertada aclaró—. Tengo que poner gasolina en la motocicleta.

La mujer le dio algunas monedas.

—No olvides pedir un justificante —dijo mirándole por encima de sus gafas.

Encogió los hombros con disgusto.

—¡Pedazo de idiota! Con esto no hay para llenar el depósito —masculló entre dientes.

—¿Qué me has dicho? —se sobresaltó Frida. Evitó el insulto que estaba a punto de

proferir. —Digo que no es suficiente para llenar el depósito de gasolina.

Se metió las monedas en el bolsillo, sacó el peine y, haciendo caso omiso de su expresión desaprobadora, se lo pasó por los rizados cabellos.

—Cuatro de esas entregas pueden hacerse a pie —le advirtió—. No es necesario que vayas por ahí con la moto—Yo misma cubro esas distancias e incluso superiores a pie—Y si puedo hacerlo a mi edad, es lo menos que puede esperarse de un hombre joven como tú.

Silbando una tonadilla, se ajustó el nudo de la corbata y se puso la americana. Hizo un gesto de despedida y pasó al salón. Al llegar allí profirió un prolongado silbido y abrió exageradamente los ojos sorprendido y admirado.

Sentada en uno de los enormes sillones, con las piernas colgando de uno de los brazos, se encontraba Antonia, la única hija de Frida Herzog. No se cubrió las piernas sino que lo miró con tierno interés, como las mujeres miran a los bebés, sonriéndole provocativamente.

Era una mujercita linda y menuda que rondaba la veintena, pero su aspecto macilento y trasnochado y cierto aire de desesperación la hacían parecer mucho mayor. Estaba ausente casi siempre. Con gran turbación para su madre, Antonia iba con hombres siempre que podía y acudía raras veces a visitarla. Efraim pensó que no era de extrañar que la anciana se comportase tan desagradablemente. Sintió una oleada de pasión hacia ella. Le hubiera gustado quedarse a hablar con Antonia, pero sabiendo que Frida podía oírlos desde la gatería, se limitó a fruncir los labios y enviar a la muchacha un beso al tiempo que salía por la puerta principal.

Frida Herzog permaneció junto a la barandilla de la galena. Parpadeó varias veces. El ardiente sol y el aire vibrante le hacían lagrimear los ojos. Oleadas de calor se remansaban al pie de las colinas transformando las multicolores chabolas en un collage difuso y vacilante.

Poco antes aquellas colinas habían estado cubiertas de verde; de la noche a la mañana los ocupantes ilegales las convirtieron en barrios de chabolas. Al igual que los hongos tras una intensa lluvia, las chabolas habían brotado una mañana y nadie se había atrevido a demolerlas.

Fijó su mirada en la ruidosa motocicleta de Efraim que se perdía estrepitosamente calle abajo. Confiaba que visitara en primer tugar a las dos secretarias del laboratorio farmacéutico que tanto entusiasmo habían demostrado por los bolígrafos. Estaba segura de que en cuanto las muchachas enseñaran a sus compañeros los deslumbrantes bolígrafos no tardarían en llegar nuevos pedidos.

Rió entre dientes, se volvió y miró hacia el salón donde se encontraba su hija. Profirió un profundo suspiro y movió la cabeza desanimada. No había modo de hacer comprender a Antonia cuánto le disgustaba que pusiera las piernas sobre los sillones tapizados de seda de color beige.

¡Tantas esperanzas que había abrigado con su hija! Antonia podía haberse casado con un hombre rico. Frida no podía comprender por qué lo había hecho con un vendedor carente de ambiciones, un pobretón que en seguida la abandonó. No lograba recordar si fue en el curso de un almuerzo o una cena que el hombre se levantó de la mesa y se marchó para siempre.

Con aire resignado entró en el salón esforzándose por exhibir una amable sonrisa.

—La verdad es que este Efraim cada día se vuelve más insolente —dijo sentándose en un sillón frente a Antonia—. Me temo que si le doy un bolígrafo dejará su trabajo. Parece lo único que le interesa.

—Ya sabes cómo es —repuso Antonia sin molestarse en mirarla mientras soplaba a sus largas y cuidadas uñas—. De modo que Efraim desea tener un bolígrafo. ¿Y qué hay de malo en ello?

—¡Podría comprárselo! —exclamó Frida rencorosamente.

—La verdad, madre, es que esas chucherías son bastante caras. Es indudable que no puede permitirse ese lujo.

—No me hagas reír —refunfuñó Frida—. Le doy un buen salario. Si no gastase el

dinero en ropa podría...

—Esos bolígrafos no son más que un capricho —la interrumpió su hija—, y Efraím lo sabe muy bien. Dentro de unos meses o quizá unas semanas la gente ya no los querrá.

Frida se irguió en el sillón como si le hubiesen estirado la columna vertebral.

—No te atrevas a decirme algo semejante —vociferó— Esos bolígrafos serán eternos.

—Tranquilízate, mamá. No puedes creer algo semejante —dijo Antonia en tono conciliatorio—. ¿Por qué crees que estás vendiendo bolígrafos en este lugar olvidado de la mano de Dios? ¿No comprendes que es porque en Caracas no los quiere nadie?

—¡Eso no es cierto! —gritó Frida—. Algún día tendré la representación exclusiva en toda la región, quizá en todo el país. Si yo fuese el fabricante de esos bolígrafos, trataría de difundirlos por el extranjero. Eso es lo que haría, crear un imperio.

Antonia se echó a reír. Se volvió hacia el espejo que estaba sobre la chimenea. Algunas canas prematuras salpicaban sus rubios cabellos. Tenía unas arruguitas en las comisuras de la boca, sus grandes ojos azules hubieran podido considerarse hermosos si su expresión no fuese dura y amarga. Su rostro y su cuerpo estaban perdiendo su juventud no por causa de la edad sino como consecuencia del agotamiento y la desesperación.

—Efraím tiene cualidades que aún no has descubierto —dijo Antonia—■. Nadie puede igualarle en el arte de descubrir modos de hacer dinero. Pero creer que uno puede enriquecerse con esos bolígrafos es una broma. ¿Por qué no utilizar sus mejores condiciones? Frida exhibió una sonrisa despectiva. —¡Utilizar sus mejores condiciones! ¿Acaso crees que ignoro lo que habéis estado haciendo estos últimos meses? podré ser algo sorda, pero no soy idiota. —Y viendo que Antonia estaba a punto de levantarse se apresuró a añadir—: Jamás has tenido clase. ¡Mira que liarte con Efraím! Deberías sentirte avergonzada. Es un mulato, un cualquiera, un hombre de color.

Habiendo dado rienda suelta a su ira, Frida se recostó en el sillón y cerró los ojos. Le hubiera gustado retirar sus palabras, pero cuando volvió a hablar aún se mostraba resentida.

—Me gustaría saber qué esperas de la vida. —Quiero casarme con Efraím —dijo suavemente Antonia.

—¡Antes pasaréis sobre mi cadáver! —vociferó Frida—. ¡Te desheredaré, te echaré de esta casa! —Hizo una pausa para cobrar alientos—. ¿Sabes lo que te digo? Le quitaré la moto y lo despediré.

Pero Antonia ya no la oía. Había salido del salón dando un portazo.

Durante unos segundos Frida estuvo contemplando la puerta por donde había desaparecido su hija esperando que regresara en cualquier momento. Se le llenaron los ojos de lágrimas que no llegó a verter. Se levantó y cruzó el vestíbulo dirigiéndose en silencio a su habitación.

Se sentó en su tocador de forma arriñonada y con dedos temblorosos se quitó las gafas y se examinó en el espejo. Pasó sus dedos entre los grises cabellos pensando que tenía que hacerse la permanente. Sus ojos rodeados por profundas ojeras se veían hundidos. Su cutis, en otro tiempo terso y blanco como porcelana fina, había envejecido inexorablemente a efectos del implacable sol tropical. Los ojos se le llenaron de lágrimas.

—¡Oh, Dios! —exclamó—. No permitas que enferme y muera en este lugar extranjero.

Oyó el rumor de unas suaves pisadas. Sin duda Antonia había estado escuchando junto a su puerta. Estaba demasiado cansada para preocuparse por ello. Se tendió en la cama y quedó sumida en un sueño apacible, arrullada por los suaves sonos de una sonata de Mozart. Se sintió llena de alegría al pensar que Antonia estaba tocando el piano: la niña siempre lo había hecho muy bien.

Cuando Frida se despertó eran casi las cuatro. Como siempre que hacía la siesta, se despertó descansada y de buen humor. Decidió vestirse el traje de punto de seda y ponerse los zapatos que combinaban con el que Antonia le había regalado para Navidad.

El sol, que ya iniciaba su ocaso, inundaba de sombras el salón. Contempló las chabolas multicolores que se distinguían al otro lado de la galería, en las distantes colinas

que parecían mucho más próximas a la luz del atardecer. Fue a la cocina y preparó la merienda en una bandeja: café, leche, azúcar y unos pastelillos.

—¡Antonia! —llamó cariñosa al tiempo que se sentaba en un sillón.

Estuvo escuchando, esperando oír el familiar repiqueteo de los tacones sobre las baldosas, antes de servir el café. Volvió a llamar, pero no obtuvo respuesta. Decidió que debía de haber salido. Extendió una servilleta de hilo en su regazo.

Cuando consultó su reloj de oro eran casi las cinco. Pensó que Efraím debía de estar a punto de aparecer. Acaso había dicho la verdad y tendría un nuevo cliente. Aunque nunca se dignaba confesarlo, hacía tiempo que reconocía que, pese a su falta de ambiciones, Efraím sabía tratar a la gente. Sería una lástima tener que prescindir de él. Le costaría mucho sustituirlo, pero no podía consentir que pululase por su alrededor sabiendo los proyectos que Antonia abrigaba hacia él. Se le ocurrió la idea de que acaso su hija tan sólo hubiese querido desconcertarla. No podía creer que Antonia quisiera casarse con aquel muchacho.

Hacia las seis Frida estaba tan intranquila que ya había telefonado a las dos secretarías del laboratorio y al propietario del almacén de ropas de la plaza, quienes la informaron de que no les habían sido entregados los bolígrafos.

Miró atónita el teléfono. Salió a la galería y revolvió nerviosa los cajones de su escritorio.

—¡Se ha llevado mi bolígrafo! —gritó.

Corrió a la puerta y bajó apresuradamente la escalera. Al llegar a la calle no se fijó en el asombro que provocaba en sus vecinos que charlaban en la acera ni respondió a los saludos que le dirigían.

Desapareció por la esquina y no se detuvo hasta llegar al pie de la colina. Descansó unos instantes lamentando no llevar un calzado más cómodo en lugar de aquellos saltos tacones. Inició lentamente el ascenso por el polvoriento sendero que llevaba a las chabolas.

Aunque no había estado nunca en casa de Efraím sabía más o menos dónde vivía. Había oído decir que resultaba peligroso internarse por aquellos barrios a los que no se atrevían a ir los extraños. Incluso la policía se mostraba reacia a perseguir a los criminales que se ocultaban en las colinas. Pero ella no tenía miedo. ¿Quién iba a causar daño a una anciana? Se tranquilizó al advertir que no todas las viviendas eran chabolas. Algunas estaban hechas con bloques de hormigón y las había de dos pisos de altura.

Se detenía frecuentemente para cobrar aliento y aguardaba a que se regularizasen los latidos de su corazón. La gente la miraba con curiosidad. Niños descalzos y medio desnudos interrumpían sus juegos y se reían al verla pasar. Poco antes de llegar a lo más alto de la colina se volvió a mirar el pueblo a sus pies. Una suave brisa refrescó su acalorado rostro.

Bañado por la suave y difusa luz crepuscular, vibrando todavía con el calor de la tarde, el pueblo le parecía más hermoso que nunca. A efectos de una extraña e indefinible premonición se esforzó por localizar la estructura de su casa.

La cordial voz de una muchacha disipó aquellos sentimientos.

—¿Necesita ayuda? —le preguntó mirándola con curiosidad—. ¿Se ha perdido?

—Estoy buscando la casa de Efraím Sandoval —respondió Frida.

Estaba tan absorta tratando de localizar la vivienda que no había advertido que casi era de noche. —¿Puedes decirme dónde vive Efraím? Tuvo que repetir varias veces su pregunta mientras la niña la miraba fijamente con expresión confusa: era evidente que no comprendía una palabra de lo que le estaba diciendo.

—Ha llegado demasiado lejos —le informó cortésmente un anciano que estaba sentado por allí, cuya silueta se recortaba contra la débil luz que se filtraba de los maderos de una choza—. Debe descender un trecho y girar a la izquierda del camino. Es la casa amarilla: no tiene pérdida. Tiene el color de un canario.

Pareció preocupado al ver la inseguridad con que descendía la cuesta.

—Pero sería mejor que volviera a su casa —le dijo—. A estas horas hay muchos borrachos y puede encontrarse con alguna pelea.

Pero Frida ya no oía sus advertencias que quedaron sofocadas entre los airados gritos de unos hombres, el sonido de unos pasos apresurados y un sordo ruido. Sin darle tiempo a volverse y ver lo que sucedía sintió un fuerte impacto. La tierra pareció abrirse a sus pies y cayó aplastando una rústica barandilla que señalaba más que protegía un pequeño barranco. Por un instante vio horrorizada cómo el suelo cubierto de rocas avanzaba a su encuentro. Se oyeron voces; unas, fuertes; otras, más tenues, y después reinó el silencio y la oscuridad.

Efraím despertó sobresaltado. Había tenido un sueño pavoroso. Como le había sucedido otras veces había vuelto a hablar con Hans Herzog. Su amigo le había instado a hacerse cargo de sus asuntos y a contraer matrimonio con Antonia, sugiriéndote que dieran la vuelta al mundo. Efraím se había echado a reír y le había respondido que prefería que le contase alguna historia sobre aquellos lugares extraños. Hans se negó, indicándole que ya era hora de que los viera personalmente.

Aunque estaba acostumbrado a vivir de forma intensa los sueños que tenía de Hans Herzog, aquél, especialmente, había sido muy sugestivo y le había dejado una persistente sensación de realidad que no lograba disipar. Hasta aquella fecha se había negado obstinadamente a admitir que su amigo y patrón estaba muerto. Después de todo lo vela y hablaba cada noche con él en sus sueños.

Encendió la lámpara de petróleo que había en la mesa que tenía junto a su lecho y abrió la botella de cerveza que había puesto sobre un taburete. Se la sirvió en un largo vaso y sopló la espuma desbordante tomando después un generoso trago. No le importaba que la cerveza estuviera caliente.

—¡Hacerme cargo de sus asuntos! —brindó sacando el bolígrafo de oro de su cartera.

Rió satisfecho. Desenroscó el sello, lo introdujo en el capuchón vacío y fijó la marca repetidamente.

Hacia una semana que había decidido hacerse cargo personalmente del asunto. Había llegado a un acuerdo con un grabador en un almacén de joyería para que le hiciera una réplica exacta del sello, pero con su nombre. Efraím no tenía ninguna duda de que le había favorecido la suerte. ¿Cómo podía explicar si no tan sorprendente coincidencia? El mismo día en que debía recoger el sello que llevaría su nombre y su dirección, Frida Herzog, erróneamente, le había puesto el bolígrafo de oro en su cartera junto con los otros seis que debía hacer llegar a su destino.

Se sirvió el resto de la cerveza en su vaso y lo bebió satisfecho. Quizá en su subconsciente Frida deseaba darle su bolígrafo. Le agradaba creerlo así.

Un insistente golpe en la puerta interrumpió el curso desús pensamientos.

—¡Efraím! —oyó que le llamaban con acento apremiante—. Una anciana extranjera que te buscaba ha sido derribada por un borracho.

—¡Frida Herzog! —exclamó.

Asió la cartera de la mesa y se precipitó afuera, hacia la multitud que se había congregado al pie de la colina.

—¡No puede ser! —repetía apartando a la gente.

La mujer estaba tendida en el suelo. Se arrodilló a su lado. La escasa luz de la lámpara de petróleo proyectaba un resplandor amarillento en su rostro. Trató de decir algo, pero no logró proferir palabra, se limitó a mirar sus claros ojos azules. Desprovistos de sus gafas, que estaban aplastadas a su lado, sus ojos parecían vacíos, vigilantes, casi infantiles. En sus labios, levemente abiertos y que mostraban una blanca dentadura, se sugería un ligero fruncimiento. Le pareció como si ella quisiera decirle algo.

—Tengo los bolígrafos —dijo para tranquilizarla sacando las seis cajitas de la cartera y aproximándolas a su rostro—. No he podido entregarlos hoy —mintió—, porque he estado rellenando algunos pedidos. Tenemos cuatro nuevos clientes.

La mueca de la mujer se acentuó. Movié los labios murmurando algo acerca de que le despediría de su trabajo y otra cosa respecto a Antonia. Abrió aún más los ojos, sus pupilas se dilataron y pareció huir la vida de ellos.

—Trabajaba para ella —dijo Efraím sin dirigirse a nadie en particular—. La vida es muy rara. Esta misma mañana me dio su mejor bolígrafo —explicó sacando del bolsillo el bolígrafo de oro. Con movimientos exactos y cuidadosos introdujo el sello en el capuchón y lo presionó contra su antebrazo—. «Efraím Sandoval, Chabola El Canario, Curmina» —leyó su nombre y dirección en voz alta—. y puedo admitir vuestros encargos para adquirir estos preciosos bolígrafos a crédito.

El domingo por la mañana estaba sentada junto a doña Mercedes en la plaza esperando que Candelaria saliera de la iglesia.

Hacia sólo una hora que había celebrado mi última reunión con Efraím Sandoval.

En un banco próximo estaba sentado un anciano muy bien vestido y de aspecto digno que leía en voz alta un periódico de Caracas, leía en tono grave, absorto en algo que parecía muy importante para él, sin advertir las sonrisas de la gente que le rodeaba. Al otro lado de la calle un viejo desmelenado salía de un bar que ya estaba abierto. Se puso el sombrero y sujetando bajo el brazo una botella envuelta en una bolsa de plástico fue calle abajo tosiendo y jadeando.

Con una inexplicable sensación de tristeza observé a doña Mercedes. Llevaba unas gafas de sol que no permitían ver la expresión de sus ojos y parecían fijar frente a ella su mirada. Tenía los brazos doblados sobre el pecho y estaba encogida, como si se protegiese de un repentino vendaval.

Me escuchó atentamente mientras trataba de explicarle cómo había interpretado hasta el momento las historias que me habían contado.

' —Me estás demostrando los diferentes modos de manipular esa fuerza que Florinda llama *intención* —dije.

—Conseguir que se mueva la rueda de la fortuna no es lo mismo que manipularla —me corrigió sin dejar de arrebujarse—. Y trato de lograr mucho más que eso. Como te dije, te he confiado totalmente a la sombra de esas personas para que puedas sentir cómo se mueve la rueda de la fortuna. Sin vivir esa impresión todo cuanto hagas te parecerá vacío. Debes seguir los altibajos de la persona que te cuenta su vida, por un instante debes sentirte a su sombra.

—¿Y en el caso de Efraím Sandoval? Él no tuvo nada que ver con lo que le sucedió. ¿Por qué debo acogerme a su sombra?

—Porque la rueda se movió para él sin que interviniese él mismo. Su vida cambió. Quisiera hacerte sentir ese cambio, que captaras el movimiento de la rueda.

"Como ya te dije, fue un fantasma, el espíritu de Hans Herzog, quien la movió. Como en el caso de Víctor Julio, que en el momento de su muerte movió la rueda de la fortuna y arruinó la vida de Octavio Cantú, Hans Herzog movió la rueda después de su muerte y enriqueció la existencia de Efraím Sandoval.

Doña Mercedes se quitó los lentes y me miró directamente a los ojos. Abrió la boca para añadir algo, pero en lugar de ello sonrió y se levantó.

—La misa acabará dentro de un momento —dijo—. Vamos a esperar a Candelaria a la puerta de la iglesia.

SEXTA PARTE

—¿Estás ahí, musíúa? —susurró Mercedes Peralta abriendo silenciosamente la puerta de mi habitación.

Su figura, recortada al débil resplandor de la luz que tenía dispuesta para leer, parecía la representación de una bruja vestida con su traje largo negro y un sombrero de fieltro de ala ancha que le ocultaba la mitad del rostro.

—No enciendas la luz —dijo al ver que buscaba el interruptor—. No soporto la intensidad de una bombilla.

Se sentó en mi cama. Parecía sometida a una intensa concentración mientras alisaba las arrugas de mi manta. Fijó en mis ojos la mirada impertérrita.

Me pasé instintivamente los dedos por las mejillas y la barbilla preguntándome qué tendría de malo.

Con una risita fue hacia la mesita de noche y se puso a ordenar mis pequeños blocs de notas.

—Debo ir a Chuao ahora mismo —dijo por último con voz grave.

—¿A Chuao? —repetí—. ¿A estas horas? —Ante su enérgico asentimiento añadí—: Si llueve nos hundiremos en el barro.

—Lloverá —admitió casualmente—. Pero con tu jeep no nos hundiremos.

Se sentó con el cuerpo doblado sobre la mesita de noche. Se mordió el labio inferior como si considerara si debía añadir algo más.

—Tengo que estar allí a la medianoche —murmuró en un tono que denunciaba más urgencia que deseo—. He de recoger algunas plantas que sólo podrán encontrarse esta noche.

—Son más de las doce —señalé indicándole la esfera de mi reloj—. No llegaremos antes de la medianoche.

Con una sonrisa, doña Mercedes cogió mis téjanos y Ja camisa que colgaban a los pies de la cama.

—Pararemos tu reloj —dijo. Una débil sonrisa iluminó su rostro, sus ojos confiados y expectantes se fijaron en mí—. Me llevarás, ¿verdad?

Cuando salimos del pueblo gruesas gotas de lluvia tamborileaban sobre el jeep. Al cabo de unos segundos la lluvia se convirtió en una sólida cortina de agua, densa y espesa. Reduje la velocidad irritada por el chirriar del limpiaparabrisas que despejaba un arco de vidrio que volvía a empañarse en seguida. Los árboles que flanqueaban la carretera oscilaban indistintamente a nuestro lado y sobre nuestras cabezas dándonos la impresión de que conducíamos por un túnel. El intermitente y solitario ladrido de un perro nos indicó que pasábamos junto a una chabola. La tormenta cesó tan bruscamente como había comenzado. Sin embargo el cielo seguía estando cubierto. Las nubes pesaban opresivamente sobre nosotros. Mantenía la mirada fija en el parabrisas tratando de evitar las ranas que momentáneamente cegadas por los faros saltaban por la carretera.

De repente, como si hubieran sido borradas del cielo, las nubes desaparecieron en el instante en que giramos por la carretera de la costa. La luna brilló sobre una planicie donde esporádicamente agitaba sus ramas un árbol a impulsos de la suave brisa y sus hojas brillaban plateadas a la luz fantasmal.

Me detuve en medio de un cruce y salí del jeep. El aire cálido y húmedo traía el oír de las montañas y del mar.

—¿Por qué te has detenido aquí, musiúa? —preguntó Mercedes Peralta sorprendida al tiempo que salía del coche y acudía a mi lado.

—Soy una bruja —le expliqué mirándola a los ojos. Sabía que si le hubiera confesado que sólo deseaba estirar las piernas no me hubiera creído—. Nací en un lugar como éste, en algún lugar entre las montañas y el mar. Mercedes frunció el entrecejo y sus ojos brillaron con una expresión divertida y satisfecha. Riendo incontroladamente se sentó en el suelo mofado y me atrajo a su lado. —Acaso no naciste como los seres humanos; tal vez una *curiosa* te perdió cuando cruzaba los cielos —dijo, —¿Qué es una *curiosa*?—pregunté.

Me miró jovialmente y me explicó que las *curiosas* eran brujas a las que ya no seguía importándoles los aspectos

más evidentes de la brujería: símbolos, rituales y conjuros.

—Las *curiosas* —susurró— son seres preocupados por las cosas eternas. Son como arañas que tejen hilos finos, casi invisibles, entre lo conocido y lo desconocido. —Se quitó el sombrero y se tumbó en el suelo poniendo la cabeza en el centro del cruce, precisamente en dirección norte—. Tiéndete, musiúa —me instó extendiendo los brazos al este-oeste—. Procura que la parte superior de tu cabeza toque a la mía y que tus brazos y piernas estén en igual posición que los míos.

Me sentía muy cómoda con nuestras cabezas unidas y tendidas en el cruce. Aunque separadas por nuestros cabellos tenía la sensación de que nuestras cabezas se fundían una con la otra. Ladeé la cabeza y advertí divertida que sus brazos eran mucho más largos que los míos. Doña Mercedes, pareciendo darse cuenta de mi descubrimiento, los acercó.

—Si alguien nos viera creería que estamos locas —dije.

—Seguramente —admitió—. Sin embargo, si se tratara de alguien que suela pasar por este cruce a estas horas de la noche huiría asustado creyendo que ha visto dos *curiosas* disponiéndose a emprender el vuelo.

Permanecimos en silencio un momento, pero antes de que le preguntara sobre el vuelo de las *curiosas* reanudó sus explicaciones.

—La razón por la que estaba tan interesada en conocer por qué te habías detenido en este cruce —añadió—, es porque hay quien jura haber visto a una *curiosa* tendida desnuda en este mismo lugar. Según dijeron, cuando se remontó a los cielos, le brotaron alas de la espalda y su cuerpo era translúcido y blanco.

—Yo vi cómo su cuerpo se volvía transparente en la sesión de Efraím Sandoval— comenté.

—Claro que lo viste —replicó con despreocupación—. Lo hice precisamente para que comprendieras que nunca serás una curandera. Eres una médium y quizá también seas bruja, pero nunca serás curandera. Debo saberlo porque soy una bruja.

—¿Qué es lo que hace ser brujo? —pregunté entre accesos de risa; no quería tomármela en serio.

—Las brujas son criaturas no sólo capaces de mover la rueda de la fortuna, sino también de establecer su propio vínculo. ¿Qué dirías si en este momento saliéramos volando unidas por nuestras cabezas?

Por unos momentos experimenté aquella aterradora sensación, luego me invadió ja más absoluta indiferencia.

—Pronuncia alguno de los conjuros que te ha enseñado el espíritu de mi antepasada —ordenó—. Yo lo repetiré contigo.

Nuestras voces se unieron en un sonido armonioso que llenó el espacio que nos rodeaba envolviéndonos como un gigantesco capullo. Las palabras fluían en una sarta continuada y nos elevábamos por momentos. Las nubes se acercaron a mí y comenzamos a girar como una rueda hasta que nos sumimos en una absoluta oscuridad.

Me desperté bruscamente sintiendo que alguien me sacudía de forma enérgica. Estaba sentada ante el volante del jeep y me había quedado dormida conduciendo. No recordaba cuándo habíamos regresado al coche.

—No te duermas —me dijo doña Mercedes—. Nos estrellaremos y moriremos de ia manera más tonta.

Puse el freno de mano y desconecté el motor. El pensamiento de que había estado conduciendo dormida me hacía temblar de pánico.

—¿Adonde vamos? —pregunté con un hilo de voz.

Me sonrió y enarcó las cejas en un gesto de exasperación.

—Te fatigas demasiado fácilmente, muchacha —dijo—. Eres muy menuda. Pero aun así creo que ésta es tu mejor característica. Si fueras mayor serías insoportable.

Insistí en conocer nuestro destino. Le expliqué que me interesaba en términos de física local para poder conducir con sentido de orientación.

—Vamos a reunimos con León Chirino y otro amigo —me informó—. No te preocupes. Te iré informando a medida que nos acerquemos a nuestro destino.

Puse en marcha el jeep y viajamos en silencio. Aún me sentía amodorrada.

—¿León Chirino es médium y curandero? —le pregunté brevemente.

Se rió suavemente, pero no me respondió. —¿Oué te hace pensar semejante cosa? — me preguntó al cabo de un rato.

—Advierto en él algo inexplicable —dije—. Algo que me recuerda a ti.

—¿De veras? —preguntó burlonamente.

Luego en tono repentinamente grave, admitió que León Chirino era médium y vidente.

Sumida en mis pensamientos me pasaron por alto sus indicaciones acerca de nuestro destino. Me sobresalté al oírla.

—¡Has pasado de largo! Tendrás que volver hasta allí —me amonestó señalándome un alto bucare—. ¡Para ahí mismo! —me dirigió una sonrisa y añadió—: Desde aquí iremos andando.

El árbol señalaba la entrada de un estrecho sendero. El suelo estaba cubierto de florecillas. Intuí que eran rojas, pero a la luz de la luna parecían negras. Los bucares casi nunca crecen aislados, suelen encontrarse formando bosquecillos que dan sombra a los árboles de café y de cacao.

Seguimos un camino estrecho y cubierto de hierba limitado a ambos lados por bucares y nos dirigimos hacia un grupo de colinas que se levantaban sombríamente ante nuestros ojos. Entre un profundo silencio se distinguía la desigual respiración de Mercedes y el crujido de las ramitas que aplastábamos a nuestro paso. El sendero concluía frente a una casita de escasa altura rodeada por un amplio claro de tierra endurecida. Sus paredes de adobe, sobre una estructura de caña, apenas se habían secado. El tejado estaba parcialmente recubierto de planchas de chapa ondulada y hojas secas de palmera. Pronunciados aleros se extendían formando un amplio porche. En la parte delantera no se veían ventanas, sólo una puertecilla estrecha por la que se difundía una débil luz.

Doña Mercedes abrió la puerta. Algunas velas fluctuantes proyectaban más sombras que luz en una habitación parcamente amueblada. León Chirino, que ocupaba una silla de recto respaldo, nos miró con expresión sorprendida y encantada. Se levantó renqueante y abrazó afectuosamente a Ja curandera conduciéndola a la silla que acababa de quedar libre.

Me saludó y me estrechó la mano bromeando.

—Voy a presentarte a uno de los curanderos más importantes de este entorno —dijo—, únicamente superado por doña Mercedes.

Sin darle tiempo a proseguir alguien se presentó:

—Soy Agustín.

Hasta entonces no había advertido la hamaca que se encontraba en el rincón a escasa altura del suelo, en la que yacía un hombrecillo. Su cuerpo estaba retorcido y tenía un pie en el suelo para poder columpiarse. No parecía especialmente joven, pero tampoco era viejo. Acaso tendría unos treinta y tantos años, pero sus hundidas mejillas y su pronunciado esqueleto le daban la apariencia ^{de} un chiquillo hambriento. Lo más notable eran sus ojos de un azul muy claro, que en su negro rostro brillaban con intensidad sorprendente.

Me quedé torpemente inmóvil en el centro de la estancia. Había algo fantasmal en la fluctuante luz de las velas que proyectaban nuestras sombras vacilantes en las paredes cubiertas de telarañas. El mobiliario espartano, una mesa, tres sillas, dos taburetes y un camastro, todo meticulosamente apoyado en la pared, conferían a la habitación la sensación de que allí no vivía nadie. —¿Vive usted aquí? —pregunté a Agustín.

—No —respondió acercándose a mí—. Es mi residencia de verano.

Eché atrás la cabeza y rió su propio chiste. Me sentía incómoda. Fui hacia el taburete más próximo y grité al sentir un arañazo en el tobillo, Un gato espantoso de aspecto malévolo rae miraba fijamente.

—No grites por tan poca cosa —dijo Agustín cogiendo al flaco felino entre sus brazos, que comenzó a ronronear en cuanto le rascaron la cabeza—. Le has caído bien. ¿Quieres acariciarlo?

Negué enérgicamente con la cabeza. Más que las moscas que cubrían su piel sarnosa y amarillenta me disgustaban sus ojillos amarillo-verdosos de penetrante mirada. —Será mejor que vayamos a recoger las plantas antes de que se haga tarde—dijo León Chirino ayudando a doña Mercedes a levantarse.

Descolgó la lámpara de aceite que colgaba de un clavo de la puerta y nos hizo señas para que le siguiéramos.

—Cruzamos el arco de una puerta cubierta por una cortina de plástico que conducía a una habitación interior que hacía las veces de cocina y almacén. Un extremo de la habitación daba a una amplia extensión de terreno lleno de arbolillos robustos y altos matorrales. A la desmayada luz de la linterna parecía un huerto abandonado—Nos introdujimos dificultosamente por un hueco entre lo que parecía un impenetrable *muro* de matorrales y nos encontramos en un paisaje desolado. La ladera de la colina con su maleza recientemente chamuscada y sus tocones carbonizados tenía un aspecto grotesco y pavoroso a la luz de la luna.

Agustín y León Chirino desaparecieron silenciosamente.

—¿Adonde han ido? —pregunté a doña Mercedes en un susurro.

—Se han adelantado —respondió vagamente señalando algún punto entre la oscuridad.

Las sombras animadas por la lámpara de aceite que llevaba Mercedes zigzagueaban frente a nosotras y a nuestro lado por el estrecho sendero que conducía a la espesura.

Entre la maleza distinguí una luz distante que como una luciérnaga aparecía y desaparecía en rápida sucesión. A medida que nos aproximábamos a ella creía percibir un monótono canto que se mezclaba con el sonido distante del bordoneo de los insectos y de las hojas agitadas por la brisa.

Mercedes apagó la lámpara, pero antes de extinguirse el último destello vi ondear su falda junto a una pequeña pared en ruinas, a unos doce pies del lugar donde yo me encontraba. El resplandor de un cigarro iluminaba sus rasgos. Su cabeza desprendía una radiación diáfana y trémula. La llamé, pero no obtuve respuesta.

Observé fascinada que una nube de humo del cigarro fluctuaba sobre mi cabeza formando círculo. No se dispersó como el humo corriente sino que permaneció fija en el aire durante largo rato. Sentí un roce en la mejilla. Automáticamente me llevé la mano a la cara y descubrí profundamente asombrada que las puntas de mis dedos fosforescían. Asustada, corrí hacia el muro donde había visto sentarse a doña Mercedes. Apenas había avanzado unos pasos cuando León y Agustín me interceptaron el paso.

—¿Adonde vas, musíúa? —preguntó burlonamente León.

—Debo ayudar a doña Mercedes a recoger las plantas.

Mi respuesta pareció divertirlos. Se echaron a reír. León me dio unos golpecitos cariñosos en la cabeza y Agustín me cogió el dedo pulgar cariñosamente, como si fuera de goma.

—Tenemos que aguardar aquí pacientemente —dijo Agustín—. Acabo de inyectarte paciencia a través del dedo pulgar.

—Me hizo venir para que la ayudase ■—insistí.

—Naturalmente —me dijo en tono tranquilizador—. Tienes que ayudarla, pero no con las plantas.

Me cogió del brazo y me guió hacia el tronco de un árbol caído.

—La esperaremos aquí —dijo.

De la frente de doña Mercedes colgaban hojas verdes, plateadas y brillantes. Prendió ágilmente la lámpara en una rama y luego se sentó en el suelo y comenzó a clasificar en grupos separados las plantas que había recogido. Las raíces de verbena eran apropiadas para los trastornos menstruales; la valeriana empapada en ron constituía un remedio ideal para el nerviosismo, la irritabilidad, la ansiedad y las pesadillas. Las raíces de torco empapadas en ron curaban la anemia y la fiebre amarilla; las de guaritoto constituían un remedio fundamentalmente masculino y se prescribían para la vesícula. El romero y la ruda se utilizaban sobre todo como desinfectantes; las hojas de malva se aplicaban a las erupciones cutáneas y la artemisia cocida con zumo de azúcar de caña aliviaba las molestias menstruales, eliminaba a los parásitos y reducía la fiebre. En cuanto a la zabila, curaba el asma.

—Pero todas estas plantas ya las cultiva en su patio —exclamé asombrada—. ¿Por qué hemos venido aquí a recogerlas?

Agustín rió divertido.

—Voy a decirte algo, musíúa —susurró acercando su cabeza a la mía—. Estas plantas lian crecido sobre tumbas. —Hizo un amplio gesto con la mano—. Estamos en medio de un cementerio.

Miré alarmada a mi alrededor. No se veían tumbas ni montículos que denunciasen la presencia de un cementerio, pero tampoco había visto lápidas en el otro cementerio.

—Nuestros antepasados fueron enterrados aquí —dijo Agustín persignándose—. En noches como ésta, cuando la luna llena altera la distancia de las tumbas y dibuja sombras blancas al pie de los árboles, se distinguen quejidos lastimeros y el ruido de cadenas y rondan por aquí nombres que sostienen sus cabezas decapitadas: son los fantasmas de esclavos

que, tras haber cavado un agujero profundo para ocultar los tesoros de sus amos, fueron decapitados y enterrados con el oro. Pero no hay por qué asustarse —se apresuró a añadir—, lo único que necesitan es un poco de ron. Cuando se lo damos, nos cuentan dónde están enterrados los tesoros.

"También están aquí los fantasmas de los frailes que murieron blasfemando y que ahora desean confesar sus pecados, pero que no hallan quién quiera escucharlos. Y están los fantasmas de los piratas que llegaron hasta Chauo buscando el oro de los españoles. —Rió entre dientes y luego añadió en tono confidencial—: Y los fantasmas solitarios que silban a los transeúntes. Éstos son los más sencillos de todos y exigen muy poco. Todos estos fantasmas lo único que desean es que alguien rece un Padrenuestro por ellos.

Mercedes, que sostenía una raíz en la mano, alzó lentamente la cabeza y fijó en los míos sus oscuros ojos.

—Agustín tiene un inagotable surtido de historias —dijo—, y las adereza 'hasta límites insospechados.

Agustín se levantó. Estiraba su cuerpo y sus miembros de un modo que daba la impresión de que no tenía huesos. Se desplomó frente a doña Mercedes y hundió la cabeza en su regazo.

—Será mejor que nos vayamos —dijo acariciándole suavemente la cabeza—. Dentro de unos días enviaré a la musíúa a tu casa.

—¡Pero sólo trato a los niños! —protestó Agustín mirándome con expresión triste y exculpatoria.

—No necesita tratamiento —se echó a reír doña Mercedes—. Lo único que quiere es verte y oír tus historias.

Me incorporé bruscamente. Algo había caído sobre mi lecho, junto a mis pies, con un golpe violento. El perro que dormía a mi lado movió la cabeza, aguzó las orejas y, al no oír más que las imprecaciones que yo murmuraba, volvió a esconder el hocico entre sus patas delanteras. Por un instante me quedé desconcertada, sin saber dónde me encontraba. Pero cuando oí el suave, pero insistente, murmullo de doña Mercedes comprendí que estábamos en casa del hermano de León Chirino, en un pueblecito a una hora de Curmina. Estaba acostada en el camastro que me habían preparado en la cocina. Habíamos ido allí porque doña Mercedes tenía que celebrar una sesión privada para el hermano de León.

Cerré los ojos y me recosté en la dura almohada entregándome al tranquilizador rumor de la voz de la curandera. Me pareció como si aquel sonido me envolviera. Volvía a quedarme dormida cuando me despertó otro ruido violento.

La mohosa sábana que me envolvía estaba completamente enrollada en mi cuello. Me incorporé a medias y proferí un grito al ver el gato de Agustín subido a mi rodilla.

—¿Por qué gritas siempre que ves a mi gato? ■—esclamó burlonamente desde la oscuridad. Se sentó con las piernas cruzadas al pie del camastro y cogió al animal—. He venido a protegerte del perro —explicó fijando en mí sus ojos sorprendentemente azules—. En realidad, los perros no duermen de noche. Si abres los ojos en la oscuridad puedes ver cómo te observan toda la noche. Por esa razón se los llama perros guardianes.

Celebró riendo su chiste.

Abrí la boca para decirle algo, aunque no llegué a proferir ningún sonido. Tendí la mano, pero Agustín y el gato fluctuaron ante mis ojos hasta que desaparecieron totalmente. Pensé que quizá estarían todos fuera y salí al patio envuelto todavía entre las brumas del amanecer: no se veía a nadie. Consulté mi reloj. Habían transcurrido sólo dos horas desde que llegamos a la casa doña Mercedes, León Chirino y yo. Comprendiendo que había dormido muy poco, volví a acostarme, me cubrí la cabeza con la manta y me dormí.

Me despertó el ruido de voces y música y el aroma del café. León Chirino, inclinado sobre el hornillo de petróleo, escuchaba la radio y colaba el café que acababa de hacer.

—¿Has dormido bien? —me preguntó haciéndome señas para que me sentara a su lado.

Me puse junto a él en la mesa cuadrada cubierta con un hule nuevo. Sirvió dos tazas de café por la mitad y añadió una generosa dosis de licor de caña.

—Para darnos fuerzas —dijo acercándose la taza humeante de porcelana.

Temiendo emborracharme tomé un par de sorbos pequeños. La taza tenía filo dorado y unas rosas pintadas.

El hombre volvió a llenar su taza de café y licor de caña.

—Doña Mercedes dice que eres vidente —dije—. ¿Podrías decirme qué me reserva el destino?

Esperaba que mi brusca petición provocaría una respuesta espontánea.

—Querida —me respondió con la encantadora indulgencia que la gente mayor demuestra hacia las personas más jóvenes—. Soy un antiguo amigo de doña Mercedes, convivo con sus fantasmas y recuerdos y comparto su soledad. —Lanzó un salivazo, cogió un par de cigarrillos del paquete que estaba sobre la mesa y se puso uno detrás de cada oreja—. Será mejor que vayas a ver a Agustín —añadió—. Él comienza temprano. Ya te mostraré el camino para ir al pueblo.

—Lo cierto es que no ha respondido a mi pregunta —insistí sin dejarme impresionar por su interés en hacerme salir de la casa.

Su rostro reflejó una expresión burlona y divertida.

—No puedo decirte lo que te reserva el destino —afirmó—. Los videntes vislumbran cosas que no comprenden y elaboran el resto.

Me cogió del brazo y me echó prácticamente fuera.

—Te mostraré el camino hacia la casa de Agustín —repitió. Y me señaló un sendero tortuoso que descendía por la colina—. Si sigues por ahí llegarás al pueblo y allí cualquiera te informará de cuál es su domicilio.

—¿Y doña Mercedes? —pregunté.

—Nosotros nos reuniremos contigo por la noche —repuso. Se inclinó y con un murmullo conspiratorio añadió—: Dona Mercedes y yo estaremos ocupados todo el día con el asunto de mi hermano.

Los trinos de los pájaros entre los árboles y la fragancia de los mangos maduros que resplandecían entre el oscuro follaje como racimos dorados llenaban el aire. Un sendero trillado que serpenteaba por la ladera se fundía después en una amplia calle cubierta de polvo y bifurcaba nuevamente en las colinas al otro extremo del pueblo acalorado y refulgente de sol.

Las mujeres que barrían las aceras de cemento frente a las casas recién pintadas se detuvieron un instante para saludarme cuando pasé por su lado.

—¿Podría decirme dónde vive Agustín? —pregunté a una de ellas.

—Desde luego que sí —respondió apoyando la barbilla en las manos que sosteníanla escoba.

En voz alta, sin duda para hacerse oír por sus vecinas más curiosas, me dirigió hacia la casa estucada en verde al final de la calle.

—Es aquella que tiene una gran antena en el tejado. No tiene pérdida.

En un murmullo de voz y en tono confidencial me aseguró que Agustín sanaba todo género de males, desde el insomnio a las mordeduras de serpientes, y que ni siquiera se le resistían el cáncer y la lepra. Sus pacientes jóvenes siempre sanaban.

Llamé repetidas veces a la puerta de Agustín, pero no obtuve respuesta.

—¡Entre en la casa! —gritó una muchacha que estaba asomada a una ventana al otro lado de la calle—. Agustín no puede oírla, está en la parte de atrás.

Siguiendo sus consejos crucé la puerta que daba a un Patio interior. Me asomé a cada una de las tres habitaciones por las que pasé que también daban al patio: las dos primeras estaban vacías y sólo había en ellas una hamaca; la tercera, era el salón. Calendarios y grabados de revistas decoraban las paredes. Unas cuantas sillas y un diván protegido por un plástico estaban dispuestos frente a un enorme aparato de televisión.

Más allá se encontraba la cocina y detrás de ella, pasando por una alcoba, había otra habitación. Allí encontré a Agustín sentado ante una enorme mesa. Al verme llegar se levantó sonriente rascándose la cabeza. Con una mano en el bolsillo de sus gastados pantalones de

color caqui. Su camisa blanca estaba remendada y las mangas cortadas de la camisa se veían deshilachadas en los bordes. —Ésta es mi habitación de trabajo —dijo orgulloso abarcando con el brazo cuanto le rodeaba—. Aquí tengo cuanto necesito. Estoy a punto de iniciar mi sesión. Los clientes entran por la puerta lateral: es la que nos trae suerte.

La habitación estaba bien iluminada y ventilada, con dos ventanas que daban a las colinas y olía a desinfectante. En todas las paredes había estanterías sin pintar, en madera natural, y en ellas, muy ordenados y con etiquetas, se veían frascos, botellas, jarros y cajas de todos los tamaños llenos de raíces secas, hojas, cortezas y flores, artículos que no sólo estaban identificados por sus nombres vulgares sino también por su nomenclatura científica en latín.

La mesa, de fabricación manual, estaba situada frente a las ventanas abiertas y en su superficie muy pulida se alineaban botellas, cuencos, almireces, libros y dos escalas. Un camastro y un crucifijo de tres pies de altura que colgaba en un rincón con una vela votiva encendida en un estante triangular confirmaban que me encontraba en las dependencias de un curandero y no en una farmacia antigua.

Sin apenas ruido, Agustín sacó otra silla de la cocina y me invitó a verle trabajar. Abrió la puerta lateral que le daba suerte y a la que antes se había referido. En la sala contigua aguardaban tres mujeres y cuatro niños.

Las horas transcurrieron rápidamente. Trataba a cada paciente examinando en primer lugar una jarra llena de orines del chiquillo que había llevado su madre. Tras escuchar la descripción materna de los síntomas de la enfermedad, Agustín procedía a «leer las aguas menores», considerando cuidadosamente el olor, el color y el tipo de microbios o filamentos, como prefería denominarlos, y que pretendía ver a simple vista antes de realizar su diagnóstico. Entre las dolencias más destacadas que Agustín pretendía reconocer tras un concienzudo «examen de las aguas menores» se encontraban las fiebres, resfriados, indigestiones, parásitos, asma, sarpullidos, alergias, anemia e incluso viruelas y sarampión.

Con respetuoso silencio las mujeres aguardaban a que Agustín invocase la ayuda de Cristo antes de prescribir el medicamento apropiado o preparar sus propias mezclas de hierbas. Como estaba familiarizado y creía en la moderna farmacopea, Agustín tendía a complementar sus propios remedios con leche de magnesia, antibióticos, aspirinas y vitaminas que volvía a envasar en otros envoltorios. Al igual que Mercedes Peralta, tampoco él instituía sus honorarios sino que los dejaba a criterio de sus clientes. Es decir, le pagaban lo que podían.

Cuando merendamos a última hora las empanadas de pollo y cerdo que nos había traído una vecina, nos vimos interrumpidos por la llegada de un hombre acompañado de un chiquillo que entraron en la cocina. El pequeño, que tendría unos seis o siete años, se había cortado la pantorrilla con el machete de su padre cuando jugaba en el campo.

Sin perder la serenidad, Agustín tumbó al chiquillo en el camastro que tenía en su cuarto de trabajo y le quitó el vendaje improvisado empapado en sangre. En primer lugar bañó la profunda herida con agua de romero y luego con peróxido.

No logré discernir si el chiquillo quedó hipnotizado por el suave contacto de Agustín mientras masajeaba su carita llena de ansiedad o por su dulce voz pronunciando un conjuro, pero al cabo de unos instantes se quedó dormido. Y entonces comenzó la parte más importante del tratamiento. Para detener la hemorragia Agustín aplicó a la herida un emplasto de hojas que había impregnado en un licor claro de azúcar de caña y seguidamente preparó una pomada que, según pretendía, sanaría la herida en menos de diez días sin dejar ninguna cicatriz.

Invocando la ayuda de Cristo, Agustín salpicó con unas gotas de una sustancia lechosa una oreja marina y con movimientos lentos y rítmicos comenzó a moler la cascara con una mano de almirez verdosa que olía a almizcle.

Examinó de nuevo la incisión, unió los bordes de la herida y extendió cuidadosamente la pasta sobre ella. Murmurando una plegaria vendó hábilmente la pierna con tiras de ropa blanca. Después entregó el niño a su padre con sonrisa satisfecha y se dijo que volviese dos días después para cambiarle el vendaje.

A última hora de la tarde, en la seguridad de que ya no acudirían más pacientes, Agustín me mostró su patio donde cultivaba sus plantas medicinales en ordenadas hileras y cuidadosos recuadros dispuestos tan minuciosamente como los jarros y botellas que tenía en la mesa y en las estanterías de la habitación donde trabajaba. En el extremo opuesto del patio, apoyado en un cobertizo donde guardaba las herramientas, se veía un viejo frigorífico de petróleo-

—¡No lo abras! —exclamó Agustín asiéndome fuertemente el brazo.

—¿Cómo iba a hacerlo? —protesté—, Está cerrado con candado. ¿Qué secretos guardas ahí?

—Mis útiles de brujería —susurró—. Supongo que ya sabes que practico brujería, ¿verdad? —Se expresaba en tono burlón, pero añadió con voz grave—: Soy especialista en sanar niños y en embrujar adultos.

—¿Realmente practicas la brujería? —le pregunté incrédula.

—No seas obtusa, musíúa —bromeó. Hizo una breve pausa y añadió en tono categórico—: Doña Mercedes debe haberte explicado que la otra cara de la curación es la brujería y que ambas coexisten porque una es inútil sin la otra. Sano a los niños y embrujo a los adultos —repitió dando unos golpecitos sobre el frigorífico—, y en ambas especialidades soy muy experto. Doña Mercedes dice que un día embrujaré a los mismos que he sanado cuando eran pequeños —sonrió al ver mi asombro—. No creo que sea así, pero el tiempo lo dirá.

Aprovechándome de su vena expansiva le expliqué por fin lo que me había estado obsesionando todo el día: la sensación que tenía de haberle visto y hablado cuando estaba durmiendo.

Agustín me escuchó atentamente con mirada inexpresiva.

—No puedo definirte cómo fue —añadí—, pero no era un sueño.

Exasperada por su negativa a comentar o explicarme lo sucedido le apremié a que dijera algo.

—Me caías muy bien y deseaba saber si realmente eras una médium —dijo sonriente—. Ahora ya me consta que sí.

—Me parece que te estás burlando de mí —repuse aun más exasperada.

Agustín enarcó las cejas asombrado.

—Debe de ser horrible tener los pies tan grandes.

—¿Los pies grandes? —balbucí sin comprenderle contemplando mis sandalias—. Mis pies son perfectamente proporcionados a mi estatura.

—Deberían ser más pequeños —insistió Agustín llevándose los dedos a los labios como si contuviera una sonrisa—. Tus pies son demasiado grandes. Por ello vives en un estado de perpetua realidad. Ésa es la razón por la que deseas que todo te sea explicado.

Se expresaba con burla y un dejo de compasión que en modo alguno me tranquilizó.

—A diferencia de otras leyes de la naturaleza, la brujería sigue reglas que no pueden ser empíricamente demostradas ni repetidas. Se trata precisamente del acto de convencer a la razón de que se eleve sobre sí misma o, si lo prefieres, que descienda —sonrió y me dio un empujón.

Tropecé y me cogió rápidamente por el brazo para que no cayese.

—¿Has visto como tienes los pies demasiado grandes? —me dijo echándose a reír.

Me pregunté si trataba de hipnotizarme porque me miraba sin pestañear: me sentía presa de sus ojos. Como dos gotas de agua, parecían hacerse cada vez mayores al tiempo que desdibujaban todo cuanto estaba a mi alrededor. Sólo era consciente de sus palabras.

—Un hechicero decide ser diferente de todo aquello para lo que ha sido criado —prosiguió—. Has de comprender que Ja brujería es una empresa para toda la vida y, a través de ella, el hechicero teje pautas como telarañas que transmiten los poderes invocados a algún misterio superior. Las acciones humanas tienen una red infinita y extensa de resultados que él acepta y reinterpreta de un modo mágico. —Acercó aún más su rostro al mío y redujo su voz a un tenue susurro—. El dominio que el hechicero tiene de la realidad es absoluto. Su control

es tan poderoso que siempre puede doblegar la realidad del modo más conveniente para el servicio de su arte. Pero nunca olvida qué era o es la realidad.

Y sin otras palabras dio la vuelta y salió de la habitación.

Le seguí rápidamente. Se dejó caer en un sofá y cruzó las piernas como había hecho en el camastro. Me miró y me hizo señas de que me sentase a su lado.

—Vamos a ver auténtica brujería —dijo conectando el control remoto del enorme televisor.

No me dio tiempo a formularle más preguntas. Al instante nos vimos rodeados por un ruidoso grupo de niños del vecindario.

—Vienen cada noche una o dos horas a ver la televisión conmigo —me explicó Agustín—. Más tarde ya tendremos tiempo de hablar.

Tras aquel encuentro inicial me convertí en la incondicional admiradora de Agustín. Atraída no sólo por su habilidad como curandero sino por su atractiva personalidad, me trasladé prácticamente a una de las habitaciones de su casa y él me narró infinitas historias, entre ellas la que Mercedes deseaba que me contase.

Agustín abrió los ojos sobresaltado por un débil gemido. A la luz de un rayo de sol distinguió una araña que descendía por un invisible hilo desde el ruinoso techo de caña hasta el suelo donde el niño yacía enroscado como un gato. Aplastó el insecto entre sus dedos y se lo comió. Suspiró y aproximó más las rodillas hasta su pecho mientras sentía el frío del amanecer filtrándose por las grietas de las paredes de adobe.

Agustín no recordaba si habían transcurrido días o semanas desde que su madre le trasladó a aquella cabaña abandonada y ruinoso, donde los murciélagos colgaban del techo como bombillas apagadas y las cucarachas pululaban por todas partes tanto de día como de noche. Sólo sabía que sentía hambre constantemente y que las babosas, arañas y langostas que capturaba no bastaban para calmar el dolor que le producía su hinchado vientre.

Volvió a distinguir aquel débil quejido que procedía del rincón más alejado y oscuro de la habitación. De pronto vio que su madre se sentaba sobre el colchón con la boca entreabierta y frotándose el vientre desnudo. Cabalgaba sobre el lecho como si estuviera a lomos de un asno y su sombra subía y bajaba en la pared manchada de humedad.

Hacía unas horas la había visto luchar con un hombre. Las delgadas piernas de la mujer se enroscaban como negras serpientes por el torso masculino oprimiéndole como si quisiera asfixiarlo. Y cuando oyó el penetrante chillido materno seguido de un silencio que duró el resto de la noche, comprendió que había ganado el hombre. Y pensó que habría matado a su madre.

Agustín cerró complacido los cansados ojos creyendo que ahora, convertido en huérfano, ya estaba a salvo porque le llevarían a la misión. Volvió a adormilarse semiconsciente de los fantasmales suspiros, risas y susurros que se oían en la habitación.

Un fuerte gemido conmovió la tranquilidad matinal. Abrió los ojos y apretó el puño contra sus labios para sofocar un grito al ver que el mismo hombre de la noche anterior se sentaba sobre el colchón.

No conocía a aquel hombre y sin embargo estaba seguro de que era de Ipairí. Recordaba vagamente haberle visto hablar con su madre en la plaza. ¿Lo habrían enviado las mujeres de la pequeña aldea de las montañas para que se lo llevara consigo? ¿O quizá para matarlo? Pensó que no era posible, que debía de estar viviendo un sueño espantoso.

El hombre se aclaró la garganta y escupió en el suelo. Su voz llenó la habitación.

—Te llevaré conmigo hoy mismo, pero no puedo hacerme cargo de! niño. ¿Por qué no se lo confías a los protestantes? Ya sabes que recogen a los niños. Aunque no se lo queden lo alimentarán.

Cuando Agustín oyó la áspera respuesta de su madre comprendió 'que estaba muy despierto y que no se trataba de un fantasma.

—Los protestantes no se hacen cargo de los niños a menos que sean huérfanos —repuso—. No podía hacer otra cosa que traer a mi hijo a esta choza abandonada y esperar a que muriese.

—Sé de una mujer que se lo quedaría —dijo el hombre—. Ella sabría qué hacer con

él: es una bruja.

—Ya es demasiado tarde ■—replica su madre—. Ojalá hubiera entregado a Agustín a una bruja cuando nació. Entonces había una bruja en Ipairí que lo quería. Solía suministrarle extrañas pociones y le colgaba amuletos en las muñecas y en el cuello para protegerle de las enfermedades y desastres. Ella fue la que arrojó un maleficio sobre el niño y la responsable de todas mis desgracias. —Guardó silencio un momento y con un susurro sofocado, como si sufriese el ataque de un enemigo invisible, añadió—: Me aterran las brujas. Si acudiese a ver a una comprendería que no he alimentado al niño y me mataría.

Las lágrimas se deslizaron por las mejillas de Agustín recordando la época pasada en Ipairí en que su madre solía estrecharlo entre sus brazos, acariciarlo y besarlo y decirte que sus ojos eran como pedazos de cielo. Pero cuando las mujeres de las chabolas vecinas prohibieron a sus hijos que jugasen con él, ella cambió radicalmente. Dejó de tocarlo y besarlo y, por último, tampoco le habló.

Un atardecer irrumpió en su choza una mujer que llevaba en sus brazos un niño muerto.

—Esos ojos azules en un rostro negro —vociferó a su madre— son obra del diablo. ¡Es el mismo diablo! ¡Ha matado a mi hijo de mal de ojo! Si no te desprendes de ese niño, me cuidaré yo misma.

Aquella noche su madre huyó con él a las colinas. Agustín estaba seguro de que fue la misma mujer quien echó un maleficio en su madre para que le odiase.

La voz del hombre interrumpió sus meditaciones. —No tienes por qué llevarlo tú misma a la bruja. Puedo dejarle recado de que acuda esta noche a recogerlo. Por entonces ya nos habremos ido. Te llevaré lejos de aquí, a donde ninguna bruja pueda encontrarte —le prometió.

Su madre permaneció silenciosa largo rato, luego echó atrás la cabeza y rió histéricamente. Se levantó del colchón y se envolvió en la sucia manta. Cruzó la habitación sorteando la mesa rota y algunos cajones diseminados por la estancia.

—Míralo —siseó señalando con la barbilla hacia el rincón donde Agustín yacía encogido simulando estar dormido—. Sólo tiene seis años y sin embargo parece un anciano maligno. Se le ha caído el cabello, tiene el cuerpo lleno de postillas y el estómago hinchado de parásitos y, sin embargo, sobrevive. No lleva vestidos, duerme sin manta y ni siquiera se ha resfriado. —Se volvió hacia el hombre que seguía sentado en el colchón—. ¿No comprendes que es el propio diablo? El diablo me encontrará a dondequiera que vaya. —Los ojos le brillaron febrilmente bajo los despeinados cabellos—. La sola idea de haber amamantado al diablo con mis senos me llena de pánico y repulsión.

Se acercó a una hornacina de la pared donde guardaba las tortas de trigo que le había llevado el hombre la noche anterior. Le dio una a él y mordisqueó otra sentándose a su lado en el colchón.

Con voz monótona, como si estuviera en trance, le explicó que le habían cambiado el niño al nacer.

—Una de las enfermeras del hospital me cambió a mi hijo por el diablo —prosiguió con acento vehemente— Todos sabían que yo iba a tener una niña: tenía la barriga redonda en lugar de pronunciada, me caían los cabellos, me surgieron manchas y lunares en la piel y las piernas se me hincharon. Todos esos síntomas son característicos de haber engendrado una niña-

¡>Al principio, aunque sabía que me lo habían camotado, no podía dejar de amarlo. ¡Era tan hermoso y tan

teligente! Habló antes de aprender a caminar y cantaba como un ángel. Me negaba a creer a las mujeres de Ipairí que le acusaban de dar mal de ojo. Ni siquiera tras sufrir un aborto quise dar crédito a las insinuaciones de las vecinas; las creía ignorantes y, lo peor de todo, envidiosas de los hermosos ojos de mi hijo. Después de todo ¿quién había oído decir que un niño tuviera mal de ojo? —Separó la parte blanca y suave del centro de la torta y echó la costra seca en el otro lado de la habitación—. Pero cuando falleció mi marido en un accidente en la fábrica tuve que aceptar lo que decían las mujeres. —Se cubrió el rostro con

las manos y añadió serenamente—: Agustín no ka estado enfermo en su vida, debía haberlo abandonado a su suerte en Ipairi y entonces no tendría su muerte sobre mi conciencia.

—Yo me cuidaré de hacer saber a esa mujer que se queda aquí el niño —dijo el hombre en tono suave y persuasivo—. Estoy seguro de que se hará cargo de él.

Le explicó a grandes rasgos cuál era su trabajo en el laboratorio farmacéutico. Trabajaba en el almacén y estaba muy bien considerado por su jefe: no creía difícil convencerle para que le diese un anticipo.

—Con ese dinero podremos irnos a Caracas —le dijo levantándose y vistiéndose—. Espérame en el laboratorio. Saldré a las cinco y lo tendré todo dispuesto.

Agustín cogió el castrón seco del suelo. Con pasos vacilantes llegó hasta el estrecho umbral donde se había encontrado la puerta posterior y salió al antiguo patio. Una vez allí fue hacia su lugar favorito, la retorcida acacia sin flores, que pendía sobre un barranco. Se sentó en el suelo con las piernas extendidas y apoyó la desnuda espalda contra un resto de ja pared semiderruida que antiguamente cercaba los terrenos.

El huesudo gato de aspecto enfermizo que le había seguido en todo momento desde Ipairi frotó su áspera piel contra su muslo. Agustín le dio una pizca de la costra y empujó al gato hacia las lagartijas que se deslizaban fugazmente por las rendijas de la pared de barro. No quería compartir con él más migajas, no se sentía capaz de satisfacer su implacable apetito, un hambre que llenaba sus días y noches con sueños en los que se alimentaba copiosamente. Profirió un suspiro y se quedó dormido.

Le despertó sobresaltado el ruido del viento. Las hojas huertas volaban a su alrededor formando circuios. Ascendían por los aires y luego caían en remolinos de color castaño crujiendo por el barranco. Distinguía el murmullo del arroyo en lo más profundo. Cuando llovía, el escaso caudal crecía convirtiéndose en un río agitado que arrastraba a su paso árboles y animales muertos desde las aldeas de las montañas,

Agustín ladeó ligeramente la cabeza y contempló las silenciosas montañas que le rodeaban. Delgadas columnas de humo se levantaban en el cielo fundiéndose con las nubes que discurrían en lo alto. ¿Estaría tan próxima la misión protestante? ¿O acaso aquel humo procedería de casa de aquella mujer que no temía quedarse con él? Apoyó la mejilla contra su huesuda mónica, las moscas bordoneaban junto a su boca entreabierta. Apretó los resecos labios, extendió las piernas y orinó. Tenía hambre y sentía un intenso dolor en sus entrañas. Volvió a quedarse dormido.

Cuando despertó, el sol estaba en lo alto. El gato se encontraba muy cerca devorando una gran lagartija. Se arrastró hacia el felino que refunfuñaba maligno sujetando fuertemente con su zarpa el reptil semidevorado. Dio una patada al animal, recogió las resbaladizas entrañas y se las tragó. Levantó la vista y vio que su madre le observaba desde la puerta.

—¡Santísima virgen! —exclamó—. Esto no es un ser humano. —Se persignó—. No tardará mucho en envenenarse. —Volvió a hacer la señal de la cruz, unió las manos en oración y murmuró—: Santo Padre, apártalo de mi camino. Haz que fallezca de modo natural para que no tenga su muerte sobre mi conciencia.

Entró en la casa, levantó el colchón y sacó de allí su único vestido. Lo acarició y estrechó la arrugada prenda contra su cuerpo, luego lo sacudió repetidamente y lo tendió sobre el colchón con amoroso cuidado.

Agustín observó curiosamente cómo encendía fuego en el hornillo. Canturreando una cancioncilla cogió el café y el pan de azúcar que guardaba en un canasto clavado en la pared. Ansiaba un pedazo de aquel pan de azúcar. Intentó ponerse en pie, pero tuvo un acceso de náuseas. Apoyó los codos en el suelo y vomitó fragmentos enteros de sabandija. Lágrimas amargas se deslizaron por sus hundidas mejillas. Siguió contrayéndose en repetidas arcadas arrojando bilis y espuma entre los temblorosos labios. Se enjugó la boca y la barbilla en el hombro y con un lastimero quejido intentó erguirse, pero se derrumbó en el suelo.

El murmullo procedente del barranco le envolvió como un suave velo. Percibió el aroma del café. Oyó decir a su madre que le había preparado un café caliente y comprendió

que estaba soñando. Hizo una mueca que pretendía ser una sonrisa al oírla reír. Se preguntó si ella pensaba ponerse el vestido rojo y reunirse con aquel hombre del laboratorio farmacéutico.

Abrió los ojos. En el suelo, junto a él, había una lata pequeña llena de café. Temiendo que aquella visión pudiera desvanecerse se llevó la lata a los labios e insensible al ardor que el caliente líquido producía en su boca y sus labios ingirió la fuerte y dulce bebida que le aclaró la cabeza y disipó sus náuseas.

Como en sueños Agustín distinguió las líneas sesgadas que formaba la lluvia en la distancia. Al cabo de unos momentos oscuras nubes orladas de oro se deslizaron por el cielo. Las nubes proyectaron sombras de color púrpura en las montañas y encapotaron el cielo. Un fuerte viento seguido de un estallido ensordecedor surgió del fondo del barranco. El agua de la lluvia procedente de las lejanas montañas se proyectaba a borbotones por la estrecha garganta con violenta fuerza. Al cabo de un momento caían gruesas gotas de lluvia.

Agustín se levantó, ladeó la cabeza hacia el cielo y extendió los brazos acogiendo complacido aquella suavizante frescura que le purificaba. Movido por un impulso inexplicable entró en la casa y cogió el vestido que estaba sobre el colchón. Lo asió con manos temblorosas y echó a correr hasta el mismo borde del precipicio arrojando la prenda al viento. El vestido voló como una cometa y aterrizó en una rama desnuda de la vieja acacia que pendía sobre la pronunciada pendiente.

—¡Eres un monstruo! ¡Un diablo! —gritó su madre corriendo hacia él con los cabellos desordenados sobre el rostro y los brazos extendidos.

Paralizada por el sonido estrepitoso de las aguas se detuvo entre el chiquillo y la ondeante prenda con una mirada llena de odio y sin pronunciar palabra. Seguidamente asiéndose a la maleza y a las desnudas raíces se adelantó cuidadosamente hacia la rama de la acacia que pendía sobre el vacío.

Agustín la observaba tras el retorcido tronco con fascinado interés. La mujer movía los pies con firme agilidad sobre el terreno pronunciado y resbaladizo. El muchacho pensó que recuperaría el vestido como fuese. Sintió ira y temor. Estaba a escasos centímetros de distancia, extendió los brazos cuanto pudo, lo toca con las puntas de los dedos y luego perdió el equilibrio y cayó sobre el borde del precipicio.

El grito de horror de la mujer se mezcló con el estrépito de las aguas y ambos se perdieron en el viento.

Agustín se aproximó al borde. Le brillaron los ojos intensamente al ver el cuerpo de su madre girando indefenso entre las aguas llenas de barro que se precipitaban hacia el mar. La tormenta cesó y también la lluvia. También dejó de soplar el viento y las turbulentas aguas de la garganta recobraron su calma habitual.

Agustín entró en la casa, se tendió en el colchón y se cubrió con la sucia y delgada manta. Sintió la áspera y húmeda piel del gato buscando el calor de su cuerpo. Se cubrió los ojos con la manta y cayó en un sueño profundo y tranquilo.

Cuando despertó había anochecido. A través de la puerta abierta divisó la luna enredada en las yermas ramas de la acacia.

—Ahora podremos irnos —murmuró acariciando al gato.

Se sentía fuerte, sería fácil llegar hasta las colinas. Acompañado por el gato tenía la vaga certeza de que ambos encontrarían la misión protestante o la casa de aquella mujer que estaba dispuesta a quedárselo.

Mercedes Peralta entró precipitadamente en mi habitación, se sentó en mi cama y estuvo removiéndose hasta que se instaló cómodamente.

—Recoge tus efectos personales —me dijo—. Ya no puedes seguir visitando a Agustín. Ha salido a efectuar su viaje anual a zonas lejanas del país.

Hablaba con tal seguridad que me dio la sensación de que acababa de hablar con él por teléfono, aunque sabía muy bien que no había ninguno por allí.

Candelaria entró en aquel momento en mi habitación llevando una bandeja con mi postre favorito: mermelada de guayaba y unas lonchas de queso.

—Me consta que no es lo mismo que estar espiritualmente sentada con Agustín frente

a un televisor —manifestó—, pero es todo lo que puedes permitirte por el momento.

Depositó la bandeja sobre la mesita de noche y se sentó en la cama frente a doña Mercedes.

Ésta se echó a reír y me apremió para que diera buena cuenta del festín. Dijo que Agustín era muy conocido en pueblecitos lejanos y olvidados de la mano de Dios que visitaba anualmente. Y se extendió largamente en sus dotes curativas infantiles.

—¿Cuándo regresará? —pregunté.

Pensar que no podría volver a verle me llenaba de indecible tristeza.

—No hay modo de saberlo —dijo doña Mercedes—. Seis meses o quizá más. Lo hace así porque considera que tiene que satisfacer una importante deuda.

—¿A quién?

Miró a Candelaria y luego ambas se miraron como si yo tuviera que saberlo.

—Los brujos entienden las deudas de esta clase de un modo muy peculiar —dijo por fin doña Mercedes—. Los curanderos rezan a los santos y a la Virgen y a Nuestro Señor Jesucristo; los brujos rezan a un poder superior y le seducen con sus sortilegios.

Se levantó de la cama y fue de un lado a otro de la habitación. En voz baja, como si estuviera hablando consigo misma, siguió diciendo que aunque Agustín oraba a los santos debía algo a un orden supremo, un orden que no era humano.

Guardó silencio unos momentos mirándome, pero sin reflejar ninguna expresión en su rostro.

—Agustín ha conocido ese orden supremo toda su vida, incluso cuando era niño —prosiguió—. ¿No te ha contado que el mismo hombre que debía llevarse a su madre se lo encontró medio muerto entre la lluvia en una noche negra como boca de lobo y que lo trajo a mi casa?

Sin aguardar mi respuesta añadió:

—El éxito de Agustín ha radicado siempre en estar en armonía con ese poder supremo, lo que consigue gracias a sus curaciones y hechicerías.

De nuevo se interrumpió mirando hacia el techo.

—Ese orden supremo favoreció a Agustín y a Candelaria —prosiguió dirigiendo su mirada hacia mí—, les ayudó desde el instante en que nacieron. Candelaria paga en parte su deuda sirviéndome, es la mejor sirviente que existe.

Fue hacia la puerta y antes de salir se detuvo y se volvió a mirarnos con una radiante sonrisa.

—Creo que en cierta medida también tú debes mucho a ese orden supremo —dijo—. De modo que trata por todos los medios de restituir la deuda que tienes.

Durante largo rato no pronunciamos palabra. Las dos mujeres me contemplaron llenas de expectación. Se me ocurrió que estaban esperando que yo estableciese la conexión para ellas evidente. A! igual que Candelaria había nacido bruja, Agustín era un hechicero nato.

Doña Mercedes y Candelaria me escucharon con una radiante sonrisa.

—Agustín es capaz de establecer sus propios vínculos —me explicó doña Mercedes—. Tiene una relación directa con ese orden supremo que es la rueda de la fortuna y al mismo tiempo la sombra de la bruja, o lo que sea, que hace mover esa rueda.

SÉPTIMA PARTE

Compartiendo la débil luz de la bombilla que teníamos sobre nuestras cabezas Candelaria y yo nos sentamos una frente a otra en la mesa de la cocina. Ella miraba las atractivas fotografías de la revista que le había regalado y yo transcribía mis cintas.

—¿Has oído llamar a la puerta? —pregunté apartando el audífono de mi oreja.

Sin advertir mis palabras señaló la imagen de una modelo rubia.

—No acabo de decidir cuál de ellas me gusta más —reflexionó—. Si recorto ésta se perderá la que se encuentra en la parte interior de la página, la morena que pasea por la calle con un tigre en la mano.

—Yo salvaría a la morena que pasea con el tigre —le sugerí—. En la revista saldrán

más rubias.

Le toqué en el brazo.

—Oye, parece que están llamando.

Candelaria tardó unos momentos en desviar su atención de la revista y otro instante en darse cuenta de que realmente llamaba alguien.

—¿Quién puede ser a estas horas? —murmuró indiferente mientras volvía a concentrar su atención en las atractivas imágenes.

—Acaso sea un paciente —dije echando una mirada al reloj; era casi medianoche.

—¡Oh, no, querida! —negó tranquilamente levantando su mirada—. Nunca se presenta nadie a esta hora. La gente sabe que doña Mercedes no trata a sus pacientes tan tarde a menos que se trate de una emergencia.

Sin darme tiempo a sugerir que posiblemente se trataba de una verdadera emergencia se oyó otro golpe, esta vez más insistente.

Corrí a la puerta. Durante un momento me detuve junto al cuarto de curación dudando, considerando si debía informar a Mercedes de que alguien llamaba.

Durante tres días ella había permanecido en aquella habitación. Día y noche encendía velas en el altar y fumaba cigarro tras cigarro y con expresión arrebatada recitaba conjuros ininteligibles hasta que las paredes vibraban con aquellos sonidos. No respondía a ninguna de mis preguntas. Sin embargo parecía acoger favorablemente mis interrupciones cuando acudía a llevarle la comida o le insistía en que descansara unas horas.

El ruido de otro golpe me decidió a correr a la puerta en la que Candelaria siempre pasaba el cerrojo cuando oscurecía. Innecesaria preocupación puesto que cualquiera que quisiera entrar podía hacerlo pasando por la puerta de la cocina que siempre estaba abierta.

—¿Quién es? —pregunté antes de descorrer el cerrojo. —Gente de paz —respondió una voz masculina. Me sorprendió oír expresarse a alguien con acento ligeramente extranjero utilizando un convencionalismo arcaico que procedía de tiempos de la conquista española y automáticamente respondí en idénticos términos. —¡Bendita sea la Virgen María!

El hombre alto y de cabellos blancos que apareció recostado en el umbral me observaba tan desconcertado que me eché a reír.

—¿Está en casa Mercedes Peralta? —preguntó vacilante.

Asentí al tiempo que examinaba su rostro. Más que arrugado se veía consumido, asolado por la pena o el dolor. Sus ojos azules claros estaban hundidos, surcados por grandes ojeras, fruto del cansancio y la edad.

—¿Está Mercedes Peralta? —insistió mirando hacia el interior del pasillo escasamente iluminado.

—Sí —respondí—. Pero a estas horas no visita a nadie. —Hace horas que estoy dando vueltas por el pueblo preguntándome si debía venir —dijo—. Necesito verla. Soy un viejo amigo o enemigo.

Conmovida por la angustia y desesperación que destilaba la voz del hombre le invité a pasar.

—Está en su habitación de trabajo —le dije—. Será mejor que vaya a informarla de que usted está aquí. —Me adelanté unos pasos y le sonreí dándole ánimos—. ¿Cuál es su nombre?

—No me anuncie —rogó el hombre cogiéndome del brazo—. Déjeme pasar, conozco el camino.

Cruzó cojeando el patio y el pasillo, se detuvo un instante ante la puerta de doña Mercedes y subió los dos peldaños que conducían al interior.

Le seguí de cerca dispuesta a recibir la reprimenda que doña Mercedes me daría por molestarla con semejante intrusión. Por un instante pensé que quizá ya se habría acostado, pero en cuanto mis ojos se acostumbraron a la oscuridad allí reinante la distinguí sentada en su silla de alto respaldo en el otro extremo de la habitación dibujándose apenas su silueta a la débil luz de una vela que ardía en el altar.

—¡Federico Mueller! —balbuceó mirándole presa de pánico. Parecía no dar crédito a su visión porque se frotó repetidamente los ojos con las manos—. ¿Cómo es posible? Te he

creído muerto durante todos estos años.

El hombre se arrodilló torpemente junto a ella, ocultó el rostro en el regazo de la curandera y se echó a llorar como una criatura desamparada.

—¡Ayúdame, ayúdame! —repetía entre sollozos.

Me marché apresuradamente hacia la entrada deteniéndome bruscamente al oírle caer en el suelo con un golpe seco.

Me proponía avisar a Candelaria, pero doña Mercedes me detuvo.

—¡Qué extraordinario! —exclamaba con voz temblorosa—. ¡Todo se ajusta en su lugar como un rompecabezas mágico! Ésta es la persona a quien tú me recordabas. Tú me lo has devuelto.

Intentaba decirle que no veía ninguna similitud entre aquel anciano y yo, pero me envié a su habitación a recoger la cesta que contenía las hierbas medicinales. Cuando regresé, Federico Mueller seguía tendido en el suelo y doña Mercedes trataba de reanimarlo.

—Haz venir a Candelaria —me ordenó—. No puedo levantarlo yo sola.

Candelaria ya se encontraba en la puerta atraída por tanta agitación. Entró y en su rostro apareció una expresión incrédula, de indecible horror.

—¡Ha regresado! —exclamó acercándose a Federico.

Se persignó. Después se volvió a doña Mercedes y le preguntó:

—¿Qué quiere que haga?

—Su alma se está desprendiendo del cuerpo —repuso—. Yo me siento demasiado débil para devolvérsela.

Candelaria se sentó en cuclillas e hizo sentar al hombre dándole un fuerte empujón en la espalda. Los huesos de Federico crujieron como si se rompieran en miles de pedazos.

Candelaria le recostó en la pared.

—Está muy enfermo —me dijo—. Me parece que ha venido aquí a morir.

Y salió de la habitación persignándose.

El hombre abrió los ojos. Miró en torno y luego a mí de un modo que parecía rogarme que le dejase a solas con doña Mercedes.

—Musiúa —dijo ella con un hilo de voz mientras que yo salía de la habitación—, puesto que has sido tú quien me lo ha devuelto deberías quedarte.

Me senté torpemente en el taburete. El hombre comenzó a hablar sin dirigirse a nadie en especial. Estuvo divagando durante horas. Mercedes le escuchaba atentamente: lo que decía parecía tener el mayor sentido para ella.

Cuando Federico Mueller se interrumpió se sucedió un largo silencio. Doña Mercedes se levantó lentamente y encendió una vela ante la estatua de la Virgen. Inclínada frente al altar parecía una vieja estatua de madera y su rostro una máscara inexpresiva. Sólo sus ojos estaban llenos de vida y de (lágrimas. Encendió un cigarro y aspiró profundas bocanadas, como si estuviera alimentando una fuerza que guardaba en su pecho.

La llama se hizo más intensa. A medida que la vela se consumía proyectaba una luz fantasmal en sus rasgos cuando se volvió hacia Federico Mueller. Murmurando quedamente un conjuro le masajeó primero la cabeza y luego los hombros.

—Puedes hacerlo que quieras conmigo —dijo oprimiendo las palmas de Mercedes contra sus sienes.

—Ve al salón —dijo doña Mercedes en un susurro llena de agitación—. En seguida volveré con una poción de valeriana que te permitirá conciliar el sueño. Sonrió y le acarició los cabellos.

El hombre vaciló un instante y luego cruzó cojeando el patio y el pasillo. El eco de sus pasos se desvaneció por la casa.

Mercedes se volvió de nuevo al altar, pero no pudo llegar. Estaba a punto de desmayarse. Corrí a su lado y la cogí a tiempo. Sintiendo el incontrolable temblor que la agitaba comprendí cuán intensa había sido su tensión y el esfuerzo que había representado para ella conservarse serena. Se había pasado horas enteras confortando a Federico y yo sólo había advertido la agitación de aquel hombre sin que ella demostrara la intensidad de sus sentimientos.

—Musiúa, di a Candelaria que se prepare —dijo doña Mercedes entrando en la cocina donde yo estaba escribiendo—■ Vas a llevarnos en tu jeep.

Convencida de que ya estaría despierta, acudí inmediatamente a buscar a Candelaria en su habitación, pero no se encontraba allí. La puerta de su armario estaba abierta y en el espejo biselado de la puerta se reflejaban todos sus vestidos, que tenía ordenados no sólo por colores sino" también por su largura. Su estrecha cama, un somier de listones y un colchón de crin, aparecían entre dos librerías llenas de novelas de amor y álbumes fotográficos conteniendo las ilustraciones que aparecían en las revistas. Todo se encontraba en un orden muy estricto, sin concesiones.

—Estoy preparada —dijo Candelaria a mis espaldas.

Me volví sorprendida.

—Doña Mercedes quiere que...

No me dejó concluir. Me empujó hacia mi habitación pasillo abajo.

—Ya me he cuidado de todo —me aseguró—. Corre a cambiarte. No tenemos mucho tiempo.

Al salir eché una mirada al salón. Federico Mueller dormía apaciblemente en el diván. Doña Mercedes y Candelaria me aguardaban en el jeep. No había luna y en el cielo no se veía ni una estrella, sin embargo era una noche encantadora, suave y oscura. Un fresco viento llegaba de las montañas.

Siguiendo las instrucciones de Candelaria conduje a las dos mujeres a los hogares de las personas que solían asistir a las sesiones de espiritismo. Como de costumbre, aguardé afuera. Exceptuando a León Chirino nunca había visto a los demás, sin embargo sabía dónde vivían todos. Me pregunté si las dos mujeres estarían concertando fecha para una sesión porque no permanecían mucho tiempo en ninguna de las casas.

—Y ahora vamos a ver a León Chirino —dijo Candelaria ayudando a doña Mercedes a instalarse en el asiento posterior.

Candelaria parecía enojada. Divagaba i ni nterrum pida-mente sobre Federico Mueller. Aunque me moría de curiosidad no prestaba ninguna atención a sus incoherentes manifestaciones. Estaba demasiado preocupada observando el alterado rostro de doña Mercedes por el espejo retrovisor. Abrió la boca varias veces como si fuera a decir algo pero se limitó a mover la cabeza y a mirar por la ventanilla buscando ayuda y consuelo en la noche León Chirino tardó mucho rato en salir a la puerta!

Debía de encontrarse profundamente dormido y sin duda no oyó la impaciente y sonora llamada de Candelaria. Abrió la puerta cruzándose de brazos, protegiéndose el pecho de la fría y húmeda brisa que se extendía por las colinas con el alba. Su mirada parecía revelar un presentimiento.

—Federico Mueller se encuentra en mi casa —dijo doña Mercedes sin darle tiempo a saludarla.

León Chirino no dijo nada. Sin embargo era evidente que se había sumido en un estado de profunda agitación, en una gran indecisión. Le temblaban los labios y sus ojos brillaban alternativamente de ira o se llenaban de lágrimas bajo las blancas y espesas cejas.

Nos invitó a pasar a la cocina. Se aseguró de que doña Mercedes se instalaba cómodamente en una hamaca que pendía cerca del hornillo y luego preparó un pote para hacer café mientras nos sentábamos entre un profundo silencio.

En cuanto nos hubo servido sendas tazas a Candelaria y a mí, ayudó a sentarse a doña Mercedes y, situándose detrás de ella, comenzó a masajearle la nuca, descendiendo por los hombros y brazos y llegando hasta sus pies. El sonido del melodioso conjuro que pronunciaba flotaba por la estancia claro como la aurora, tranquilizador e infinitamente solitario.

—Sólo tú sabes qué debes hacer —le dijo León ayudándola a levantarse—. ¿Quieres que te acompañe?

Asintió, le abrazó y le dio las gracias por darle fuerzas. Con misteriosa sonrisa fue hacia la mesa y se tomó pausadamente su taza de café.

—Ahora vamos a ver a mi compadre —dijo cogiéndose de mi brazo—. Por favor, llévanos a casa del *Mochó*. —¿De Lucas Núñez?—pregunté mirándolos. Asintieron los tres,

pero ninguno dijo palabra. Recordaba el comentario que me había hecho Candelaria sobre el padrino del hijo adoptivo de doña Mercedes. Candelaria me había dicho que aquel hombre se acusaba de la muerte de Elio.

El sol ya había aparecido sobre las montañas cuando llegamos al pueblecito costero en el que vivía Lucas Nuñez. El lugar era cálido y salobre por la proximidad del mar y estaba perfumado por las mimosas en flor. A ambos lados de la calle mayor aparecían casas coloniales pintadas de vivos colores, una pequeña iglesia y una Plaza que coronaba el extremo de una plantación de cocos. allá se encontraba el mar. No podíamos verlo, pero *el* nos traía el sonido de las olas que rompían en la playa.

La casa de Lucas Núñez se encontraba en una de las calles secundarias del pueblo, que en realidad no eran tales sino amplios senderos cubiertos de piedras. Doña Mercedes llamó levemente en la puerta y, sin aguardar respuesta, la abrió y se metió en una habitación oscura y húmeda.

Cegada todavía por la iluminación exterior, al principio apenas pude distinguir la silueta de un hombre que leía sentado junto a una mesa en un pequeño patio trasero. Nos miró con expresión tan desolada que hubiera deseado fundirme. Se levantó titubeante y abrazó silencioso a doña Mercedes, a León Chirino y a Candelaria. Era alto y huesudo y llevaba muy cortos los blancos cabellos, de modo que se distinguía su oscuro cráneo.

Sentí una extraña angustia al advertir sus manos y comprender por qué se le apodaba *el Mochó*, el mutilado: le faltaban las primeras falanges de cada mano.

—Federico Mueller está en mi casa —dijo quedamente doña Mercedes—. La musíúa lo ha traído a mi puerta.

Lucas Núñez se volvió lentamente hacia mí. Había algo tan intenso en el delgado rostro del hombre y en sus brillantes ojos que retrocedí unos pasos.

—¿Son parientes? —preguntó con dureza como si ya no me viese.

—La musíúa no había visto a Federico en su vida —le explicó doña Mercedes—. Pero lo ha traído a mi puerta.

Lucas Núñez se recostó en la pared.

—Si está en tu casa, lo mataré —declaró con voz estrangulada.

Doña Mercedes y León Chirino lo cogieron por cada brazo y se lo llevaron a una de las habitaciones.

—¿Quién es Federico Mueller? —pregunté a Candelaria—. ¿Qué es lo que hizo?

—Pero musíúa —repuso con impaciencia—, durante todo el viaje te lie estado contando las cosas (horribles que hizo Federico Mueller).

Me miró con aire incomprensible moviendo incrédula la cabeza. Pese a mi insistencia a que me repitiese lo que había dicho, se negó a añadir palabra sobre Federico Mueller.

En lugar de ir a descansar en su hamaca, cuando regresó a su casa Mercedes Peralta nos pidió a Candelaria y a mí que la acompañásemos a su habitación de trabajo.

Encendió siete velas ante el altar y sacó un revólver de entre los pliegues del manto azul.

Fascinada y horrorizada la vi acariciar el arma. Sonrió y la puso entre mis manos.

—Está descargada —dijo—. La descargué el día que llegaste. Entonces comprendí que no iba a necesitarla, pero no sabía que tú me lo ibas a devolver. —Fue hacia una silla y se sentó lanzando un profundo suspiro—. Guardo este arma desde hace casi treinta años —prosiguió—, Me proponía matar con ella a Federico Mueller.

—¡Y deberías hacerlo ahora mismo! —masculló Candelaria.

—Sé lo que debo hacer —siguió diciendo ignorando su interrupción—. Voy a cuidar de él durante toda mi vida.

—¡Dios mío! —exclamó Candelaria—. ¡Has perdido la cabeza!

En los ojos de doña Mercedes brilló una expresión infantil, de inocente confianza, una oleada de afecto, mientras nos miraba fijamente. Tendió la mano instándonos a guardar silencio.

—Tú trajiste a Federico Mueller a mi puerta —me dijo—. Y ahora sé que no tengo nada que perdonar, que no hay nada que comprender. Y ha sido su regreso lo que me ha

hecho entenderlo. Por ello nunca mencionaré lo que él hizo. Había muerto para mi, pero ya no lo está.

De las diversas habitaciones vacías que había en la casa Federico decidió ocupar la reducida alcoba que estaba tras la cocina y en la que apenas cabía un camastro y una mesilla de noche. El hombre declinó con gran vehemencia mi ofrecimiento de acompañarlo a Caracas a recoger sus pertenencias. Dijo que nada de lo que allí había dejado era de gran valor para él. Sin embargo se mostró reconocido cuando a instancias de doña Mercedes le compré varias camisas, un par de pantalones y algunos artículos de aseo.

Y así fue como Federico Mueller entró a formar parte de la casa. Dona Mercedes le miraba y consentía. Mañana y tarde le trataba en su habitación de trabajo y por las noches le preparaba una poción de valeriana con ron. Federico no salía nunca de casa. Pasaba el tiempo en una hamaca del patio o hablando con doña Mercedes. Candelaria ignoraba su existencia; él le correspondía de igual manera, no sólo a ella sino también a mí.

Sin embargo un día comenzó a hablarme en alemán. Al principio de modo vacilante, pues le costaba enorme esfuerzo formar las palabras. En breve logró un absoluto dominio del idioma y nunca volvió a hablarme ni una palabra en español. Aquello le cambió radicalmente. Fue como si sus problemas, fueran los que fuesen, estuvieran encerrados en los sonidos de las palabras españolas.

Al principio Candelaria mostraba cierta curiosidad por aquel idioma extranjero. Comenzó a formularle preguntas y acabó sucumbiendo a su natural encanto. Él le enseñó cancioncillas infantiles en alemán que Candelaria cantaba todo el día con pronunciación impecable y él me repetía una y otra vez de modo perfectamente coherente lo que dijo a doña Mercedes la noche que llegó.

Como cada noche Federico Mueller se despertó gritando. Se incorporó en la cama apoyando la espalda contra el cabezal, esforzándose por huir de aquel rostro que le perseguía, que se le aproximaba tanto que podía advertir el resplandor burlón y cruel de los ojos del hombre y sus dientes con fundas de oro riendo a carcajadas. Detrás de él distinguía los rostros de las restantes personas que poblaban siempre sus pesadillas, rostros distorsionados por la pena y el dolor que gritaban angustiados pidiendo clemencia. Todos excepto el de ella; ella nunca gritaba, nunca doblegaba su mirada, una mirada que no podía soportar.

Federico se apretó los puños en los ojos con un gemido, como si con aquel ademán pudiera mantener a raya su pasado. Durante treinta años le habían atormentado aquellas pesadillas y los recuerdos y visiones que se sucedían con espantosa lucidez.

Se tendió debajo del cobertor. Algo palpable e invisible persistía en la habitación impidiéndole conciliar el sueño. Apartó la manta a un lado y sin encender la luz saltó al suelo y corrió la cortina.

Contempló como hechizado la blanca bruma del alba que se filtraba en la habitación. Se esforzó por abrir bien los ojos para asegurarse de que no estaba soñando. Como sucedía con frecuencia ella se materializaba entre aquel resplandor informe y se sentaba junto a su mesa de trabajo entre los pájaros disecados que le miraban impasibles con sus ojos vacíos, de vidrio. Se acercó poco a poco la figura y ella desapareció rápidamente, como una sombra, sin dejar huella.

Las campanadas de la iglesia próxima y los pasos apresurados de las ancianas que acudían a la primera misa resonaban por las calles silenciosas. Los sonidos familiares le tranquilizaron haciéndole comprender que aquél sería un día como cualquier otro. Se lavó, afeitó y preparó el café de la mañana. Desayunó junto al hornillo y, sintiéndose decididamente mejor, se dispuso a trabajar con los pájaros. Una vaga inquietud, un temor indefinido le impedían concluir su trabajo en la lechuza que había prometido entregar aquella tarde a un cliente. Se puso su mejor traje y salió a dar un paseo.

A tan tempranas horas la ciudad todavía tenía una apacible luminosidad. Avanzó cojeando lentamente por la estrecha callejuela. El sector de Caracas donde vivía estaba a salvo del frenesí modernizador que había barrido el resto de la ciudad. No se detenía a hablar con nadie y sólo intercambiaba algún esporádico saludo. Sin embargo se sentía

extrañamente protegido entre aquellas viejas calles de casas coloniales de una sola planta animadas por las risas infantiles y las voces de las mujeres que charlaban ante sus puertas.

Al principio la gente había hablado mucho de él, pero jamás cedió a la necesidad de justificar su presencia, aunque comprendía que por causa de su reserva sus vecinos especulaban y recelaban de él.

Como era de esperar, en el curso de los años la gente acabó perdiendo interés por él. En la actualidad le consideraban simplemente como un viejo excéntrico que disecaba pájaros para ganarse la vida y que quería estar solo. Federico se vio reflejado en un escaparate. Como siempre que veía su imagen se sobresaltó al descubrir que parecía mucho mayor de lo que realmente era. Nada recordaba en él al hombre alto y atractivo, de cabellos rubios y rizados y cutis intensamente bronceado. Aunque sólo tenía treinta años cuando acudió a vivir en aquel sector de Caracas, ya tenía el mismo aspecto que a la sazón que había cumplido los sesenta: envejecido prematuramente, con una pierna inútil, cabellos blancos, arrugas profundas y una mortal palidez que no desaparecía jamás, pese a lo mucho que permanecía al aire libre.

Movió apesadumbrado la cabeza y reanudó su marcha hacia la plaza. Se sentó en un banco, entre algunos ancianos que estaban inclinados con las manos entre las piernas, abstraídos en sus recuerdos. Descubría que algo extraño alteraba su soledad. Se levantó y siguió andando, cojeando bloque tras bloque por las calles llenas de gente.

El sol calentaba intensamente. Los contornos de los edificios habían perdido su concreción de primera hora y el ruido de las calles intensificaba el tembloroso resplandor de la niebla que cubría la ciudad. De nuevo, como le había sucedido tantas veces, ante la parada del autobús distinguió entre la multitud un rostro femenino.

—¡Mercedes! —susurró comprendiendo que no podía ser ella.

Se preguntó si la mujer le habría oído porque de pronto le miró a los ojos. Fue una mirada rápida, pero premeditada, que le hizo sentir aprensión y esperanza. La mujer desapareció entre la multitud.

—¿Ha visto pasar por aquí a una mujer alta y morena? —preguntó a uno de los vendedores ambulantes que rondaban por la estación y que llevaba colgada del cuello una bandeja con caramelos y cigarrillos.

—He visto centenares de mujeres —dijo el hombre haciendo un amplio giro con la mano—. Hay muchísimas mujeres por aquí. Viejas, morenas, altas, como usted las prefiera, todas se trasladan a los pueblos de la costa.

Se echó a reír y anunciando sus mercancías siguió deambulando entre las colas que se formaban junto a los autobuses.

Imbuído de la irracional certeza de que encontraría aquel rostro, Federico subió a uno de los autobuses y avanzó por el pasillo observando detenidamente a cada pasajera que le devolvía su mirada en silencio. Por un instante le pareció que todos los rostros se asemejaban al de ella. Pensó que le convenía descansar un momento y se sentó en uno de los asientos vacíos de la parte posterior del vehículo.

El sonido de una voz débil y lejana que le pedía su billete le despertó de su letargo. Las palabras vibraron en su cabeza. Le abrumaba una profunda somnolencia y le costaba abrir los ojos. Miró por la ventana. La ciudad quedaba a lo lejos. Asombrado y confuso fijó su atención en el cobrador del autobús.

—Yo no pretendía ir a ningún sitio —balbuceó disculpándose—. Sólo he venido en busca de alguien. —Se detuvo un instante y murmuró para sí—: Alguien a quien deseaba y temía encontrar en este autobús.

—Eso suele suceder ■—dijo el hombre, comprensivo—. Puesto que tendrá que pagar billete completo puede aprovechar el viaje y llegar hasta Curmina. —Sonrió y le dio un golpecito en el hombro—. Una vez allí coja otro autobús de regreso a la capital.

Federico le tendió algún dinero.

—¿Cuándo regresa el autobús?—preguntó.

—Hacia medianoche —respondió con vaguedad—. o cuando hay bastante gente para que valga la pena hacer el viaje.

Le devolvió el cambio y siguió por el pasillo cobrando los billetes de los pasajeros.

El destino le había impulsado a subir a aquel autobús cuando no proyectaba hacerlo. Una leve sonrisa iluminó su rostro. Cerró los cansados párpados con una sensación de esperanza, profunda y apacible. El sino le obligaba por fin a rendirse a su pasado. Le invadió una desconocida paz mientras recordaba su pasado.

Todo comenzó en una reunión celebrada en Caracas donde le abordó un general de alto rango del gobierno que le invitó a bocajarro a alistarse en la policía secreta. Creyéndole bebido, Federico no tomó en serio las palabras de aquel hombre. Se quedó muy sorprendido cuando unos días después llamó a su puerta un oficial del ejército. —Soy el capitán Sergio Medina —se presentó. Federico no advirtió nada siniestro en aquel hombre recio y de baja estatura, de cutis bronceado y dientes con fundas de oro que destellaban en cada sonrisa- El hombre le habló en términos muy convincentes del emocionante trabajo que se proponían confiarle, espléndidamente retribuido y de rápida promoción. Halagado e intrigado, Federico acompañó a Molina a casa del general.

El hombre le dio unos golpecitos cariñosos en el hombro como si se tratara de un viejo amigo y lo condujo a su estudio.

—Este trabajo le hará merecedor del respeto y la gratitud del país —le dijo—. Un país que, después de todo, es el suyo y, sin embargo, no lo es. Ésta será su oportunidad de convertirse definitivamente en uno de nosotros.

Federico asintió sin saber qué decir. Tenía dieciséis años cuando sus padres emigraron a Venezuela y, bajo los auspicios de un programa del gobierno, se instalaron en el interior para cultivar la vasta superficie de terreno que se les había adjudicado y que confiaban que algún día les pertenecería. A la muerte de sus padres en un accidente, Federico, a quien no interesaba en absoluto la agricultura, se colocó de aprendiz con un zoólogo alemán, experto en taxidermia, que le enseñó su oficio.

—No comprendo en qué puedo serles útil —dijo Federico al general—. Sólo soy experto en cazar y disecar animales.

El general lanzó una estrepitosa carcajada.

—¡Mi querido Federico! —exclamó—. Su experiencia como taxidermista es la tapadera ideal para el trabajo que nos proponemos confiarle. —Sonrió confidencialmente y aproximándosele añadió—: Tenemos informes fidedignos de que un grupo subversivo está operando en la zona de Curmina. Queremos que lo descubra. —Se echó a reír con alegría, como un chiquillo—. Hasta ahora no hemos tenido ningún éxito con los hombres que hemos enviado a aquella zona, pero usted, amigo mío, un musiú dedicado a la caza de pájaros, no levantará ninguna sospecha.

Federico no tuvo oportunidad de rechazar aquella misión. A los pocos días pusieron a su disposición un jeep nuevísimo equipado con los instrumentos más modernos y con productos químicos de tal calidad que jamás habría podido permitirse.

Federico se mostraba siempre muy cuidadoso cuando iba por las montañas. Sin embargo, una mañana, al descubrir un tucán muy singular en una de sus trampas, saltó de la hamaca sin ponerse primero las botas. Al momento sintió una picadura entre los dedos. Lanzó un juramento pensando que se había clavado una espina, pero cuando sintió que de los diminutos puntos donde se habían formado sendas gotas de sangre irradiaba un intenso dolor que se extendió rápidamente por todo el pie y después por la pierna, comprendió que le había mordido una serpiente de una especie que hasta entonces desconocía.

Corrió hacia su jeep que tenía aparcado en las proximidades y revolió apresuradamente sus herramientas hasta encontrar el botiquín de primeros auxilios. Ató un pañuelo en mitad de la pantorrilla y luego realizó una incisión en los dos puntos e hizo sangrar la herida. Pero ya se había infiltrado demasiado veneno en su organismo. Accesos de dolor ascendían hasta sus nalgas y el pie se le hinchó duplicando su tamaño. Pensó que jamás llegaría a Caracas y redujo su tensión al volante decidiendo probar fortuna en el pueblo más próximo.

La enfermera del dispensario próximo a la plaza le informó tranquilamente de que no tenía ningún antídoto venenoso.

—¿Y qué debo hacer? ¿Dejarme morir? —exclamó Federico con el rostro deformado por la ira y el dolor.

—Confío que no será así —respondió la enfermera con igual serenidad—. Supongo que ya habrá descartado la posibilidad de llegar a Caracas a tiempo, ¿no es así? —Le observó cuidadosamente antes de proseguir—. En Curmina tenemos una curandera que cuenta con los mejores contras, pociones secretas para neutralizar los efectos venenosos de las serpientes. —Sonrió disculpándose—. Por ello casi nunca tenemos reservas de antídoto, ya mayoría de víctimas prefieren recurrir a ella. —Examinó de nuevo el pie hinchado—. No sé qué clase de serpiente te habrá mordido, pero esto tiene muy mal aspecto. Su única oportunidad consiste en la curandera. Será mejor que la aproveche.

Federico jamás había recurrido a un médico brujo, pero en aquel momento estaba dispuesto a probar lo que fuese: no quería morir. No le importaba quien fuera mientras le salvase la vida.

La enfermera, ayudada por dos clientes del bar más próximo, acompañó a Federico a casa de la curandera que se encontraba en las afueras de la ciudad. Allí le tendieron en un camastro en una habitación llena de humo que olía a amoníaco.

■ Abrió los ojos al oír el chasquido de una cerilla. Entre una nube de humo vio a una mujer muy alta que encendía una vela en el altar. A su fluctuante luz su rostro era como una máscara muy serena con pronunciados pómulos en los que se tensaba la piel oscura y lisa que brillaba como madera pulida. Sus ojos sombreados por largas pestañas le examinaban absolutamente inexpresivos.

—Sin duda ha sido una macagua —diagnosticó mirándole a los ojos—. Le ha dado todo su veneno. Puede considerarse afortunado de que la enfermera le haya traído aquí. Para esta clase de veneno no existe antídoto.

Acercó una silla a su lado y siguió examinando el pie con mayor atención tanteando con suavidad alrededor de la herida.

—No tiene por qué preocuparse —manifestó con absoluto convencimiento—. Es joven, con mi tratamiento sobrevivirá al veneno.

Se volvió hacia la mesa que tenía a su espalda y cogió dos garrafas grandes llenas de un líquido que parecía un jarabe de un color verdoso en el que flotaban raíces, hojas y entrañas de serpiente. Echó cierta dosis de una de ellas en una bandeja metálica y con la otra llenó media jarrita de hojalata.

Encendió un cigarrillo. Inhaló profundamente, cerr los ojos y balanceó la cabeza. De repente se inclinó ^{hacia} su pie y despidió lo que parecía el humo acumulado todo el cigarro en el corte que él mismo se había hecho con el cuchillo. Absorbió la sangre, la escupió rápidamente y se enjugó la boca con un líquido claro de intenso olor repitiendo siete veces el mismo procedimiento.

Sintiéndose agotada, recostó la cabeza en el respaldo de su silla. Unos momentos después comenzó a murmurar un conjuro. Le desabrochó la camisa y con el dedo corazón untado en la ceniza del cigarro, trazó una línea recta desde la base de su garganta hasta sus genitales. Con notable facilidad le hizo girar en redondo, le quitó la camisa y dibujó una línea similar en su espalda.

—Ahora te he dividido en dos —le informó—. El veneno no podrá ir al otro lado.

Y volvió a marcar ambas líneas con un poco de ceniza.

Pese al dolor que sentía, Federico se echó a reír.

—Estoy seguro de que el veneno ya hace tiempo que se ha extendido por mi cuerpo —dijo.

Ella le cogió el rostro entre las manos obligándole a mirarla a los ojos.

—Musiú —le advirtió—, si no confías en mí, morirás. —Y seguidamente le lavó el pie con el líquido que había vertido en la bandeja metálica. Una vez hecho cogió la jarrita—, Bébetela —ordenó acercándosela a los labios—■. Si no la apuras, eres hombre muerto.

Sintió unas náuseas casi incontenibles que amenazaban con hacerle devolver la pócima de pésimo sabor.

—Esfuérzate por retenerla —insistió ella poniéndole en la nuca una almohadilla

rectangular llena de granos de maíz secos. Le observó atentamente y empapó un pañuelo en una mezcla de agua de rosas y amoníaco—. ¡Aspira! —ordenó aplicándole el pañuelo a la nariz—. Respira lenta y profundamente.

Se debatió un momento bajo la sofocante presión de su mano y luego se fue relajando poco a poco mientras ella le masajeaba el rostro.

—Ahora no te acerques a ninguna mujer embarazada, pues se neutralizarían los efectos del contra —le advirtió.

La miró como si no la comprendiera y murmuró que no conocía a ninguna mujer que estuviera embarazada.

Mercedes pareció satisfecha ante tal declaración. Se fue hacia el altar, alineó siete velas en torno a la figura de san Juan y las encendió. Contempló en silencio las fluctuantes lucecillas, echó la cabeza hacia atrás bruscamente y recitó una disonante y absurda letanía. Sus palabras se transformaron en un grito que crecía y se extinguía regularmente como su propia respiración. Era un lamento casi inhumano que hacía vibrar las paredes y oscilar las luces de las velas. El sonido llenó la habitación y las paredes y trascendió más allá, como si pretendiera alcanzar a alguna fuerza lejana.

Sumido en un estado de inconsciencia Federico se sintió trasladado a otra habitación. Días y noches se sucedían confusamente para él mientras yacía semiconsciente en el camastro, acosado por la fiebre y los escalofríos. Siempre que abría los ojos veía el rostro de la curandera en la oscuridad. Las piedras rojas de sus pendientes brillaban como unos ojos y con suave y melodiosa voz despedía a las sombras, los terribles fantasmas de la fiebre, enviándolas a los oscuros rincones y, como si ella misma formase parte de sus alucinaciones, identificaba a aquellas fuerzas desconocidas y ordenaba a Federico que luchase con ellas.

Después bañaba su cuerpo cubierto por el sudor y le daba masaje hasta refrescarle la piel. En algunas ocasiones Federico sentía una presencia extraña en la habitación y otras manos más grandes y fuertes, pero tan suaves como las de la curandera, le sostenían la cabeza mientras ella le instaba con severidad a tomar las pociones de horrible sabor que le llevaba a los labios.

El día que la mujer le sirvió su primer plato de arroz y verduras entró acompañada de un joven que llevaba una guitarra.

—Me llamo Elio —se presentó.

Y rasgueando su guitarra comenzó a cantar una divertida cancioncilla que describía las aventuras de Federico en su lucha contra el veneno. Elio también le explicó que el día que la enfermera del dispensario le condujo a su casa, él había ido a las colinas y con su machete dio muerte a la macagua que le mordió. Si la serpiente hubiera sobrevivido, las pociones y conjuros no habrían servido de nada.

Una mañana, al advertir que la hinchazón y el amora-tamiento habían cedido dando paso a la normalidad, Federico cogió sus ropas limpias y planchadas que colgaban del cabezal. Deseando probar sus fuerzas salió al patio donde encontró a la curandera inclinada sobre un barreno lleno de agua de rosas. Observó en silencio cómo hundía sus manos en el purpúreo líquido.

Ella se volvió a mirarle sonriendo.

—Me ayuda a evitar las canas —le explicó pasándose repetidamente el peine por los rizados cabellos.

Sorprendido al sentir un ramalazo de deseo, se acercó a ella. Ansiaba besar las gotas de agua de rosas que resbalaban por su rostro y su cuello y se metían por su corpiño. No le importaba que fuera bastante mayor como para ser su madre. Le resultaba misteriosamente seductora e intemporal.

—Me has salvado la vida —murmuró acariciándole el rostro. Deslizó los dedos por sus mejillas, sus labios gordezuelos y su cálido cuello—. Y has debido darme algún filtro amoroso con esas pócimas de infame sabor que me obligabas a beber cada día.

Ella le miró fijamente sin responderle.

Temiendo que pudiera sentirse ofendida murmuró unas palabras de disculpa.

La mujer movió negativamente la cabeza y se rió brevemente. Nunca había oído un

sonido semejante. Se reía con toda su alma, como si no le importara otra cosa en el mundo.

—Puedes quedarte hasta que recobres las fuerzas —le dijo acariciando sus rubios rizos.

En sus ojos velados se leía una expresión burlona, pero también un ramalazo de pasión.

Pasaron los meses. La curandera le aceptó como su amante, pero nunca le permitió pasar toda una noche en su habitación.

—Sólo un poco más —rogaba cada vez acariciando su cutis de seda anhelando fervientemente que por una vez accediese a su petición; pero ella le echaba siempre de su habitación y cerraba la puerta riendo.

—Tal vez te lo permita si seguimos siendo amantes durante tres años —solía decirle cada vez.

Acababa de concluir la estación de las lluvias cuando Federico reanudó sus viajes a las colmas. Salía acompañado de Elio, que al principio acudía a protegerle, pero que en breve también se contagió de su afición a cazar y disecar pájaros. Hasta entonces Federico nunca había salido acompañado. Pese a los diez años de diferencia que los separaban se hicieron excelentes amigos.

Federico se sorprendió al ver cuan fácilmente resistía Elio las largas horas de silencio mientras esperaban que cayese algún pájaro en las trampas y cuánto disfrutaba con sus despreocupados paseos por las cumbres frescas y llenas de niebla donde tan probable era perderse entre la bruma y el viento. A veces sentía tentaciones de hablarle del capitán Medina, pero, en cierto modo, nunca se atrevía a interrumpir aquella calma frágil e íntima.

Federico se sentía vagamente culpable de la existencia que llevaba, de aquellos gratos días que pasaba entre las colinas y de las noches compartidas secretamente con la curandera. No sólo había convencido a Elio y a la mujer sino que él mismo había comenzado a creer que el capitán Medina no era más que un intermediario de Caracas a quien vendía sus pájaros disecados para que los enviara a las escuelas, museos y establecimientos comerciales.

—Podrías dedicarte a algo mejor que cazar esos condenados pájaros —le dijo Medina una tarde en que estaban tomando una cerveza en un bar de la localidad—. Conviene que te relaciones más con los pacientes de la curandera. Charlando con la gente uno se entera de las cosas más sorprendentes. Debes concluir con tu brillante maniobra a toda costa.

Federico se quedó sorprendido y al mismo tiempo turbado cuando Medina le felicitó por su brillante ardid; el capitán estaba convencido de que se había dejado morder a propósito por la serpiente.

--Son los intelectuales, la gente instruida quienes trampan complots contra las dictaduras —dijo Federico—. No los pobres granjeros y pescadores que están demasiado ocupados tratando de ganarse la vida para ver qué clase de gobierno es el suyo.

—Musiú, no te pagamos para conocer tus opiniones —le interrumpió Medina secamente—. Limitate a hacer lo que esperamos de ti.

Hizo girar en sus manos la copa vacía de cerveza y después le miró y añadió en un susurro:

—Hace poco escapó de la cárcel el cabecilla de un pequeño grupo de fanáticos revolucionarios. Tenemos motivos para creer que se oculta en esta zona. —Se echó a reír y puso la mano derecha sobre la mesa—. En la cárcel dejó las primeras falanges de sus dedos. Por eso ahora se le conoce como el Mocho.

La lluvia había seguido cayendo desde primera hora de la tarde. El sonido producido por un canalón defectuoso junto a su ventana impedía a Federico conciliar el sueño. Salió al pasillo e iba a encender un cigarrillo cuando oyó un suave murmullo procedente de la habitación de trabajo de la curandera.

Sabía que no se trataba de ella puesto que aquella mañana la había acompañado a una localidad vecina donde debía asistir a una sesión. Anduvo de puntillas por el pasillo. Entre las excitadas voces distinguió claramente la de Elio. Al principio no logró interpretar

el sentido de la conversación, pero cuando hubo captado varias veces las palabras «dinamita», «la presa que se proyecta en las colinas» y *la visita no oficial del dictador» comprendió con meridiana claridad que involuntariamente se encontraba ante un complot para asesinar al jefe del gobierno militar. Federico se apoyó en la pared. El corazón le latía violentamente. Después cruzó decidido los dos peldaños que conducían a la habitación.

—¿Elio? ¿Eres tú? —preguntó—. He oído voces y estaba preocupado.

Había varios hombres en la habitación que retrocedieron instantáneamente ocultándose en las sombras. Elio no se inquietó lo más mínimo. Cogió a Federico del brazo y se lo presentó al hombre que estaba sentado junto al altar.

—Padrino, éste es el musiu de quien te he hablado —dijo—. Es un amigo de la familia, persona de confianza.

Él hombre se levantó lentamente. Tenía una expresión bondadosa en su huesudo rostro de prominentes pómulos, cutis moreno y ojos que brillaban con fría intensidad.

—Mucho gusto en conocerlo —dijo—. Me llamó Lucas Núñez.

Federico contempló un instante la mano que le tendía y finalmente la estrechó: le faltaba la primera falange de todos los dedos.

—Parece persona de confianza —dijo a Federico—. Elio dice que estará dispuesto a ayudarnos.

Federico asintió. Cerró los ojos temiendo que su voz y su mirada pudieran delatar su agitación.

Lucas le presentó a las restantes personas allí reunidas. Vno a uno estrechó sus manos y después volvieron a sentarse formando un semicírculo. Al débil resplandor de las velas del altar apenas se distinguían sus rasgos.

Federico escuchó atentamente los concretos y graves argumentos de Lucas que comentaba la situación política pasada y presente de Venezuela.

—¿Y en qué puedo ayudarlos? —le preguntó Federico cuando concluyó su exposición.

Los ojos de Lucas mostraron una expresión triste y reflexiva.

Su rostro se ensombreció conmovido por inquietos recuerdos. Por último le dijo sonriendo:

—Sí los demás están de acuerdo, podría llevar algunos explosivos a las colinas.

Hubo un acuerdo unánime. Federico comprendió que lo habían aceptado con tanto convencimiento y rapidez porque sabían que era el amante de doña Mercedes.

Después de medianoche cesaron las conversaciones poco a poco, como el aleteo de un pájaro herido. Los hombres estaban pálidos y demacrados. Federico sintió un escalofrío cuando ellos le abrazaron. Sin pronunciar palabra salieron de la habitación y desaparecieron en la oscuridad del vestíbulo.

Le aturdió la endiablada ironía de aquella situación. Aún resonaban en sus oídos las últimas palabras de Lucas Núñez:

—Eres la persona idónea para realizar este trabajo. Nadie sospechará de un musiu que caza pájaros por las montañas.

Federico detuvo el jeep en un pequeño claro próximo a la carretera. Una ligera llovizna envolvía las colinas como un velo y la media luna que se filtraba por las brumosas nubes daba un espectral resplandor al paisaje.

Elio y él descargaron en silencio la bien resguardada caja rellena de cartuchos de dinamita.

—Yo llevaré el material a la cabana —dijo Elio sonriéndole tranquilizador—. No te preocupes, Federico. Al amanecer el puente estará minado.

Federico le vio descender por el escarpado sendero lleno de hierbas crecidas e internarse después entre las sombras. Habían acudido frecuentemente con él a aquel mismo lugar buscando pomarrosas silvestres, un fruto especialmente fragante que alia como pétalos de rosas, muy apreciado por la curandera.

Federico se sentó en el tronco de un árbol y ocultó el rostro entre las manos. Exceptuando la vaga sensación de culpabilidad que a veces sentía por aceptar ¡a generosa paga que superaba en mucho el valor de las aves más exóticas entregadas a Medina, se había negado a considerar en ningún momento las implicaciones de su conducta. Hasta entonces todo aquello le había parecido como una aventura simulada de una película o de una novela exótica, que nada tenía que ver con sentirse obligado a traicionar a personas que conocía, quería y confiaban en él.

Anhelaba que Elio se apresurase. Había visto el jeep de Medina aparcado en un lugar oculto en las afueras del pueblo y sabía que los seguía. Se lo había contado todo y ahora era tarde para lamentarlo.

Se puso en pie bruscamente al tiempo que un relámpago iluminaba el cielo. Se oyó el ensordecedor estallido de un trueno cuyo eco se repitió en la profundidad del barranco y comenzó a caer la lluvia como una sábana desdibujando todo cuanto le rodeaba.

—¡Qué necio he sido! —exclamó precipitándose por el escarpado sendero.

Comprendía con una certeza casi absoluta que Medina no tenía intención de cumplir su promesa de respetar la vida de la curandera y de su hijo, que sólo había accedido aparentemente para conseguir que Federico dijese todo cuanto sabía.

—¡Elio! —gritó Federico, pero su voz quedó ahogada por el eco de una descarga de ametralladora y los sobresaltados gritos de miles de pájaros que se remontaban por el oscuro cielo.

Tardó sólo unos minutos en alcanzar la cabaña mientras vivía mentalmente una horrible pesadilla. Con desoladora claridad comprendió que en aquel instante su vida había dado un giro fatal. Casi mecánicamente sollozó sobre el cuerpo sin vida de Elio sin ver ni oír a Medina y a los dos soldados que entraban en la choza.

Medina estaba gritando a uno de sus hombres, pero su voz llegaba a los oídos de Federico como un murmullo lejano.

—¡Maldito loco! ¡Te dije que no dispararas! Podías habernos hecho pedazos a todos con esa dinamita.

—Oí que alguien corría en la oscuridad —se defendió el soldado—. Podía haber sido una emboscada. No me fiaba del musii.

Medina se apartó del hombre y enfocó a Federico con su linterna.

—Eres más necio de lo que creía —escupió—. ¿Qué te creías que iba ocurrir? ¿Una simulación?

Y ordenó a los soldados que se llevaran la caja de explosivos al barranco.

Federico detuvo el jeep tan violentamente ante la casa de la curandera que cayó hacia adelante golpeándose la cabeza en el parabrisas. Por un momento se quedó aturdido mirando sin comprender la puerta cerrada y las persianas bajadas. No se vislumbraba ninguna luz por las rendijas de los postigos y sin embargo podía oírse desde lejos el estrepitoso sonido de una radio transmitiendo una cancioncilla popular.

Rodeó el patio y se encontró el jeep del ejército aparcado en la calle de atrás.

—¡Medina! —gritó corriendo por el patio hacia la cocina dirigiéndose a la habitación de trabajo de la curandera.

Derrotado y rendido cayó en el suelo no lejos del lugar donde la mujer yacía gimiendo en un rincón.

—¡Ella no sabe nada! —gritó—. ¡No está implicada en esto!

Medina echó la cabeza atrás y rió estrepitosamente, sus dientes con fundas de oro britlaron a la luz de las velas que ardían en el altar.

—Para ser un espía doble tendrías que ser infinitamente más inteligente que yo —dijo—. Yo tengo práctica en ello. Mi modo de vida consiste en ser astuto y sospechar de todo. —Le dio una patada en ¡a ingle—. Si querías avisarla, debías haber llegado primero y no perder el tiempo llorando sobre el cadáver del hijo que le mataste.

Los dos soldados cogieron a la curandera por los brazos obligándola a levantarse. Sus ojos semicerrados estaban amoratados e hinchados, le sangraban los labios y la nariz. Se desprendió de sus captores y miró por ¡a habitación hasta que sus ojos tropezaron con

Federico. —¿Dónde está Elio? —preguntó.

—Díselo, Federico —rió Medina con los ojos brillantes de malicia—. Dile cómo lo mataste.

Como un animal herido que hiciese acopio de sus últimas fuerzas la curandera empujó a Medina contra el altar, después se volvió hacia uno de sus soldados y trató de arrebatarle su rifle. El soldado disparó.

La curandera se quedó inmóvil oprimiéndose el pecho con las manos, tratando de detener la sangre que brotaba del corpiño de su vestido.

—¡Te maldigo hasta el resto de tus días, Federico! —dijo con voz apenas audible y confusa.

Parecía estar recitando un conjuro en voz baja. Suavemente, como una muñeca de trapo, cayó en el suelo.

En un último brote de lucidez Federico tomó una decisión: muriendo se uniría con la gente que había traicionado. Sus pensamientos eran más rápidos que sus acciones. Expiaría su culpa dando muerte a los hombres responsables de todo, a sí mismo y a su cómplice, Medina.

Desenvainó su cuchillo de caza y lo hundió en el corazón de Medina. Confiaba haberle dado muerte instantáneamente, pero uno de los soldados le disparó un tiro en la pierna.

Esposado, con los ojos tapados y amordazado, le obligaron a subir al coche. Se preguntó si ya habría amanecido

porque oyó el burlón parloteo de una bandada de periquitos que cruzaban el cielo.

Cuando el coche se detuvo horas más tarde estaba convencido de que habían llegado a Caracas. Le metieron en una celda. Confesó todo cuanto sus torturadores quisieron, cuanto decía era inmaterial para él: su vida ya había acabado.

No tenía idea de cuánto tiempo permaneció en prisión. A diferencia de los demás reos, él no contaba las semanas, los meses y los años. Todos los días le parecían iguales.

Un día lo pusieron en libertad. Aquella mañana había gran agitación. La gente gritaba, lloraba y reía por las calles. La dictadura había concluido. Federico se trasladó a un antiguo sector de la ciudad y se dedicó de nuevo a disecar pájaros. Pero ya no volvió a las colinas para cazarlos.

—La naturaleza humana es sumamente extraña —dijo doña Mercedes—. Sabía que ibas a hacer algo por mí, lo comprendí desde el primer momento que te vi. Y, sin embargo, cuando hiciste cuanto tenías que hacer, no podía creer lo que veían mis ojos. En realidad has movido la rueda de la fortuna para mí. Puedo decir que atrajiste a Federico Mueller para que retornase al mundo de los vivos. Me lo has devuelto con la fuerza de tu sombra de bruja.

Mi réplica quedó interrumpida antes de que tuviera tiempo de abrir la boca.

—Durante todos estos meses has estado en mi casa —dijo—, te has encontrado a mi sombra aunque de modo mínimo. Sin embargo lo lógico hubiera sido que yo estableciera un vínculo para ti y no que sucediera de otro modo.

Deseaba aclarar la situación e insistí en que no había hecho nada. Pero ella no quería ni oír hablar de ello. Para hacérselo comprender, le propuse una línea de pensamiento: ella había establecido el vínculo por sí sola con su convicción de que era yo quien debía aportarle algo.

—No —repuso con un mohín—. Tus razonamientos están equivocados. Me causa mucha tristeza que busques explicaciones que sólo tienden a empobrecernos.

Se levantó y me abrazó.

—Me siento triste por ti —me susurró al oído. De pronto se echó a reír con una alegría que disipó su tristeza—. No hay modo de explicar cómo has hecho esto. No me refiero a convenciones humanas ni a la sombría naturaleza de la brujería sino a algo tan esquivo como la in-temporalidad. —Casi balbuceaba buscando las palabras— Sólo sé y siento que has establecido un vínculo para mí ¡Qué extraordinario! Trataba de demostrarte cómo mueven las brujas la rueda de la fortuna y has sido tú quien la ha movido para mí.

—Te digo que no puedes atribuirme nada semejante —insistí convencida de ello; su entusiasmo me turbaba.

—No seas tan obtusa, musiúa —replicó en tono de fastidio que me recordó a Agustín—. Algo ha contribuido a que crees una transición para mí. Puedes decir, y serás muy exacta si lo haces, que has utilizado tu sombra sin ni siquiera saberlo.

Octava parte

La estación lluviosa casi había concluido. Sin embargo cada tarde caía un chubasco torrencial acompañado de truenos y relámpagos.

Solía pasar aquellas tardes lluviosas en la habitación de doña Mercedes, mientras ella yacía tendida en su hamaca divertida e indiferente de mi presencia. Si le formulaba alguna pregunta, me respondía; si no le decía nada, permanecía silenciosa.

—Después de la lluvia no viene ningún paciente —dije observando el chaparrón desde la ventana.

La tormenta cesó pronto y dejó Ha calle inundada. Tres busardos se posaron en un tejado próximo. Fueron dando saltitos con las alas extendidas y finalmente se posaron en el borde frente al sol que asomaba entre las nubes. Los niños que salían semidesnudos de sus casas abucheaban a los pájaros y corrían sobre los charcos llenos de barro.

—Después de llover nunca viene nadie —repetí y me volví a doña Mercedes que estaba sentada en silencio en su hamaca con las piernas cruzadas mirándose la punta del zapato—. Me parece que voy a visitar a León Chirino —dije levantándome de la silla.

—Yo no lo haría —murmuró sin dejar de mirarse los zapatos.

Me observó con aire pensativo. Vaciló un instante, frunció el entrecejo y se mordió los labios como si quisiera añadir algo. En lugar de ello se levantó y cogiéndome del brazo me llevó a su habitación de trabajo.

Una vez allí se movió con gran agilidad, ondeando ruidosamente sus faldas mientras iba de un lado a otro rebuscando una y otra vez en los mismos lugares y revolviendo las cosas que tenía sobre la mesa, en el altar y dentro de la vitrina.

—No puedo encontrarlo —dijo por fin. —¿Qué has perdido? —le pregunté—. Acaso yo sepa dónde está.

Abrió la boca para decir algo, pero guardó silencio y se volvió hacia el altar. Encendió una vela, luego un cigarro que aspiró repetidamente hasta que no fue más que una colilla, y fijó los ojos en la ceniza que cala en la bandeja metálica que tenía ante ella. Se volvió bruscamente, me miró y se puso de rodillas. Fue a rastras debajo de la mesa y buscó tras las botellas hasta que dio con una larga cadena de oro de la que pendía un manojito de medallas. —¿Qué estás...?

Me interrumpí al recordar la noche que echó la cadena por los aires diciéndome: «Cuando vuelvas a ver esta cadena regresarás a Caracas.» Nunca llegué a descubrir si había habido algún truco o simplemente si yo había estado demasiado cansada para verlas caer: había olvidado por completo la existencia de las medallas porque no había vuelto a verlas desde entonces.

Mercedes se levantó sonriente. Me colgó las medallas en el cuello y comentó:

—¡Fíjate cuánto pesan! ¡Son de oro macizo! —Realmente pesan mucho —exclamé sosteniéndolas en la mano.

Las medallas pulidas y brillantes tenían un exuberante color naranja característico del oro venezolano. Oscilaban de tamaño desde una pieza de diez centavos hasta un dólar de plata. No todas eran de carácter religioso. En algunas aparecían representados una especie de jefes indios de tiempos de la conquista española. —¿Para qué sirven? —pregunté.

—Para establecer diagnósticos —dijo doña Mercedes—. Para sanar. Son útiles para todo cuanto decido utilizarlas. Suspiró profundamente y se sentó en su silla junto a la mesa.

Permanecí ante ella con la cadena colgando del cuello. Deseaba preguntarle dónde debía dejar las medallas, pero había enmudecido presa de un sentimiento de absoluta desolación. La miré a los ojos y leí en ellos una infinita melancolía y ansiedad.

—Ahora eres una experta médium —murmuró—. Pero ya es hora de que concluya tu estancia aquí.

Desde hacía una semana intentaba ayudarme a convocar el espíritu de su antepasada sin ningún éxito. Me parecía que mis conjuros ya no eran efectivos. No conseguimos atraer el espíritu como había conseguido yo sola diariamente durante varios meses.

Doña Mercedes se rió estentóreamente de un modo que me pareció terrible.

—El espíritu nos está diciendo que es hora de que te vayas. Ya has conseguido lo que te proponías cuando viniste. Has logrado mover la rueda de la fortuna para mí. Y yo la moví para ti la noche que te vi en la plaza desde el coche de León Chirino. En aquel instante deseé que vinieras aquí. Si no lo hubiera hecho así, nunca me habrías encontrado aunque alguien te hubiese enviado a mi puerta. Como ves, también yo usé mi sombra de bruja para establecer un vínculo para ti.

Recogió cajas, velas, jarros y diversos materiales de la mesa, y con ellos en los brazos, se levantó cuidadosamente de la silla.

—¡Ayúdame! —dijo señalando la vitrina con la barbilla.

Después de colocar los objetos en los estantes me volví hacia el altar y ordené los santos milagrosos.

—Siempre estará contigo una parte de mí —dijo dulcemente doña Mercedes—. Dondequiera que vayas, hagas lo que hagas, mi espíritu te acompañará invisible. El destino ha tejido sus hilos misteriosos y nos ha unido para siempre.

Al comprender que se estaba despidiendo de mí, se me llenaron los ojos de lágrimas. De repente me sorprendió como una revelación comprender que hasta entonces había considerado perfectamente normal nuestra situación, que la había querido despreocupadamente del modo que se quiere a los viejos. No tuve tiempo de expresar mis sentimientos porque en aquel momento irrumpió una anciana en la habitación.

—¡Doña Mercedes! —exclamó apretando las manos contra su agitado seno—. ¡Tiene que ayudar a Clara! ¡Está sufriendo uno de sus ataques y me ha sido imposible traerla aquí! Está tendida en la cama como si estuviera muerta.

La mujer hablaba rápidamente con la boca torcida, y se acercaba a la curandera elevando por momentos el tono de su voz.

—No sé qué hacer. Es inútil llamar al doctor porque me consta que está sufriendo uno de sus ataques. —Hizo una pausa, se persignó y paseó la mirada por 3a sala descubriendo mi presencia—. Perdón, no sabía que estuviera con una paciente —murmuró, pesadosa.

Doña Mercedes la invitó a sentarse y a ponerse cómoda.

—No te preocupes, Emilia. La musiuá no es una paciente, sino mi ayudante —le explicó.

Y me envió a la cocina a buscar su cesta.

Cuando salía oí que doña Mercedes le preguntaba a Emilia si las tías habían ido a visitar a Clara. Me demoré cerrando la cortina para poder oír la respuesta de la mujer.

—Se han marchado esta mañana —dijo—. Han estado aquí casi una semana. Piensan trasladarse con nosotras. Luisito también vino. Como de costumbre deseaba llevarse a Clara consigo a Caracas.

Aunque no tenía modo de valorar lo que significaba aquella información para doña Mercedes, comprendí que ella estimaba necesario incluir la casa en su tratamiento porque envió a Emilia a la droguería a comprar una botella de *lluvia de oro*, otra de *lluvia de plata* y otra de *la mano poderosa*. Aquellos tres extractos de flores mezclados con agua se utilizan para purificar a los embrujados y también sus hogares, tarea que deben realizar los propios embrujados.

El valle y las suaves laderas situadas al sur del pueblo donde anteriormente se encontraban los campos de caña de azúcar habían sido invadidos por centros industriales y por hileras de viviendas poco atractivas de formas cúbicas. Entre ellas, como una reliquia del pasado, se levantaban los restos de lo que fuera la hacienda El Rincón: un caserón pintado de rosa y un huerto.

Doña Mercedes y yo estuvimos largo rato contemplando la casa con sus muros desconchados y sus puertas y persianas cerradas. No se percibía ni un sonido del interior ni se movía una sola hoja en los árboles.

Cruzamos la entrada principal. El estrépito del tráfico de las anchas calles que nos rodeaban quedaba aislado por los altos y ruinosos muros que cercaban la finca y por las altas causa riñas que también interceptaban la luz del sol.

—¿Crees que habrá regresado Emilia? —susurré intimidada por aquel espectral silencio y por las sombras de la tarde que se formaban en la amplia avenida.

Sin responderme, doña Mercedes abrió la puerta de la casa. Una ráfaga de viento impregnado de olor a moho diseminó las hojas muertas a nuestros pies. Cruzamos el ancho pasillo que rodeaba el patio interior lleno de sombras y humedad. Entre sus manos levantadas un ángel gordinflón sostenía un disco plano en perfecto equilibrio del que caían gotas de agua.

Volvimos por una esquina y seguimos a lo largo de otro pasillo pasando por numerosas habitaciones. A través de las puertas semientornadas se distinguían cachivaches y piezas de mobiliario amontonados en la más perfecta confusión. Observé divanes y sillones, alfombras enrolladas y estatuas cubiertas de sábanas. Espejos biselados, retratos y pinturas se apoyaban en las paredes como si esperasen volver a ser colgados. Doña Mercedes, totalmente indiferente a tan caótico entorno, se limitó a encogerse de hombros al oír mis comentarios.

Con la seguridad de quien está familiarizado con lo que le rodea, la mujer entró en una habitación grande y escasamente iluminada en cuyo centro se encontraba un gran lecho de caoba adornado con mosquiteras tan delicadas como una gasa. Las ventanas estaban cubiertas con pesados y oscuros cortinajes y sobre el espejo del tocador colgaba un negro trapo. El olor a sebo encendido, incienso y agua bendita me recordó una iglesia. Los libros se veían por doquier, amontonados descuidadamente en el suelo, por la cama, en los dos sillones, sobre la mesita de noche y el tocador e incluso en un orinal que estaba boca abajo.

Mercedes apagó la lámpara que estaba en la mesita de noche.

—¡Clara! —llamó suavemente apartando a un lado la mosquitera.

Me aproximé esperando ver a una niña y descubrí que se trataba de una joven de unos veintitantos años que estaba recostada contra el cabezal con las piernas atravesadas como una muñeca de trapo que alguien hubiera echado allí descuidadamente. Su voluptuosa figura apenas estaba cubierta por una bata de seda china bordada. Pese a su aspecto desmadejado era sorprendentemente hermosa con sus altos pómulos, la boca llena y sensual y su oscura piel tersa y satinada.

—Negrita, Clarita —dijo doña Mercedes sacudiéndola suavemente por el hombro.

La joven abrió los ojos, sobresaltada como quien despierta de una pesadilla y luego se encogió con las pupilas enormemente dilatadas. Las lágrimas corrían por sus mejillas, pero su rostro aparecía inexpresivo.

Doña Mercedes depositó los libros en el suelo y puso su cesta en los pies de la cama. Sacó un pañuelo, lo roció con agua perfumada y amoníaco, su remedio favorito, y se lo oprimió en la nariz.

La inyección espiritual, como la calificaba doña Mercedes, no pareció afectar a la joven que se movió ligeramente.

—¿Por qué no me dejan morir en paz? —murmuró con voz quejumbrosa y fatigada.

—No digas tonterías, Clara —dijo doña Mercedes revolviendo en su cesta—. Si una persona está dispuesta a morir gustosamente la preparo para su sueño eterno. Hay enfermedades que ocasionan la muerte del cuerpo, pero a ti todavía no te ha llegado la hora.

Cuando pareció haber encontrado lo que buscaba, se levantó y me invitó a acercarme.

—¡Quédate con ella! —me susurró al oído—. Volveré en seguida.

Llena de inquietud, la vi salir de la habitación. Centré mi atención en el lecho observando la quietud mortal del rostro de la joven. Aunque apenas distinguía su respiración, sí parecía consciente del intenso examen a que la sometía. Abrió lentamente los ojos, parpadeando perezosamente, herida al parecer su visión por la tenue luz.

—¿Me quieres trenzar los cabellos? —preguntó.

Asentí suavemente,

—¿Una o dos trenzas? —pregunté cepillando una y otra vez los largos y rizados cabellos para dividirlos y formar el peinado. Al igual que doña Mercedes y Candelaria, sus

cabellos olían a romero—. ¿Qué te parece si te hago una sola trenza?

Clara no respondió. Con mirada fija y pensativa contemplaba el extremo más alejado de la pared donde colgaban fotografías de marco ovalado rodeados por hojas de palmera trenzadas en cruz.

Se volvió hacia mí con el rostro contraído por el dolor. Sus piernas se agitaron violentamente y su rostro se ensombreció al tiempo que boqueaba como si le faltase el aire y empujaba la cabeza hacia atrás.

Corrí hacia la puerta, pero temiendo dejarla sola no me atreví a salir de la habitación. Llamé repetidamente a doña Mercedes, que no me respondió. Convencida de que un poco de aire le sentaría bien, me acerqué a la ventana y descorrí la cortina. En el exterior persistía un suave resplandor de luz que hacía vibrar las hojas de los árboles frutales y que expulsó Jas sombras de la habitación. Pero la cálida brisa que entraba por la ventana aún perjudicó más a Clara, que se agitó convulsivamente y se desplomó en el lecho jadeando y respirando con dificultad.

Temiendo que pudiese sufrir un ataque de epilepsia y que se mordiera la lengua, intenté interponerle el cepillo del pelo entre los castañeteantes dientes. La muchacha se aterrorizó y sus pupilas se dilataron. Se le amorataron las uñas y se le hincharon las venas del cuello.

Totalmente desorientada, cogí las medallas de oro que todavía colgaban de mi cuello y las balanceé ante sus ojos en una respuesta automática que no obedecía a ninguna idea ni pensamiento preconcebido.

—Negrita Clarita —murmuré tal como había oído decir antes a doña Mercedes.

Clara intentó débilmente levantar la mano. Me incliné para poner las cadenas a su alcance.

Con un suave quejido asió las medallas y las estrechó contra sus senos. Parecía estar extrayendo fuerzas de algún poder mágico porque las venas de su cuello se iban deshinchando. Su respiración se hizo más acompasada, sus ojos volvieron a la normalidad y advertí que no eran negros sino castaños claros, como ambarinos. Una débil sonrisa se formó en sus labios y se fijó secamente en su rostro. Cerró los ojos, soltó las medallas y se dejó caer en el lecho.

Doña Mercedes entró tan rápidamente que pareció materializarse al pie de la cama, como si hubiera surgido de las sombras que invadían la habitación. Llevaba en las manos un tazón de aluminio lleno de una poción de intenso olor y bajo el brazo apretaba un montón de periódicos. Oprimió los labios con fuerza haciéndome señas para que guardara silencio, luego dejó el tazón en la mesita de noche y los periódicos en el suelo. Recogió la cadena de oro del lecho y sonriendo se la colgó en el cuello.

Murmuró una oración, encendió una vela y rebuscó de nuevo en su cesto liasta encontrar un puñado de una masa negra envuelta entre hojas. La enrolló entre sus manos, formó una pelota y la echó en el tazón. La masa se disolvió inmediatamente con un sonido efervescente. Agitó la poción con el dedo y, tras probarla, acercó el tazón a los labios de Clara.

—¡Bébetelo! —ordenó.

Silenciosa y con expresión ausente observó cómo Clara apuraba el líquido.

En el rostro de la muchacha apareció una sonrisa casi imperceptible que en breve se convirtió en una seca carcajada y concluyó con un parloteo espantoso del que no logré captar ni una palabra. Momentos después yacía desmadejada sobre el lecho susurrando excusas desesperadamente y pidiendo perdón.

Sin perturbarse lo más mínimo por su arranque, doña Mercedes se inclinó sobre Clara y le masajéó en torno a los ojos describiendo círculos idénticos. Deslizó después los dedos hacia Jas sienes y siguió hacia abajo con el resto de su rostro como si estuviera quitándole una máscara. La hizo rodar hábilmente hasta el extremo del lecho y, asegurándose de que su cabeza pendía exactamente sobre los periódicos que había dispuesto en el suelo, le apretó con fuerza la espalda hasta que devolvió.

Con movimientos de aprobación, doña Mercedes examinó la oscura masa que Clara

había expulsado, la envolvió concienzudamente y ató el paquete con una cuerda.

—Ahora tendremos que enterrar esta porquería —dijo.

Y con un suave movimiento levantó a Clara de la cama. Le limpió suavemente la cara y aseguró el cinturón de su bata.

—Musiúa —dijo volviéndose hacia mí—, sujeta a Clara por el otro brazo-

La arrastramos lentamente por el pasillo y luego por el patio hasta los amplios peldaños de hormigón que llevaban a la terraza donde crecían los árboles frutales. Allí doña Mercedes enterró el paquete en un hueco profundo que me hizo cavar. Clara, sentada en la escalera, nos observaba indiferente.

Clara ayunó durante seis días consecutivos; Cada día a las seis de la tarde yo acompañaba a doña Mercedes a El Rincón y ella sometía a la muchacha exactamente al mismo tratamiento. Las sesiones concluían siempre bajo un árbol frutal donde cada día enterrábamos un paquete envuelto en periódicos de tamaño cada vez más reducido.

En el sexto y último día, por más que lo intentó, Clara no pudo vomitar. No obstante doña Mercedes hizo enterrar el paquete vacío envuelto en periódicos.

—¿Ha curado totalmente? —le pregunté cuando volvíamos a casa—. ¿Han concluido las sesiones?

—Te respondo que no a ambas preguntas. Desde mañana visitarás a Clara cada día como parte de su tratamiento.

Me dio unos golpecitos cariñosos en el brazo.

—Ve y habla con ella, le hará mucho bien —y añadió como si se le acabase de ocurrir—: también será beneficioso para ti.

Con su caja de zapatos y sus ropas en las manos, Clara corrió por el pasillo hacia el cuarto de baño. Lo dejó caer todo en el suelo, se quitó el camisón y se estuvo contemplando en los espejos de las paredes. Se aproximó para comprobar si sus senos habían crecido un poco más en el transcurso de aquella noche. Una sonrisa de satisfacción se extendió por su rostro tras inclinarse a contar su vello púbico. Tarareando una cancioncilla abrió los grifos de agua caliente y fría de la enorme bañera y luego se volvió hacia el tocador y examinó cuidadosamente los distintos frascos que se alineaban sobre el mármol.

Estuvo unos instantes indecisa sin saber qué sales o gel de baño utilizar y por fin echó una pequeña dosis de cada uno en el agua.

Se quedó inmóvil un momento contemplando las burbujas y recordando cuan diferente había sido la vida en Píritu, donde tenía que acarrear el agua desde el río o desde la fuente municipal que estaba junto a la carretera hasta la chabola de la colina.

Sólo había transcurrido un año desde su llegada a El Rincón. Sin embargo parecía como si hubiera vivido allí siempre. Aunque no se había esforzado en absoluto por olvidar su existencia en Píritu sus recuerdos comenzaban a desvanecerse como las imágenes de un sueño y sólo subsistía el rostro de su abuela y el sonido rechinante de la mecedora sobre el suelo sucio de polvo aquel último día.

—Eres casi una mujer, negra —le habla dicho su abuela con aspecto más viejo y cansado que nunca-

La niña comprendió al instante que la única persona que tenía en el mundo se iba a morir.

—Esto es consecuencia de la edad —siguió diciendo la anciana advirtiéndole la mirada de la niña—. Cuando un cuerpo se dispone a morir no se puede hacer otra cosa que tenderse y cerrar los ojos. Ya he cambiado mi mecedora por un ataúd y esta chabola por un entierro cristiano.

—¡Pero abuela...!

—¡Cállate, hija...! —la interrumpió.

Sacó un pañuelo del bolsillo de la falda, desató el nudo que lo sujetaba y contó unas escasas monedas que guardaba por si surgía alguna emergencia.

—Con esto tendrás bastante para llegar a El Rincón.

Acarició el rostro de la niña y le trenzó los largos y rizados cabellos.

—Nadie sabe quién es tu padre, pero tu madre era la hija ilegítima de don Luis. Ella

se fue a Caracas cuando tú naciste a buscar fortuna, pero la fortuna no es algo que deba buscarse.

Se le fue la voz, había perdido el hilo de sus pensamientos. Tras un prolongado silencio añadió:

—Estoy segura de que don Luis te reconocerá como su nieta. Es el propietario de El Rincón y está viejo y solo.

Cogió la mano de la niña entre las suyas, la oprimió contra sus arrugadas mejillas y besó el lunar en forma de hoja que tenía en su palma derecha.

—Enséñale esto —le dijo.

Las lágrimas de la niña desdibujaron su visión de la vela encendida y del Cristo negro ante la que ardía. Paseó su mirada por el camastro que estaba en el rincón, sobre la cesta llena de ropa por planchar y la carretilla apoyada contra la pared en ja que llevaba de paseo a su abuela. Por última vez contempló a la anciana, que sentada en su mecedora miraba sin ver hacia un punto distante con el rostro ya contraído por la muerte.

Había oscurecido cuando el autobús se detuvo frente al esconzado arco de la puerta construida en el muro que daba acceso a El Rincón. Anduvo por el terraplén donde a intervalos regulares crecían los árboles frutales. A medio camino se detuvo bruscamente y permaneció inmóvil contemplando un arbolito cubierto de flores blancas.

—Es un manzano —dijo alguien—. ¿Quién eres? ¿De dónde has venido?

Por un instante le pareció como si hablase el árbol, después advirtió la presencia de un anciano junto a ella.

—He caído del manzano —le dijo tendiéndole la mano a modo de saludo.

Sorprendido por su formal saludo, el anciano se quedó mirando la mano que le tendían. En lugar de estrechársela la sostuvo entre las suyas con la palma vuelta hacia arriba.

—Qué raro —murmuró pasando el pulgar sobre el lunar en forma de hoja—. ¿Quién eres? —volvió a preguntarle.

—Creo que soy su nieta —dijo ella esperanzada.

El aspecto de aquel hombre le había agradado desde el primer momento. Su aspecto era frágil, con cabellos plateados que contrastaban enormemente con su rostro bronceado. Dos profundos surcos surgían de su nariz hasta las comisuras de su boca. Se preguntó si las habrían provocado las preocupaciones y el trabajo duro o revelarían un carácter muy risueño.

—¿Quién te ha enviado? —preguntó el anciano sin soltarle la mano.

—Mi abuela, Elisa Gómez, de Píritu. Había trabajado aquí. Falleció ayer por la mañana.

—¿Y cómo te llamas? —preguntó observando el rostro que se volvía hacia él con sus grandes ojos de color ambarino, la delicada nariz, ja boca llena y el decidido mentón.

—Me llaman la Negra... —balbuceó cohibida por su intensa mirada.

—La Negra Clara —dijo el hombre—. Ése era el nombre de mi abuela, que era tan morena como tú —para ampliar el sentido de sus palabras le hizo rodear el árbol—. Cuando lo traje de Europa tenía el tamaño de una ramita de perejil y la gente se reía de mí diciéndome que nunca crecería en el trópico. Ahora es viejo, no se ha hecho muy alto ni tampoco ha dado nunca frutos, pero de vez en cuando se viste totalmente de blanco. —Contempló pensativo los delicados capullos y luego observó el rostro ansioso de la niña y añadió—; Es como si hubieras caído del árbol, de ese modo siempre te consideraré un regalo valioso.

La voz de Emilia la despertó de su ensueña.

—¡Negraaaaa! —la llamó asomando la cabeza por la puerta—. Apresúrate, niña. Ya oigo el coche por la carretera.

Clara salió rápidamente de la bañera y, sin apenas secarse, se puso su vestido favorito, de color amarillo con margaritas bordadas en el cuello, las mangas y la cintura. Se contempló en el espejo y se echó a reír. Aquel vestido ennegrecía aún más el color de su piel, pero le gustaba. No dudaba que también le gustaría a su primo Luisito. El muchacho acudía

a pasar el verano en El Rincón. Clara aún no le conocía; el verano anterior sus padres se lo llevaron a Europa.

Al oír el sonido de un motor, Clara echó a correr por el pasillo hacia el salón a tiempo de ver por la ventana una limusina negra y brillante que paraba en el paseo. Se quedó sorprendida al ver aparecer del vehículo a un chófer uniformado y a una mujer corpulenta que vestía un camisero blanco.

Con expresión sombría descargaron un enorme número de maletas, cajas, cestos y jaulas de pájaros que silenciosamente transportaron dentro de la casa despreciando la ayuda de Emilia, quien había acudido corriendo a echarles una mano. Antes de que hubieran concluido se oyó un prolongado e ininterrumpido claxon desde la carretera y al cabo de unos momentos apareció un segundo coche tan grande, negro y radiante como el primero, que se detuvo tras él.

Lo conducía un hombre grueso y de escasa estatura, que vestía una guayabera de color beige, sombrero Panamá y pantalones negros embutidos en unas botas crujientes y nuevas. Clara comprendió que se trataba de Raúl, persona muy importante en el gobierno y yerno del abuelo.

—¡Don Luis! —exclamó Raúl—. ¡Le traigo a sus hijas! ¡has tres Gracias!

Se inclinó ceremoniosamente, casi barriendo el suelo con su sombrero, abrió la puerta de los pasajeros y tendió la mano para ayudar a descender del coche a las tres mujeres: las gemelas Marta del Rosario y María del Carmen, y la hermana menor María Magdalena, esposa de Raúl.

—Luisito —exclamó Raúl, abriendo la puerta de delante—. Déjame que te ayude...

Sin esperar a oír el resto de sus palabras, Clara echó a correr hacia ellos.

—¡Luisito! —exclamó—. ¡Te estaba esperando...!

Se detuvo bruscamente mirando asombrada al pequeño que salía del vehículo apoyado en sendas muletas-

—¡Oh! —añadió—. No sabía que hubieras sufrido un accidente.

Luisito miró sombrío su negro rostro.

—No he tenido un accidente —dijo secamente. Pese a ser tan delgado y frágil su voz era resonante—. Se trata de poliomielitis —explicó. Y, al advertir su aire sorprendido, añadió—; Soy un tullido.

—¿Un tullido? —repitió aceptando la idea con serenidad—. Nadie me lo había dicho-

Sus mónitas blancas y los negros rizos que enmarcaban el rostro del muchacho de rasgos delicados le sugerían algo etéreo, recordándole las flores del manzano. Sabía que tenía trece años, uno más que ella, pero su aspecto no sugería más de siete u ocho.

El niño hizo una mueca burlona como si leyese sus pensamientos y contuviera una carcajada.

—¡Oh, Luisito! —exclamó aliviada acudiendo a besarle en la mejilla—. ¡Pareces un ángel!

—¿Quién es? —preguntó una de las gemelas volviéndose a Emilia—. ¿Has encontrado ayuda para la cocina? ¿Es alguna pariente tuya?

—¡Soy Clara! —replicó la niña interponiéndose entre el ama de llaves y la tía—. ¡La Negra Clara, tu sobrina!

—¿Mi qué? —gritó la mujer cogiendo a Clara del brazo y sacudiéndola.

—Negrita Clarita —exclamó el niño excitado. Y ayudándose de una de las muletas fue hacia ella cojeando—• ¿Lo has oído, tía María del Rosario? ¡Es mi prima! —Y cogiendo a Clara de la mano la apartó de sus sorprendidos padres y tía—. Vamos a ver dónde se ha metido el abuelo. Sin dar tiempo a Clara a explicarle que el abuelo se encontraba en el pueblo, Luisito había tomado el ancho sendero de grava que conducía al huerto situado en la parte posterior de la casa manejando sus muletas con tal rapidez y habilidad que más parecía un mono que un tullido.

—¡Luisito! —le llamó María del Rosario corriendo tras él—. Tienes que descansar. Ha sido un viaje muy largo y fatigoso y hace demasiado calor para estar fuera.

—Dejadlo solo —intervino Raúl empujando a las mujeres al interior de la casa—. El aire fresco le sentará bien.

—¿Dónde está el abuelo? —preguntó Luisito dejándose caer en el suelo a la sombra de un mango que crecía junto a la pared.

—En el pueblo —respondió Clarita sentándose a su lado.

Se alegraba de no haber acompañado al abuelo en su paseo. Le gustaba ir con él al barbero; a la farmacia, donde compraba las medicinas más modernas que nunca se tomaba, y al bar, para tomar unas copas y jugar a dominó. Pero aquel día no se habría perdido la llegada de Luisito por nada del mundo.

—Sorprenderemos al abuelo: no te esperaba hasta la noche —sugirió Clara—. Vamos al pueblo sin decírselo a nadie.

—No puedo caminar tanto —dijo Luisito inclinando la cabeza y apartando lentamente sus muletas.

Clara se mordió el labio inferior.

—Lo conseguiremos —declaró con decisión—. Te llevaré en ¡a carreta; tengo experiencia en ello.

Le puso ¡os dedos en los labios interrumpiendo su protesta.

—Lo único que has de hacer es deslizarte en ella y sentarte.

Señaló el estrecho arco de la puerta.

—Nos encontraremos allí.

Y sin darle tiempo a protestar se levantó y fue hacia el cobertizo que estaba a cierta distancia siguiendo el declive.

—Verás qué fácil es —rió Clara ayudándole a subir en ¡a carreta—. Nadie sabrá cómo hemos llegado hasta allí.

Le puso las muletas en el regazo y le empujó por la amplia carretera recién pavimentada pasando junto a fábricas y amplios terrenos sin edificar.

Jadeante por el esfuerzo, se detuvo bruscamente. La neblina que provocaba el calor desdibujaba el paisaje en la distancia. El fulgor lumínico le hería los ojos. Pensó que su abuelo, aunque pequeño y delgado, pesaba muchomás que Luisito y sin embargo no recordaba que le hubiera costado tanto empujarla como le sucedía con su pri-mito.

—Nos costará horrores llegar al pueblo por este camino —manifestó enjugándose el polvo y el sudor del rostro con el dorso de la mano—. ¡Sujétate fuerte, Luisito! —exclamó desviando el carrito por un campo sin sembrar que aparecía lleno de hierbas surgidas tras las recientes lluvias. —¡Eres un genio! —exclamó el muchacho riendo—. ¡Esto es estupendo! Me has hecho muy feliz y la felicidad es saludable para la gente. Lo sé porque soy un tullido.

Lleno de excitación señaló hacia el cielo con una de las muletas.

—¡Mira, Clara! Mira esos buitres que vuelan sobre nuestras cabezas. ¡Son potentes, libres! —la cogió del brazo—. ¡Míralos! Fíjate en sus negras alas y cómo estiran las patas bajo sus colas. Mira sus feroces picos goteando sangre. Apuesto a que también ellos son felices.

—Estamos cerca del matadero —le explicó Clara. —Llévame hasta aquel grupo de cuervos que están apostados allí —le rogó señalando un lugar donde los pájaros se habían instalado como negras sombras al otro lado del matadero—. ¡Más de prisa, Clara! ¡Más de prisa!

Los cuervos saltaron a un lado, se elevaron perezosamente por los aires, volaron a baja altura formando circuios cada vez más estrechos y volvieron a descender un poco más tejos.

Viendo su rostro acalorado y sus ojos brillantes de excitación Clara comprendió que lo estaba haciendo muy feliz. Por un momento desvió su atención del desigual terreno y no llegó a tiempo de esquivar una enorme piedra. Luisitó se cayó entre un grupo de hierbas quedándose tan inmóvil que parecía muerto.

—¡Luisito! —le llamó Clara llena de ansiedad arrodillándose a su lado.

El muchacho no respondió. Lo volvió cuidadosamente. De una herida que se había

producido en la frente le manaba sangre y las hierbas le habían arañado las mejillas. El niño parpadeó y fijó en ella una mirada de sus ojos redondos y asombrados. —Estás herido —dijo ella.

Le cogió la mano y se la oprimió contra la frente mostrándote después sus dedos manchados de sangre. El niño parecía muy feliz y tan satisfecho de sí mismo que se echó a reír.

—Veamos si te has herido en algún otro tugar —dijo—. ¿Cómo está tu pierna?

El niño se incorporó, se levantó después ta pernera del pantalón y dijo:

—Las abrazaderas están bien y si se estropearan mi padre sabe ajustarías.

—Pero ¿y la pierna? —insistió—. ¿Estás bien?

Luisito movió la cabeza tristemente.

—Nunca estará bien —declaró y se bajó rápidamente los pantalones. A continuación le explicó qué era la poliomielitis—. Me han visitado muchos doctores —prosiguió—. Mi padre me ha llevado a Estados Unidos y a Europa, pero siempre seré un tullido. —Repitió varias veces la palabra hasta agotarse por su esfuerzo y estallar en una tos violenta. La miró tímidamente—. Iré adonde quieras llevarme —dijo oprimiendo su mano contra el hombro de Clara—. ¿Eres mi prima de verdad?

—¿Me crees demasiado morena para ser tu prima? —replicó ella.

—No —respondió pensativo—. Eres demasiado linda para ser prima mía. Eres la única que no se ríe de mí ni me mira con piedad o desdén. —Sacó un pañuelo blanco del bolsillo to dobló en un triángulo y por último lo enrolló y se lo ató en la frente—. Éste será el mejor verano de mi vida —dijo satisfecho—. Vamos, prima, vayamos a buscar al abuelo.

Antes de abrir ta puerta del comedor, Clara se sacudió algunas pajitas que llevaba en el cabello, tras las orejas. Desde la llegada de sus tías desde Caracas su abuelo y ella ya no se desayunaban en ja cocina.

María del Rosario, sentada en el extremo opuesto de la mesa, arreglaba unas flores en un jarro recortándolas con ademanes impacientes. María del Carmen, hundida la cabeza en su misal, se sentaba silenciosa junto a su hermana. Los padres de Luisito se habían ido a Europa tras pasar algunos días en El Rincón.

—Buenos días —murmuró Clara sentándose en la larga mesa de caoba junto a Luisito.

Don Luis levantó la mirada de su plato y le guiñó un ojo, travieso. Trataba de provocar a las gemelas mojando la pasta en el café y sorbiéndolo ruidosamente. Ellas nunca comían antes de ir a misa.

Sobre el borde de su taza de chocolate caliente, Clara captó una mirada de desaprobación de las dos hermanas. No conservaban ningún parecido con los óleos de las hermosas jóvenes que colgaban del salón. Sus rostros cetrinos, sus mejillas hundidas y sus negros cabellos recogidos

en un pequeño moño las hacían semejantes a las monjas amargadas que enseñaban catecismo en la escuela.

De las dos, la más difícil era María del Rosario. Clara se sentía incómoda y nerviosa en su presencia. María del Rosario irradiaba el nerviosismo de las personas que no pueden dormir. Sus ojos reflejaban impaciencia y alarma, eran unos ojos que siempre estaban observando y juzgando. Sólo resultaba agradable cuando se salía con la suya. María del Carmen, por su parte, pasaba casi inadvertida. Sus ojos de gruesos párpados parecían estar agobiados por un cansancio ancestral. Andaba sin apenas hacer ruido y hablaba en una voz tan tenue que parecía como si sólo moviera los labios.

La seca voz de María del Rosario interrumpió los pensamientos de Clara.

—¿Quieres convencer a Luisito de que debéis acompañarnos los dos a misa, Clara? —dijo dirigiéndose a la muchacha como si le costase un esfuerzo.

—No lo conseguirás —repuso Luisito en su lugar—. Iremos por la tarde con Emilia.

Clara engulló un pastelillo para disimular su sonrisa. Sabía que María del Rosario no insistiría. Odiaba jas escenas en domingo y no había nadie como Luisito para salirse con la

suya. Aparte del abuelo, no hacía caso de nadie. Usaba y abusaba del terror que inspiraban sus rabietas cuando sus tías trataban de oponerse a sus deseos, que manifestaba con violencia golpeando con sus muletas cualquier objeto que tuviera delante, realizando gestos obscenos y utilizando un lenguaje soez que las dejaba al borde del desmayo.

—Clara, acaba tu desayuno —ordenó María del Rosario—. La doncella quiere dejarlo todo limpio antes de irnos. También ella desea ir a la iglesia.

Clara apuró el resto de su chocolate caliente y tendió ¡a taza a la mujer alta y de aspecto severo que las gemelas habían llevado consigo desde Caracas. Procedía de las islas Canarias y había asumido el gobierno de la casa. Emilia no se sentía en absoluto contrariada por ello porque lo único que hacía entonces era cuidarse de preparar la comida de don Luis, que se negaba absolutamente a ingerir los alimentos vegetarianos a que tan aficionadas eran las tías.

—Ni siquiera los perros comerían esas cosas —decía cada vez que se sentaban a comer.

Clara no era especialmente aficionada a la comida vegetariana, pero consideraba el summum de la elegancia cuando María del Rosario ordenaba al chófer cada mañana que la condujera a los campos de los granjeros portugueses para escoger las verduras de la comida de cada día pagando el doble de lo que Emilia abonaba en el mercadillo de los sábados.

En cuanto Clara oyó el ligero ruido de las muletas de Luisito por el pasillo saltó por la ventana y corrió por el terraplén hacia el mango que crecía junto al muro.

Sin preocuparse de que su vestido amarillo pudiera ensuciarse, se tendió cuan larga era en el suelo y se quitó los zapatos. Se revolvió inquieta sin poder encontrar una postura cómoda. Sentía latir la sangre en sus sienes, en sus senos, en sus muslos. Estaba llena de un extraño deseo que no comprendía. Se sentó bruscamente al oír llegar a Luisito.

—¿Por qué no me has respondido? —preguntó acomodándose a su lado. Dejó las muletas al alcance de su mano y añadió—: Se han ido todos a misa, incluso el abuelo.

Clara le sonrió y observó su rostro con tierna admiración. Tenía un aspecto soñador, dulce y sin embargo audaz. Ansiaba decirle muchas cosas, pero no sabía cómo expresarlas.

—Bésame como hacen en el cine —le pidió.

—Sí —susurró él y aquella única palabra respondía a toda la agitación de Clara y a su extraño deseo que no comprendía—. ¡Oh, Negrita! —murmuró hundiendo el rostro en su cuello que olía a tierra y a sol.

Movió los labios, pero no llegó a proferir ningún sonido. Con ojos desorbitados vio cómo se desabrochaba los pantalones: no podía apartar la vista de él.

El rostro del muchacho irradiaba una gran animación, sus ojos parecían fundirse entre sus largas pestañas. Cuidadosamente, procurando que sus abrazaderas no la lastimasen, se puso sobre ella.

—Estando siempre juntos —decía Luisito—. He convencido a mis padres de que en El Rincón seré más dichoso. Van a enviarme un tutor aquí.

Clara cerró los ojos. Durante los tres últimos meses su amor por Luisito había tomado proporciones monumentales. Cada día yacían a la sombra del mango.

—Sí —susurró—. Estando juntos para siempre.

Y le abrazó estrechamente.

No supo qué había oído primero, si la sofocada exclamación de Luisito o el grito horrorizado de María del Rosario que redujo después el tono de su voz acercándose a Luisito.

—Eres una desgracia para la familia —le dijo—. Lo que has hecho es abominable.

Su mirada dura e implacable no se apartaba un instante de las flores rojas y blancas que pendían del muro.

—Y, en cuanto a ti, Clara —prosiguió—. Tu comportamiento no me sorprende. Sin duda acabarás en el arroyo, que es el lugar que te corresponde.

Subió corriendo la escalera. Al llegar a lo alto se detuvo.

—Hoy mismo regresaremos a Caracas, Luisito. Y no ensayes ninguna de tus tretas, esta vez no surtirán efecto. Ni los gestos obscenos ni el lenguaje soez podrían ser peores que

lo que has hecho.

Luis se echó a llorar. Clara cogió su pálido rostro entre las manos y enjugó sus lágrimas con jos dedos.

—Nos querremos eternamente y siempre estaremos juntos —le dijo y después le dejó irse.

Las sombras de la noche la rodearon. A través de una cortina de lágrimas contempló el árbol sobre su cabeza. Las hojas que se recortaban contra el cielo estrellado adoptaban formas inesperadas que no reconocía. Una suave brisa desdibujaba sus esquemas. Todo cuanto quedaba era el sonido del viento, un lamento desolado que ponía fin al verano.

—¡Clara! —llamó su abuelo.

Luchando entre la ansiedad y el remordimiento, no respondió. La luz que temblaba entre los árboles frutales no se movía. La seguridad de que su abuelo la esperaría aunque tardase toda la noche en responderle la llenó de gratitud.

Lentamente se levantó y se sacudió las hojas y la humedad de las ropas.

—Abuelo —llamó suavemente subiendo tos peldaños hasta la luz, el amor y la comprensión que le aguardaban.

—Vamos a ver el manzano —le dijo don Luis—. Quizá florezca el próximo verano-

Dos semanas después, el domingo por la tarde, doña Mercedes anunció que tenía que ir a El Rincón.

—¿Ha vuelto a enfermar Clara? —pregunté alarmada.

—No —respondió doña Mercedes levantándose de la hamaca de su habitación—. Quiero asegurarme de que sigue mis instrucciones; es una paciente obstinada.

—Hoy tú y yo ayudaremos a Clara. Las dos moveremos la rueda de la fortuna para ella.

Se volvió hacia el armario pintado de rosa y azul que bloqueaba la puerta de la calle y manipuló la llave. Antes de abrirla se volvió y me dijo:

—Recoge tus ropas y ponías en el jeep. Viendo que has recogido tus cosas, Clara creerá que te marchas a Caracas y acaso se decida a aprovechar el viaje. En lo más profundo sabe que sólo será feliz si se marcha de El Rincón.

Me dejó realmente sorprendida la escasez de mis pertenencias. Había llevado muchas más cosas conmigo, pero recordé que había dado la mayoría de ellas a los pacientes jóvenes de Agustín.

—La historia de Clara es una especie de propina para ti —dijo doña Mercedes mientras me ayudaba a guardar el maletín en el jeep—. Por lo menos, yo no la esperaba. Salió de no sé dónde, pero es muy adecuada. Te estimulé a hablar con Clara y a pasar el tiempo con ella. A su sombra estoy seguro de que habrás sentido los giros que ha dado la rueda de la fortuna en su vida. Es una persona con un don natural, que domina instintivamente la sombra de la bruja.

Ciertamente Clara era una persona muy fuerte. Comprendí que sus conflictos emocionales la hacían algo sombría; parecía, al menos para mí, constantemente preocupada, reflejando una cosa indecible.

Doña Mercedes convino con mi valoración de Clara y añadió que necesitaba nuestros esfuerzos conjuntos.

—Permite que te lo exprese de ese modo —prosiguió—. Clara es tan fuerte que ahora ha comprometido tu sombra de bruja y la mía para que movamos la rueda de la fortuna a su favor.

—¿Qué significado tiene eso, doña Mercedes?

—Significa que tú y yo vamos a ayudarla a partir de aquí, DO como buenas samaritanas sino porque ella nos obliga a hacerlo.

Sentía una fuerte inclinación a mostrarme en desacuerdo con ella o más bien a puntualizar las cosas.

—Nadie me obliga a hacer nada —dije.

Doña Mercedes me miró burlonamente, con una mirada entre conmisericordiosa y burlesca. Levantó mi maletín y lo depositó suavemente en el asiento posterior.

—¿Quieres decir que no moverías un dedo para ayudarla? —preguntó en un susurro. te recuperes es amando a Luisito con abandono y absolutamente, como hicisteis cuando erais niños.

Los grandes ojos de Ciara llenos de lágrimas se cerraron heridos.

—Pero yo le amo —murmuró—. Sabes que nunca he amado a nadie que no sea él.

Doña Mercedes la observó pensativa.

—Es cierto —admitió y volviéndose hacia mí añadió—: Ha tenido muchos pretendientes y muy bien situados. Y aún los tiene, pero disfruta maliciosamente contrariándolos. Ha escapado de multitud de compromisos muy interesantes.

Clara rió ruidosamente. Pasó el brazo por los hombros de doña Mercedes y le besó la mejilla.

—Eres una exagerada —le dijo, aunque su tono traicionaba cuánto le encantaban sus manifestaciones—. Pero pese a todos mis admiradores sólo he querido a Luisito.

Doña Mercedes la cogió del brazo y la guió hacia su habitación.

—Tienes que amar a Luisito como lo querías entre las ruinosas paredes de El Rincón —la obligó a entrar—. Ve y ponte tu vestido amarillo. Te estamos esperando en el jeep.

Las descripciones de Clara no me habían preparado para encontrarme con el atractivo hombre que nos saludó en la puerta de su apartamento en Caracas.

Calculé que rondaría la treintena, pero parecía un jovencuelo. Sus cabellos eran negros y rizados, sus ojos amarillo-verdosos y su cutis 'blanco y fino. Cuando sonreía se le formaban hoyuelos en las mejillas. Pese a su pronunciada cojera no había ninguna torpeza en sus movimientos. Su intensa personalidad y su aire autosuficiente no despertaban piedad.

Luisito no se sorprendió en absoluto al vernos. Y cuando nos hubo servido una espléndida comida comprendí que doña Mercedes había dispuesto previamente las cosas.

Nos quedamos hasta muy tarde: fue una noche inolvidable. Nunca había visto a doña Mercedes tan comunicativa. Su ingeniosa imitación de la gente conocida de Curmina, su habilidad para recordar las situaciones más absurdas, su talento para dramatizarlas y su desmesurada exageración convertían las anécdotas en descripciones memorables.

Poco antes de la medianoche Mercedes, declinando la invitación de Luisito para quedarse allí aquella noche, se levantó y los abrazó a él y a Clara a la vez. Después se acercó a mí con un exagerado gesto de cariño.

—No me abrace así, de mí no se está despidiendo. Yo regresaré con usted —le dije riendo y devolviéndole su abrazo.

Cuando iba a dar el contacto del coche me encontré con una cadena enredada entre las llaves del coche. La separé con dedos temblorosos. Era una larga cadena de oro de la que pendía una enorme medalla.

—Será mejor que te la pongas —dijo doña Mercedes mirándome—. Es san Cristóbal, el extraordinario patrón de los viajeros. —Un suspiro de satisfacción se escapó de sus labios mientras se recostaba en su asiento—. Así estarás bien protegida. Después de todo eres una viajera que se ha detenido un momento.

En lugar de dirigirme a Curmina doña Mercedes me guió por unas calles específicas que atravesaban la ciudad. Tenía la sensación de ir conduciendo en círculos. Finalmente me indicó que me detuviera frente a una casa antigua y colonial pintada de verde.

—¿Quién vive aquí? —pregunté.

—Mis antepasados —respondió—. Es su casa y yo sólo soy una hoja del mismo árbol.

Me miró con tal intensidad que pareció estar imprimiendo mi rostro en la profundidad de sus ojos. Se acercó y me susurró al oído:

—Las brujas hemos de tener suerte y fuerza para mover la rueda de la fortuna. La fuerza puede ser amañada, pero la suerte no es posible disimularla. No puede tentarse a la suerte que, con independencia de la hechicería y de las disposiciones humanas, establece sus propias elecciones. —Me pasó los dedos por los cabellos y por el rostro percibiéndome más que viéndome y añadió—: Ésa es la razón de que las brujas se sientan tan atraídas por ella.

Sentía una extraña premonición. La miré con aire interrogante, pero ella cogió su cesta y sacó de ella una hoja rojiza con forma de mariposa.

—Obsévala cuidadosamente —dijo tendiéndomela—. Los espíritus de mis antepasados me indicaron que llevara siempre una hoja seca. Yo soy la hoja y quiero que me echés por esa ventana. —Señaló a la casa que estaba delante de nosotros—. Cuando la tires pronuncia un conjuro. Quiero saber cuan potente eres.

Deseando complacerla examiné la hoja desde todos sus ángulos volviéndola una y otra vez. Observé su superficie y sus profundos surcos.

—Es muy hermosa —le dije.

—Échala por la ventana —repitió.

Me subí por la verja de hierro, aparté a un lado la pesada cortina y eché la hoja dentro mientras pronunciaba un conjuro. En lugar de caer en el suelo, la hoja se remontó hacia el techo como una mariposa. Salté al suelo alarmada.

Mercedes ya no seguía en el jeep. Convencida de que habría entrado en la casa, llamé suavemente a la puerta. Estaba abierta.

—¡Doña Mercedes! —susurré entrando en la casa.

El edificio construido en torno a un patio y con sombríos pasillos era como un claustro oscuro y silencioso. Grandes canalones asomaban por el tejado y de los antiguos y prominentes aleros colgaban anillos metálicos.

Avancé hasta el centro del patio, 'hacia un sauce llorón envuelto entre la niebla. Como lágrimas fantasmales ¡as diminutas gotas de rocío que pendían de sus hojas se deslizaban sin hacer ruido en una fuente. Una ráfaga de aire agitó las ramas desplegando las hojas secas a mi alrededor. Sintíendome invadida de un temor irracional salí corriendo a la calle.

Me senté en el jeep decidida a aguardar a Mercedes Peralta. Busqué debajo del asiento una caja de pañuelos de papel y me encontré con mi cámara fotográfica y mi grabadora.

Giré en redondo, asombrada. No recordaba haber recogido otras cosas que mis ropas. Con gran asombro descubrí una caja en el asiento posterior que contenía mis cintas y mis diarios. En la caja alguien había prendido una nota sin firma en la que reconocí la enérgica escritura de Candelaria y que decía: «Las despedidas de las brujas son como el polvo de la carretera, cuando uno trata de desprenderse de ellas calan en lo más profundo.»

Epílogo

Regresé a Los Angeles y después fui a México a visitar a Florinda. Tras exponerle detalladamente mis experiencias le pareció extraordinario e inexplicable que mi vida en el mundo de doña Mercedes hubiese comenzado con la nota que ella me dio de su puño y letra escondida entre mis ropas y que concluyese con la de Candelaria oculta entre mis cintas.

Aunque Florinda bromeó sobre lo que calificó de mi impulsiva obstinación, me instó para que comprobase si podía utilizar las numerosas cintas para redactar mi tesis.

Cuando trabajaba con aquel material comprendí que, pese a que no había tenido ningún plan teórico para organizar mis objetivos, los acontecimientos vividos en casa de doña Mercedes parecían organizados previamente para introducirme con espiritistas, brujas, curanderos y la gente que trata con ellos y cuanto hacen en el contexto de sus actividades cotidianas.

Habiendo seguido las actividades curativas de doña Mercedes y aprendido a utilizar su propio sistema de interpretación creía sinceramente haber dominado, por lo menos en el aspecto intelectual, el concepto que los curanderos tienen de sí mismos y de los demás y de su conocimiento. Estaba convencida de que mi experiencia y las notas que había recogido bastarían para redactar una tesis.

Sin embargo, al transcribir, traducir y analizar mis cintas y notas comencé a dudar de mi dominio intelectual de la materia. Mi intento de organizar los datos para que se acomodaran a una estructura coherente demostró ser inútil; mis notas estaban llenas de inconsistencia y contradicciones y mis conocimientos curativos no cubrían los huecos existentes.

Entonces Florinda me ofreció una cínica alternativa: o alterar los datos para que se acomodaran a mis teorías

u olvidar la tesis por completo. Decidí olvidarme de la tesis-

Florinda siempre me había incitado a investigar bajo la superficie de las cosas. En el

caso de mi experiencia con doña Mercedes me sugirió que profundizase más sin limitarme al simple valor académico, pues consideraba que aquella tendencia me ocultaba aspectos más importantes. Leí y releí las historias que doña Mercedes había escogido para mí y finalmente comprendí lo que deseaba Florinda. Me di cuenta de que si eliminaba el acento académico de mi obra me quedaría un documento sobre valores humanos absolutamente extraños para nosotros y sin embargo perfectamente comprensibles si nos situáramos momentáneamente fuera de nuestro usual ámbito de referencias. Con aquellas historias doña Mercedes se proponía mostrarme que las brujas, aunque personas corrientes, son capaces de utilizar fuerzas extraordinarias que existen en el universo para alterar el devenir de los acontecimientos, el curso de sus vidas o las vidas de otras personas. Ella calificaba de «rueda de la fortuna» al devenir de los acontecimientos y de «sombra de la bruja» al proceso que lo afecta.

Según ella, se podía alterar cualquier cosa sin entrometerse directamente en su curso y, a veces, incluso sin saber que lo estábamos haciendo.

Para los occidentales ésta es una propuesta inimaginable. Si descubrimos que estamos interviniendo en el curso de los acontecimientos sin entremeternos directamente en ellos, consideramos como explicación más plausible que es un caos de coincidencia porque creemos que la intervención directa es el único modo de alterar las cosas. Por ejemplo, los hombres de la historia intervienen en los acontecimientos con decisiones sociales complejas. O, en un ámbito más reducido, las personas intervienen directamente mediante sus acciones en las existencias ajenas.

En contraposición, las historias escogidas por doña Mercedes nos hacen comprender algo con lo que no estamos familiarizados: señalan la incomprensible posibilidad de que sin una intervención directa podamos influir más positivamente de lo que creemos que configura el curso de los acontecimientos.

En conjunto Florinda quedó satisfecha del resultado de mi viaje a Venezuela. Dijo que ella deseaba que consiguiera un conocimiento privilegiado y directo de mis recursos ocultos. Imaginaba que yo debía funcionar de modo efectivo en un entorno desconocido y que tenía que aprender a adaptarme rápidamente a situaciones que se apartaran de los límites de lo que conocía, aceptaba y podía predecir. Florinda sostenía que nada resultaría más apropiado para poner de relieve esos recursos ocultos que enfrentarme con lo socialmente desconocido. Mi vida en casa de doña Mercedes y mi interacción con sus pacientes y amigos era lo desconocido socialmente.

Admití que las advertencias de Florinda sobre la filosofía de la mujer guerrero, que en su día me resultaron completamente incomprensibles, se habían convertido en la base de todos mis actos mientras permanecí con doña Mercedes.

—Hay muchos modos de comportarse cuando uno se encuentra en un escenario normal —comentó Florinda—, pero cuando uno está solo, en peligro o en la oscuridad sólo existe un sistema: el camino del guerrero.

Florinda añadió que yo había descubierto el valor del camino del guerrero y el significado de todas sus premisas. Bajo el impacto de una situación vital que no me era familiar, había comprendido que el sometimiento significaba libertad, que no sentirse importante engendra una rebeldía indómita y que vencer juicios morales comporta una humildad serena que nada tiene que ver con el servilismo.

FIN